

ISSN 0001-3773

**BOLETÍN
DE LA ACADEMIA
COLOMBIANA**

**TOMO LXIX
Números 279-280
ENERO-JUNIO, 2018**

Bogotá

Los artículos publicados en el Boletín son de exclusiva
responsabilidad de sus autores.



Esta publicación se ha financiado mediante la transferencia de recursos
del Gobierno nacional, a la Academia Colombiana de la Lengua.

En consecuencia, ni esta Corporación, ni el Ministerio de Educación
Nacional, son responsables de las opiniones aquí expresadas.

Armada digital e impresión:
OPR DIGITAL SAS
Calle 9 No. 28-09
Bogotá, D.C., Colombia, 2018

BOLETÍN DE LA ACADEMIA COLOMBIANA

COMITÉ EDITORIAL

Miembros de la junta directiva

Director del Boletín

Don Jaime Posada

ACADEMIA COLOMBIANA

Carrera 3ª. N° 17-34 Apartado Aéreo 13922

Bogotá, D.C. – Colombia

Teléfonos directos:

Dirección	2-82 35 62
Secretario Ejecutivo	3-34 88 93
Secretaría	3-34 11 90
Biblioteca y Boletín	3-41 46 75
Contabilidad	3-41 47 62
Oficina de Divulgación	3-42 62 96
Comisión de Lingüística	2-81 52 65
Conmutador	3-34 31 52
FAX	2-83 96 77

El director del Boletín de la Academia Colombiana ruega el favor de acusar recibo de nuestra publicación al correo electrónico: biblacademialengua@gmail.com

Como se han presentado algunas deficiencias en el servicio postal, es indispensable la acusación de recibo; sin él tendremos que suspender el envío.

CONTENIDO

Pág.

VISITA DEL SECRETARIO DE LA REAL ACADEMIA

Resolución para nombrar Miembro Honorario a don Santiago Muñoz Machado	9
Palabras de don Santiago Muñoz Machado	11
Presentación del Diccionario panhispánico del español jurídico en la Academia Colombiana de la Lengua <i>Eduardo Durán Gómez</i>	15

HOMENAJES

HOMENAJE A ELISA MÚJICA Elisa Mújica, en el centenario de su natalicio <i>Edilberto Cruz Espejo</i>	19
HOMENAJE A MARUJA VIEIRA El diálogo poético de Maruja Vieira y José María Vivas Balcázar <i>Guiomar Cuesta</i>	31
HOMENAJE A GIOCOMO LEOPARDI 220 años de Giacomo Leopardi <i>Edilberto Cruz Espejo</i>	55

POSESIONES

Español: lengua mía <i>Pablo Montoya</i>	67
Pablo Montoya <i>Pedro Alejo Gómez</i>	73
El siervo de Dios presbítero Rafael García Herreros. escritor y cuentista <i>Diego Jaramillo Cuartas, Pbro.</i>	76
Bendito el que viene en nombre del Señor <i>Antonio Cacula Prada</i>	92
Colombia la Atenas Suramericana <i>Benjamín Ardila Duarte</i>	105
El lienzo roto y renovado de la Virgen de Chiquinquirá y su incidencia en la historia y en las letras patrias <i>Antonio José Rivadeneira Vargas</i>	124
El poder de la palabra <i>Alex Grijelmo García</i>	144

Bienvenida al académico correspondiente	
Álex Grijelmo García	
<i>Daniel Samper Pizano</i>	164
Aspectos cruciales de la promoción normativa en la enseñanza del castellano y las lenguas indígenas en la Nueva Granada durante los gobiernos del general Santander (1819-1837).	
<i>Cecilia Fernández de Pallini</i>	169
Discurso de bienvenida para saludar a la Académica Honoraria Cecilia Fernández de Pallini	
<i>Olympo Morales Benítez</i>	191
Historia poética del río Chicamocha	
<i>Armando Martínez Gamica</i>	194
"Lo que no está en actas no está en el mundo", Armando Martínez o el gato que cuida la leche	
<i>Pedro Alejo Gómez</i>	210
CRÓNICA DE LA ACADEMIA	
Celebración del día del idioma: 23 de abril de 2018. Filólogos colombianos	
<i>Juan Carlos Vergara Silva</i>	213
Presentación del libro Huellas en la Academia	
<i>Cristina Maya</i>	223
Comentarios sobre la obra «Huellas en la Academia» de Jorge Emilio Sierra Montoya	
<i>Julio Silva-Colmenares</i>	230
Presentación del libro Huellas en la Academia	
<i>Jorge Emilio Sierra Montoya</i>	238
RESEÑA BIBLIOGRÁFICA	
Alfonso Reyes y su historia íntima de México	
<i>David Noria</i>	247

**RESOLUCIÓN PARA NOMBRAR MIEMBRO
HONORARIO A DON SANTIAGO MUÑOZ MACHADO,
SECRETARIO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA**



RESOLUCIÓN

del 16 de abril de 2018

El Director de la Academia Colombiana de la Lengua, Jaime Posada, en uso de sus facultades estatutarias y

COSIDERANDO:

Que don Santiago Muñoz Machado fue elegido miembro de la Real Academia Española el 13 de diciembre de 2012, y tomó posesión el 26 de mayo de 2013 con el discurso titulado «Los itinerarios de la libertad de palabra».

Que don Santiago Muñoz Machado es catedrático de Derecho Administrativo de la Universidad Complutense de Madrid desde 1994 y académico de número de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

Que don Santiago Muñoz Machado obtuvo la cátedra de Derecho Administrativo de la Universidad de Valencia en 1980 y, dos años más tarde, la cátedra de la misma disciplina en la Universidad de Alcalá de Henares.

Que don Santiago Muñoz Machado es doctor honoris causa por la Universidad de Valencia, por la Universidad de Córdoba, y por la Universidad de Extremadura.

Que don Santiago Muñoz Machado ha publicado más de cincuenta libros e incontables artículos en materias de su especialidad. Se destaca su *Tratado de derecho administrativo y derecho público general*, obra de referencia en la materia. También es autor de libros de relatos, como *Riofrío*; de obras de investigación histórica, como *El problema de la vertebración del Estado en España (2006)* y *Sepúlveda, cronista del Emperador (2012)*,

Que don Santiago Muñoz Machado fue elegido el 29 de enero de 2015 Secretario de la Real Academia Española, sustituyendo en el cargo a don Darío Villanueva, actual director de la institución.

Que don Santiago Muñoz Machado dirigió la *Historia de la abogacía española*, obra que se presentó el 29 de abril de 2015 en la sede de la Real Academia Española.

Que don Santiago Muñoz Machado dio a conocer en el XV Congreso de la Asociación de Academias de la Lengua Española, celebrado en la ciudad de México, su proyecto de *Diccionario del español jurídico*, que dirigió por encargo de la Real Academia Española y el Consejo General del Poder Judicial. El siguiente paso de este proyecto fue la elaboración del *Diccionario panhispánico del español jurídico*, que hoy presentamos en la Academia Colombiana de la Lengua, y que ha sido preparado por un equipo de más de cuatrocientos juristas y filólogos, donde ha participado nuestro numerario Eduardo Durán Gómez bajo la dirección de don Santiago Muñoz Machado.

RESUELVE:

ARTÍCULO ÚNICO.- Nombrar a don Santiago Muñoz Machado miembro honorario de la Academia Colombiana de la Lengua.

Dada en Bogotá D. C., a los 16 días del mes de abril de 2018.

El director,

JAIME POSADA

PALABRAS DE D. SANTIAGO MUÑOZ MACHADO*



He venido a Bogotá con una misión académica muy concreta que es anunciar la culminación de una etapa importante en un proyecto que nos ilusiona sobremedida: la edición del *Diccionario Panhispánico del Español Jurídico*. He traído conmigo algunos ejemplares para que puedan comprobar su porte de libro inmenso por la galanura de su edición y por su contenido. Y voy camino de la Cumbre Judicial Iberoamericana, que va a celebrarse en Quito en los próximos días, para proceder a su presentación oficial ante todas las Cortes Supremas de Latinoamérica.

* Académico de la Real Academia Española y director del *Diccionario Panhispánico del Español Jurídico*, con ocasión de la presentación del *diccionario* y de su nombramiento como académico de honor de la Academia Colombiana de la Lengua. 16 de abril.

Se inició este proyecto de España hace cuatro años, empujado por la Real Academia Española en colaboración con nuestro Consejo General del Poder Judicial. Al Consejo le interesaba el desarrollo de políticas adecuadas para propiciar el lenguaje jurídico claro, y la Academia vio en esta iniciativa la oportunidad de colaborar con esa encomiable propuesta y acometer al tiempo la realización de una obra que figuró entre los proyectos de la época de su creación.

Cuando la Real Academia Española acometió, nada más constituirse en 1713, la elaboración de su primer *Diccionario* (el editado entre 1726 y 1739, en seis tomos, que sería conocido como *Diccionario de Autoridades*) se planteó también que cuando lo concluyera, abordaría la preparación de un *Diccionario de las «Artes liberales y mecánicas»*. No definió ninguno de los dos conceptos pero parece claro que entre las primeras estaba el Derecho. Este proyecto implicaba apartar del diccionario general, al menos en principio, el vocabulario propio de las profesiones y oficios, del saber especializado, compilando exhaustivamente, en cambio, el lenguaje común. Tal directiva no se cumplió nunca. El *Diccionario de Autoridades* recogió muchas palabras procedentes de las más variadas especializaciones. En cuanto al Derecho, algunas de las fuentes más usadas por los académicos fueron las compilaciones medievales y modernas entonces vigentes, tales como las *Partidas*, el *Fuero Real*, el *Fuero Juzgo*, el *Ordenamiento de Montalvo*, la *Nueva Recopilación de 1556*, la *Recopilación de las Leyes de Indias de 1680*, e infinidad de Fueros y Ordenanzas locales y textos jurídicos menores. Alguna de estas normas aparecen citadas en el *Diccionario* como graneros de palabras o fuentes tantas veces como la mejor literatura del siglo de oro.

No se hizo nunca una segunda edición del *Diccionario de Autoridades* y la Academia prefirió, en 1780, prescindir de las «autoridades», y reducir los seis tomos de 1726 – 1739 a un solo volumen, que es el predecesor de las veintitrés ediciones del *Diccionario* académico que se han publicado hasta hoy. A finales del siglo siguiente, algunos relevantes académicos, como D. Juan Valera y D. Emilio Castelar, discutieron la pertinencia de hacer algún diccionario especializado o proceder a ampliar el existente y concluyeron que el *Diccionario* académico era ya suficientemente copioso y que bastaba con ir incorporando palabras de origen especializado e inusual, en la medida en que fueran entrando en el uso general.

En esto quedó el debate y, desde entonces, la cuestión de si debe o no incluirse una palabra determinada se resuelve por la Academia según el criterio indicado: se acoge cuando ha pasado a formar parte del leguaje generalmente utilizado. No obstante, quien repase el *Diccionario* para comprobar con cuanto rigor se ha aplicado este criterio, notará enseguida la flexibilidad con que se han resuelto las dudas.

Durante algunos años funcionó en la RAE una comisión encargada de revisar las palabras y locuciones jurídicas del *Diccionario General*. Pero hasta 2014 no se acometió el proyecto de preparar un *Diccionario del Español Jurídico*. Se publicó la primera edición en 2016 y de esta derivaría enseguida el *Diccionario Panhispánico del Español Jurídico*, en el que trabajamos simultáneamente. Hemos contado con la colaboración de las academias hispanoamericanas, cuyos máximos representantes asistieron en Salamanca, en diciembre de 2017, al solemne acto de presentación presidido por S. M. el Rey de España, y también con todas las Cortes Supremas de Justicia y con profesores de las universidades de ambos lados del Atlántico.

Hemos contado con la ayuda de más de 250 juristas de todos nuestros países, que han trabajado con una admirable precisión y celeridad. Se han compilado más de 30000 palabras, locuciones y expresiones que enriquecerán el conocimiento de nuestra lengua en un ámbito, el del Derecho, que fue completamente decisivo para su formación histórica, como he recordado al principio.

La siguiente fase será la preparación de una edición electrónica que, como el DLE, pueda ser consultada en línea gratuitamente. Queremos añadir a la edición impresa más valor e información facilitando, por ejemplo, que desde las voces y expresiones del *Diccionario* se puedan consultar, a título de fuentes o autoridades, las leyes y sentencias principales de cada uno de nuestros ordenamientos o sistemas jurídicos. Aspiramos a fortalecer nuestra comunidad jurídica poniendo a disposición de todos los operadores una información enriquecedora que contribuya al buen uso del lenguaje y a la precisión de las decisiones y regulaciones, así como a la mejora de su calidad técnica. La mejor comunicación de los aciertos y progresos, dudas y problemas regulatorios de cada uno de los Estados que forman parte de esa comunidad de cultura jurídica hispanoamericana, será una extraordinaria fuente de seguridad y progreso para todos.

Todo esto venía a decirles a ustedes, señor Presidente, señoras y señores académicos, contando con su muy amable acogida, pero me encuentro con que el acto ha comenzado con una enorme sorpresa para mí, al comunicarme el señor presidente que he sido designado Académico de Honor de la Academia Colombiana de la Lengua. Me emociona sobremanera recibir el diploma y la insignia que lo acreditan. Me hace este reconocimiento la más antigua de las academias americanas de la lengua, que contribuyó de manera decisiva al mantenimiento de la unidad del español y a la expansión de su buen uso. Es un enorme honor.

No sé que puedo decirles para expresarle adecuadamente mi agradecimiento por incorporarme a una academia tan querida y prestigiosa. Casi todas las palabras se agolpan de una vez en la cabeza y se dispersan rápidamente con la excepción de la más cabal y adecuada: Gracias. Las más sinceras gracias, de todo corazón.

Gracias también al señor secretario de la corporación por la minuciosa exposición de motivos de la designación que han acordado, y a D. Eduardo Durán por la *laudatio* de mi persona que acaba de leer, realmente inolvidable por su generosidad, calidad literaria y afecto.

Me pongo a disposición de la Academia colombiana para todo en lo que pueda servirla. Reitero mi profundo agradecimiento y agradezco a todos los presentes su asistencia a este acto.

PRESENTACIÓN DEL *DICCIONARIO PANHISPÁNICO DEL ESPAÑOL JURÍDICO EN LA ACADEMIA COLOMBIANA DE LA LENGUA*

Por
Eduardo Durán Gómez

Nos complace sobremanera registrar la presencia en Colombia, y en esta sede de la Academia de la Lengua, la primera fundada en el nuevo mundo, del doctor Santiago Muñoz Machado, uno de los intelectuales más reconocidos en España, y desde luego que por sus enormes ejecutorias intelectuales, también en todos los países de habla hispana.

El doctor Muñoz, además de historiador, cultor del idioma y fino escritor, también es un jurista reconocido que ha estado vinculado a importantes instituciones jurídicas en las cuales ha aportado valiosos legados, que sin duda le han merecido el honor de ser reconocido como un factor determinante en el enriquecimiento de la ciencia.

No es casual que en el seno de la Real Academia de la Lengua, haya abordado una de las investigaciones más dilatadas y enjundiosas sobre todos los aspectos relacionados con la conquista y la colonia española en América, y haya encontrado en sus extensos e intensos estudios, las razones fundamentales que enmarcaron todo el proceso de culturización en el Continente y la forma como el idioma castellano se fue asimilado a través de los siglos por los habitantes de los territorios conquistados, hasta convertirse en la lengua que ha regido sus vidas y destinos.

Su libro *Hablamos la misma lengua*, a cuya presentación en Madrid tuve el privilegio de asistir, es sin duda la más juiciosa investigación sobre el tema, que todo lingüista e historiador debe analizar, y que además está acompañada de la más extensa relación bibliográfica que pueda existir, y que constituye el sustento para el valioso aporte a la consolidación del tema analizado.

Pero a la par de esta valiosa obra, y constituye el motivo fundamental que hoy nos congrega esta centenaria institución, tenemos que referirnos al mérito de su sobresaliente trabajo en la confección del *Diccionario Panhispánico del Español Jurídico*. Una herramienta de trabajo elaborada para toda la comunidad jurídica de habla hispana, en donde después de inagotables jornadas llevadas a cabo durante varios años, fue posible auscultar en todos los territorios de nuestra lengua común por los diversos usos del lenguaje, en medio de una complejidad de análisis, ejercicios comparativos, comprensión de las circunstancias de tiempo, modo y lugar y aplicación de técnicas de interpretación lingüística.

Tuve el privilegio de ser seleccionado para acompañar el análisis de ese trabajo y de haber podido apreciar todos los borradores que se fueron produciendo durante el tiempo que abarcó, en donde no pude dejar de sorprenderme un instante por el rigor con que fueron abordados los trabajos y por la sapiencia y acierto de quien a bien tuvo dirigirlos, el doctor Santiago Muñoz Machado.

Esta obra que hoy se presenta en este auditorio, en compañía de eminentes juristas y académicos de este país, constituye un verdadero tesoro bibliográfico, que a través del contenido en sus 2.200 páginas, sin duda contribuirá efectivamente a hacer más fácil la comprensión de las realidades jurídicas de cada país, sobre todo ahora que el tema cobra tan especial relevancia, en el momento en que las exigencias de un mundo globalizado requieren el conocimiento cercano y fiel de las realidades que cada nación y que cada sistema jurídico enmarca.

El diccionario será también una herramienta de trabajo insustituible para abordar todos los procesos de fortalecimiento de los sistemas jurídicos, en donde a través de su método lexicográfico podrá entenderse mejor en un Estado de Derecho las normas que consagran las garantías individuales y colectivas y todo lo que tiene que ver con la regulación de los poderes públicos, así como también todas las áreas de las disciplinas jurídicas.

En estas materias encontramos diversidad de estados y muchas categorías en cuanto a la evolución normativa que acompaña a la comunidad de las naciones analizadas, y en la medida en que se logre entender el alcance y los logros de cada sistema jurídico, habrá también la oportunidad para desarrollar, crear y para robustecer los sistemas vigentes.

Aquí se pone a disposición una fuente nutricia de primer orden, para elevar la cultura jurídica de los países.

Este es un esfuerzo también en favor de la unidad de la lengua, ese sistema de comunicación que nos une y que nos ha brindado los mejores escenarios para poder desarrollar las habilidades del conocimiento y para obtener los logros que nos han distinguido como individuos, como comunidad, como nación y como Estado, que nos lleva también a registrar los logros en la unidad del derecho.

Todo honor a Don Santiago Muñoz Machado, no solo por haber colocado su sobresaliente talento al servicio de esta causa, sino también por haber dedicado su valioso tiempo a la dirección de este proyecto, elementos sin los cuales hubiera sido imposible la culminación de este trabajo, que para orgullo de sus inspiradores, ha recogido la Fundación Santillana y lo ha convertido en uno de sus logros sobresalientes, que sin duda elevan el valor agregado que esa organización con orgullo ha ostentado.

Bogotá, abril 16 de 2018.

ELISA MÚJICA, EN EL CENTENARIO DE SU NATALICIO

Por
Edilberto Cruz Espejo



1. El centenario

La Academia Colombiana de la Lengua celebra con regocijo el primer centenario del natalicio de Elisa Mújica. Feliz oportunidad para recordar la vida de nuestra primera mujer Académica de Número, electa el 16 de julio de 1984, y posesionada el 19 de noviembre con el discurso *Raíces del cuento popular en Colombia*. Para la ocasión le respondió el director de la Academia don Eduardo Guzmán Esponda.

El tema de la participación de la mujer en la Academia, nos recuerda el incluido en el tomo de la celebración del tercer centenario de la RAE, titulado *La Lengua y la palabra*, donde Pilar de Miguel Egea escribió el artículo «Las mujeres llaman a la Academia», cuyo primer párrafo dice: «Al cabo de los trescientos años transcurridos desde que se fundó la Real Academia Española resulta inevitable mencionar la dificultad que a lo largo de muchas décadas ha sufrido la mujer para acceder a la institución. Una dificultad, por lo demás, que propiciada por la mentalidad imperante hasta bien entrado el siglo XX¹, no era exclusiva de la sociedad española, baste citar, como ejemplo, que la primera mujer que consiguió ingresar a la Academia Francesa, Margarite Yourcena, lo hizo en 1980» (RAE, 2013, 153). Más adelante mencionará a Carmen Conde Abellán quien ocupó la Silla K, y fue elegida el 9 de febrero de 1978, tomó posesión el 28 de enero de 1979 con el discurso titulado *Poesía ante el tiempo y la inmortalidad*. Le respondió, en nombre de la corporación, Guillermo Díaz-Plaja.

Queremos recordar que Dora Castellanos fue la primera mujer elegida en 1978 Miembro Correspondiente de la Academia Colombiana de la Lengua, le siguió los pasos Elisa Mújica en 1982. Unos años más tarde Elisa Mújica fue la primera mujer Académica de Número, electa el 16 de julio de 1984. Dora Castellanos y Elisa Mújica, abrieron el camino para que la Academia Colombiana fuera una de las que mayor número de mujeres ostentara en el mundo hispánico. En la actualidad la nómina es de dieciocho (18), según las cuentas que hizo don Antonio Cacia Prada.

Nos referimos a don Antonio Cacia Prada, pues en discurso reciente, brindó acatamiento y pleitesía a «las muy admiradas, estimadas y dilectas colegas de esta entrañable Academia, porque ellas han sido y son un ramillete de valores y virtudes que sustentan y enriquecen las labores de este Ateneo». Y las mencionaba en el siguiente orden: «Los nombres de quienes ya partieron para el jubiloso jardín de la eternidad: Doña Elisa Mújica, doña Cecilia Hernández de Mendoza y doña Meira del Mar. // Las Académicas Honorarias: doña Dora Castellanos, doña Maruja Vieira, doña Carmen Millán de Benavides y doña Cecilia Fernández de Pallini. // Las Académicas de Número: doña Teresa Mora-

1 Virginia Woolf, escribió en 1929, en el ensayo titulado *Una habitación propia*, la siguiente frase: «una mujer debe tener dinero y una habitación propia si va a escribir ficción», texto que se ha convertido en uno de los más citados del movimiento feminista, porque expone las dificultades de las mujeres para consagrarse a la escritura en un mundo dominado por los hombres.

les de Gómez, doña Cecilia Balcazar de Bucher, doña Gloria Nieto de Arias, doña Cristina Maya, doña Gloria Serpa de Kolbe, y doña Guiomar Cuesta. // Las Académicas Correspondientes: Doña Judith Porto de González, doña Roció Vélez de Piedrahíta, doña Gloria Guardia de Alfaro, doña Piedad Bonnett y doña Patricia Martínez». Y remataba su exposición diciendo: «Para ellas nuestra exaltación, nuestro recuerdo y nuestro elogio» (Cacua Prada, 2017).

Una de las preocupaciones de Elisa Mújica era el olvido de la historia, la tendencia de la edad moderna de borrar el pasado en vez de buscar raíces en una tradición común a todos que nos llevara a encontrar valores comunitarios y no aceptar el capitalismo rampante que ella veía como desastrosamente aislante. Su queja sobre el vacío de memoria y la necesidad urgente de tomar más en serio al pasado para establecer el bienestar de la sociedad actual es todavía válida. En sus obras Elisa Mújica devuelve a los habitantes de la ciudad su propia historia, y su razón de ser, su orgullo en el pasado y en el presente, y su sentido de comunidad. Pareciera que el gobierno del presidente Santos hubiera escuchado su clamor y aprovechara este año de su centenario para restituir la clase de Historia de Colombia en la educación primaria y secundaria del país.

2. Datos biográficos

Elisa Mújica nació en Bucaramanga el 21 de enero de 1918. El cariño por su tierra natal se refleja en sus escritos con una frecuente referencia a la ciudad de los parques.

Eduardo Guzmán Esponda señala: «Nos refiere Elisa Mújica que nació en Bucaramanga, esa ciudad amable para todos los que la hayan visitado, por sus gentes, por su naturaleza, por sus platos regionales que en Bogotá se ignoran –como el cabrito a la brasa–, y que desde muy niña se aficionó a la lectura de toda especie de libros, inclusive los prohibidos que leía Elisa en la biblioteca de su padre. Es un dato anacrónico. Hoy no hay libros prohibidos. El *Índice Romano* ya no existe. Y es lástima. El *Índice* constituyó la tentación codificada, la incitación a la lectura fue un eficaz instrumento de erudición para mucha gente que caía en la tentación» (Guzmán Esponda, 1984. 319-320).

De su primera novela nos dice Mary Berg: «Celina también aprende que hay ciertos libros «terminantemente vedados para ella» que son,

claro, los tomos que más le atraen. En secreto, lee novelas, las Rimas de Bécquer, mitología y la historia de Pedro el Cruel. «Ignora por qué le prohíben tales libros», se siente culpable, y cuando su madre le quita el tomo de mitología y lo guarda bajo llave, la niña piensa que «debía ser una chica mala. En lo sucesivo obraría con cuidado. Había que burlar a los que ocupaban el territorio por la fuerza». Esa es una de sus primeras lecciones: el placer tiene que ser privado y se consigue por medios indirectos, ocultándose, mintiendo, disimulando».

A los ocho años de edad abandona su patria chica, pues su familia se trasladó a Bogotá donde se radicaron permanentemente. La capital de Colombia era por esos días una aldea. Nuevamente recurrimos a Guzmán Esponda para recordar que «Desde niña supo compenetrarse con Bogotá, supo lo que era mezclar las labores para el diario sustento con el placer de cultivar las bellas letras, léidas o escritas» (Guzmán Esponda, 1984. 320).

La cita de Guzmán Esponda, además de hilar nuestro relato, nos permite recordar que don Rufino José Cuervo, en tiempos de 'las vacas flacas', ante la muerte de su progenitor, debió colaborar con el sostenimiento de la familia, se dedicó a la docencia y como catedrático de latín y griego en el Colegio del Rosario, en el Seminario Conciliar, y en otras instituciones como el colegio de Santiago Pérez, también buscó reunir algunos dineros con la venta de libros en compañía de González Manrique y Ezequiel Uricoechea quien despachaba los libros desde Europa; y sobre todo colaboró en varios y tediosos oficios en la fábrica de cerveza, la gran idea de su hermano Ángel, negocio que los sacó de la ruina y permitió que vivieran holgadamente en París.

A los catorce años (1932), debido a la muerte del padre, Elisa Mújica empezó a trabajar para ayudar al sostenimiento de su familia, por tal razón son frecuentes en su narrativa las referencias a oficinas claustrofóbicas donde los jóvenes de talento se ahogaban de tedio y debían inventar mundos interiores, muy fantásticos, para liberar su energía reprimida.

Empezó como mecanógrafa mientras estudiaba con las monjas de La Presentación. Elisa Mújica trabajó primero en el Ministerio de Comunicaciones y luego fue secretaria privada de Carlos Lleras Restrepo de 1936 a 1943, cuando Lleras Restrepo trabajaba en la Contraloría y luego en el Ministerio de Hacienda.

Fue secretaria de la Embajada de Colombia en Quito de 1943 a 1945, época sumamente importante en su formación como escritora. En Quito, además de interesarse seriamente en el marxismo y los temas y vivencias de la revolución, escribió cuentos y su primera novela: *Los dos tiempos*, donde examina las experiencias de una joven mujer, Celina Rojas, que vive como ella, primero en Colombia y luego en Quito mientras intenta definir quién es y cuáles son las metas y los parámetros posibles de su vida.

Elisa Mújica vivió en Madrid entre 1952 y 1959, allí apareció su primera colección de cuentos: *Ángela y el diablo* (1953). El primer cuento, que da el título al libro se sitúa en el colegio donde estudia Ángela y que fuera el convento de la Madre Francisca Josefa del Castillo. Este cuento se convirtió en uno de los más representativos por ser el que más veces aparece en las antologías. La vida de Elisa Mújica en España cambió radicalmente, allí se produjo el renacimiento de su catolicismo y el incremento de su sensibilidad mística que se refleja en varios estudios, especialmente en sus ensayos sobre santa Teresa de Ávila (la patrona de su sucesora en la silla académica, doña Teresa Morales). La aventura demorada: ensayo sobre Santa Teresa de Jesús (1962) e Introducción a Santa Teresa (1981).

En Madrid editó con prólogo y notas las *Reminiscencias de Santa Fe de Bogotá*, de José María Cordovez Moure (Madrid, Aguilar, 1962), del cual redactó un completo índice, actividad que nuevamente nos recuerda las *Notas a la Gramática de Bello* de don Rufino José Cuervo, quien no solo actualizó y mejoró con sus valiosas notas la estupenda *Gramática de Bello*, sino que le permitió, y le permite todavía, al lector una mejor y rápida consulta con su inapreciable índice.

A su vuelta a Colombia, Elisa Mújica fue nombrada gerente de la agencia de la Caja Agraria en Sopó –de tal manera que fue la primera mujer en Colombia que ocupó el responsable y delicado oficio de gerente de banco–, y luego, de 1962 a 1967, fue directora de la Biblioteca de la Caja Agraria. El cargo de bibliotecaria también lo ocuparía cuando fue nombrada en la Junta Directiva de la Academia Colombiana de la Lengua.

Elisa Mújica se dedicó al periodismo cultural, durante muchos años publicó comentarios de libros y artículos en «Lecturas dominicales» de *El Tiempo* (1950-1975), en el «Magazin dominical» de *El Espectador* (1950-1955), en la revista *Semana* (1982) y en otras revistas.

La segunda colección de cuentos, *Árbol de ruedas* apareció en 1972. La tercera, *La tienda de imágenes* en 1987.

Elisa Mújica fue nombrada en 1982 Miembro Correspondiente de la Academia Colombiana de la Lengua. En su presentación el Director de la Academia don Eduardo Guzmán Esponda señalaba: «Siempre he admirado la prosa de nuestra recipiendaria, por lo sobria, clara y elegante. Brota ella en todas sus obras, se adapta a todo los géneros. Esta Academia Correspondiente de la Real Española ha querido que, junto con una ilustre poetisa como Dora Castellanos, ingrese a su elenco una ilustre prosista como Elisa Mújica. Y quiere en esta oportunidad rendir homenaje a las escritoras que en diversos puntos del país dan lustre y nobleza al pensamiento y al estilo colombianos» (Guzmán Esponda, 1982. 83-84).

En 1998, Maruja Vieira nos avisa que la Cámara Colombiana de la Industria Editorial, inspirada por su presidente Jorge Valencia Jaramillo, por Juan Luis Mejía, Rosita Jaramillo y Ximena Gómez, dedicaron a Elisa Mújica un homenaje internacional de admiración, donde ella intervino con la lectura titulada «Una Colombiana Excepcional. El Homenaje a Elisa Mújica» de donde retomamos el apartado titulado «La vida diáfana de Elisa Mújica» que dice: «En lo alto del barrio colonial bogotano de La Candelaria, en la calle de San Miguel del Príncipe, en una casa pequeña y llena de flores, vive Elisa entre sus libros el sueño de las "Beguinass"² de que habla el belga Rodenbach en Brujas la muerta. Resulta singular comprobar que, desde su juventud, ella presintió esta soledad luminosa que ahora la rodea. Fue en España, en la diafanidad de los cielos de Ávila, cuando la deslumbró, como a Pablo en el camino, una luz de ultramundo. La vida de Elisa Mújica cambió de rumbo ante la presencia revelada de una santa andariega, Teresa de Cepeda y Ahumada, la que andaba por el mundo llevando a cuestas su amor a Jesús, la poesía, la fe militante, la milagrosa alegría. El libro *La Aventura Demorada* fue fruto de aquella prodigiosa experiencia y tuvo su continuación en la *Introducción a Santa Teresa*, que editó en 1981 el Instituto de Cultura Hispánica» (Vieira, 1998, www).

Elisa Mújica, falleció en Bogotá el 27 de marzo de 2003.

2 Las mujeres beguinass se reunían por todas partes, creando ciudades dentro de las ciudades, con la intención de llevar una vida de perfección en un medio urbano, sin pronunciar votos y exentas de las reglas de la Iglesia. Según Régine Pernoud «El movimiento de las beguinass seduce porque propone a las mujeres existir sin ser esposas, ni religiosas, emancipadas de cualquier dominación masculina».

3. Novelas

3.1. Los dos tiempos (1949)

La primera novela de Elisa Mújica, *Los dos tiempos*, está dividida en las dos etapas de la educación de Celina Ríos, mujer colombiana de clase media. En la primera parte se describe en tercera persona su niñez en un pueblo pequeño y sus años juveniles en Bogotá; en la segunda parte, que transcurre en Quito, Celina intenta definir su identidad como mujer y como colombiana, sus afiliaciones políticas y románticas, su capacidad de amistad y de idealismo, y el camino que debe o puede seguir en la vida. Al concluir el libro, está dispuesta a volver a Colombia armada para la vida con desencanto y realismo: «sabía que se había encontrado ella misma y que no necesitaba hacer concesiones en el futuro», «sólo ahora que se sentía fuerte y humilde, se hallaba en capacidad de entender su propia tierra y ser útil». Siente que todo lo que ha aprendido fragmentariamente ya empieza a tener coherencia: «todo se mezclaba en un mensaje impregnado de voces diversas que al fin se fundirán en una sola». Este relato cronológico de la trayectoria del aprendizaje, que termina con cierta resolución, es la más optimista de las novelas de Mújica. (cfr. *Las novelas de Elisa Mújica* por Mary G. Berg, en www).

«*Los dos tiempos* es una novela densa, con detalles minuciosamente observados, filtrados todos por la memoria. Con frecuencia no parece novela sino una autobiografía casi sin transformar, llena de recuerdos, reminiscencias y evaluaciones constantes de la propia conducta y actitud. Es la historia de la maduración emocional e intelectual de una joven mujer que se resiste, y es precisamente esa resistencia la que la distingue. Celina se opone a la conformidad, a la resignación y al cinismo, pero también a todo lo nuevo, lo inesperado, lo perturbante. Ella representa la tensión inherente a su dualidad; es decir, a su deseo simultáneo de ser mujer ejemplar, de reflejar la sociedad y de ser lo que esa sociedad necesita en cierto momento, y a la necesidad de realizarse como individuo. Al fin reconoce que esta dualidad, este afán de decidir entre la mujer pública exterior y la privada interior, constituye la definición de sí misma».

3.2. Catalina (1963)

Catalina explora la vida matrimonial de una mujer que había sido educada para ser casta y sumisa y que se ve atrapada en un ambiente

opresivo y lleno de secretos del que logra escapar con un inmenso sentido de culpa y con la pérdida de su seguridad económica.

«Pero si superficialmente parece novela rosa de revista femenina compuesta de cuadros bellos y sentimentales, pronto se nota que lo que de veras se cuenta es algo bien distinto. Hay un juego constante entre lo que se puede articular y lo que no se puede decir; se destaca lo inadecuado del lenguaje para revelar las verdades que se vislumbran debajo de la superficie. Los muchos niveles simultáneos de la novela se tejen, destejen y recombinan como hilos que parecen ordinarios pero que, al final, cuando podemos ver el diseño total, componen un encaje original y lleno de sentido» (Mary G. Berg, en [www](#)).

Lo que cuenta Catalina Aguirre es una historia tristísima, mucho más triste de lo que ella misma se da cuenta. Es una mujer enajenada del poder y de cualquier participación determinante en su historia, que ni siquiera se reconoce como la víctima que es.

En 1962 el Jurado calificador del Premio Literario Esso otorgó el galardón a la novela *Detrás del Rostro* de Manuel Zapata Olivella, pero recomendó la impresión de la novela *Catalina* de Elisa Mújica «como tributo de admiración a la mujer colombiana».

Nos avisa Juan Camilo Puentes que «El fallo del jurado –que lastimosamente omitió reconocer el valor literario de la obra– al menos puso en evidencia una literatura que se apartaba de los cánones masculinos y que, al igual que en *Los dos tiempos*, centraba su universo narrativo sobre la difícil realidad de la mujer; en el caso particular de *Catalina*, una novela que indagaba sobre el impacto de la Guerra de los Mil Días en la población femenina colombiana» (Puentes, 2018, en [www](#)).

3.3. Bogotá de las nubes (1984)

En 1984, Elisa Mújica publicó su tercera novela, *Bogotá de las nubes*, donde vuelve a escribir, como en *Los dos tiempos*, en tercera persona, la vida de una jovencita de provincia que viene a la capital, trabaja como oficinista, intenta dedicar su vida a causas idealistas y a hombres que la desilusionan, para luego (en el presente narrativo) repasar y analizar su vida desde la perspectiva de la vejez. Como indica el título, *Bogotá de las nubes* es tanto historia social de la ciudad de Bogotá como historia personal de Mirza Eslava, una joven que no encuentra a qué ni a quién dedicar su vida y que tiene que aprender cómo vivir con

la ausencia del romanticismo y de la ilusión. (cfr. *Las novelas de Elisa Mújica* por Mary G. Berg, en www).

4. Cuentos

Ángela y el diablo (1953), *Árbol de ruedas* (1972) y *La tienda de las imágenes* (1987) analizan los conflictos de la vida moderna como la soledad, el aislamiento y la incomunicación.

El pequeño bestiario (1981) recrea la vida de perros y gatos. *Las altas torres del humo* (1985) es una compilación de relatos orales.

Elisa vivió en La Candelaria durante muchos años, hasta que la edad la obligó a mudarse porque ya le quedaba difícil cumplir, por su cuenta, con los requerimientos de ese bello inmueble que fue su gran amor. Ella se enamoró de La Candelaria y de su casa, lo que la motivó a quedarse a vivir allí gran parte de su vida, por esto dedicamos más espacio a *Las casas que hablan* (1994) que evocan la vida colonial de La Candelaria.

Las casas que hablan es una descripción detallada y cariñosa del barrio histórico de La Candelaria, calle por calle, Elisa Mújica combina datos históricos extensos con sus propias experiencias, lecturas, investigaciones y perspectivas para producir un tomo extraordinario de resumen y comentario de los casi cinco siglos de convivencia entre los diversos ciudadanos de la capital. Por ser tan dulce, conversador y bien informado su tono, el lector tarda un poco en darse cuenta de que este libro constituye una reescritura radical de la historia de Bogotá.

Las casas que hablan: guía histórica del barrio de La Candelaria de Santafé de Bogotá, Al contrario de lo que se podría imaginar, no es guía de serie para turistas, sino una animación de una ciudad viva donde ha habitado y pensado y escrito Elisa Mújica durante muchos años. Ella se inserta a sí misma en el texto, también inserta a muchas otras amigas, vivas y muertas, y a la protagonista de una de sus novelas sobre Bogotá, Mirza Eslava de *Bogotá de las nubes*.

Al describir el lugar llamado «El palomar del príncipe» en la calle 13, nos recuerda que, Las mujeres blancas no vinieron solas. Transportaron semillas de trigo, de cebada, de hortalizas, de flores. Quizá transitaron por el mismo sitio en que ahora se alza un segundo palomar, [instalado

por la Corporación de La Candelaria] en memoria del anterior. Sería el lugar más indicado para nombrarlas, en una placa conmemorativa.

Al describir la casa donde vivieron Soledad Acosta y José María Samper, por ejemplo, comenta Mújica que, aunque su época coincide con la de otra gran escritora: la española Emilia Pardo Bazán, y a pesar de haber publicado una obra en cierta forma par de ésta por su testimonio, extensión y realismo, la colombiana ocupa un lugar secundario en la historia de la literatura. Afortunadamente ya empieza a repararse esa falta.

5. Ensayos

En los ensayos sobresalen: «Sor Francisca Josefa del Castillo» (1991), «La aventura demorada y Santa Teresa de Jesús» (1962). Pero también los prólogos a la obra de Eugenio Díaz (1985)³ y de José Cordovez Moure (1957) sobre la ciudad de Bogotá.

En *La expedición botánica contada a los niños* (1978) retoma la obra de José Celestino Mutis con recursos de la literatura maravillosa y de los cuentos infantiles. En 1985, con el título *Pasado y Porvenir de la Expedición Botánica*, el Instituto de Cultura Hispánica publicó una preciosa edición con reproducciones de los dibujos de la Expedición y un relato de Elisa Mújica: «José Celestino y el Dragón» que refiere la vida admirable de José Celestino Mutis.

6. En la Academia

En 1982 la Academia Colombia de la Lengua la designó como Miembro Correspondiente, Su trabajo al ingresar a la Academia se tituló «La mujer y la alegría».

Gracias a sus méritos literarios y a la sólida estructura de su obra, fue la primera mujer Miembro de Número nominada para ocupar la silla "Y". Su trabajo al ingresar a la Academia versó sobre el tema "Las Raíces del Cuento Popular en Colombia".

3 De un estudio constante y metódico de la obra de Eugenio Díaz resultó la edición en dos tomos publicados por Procultura de la obra completa del autor de *El rejo de enlazar*.

Final

Comenzando el año, *El Heraldo* de Barranquilla publicó un artículo de Efraín Villanueva donde hace un «Perfil de la escritora colombiana Elisa Mújica, por la celebración del primer siglo de su natalicio este mes» Allí nos dice: «El nombre de Elisa Mújica (así, con la «ú» tildada, como ella lo prefirió) saldrá a flote, inevitablemente, siempre que se hable de grandes escritoras colombianas. Su legado fue condecorado y celebrado en varias ocasiones. En 1993 recibió la Medalla al Mérito Artístico de la Alcaldía de Bogotá, en 1998 se le otorgó la Cruz de Boyacá y ese mismo año su obra fue homenajeada durante la Feria del Libro de ese año» (Villanueva, www).

Elisa Mújica, como dice Montserrat Ordóñez, ha sido un modelo del arte de escribir bien, pues divulgó en el país la práctica de un lenguaje claro, limpio donde lo más complejo e investigado parece simple y diáfano.

Durante mucho tiempo se dedicó a la literatura infantil, un género que la ha hecho conocer entre los niños, le ha proporcionado grandes satisfacciones y le ha permitido divulgar en sus obras una serie de valores significativos: amor a la literatura, responsabilidad, trabajo, dedicación y la práctica de un lenguaje sencillo, claro y limpio.

Para finalizar, queremos transcribir un texto de Ana Cecilia Ojeda que dice: «La obra narrativa de la escritora santandereana Elisa Mújica, además de su delicado y logrado valor estético, conlleva un trasfondo ético, político y social y una indagación por el ser femenino y sus relaciones con su entorno familiar y social, con sus inquietudes más profundas, sus posibilidades, sus logros y frustraciones, convirtiéndose así en un testimonio imprescindible cuando se busca un acercamiento a la explicación y comprensión de las condiciones de lo "femenino" en la historia colombiana de los dos últimos siglos» (Ojeda, 2007, en www).

Referencias

- Berg, Mary. *Las novelas de Elisa Mújica*, en www. http://bdigital.unal.edu.co/51061/36/9586552020_P4.PDF
- Miguel Egea. Pilar de. «Las mujeres llaman a la Academia», en Real Academia Española, *La Lengua y la palabra*, Madrid, 2014.

Ojeda, Ana Cecilia. *Ensayos críticos sobre la obra narrativa de Elisa Mujica*, en [www](#).

Puentes, Juan Camilo. «Elisa Mujica, el recuerdo que no fue», en [www](#), www.elespectador.com/noticias/cultura/elisa-mujica-el-recuerdo-que-no-fue-articulo-736053.

Vieira, Maruja. «Una Colombiana Excepcional. El Homenaje a Elisa Mujica». «La Vida Diáfana de Elisa Mujica», [www. tps://marujavieira.com/obra/ensayos-y-conferencias/literatura-colombiana/ensayos-sobre-literatura-colombiana/91-una-colombiana-excepcional-el-homenaje-a-elisa-mujica](http://www.tps://marujavieira.com/obra/ensayos-y-conferencias/literatura-colombiana/ensayos-sobre-literatura-colombiana/91-una-colombiana-excepcional-el-homenaje-a-elisa-mujica)

Villanueva, Efraín. en [www.google.com.co/search?ei=aC28W82PCY7b5gLQoLIBw&q=Villanueva%2C+Efraín%2C+elisa+mujica&oq=Villanueva%2C +Efraín%](http://www.google.com.co/search?ei=aC28W82PCY7b5gLQoLIBw&q=Villanueva%2C+Efraín%2C+elisa+mujica&oq=Villanueva%2C+Efraín%2C)

EL DIÁLOGO POÉTICO DE MARUJA VIEIRA Y JOSÉ MARÍA VIVAS BALCÁZAR

Por
Guimar Cuesta



Con esta conferencia rindo un homenaje tanto a Maruja Vieira como a su gran amor, el poeta José María Vivas Balcázar, quien hubiera cumplido 100 años, el pasado 5 de mayo. Conocí a Maruja Vieira en 1985, gracias al querido poeta José Luís Díaz Granados, quien acababa de escribir una nota en el «Suplemento Literario» de *El Tiempo* sobre mi libro, *Tiempo del No Tiempo del Sí*. Maruja me envió una razón con

José Luís, se había acercado a mi obra a través de sus alumnos de Comunicación Social, de la Universidad Central y quería conocerme. Este espontáneo mensaje que recibí de Maruja, fue para mí una promesa halagadora de amistad y con ello acercarme a su poesía. Así se inició una verdadera amistad, que hemos cultivado a través de los años.

En 1987 y lo recuerdo con mucha claridad, la tarde en la cual llegué con Teresa Roza Moorhouse a su apartamento de la 45 con Transversal 5ª. Teresa estaba buscando las poetas colombianas, para una Antología poética, que en 1995 publicó. Maruja quien tiene siempre la palabra justa, la que nos une y acerca, nos indicó el camino para llegar al *Encuentro de Poetas Colombianas del Museo Rayo*, de eso hace ya 31 años. Entonces conocí a través de Maruja, a Águeda Pizarro y al maestro Omar Rayo.

Su nombre verdadero es María Vieira, pero por aquellas cosas extraordinarias que ocurren en la vida, ella tuvo un encuentro en Bogotá con Pablo Neruda, y este gran poeta le preguntó: ¿Cómo le dicen en Colombia a las Marías? Porque en Chile son *Marukas* y aquí parece que *Marujas*, así que tu nombre es Maruja, *Maruja Vieira*. Por tanto, nuestra querida Maruja tuvo un nuevo nombre, luego de haber sido bautizada por Pablo Neruda.

Maruja Vieira nace en Manizales en 1922, llega a Bogotá con su familia cuando solo contaba con ocho años de edad. Ha sido periodista, colaboradora de revistas, diarios, suplementos literarios, programas de radio y televisión, tanto en Colombia como en Venezuela y Ecuador. Gran comunicadora, se ha desempeñado en relaciones públicas y como profesora universitaria. Es Miembro Honoraria de la Academia Colombiana de la Lengua.

Testigo excepcional de la historia política y cultural colombiana, *Maruja Vieira* fue una de las pocas mujeres que logró abrirse paso en el mundo literario y profesional de su tiempo. Formó parte de Movimientos literarios (v. gr. Los Cuadernícolas) y de círculos periodísticos colombianos y venezolanos. Fue una de las pocas contertulias femeninas de cafés como *El Automático* de Bogotá. Se destacó como defensora de los derechos de las mujeres y como una de las primeras en ocupar cargos ejecutivos en nuestro país. Maruja Vieira fue la primera presentadora colombiana que tuvo la televisión venezolana. Gestora cultural y docente, preocupada por la formación de las nuevas generaciones, ha propiciado espacios de formación de jóvenes poetas; en particular, ha

apoyado a las mujeres que empiezan a dejar oír su voz. Maruja Vieira inició su carrera literaria en 1946 con la publicación de sus primeros poemas en el «Suplemento Literario» del periódico *El Tiempo*, en Bogotá. Sus libros publicados son: *Campanario de lluvia*, *Los poemas de enero*, *Poesía*, *Palabras de la ausencia*, *Clave Mínima*, *Mis propias palabras*, *Tiempo de vivir*, *Sombra del amor*, *Todo lo que era mío*, *Los nombres de la ausencia*, *Todo el amor* y *Ciudad remanso*, *Popayán*.

Una de sus facetas más importantes y desconocidas, ha sido su lucha por las mujeres colombianas para que ingresen a la Academia Colombiana de la Lengua, entre otras, colaboró para el reconocimiento de *Laura Victoria*, a quien Maruja le entregó personalmente, el Diploma como Miembro Correspondiente, en México, el día de su cumpleaños, un poco antes de su muerte.

Los sucesos del 9 de abril en el Distrito Capital, que convulsionaron el país y marcaron el inicio de una devastadora violencia, dejaron una huella indeleble en la joven poeta: *Antes estaban lejos, casi desconocidos, / el combate y el trueno. / Ahora corre la sangre por los cauces iguales del odio y la esperanza... Estos acontecimientos orientaron el viaje de Maruja Vieira a Venezuela: ...la quietud del encuentro / con lluvia en los cristales. / Simple, sencillo, tierno, / itodo lo que era mío se me quedó tan lejos! (Poema: Tiempo definido).*

Venezuela acogió a Maruja Vieira con amor. Allí tuvo la oportunidad de trabajar con el director de cine Román Chalbaud y con Alberto de Paz y Mateos, en la televisión. Conoció a algunos de los más destacados intelectuales latinoamericanos de la época, entre ellos: Alejo Carpentier, Arturo Uslar Pietri y Miguel Otero Silva, con quienes sostuvo una profunda amistad. De regreso a su país, Maruja Vieira se radicó en Popayán, a la cual nombra en uno de sus poemas: *...ciudad remanso donde se aquieta la amargura...*; capital del Cauca en la que trabajó como librera en su propio negocio: *La Librería Guillermo Valencia*. Luego se traslada a Cali en 1959, donde contrae matrimonio con José María Vivas Balcázar, quien falleció de manera repentina, el 15 de mayo de 1960.

Su amor por el profesor, poeta y periodista caucano, sigue vivo, como lo comprueba este poema: *Todavía / la frágil quemadura de una lágrima / borra la luz del árbol. / Todavía / cerca del corazón se detiene la vida / cuando te nombra alguien. / Todavía te amo...* (Poema: *Todavía*) De su matrimonio quedó una hija, Ana Mercedes Vivas, escritora también y Comunicadora organizacional. Tras la muerte de su esposo, el Servicio

Nacional de Aprendizaje (SENA) la designó como Directora de Relaciones públicas para los Departamentos del Valle, del Cauca y de Nariño; esa posición fue ocupada por Maruja Vieira durante trece años.

En 1977 se radicó de manera definitiva en Bogotá, donde fue editora cultural de la *Revista Guión* y más tarde se desempeñó como Asesora de la Dirección del Instituto Colombiano de Cultura (Colcultura), entidad precursora del Ministerio de Cultura, de la que fue luego Jefe de Comunicaciones. Al término de esta importante labor, Maruja Vieira se dedicó por muchos años a sus cátedras de Literatura Universal, Literatura Latinoamericana, Literatura Española y Relaciones Públicas, en las universidades Central y La Sabana. Ha recibido múltiples condecoraciones.

En el 2004 ganó el *Premio Mujeres de Éxito*, en la *Categoría de Arte y Cultura*, por su excepcional contribución con su vida y obra, al desarrollo de la Cultura del país. Y del Movimiento Iberoamericano de Narración Oral Escénica, en el año 2007, fue distinguida con el *Premio a la Oralidad de la Cátedra de Narración Oral Escénica de Iberoamérica*. El 1 de noviembre de 2013 le fue otorgado el *Premio Nacional Vida y Obra*, del Ministerio de la Cultura de Colombia.

Para hacernos una idea de los inicios de Maruja como escritora, en Manizales, y en una época en la cual las mujeres no participaban en estas actividades, consideradas tan masculinas, en aquel momento, escuchemos las palabras de Carlos Enrique Ruiz, en su conferencia: «*Maruja Vieira en la poética de la ausencia*, cuando hizo la presentación del *Premio Mujeres de Éxito*, en el Teatro de los Fundadores de Manizales, entregado el 30 de marzo de 2006: *En la niñez tuve nítida noticia de Maruja Vieira (n. 1922). Ancianas tías nos hablaban con frecuencia de aquella mujer venida con precocidad al mundo de la cultura, con relatos como el de haber aprendido a leer en los periódicos, a los cuatro años, soliviada en las piernas de su mamá Merceditas White, a quien la poeta recuerda de "una dulzura extraña/ dibujada en la frente y las pupilas" y como "un resplandor de llama estremecida" (En: "Presencia tímida"). Además, las tías se ufanaban de ser "Ruiz de los mismos White de Piedras Blancas". Y por ahí quedaron familias como la Ruiz-White, en los vericuetos de territorios y de la vida. En casa se leían los versos de ella, cuando fueron apareciendo en periódicos, revistas y libros¹».*

1 Carlos Enrique Ruiz. "Maruja Vieira en la poética de la ausencia". Junio de 2006. <http://www.revistaaleph.com.co/component/k2/item/55-maruja-vieira-en-la-poetica-de-la-ausencia>

Bien podrán ustedes comprender la precocidad de Maruja Vieira, quien se enfrentó con resolución y tenacidad a las costumbres de una época, a la solapada imponencia de los varones, y como dice Gabriela Castellanos, en su artículo *Maruja Vieira: La mujer en la poeta, ella escribe para afirmar su personalidad y ser ella misma, no la hija del padre o la hermana de Gilberto*².

Hace unos 18 años inicié estudios de Teología, para poder descifrar misterios muy profundos del ser humano que atañen espiritualmente a la poesía. Lo externo, la materia, no me daban las luces para comprender ese más allá que encierra la palabra, su alcance, su verdadera dimensión. Este trabajo que hoy presento, lo inicié hace muchos años, porque no había podido descifrar cómo desde sus comienzos, en el origen mismo de nuestra poeta, Maruja Vieira, y en ese eterno retorno de su obra, a su vida, a sus antepasados y luego, en su amor por José María Vivas Balcázar, acontecimientos que encerraban un misterio, que quería descifrar.

Debemos tener en cuenta que la poesía, es un acto de meditación profunda, en la cual nuestra alma viaja y se comunica con el Todo, con el universo y éste le entrega un conocimiento que nos permite entender nuestros orígenes, dónde se inician los acontecimientos trágicos y complejos de quien escribe, para que pueda vislumbrar a través de las visiones y revelaciones que recibe, su sanación o al menos comprender qué hacer con su vida.

Existen ciclos y registros que están marcados en la vida de las personas, acontecimientos que se repiten, y que gracias a dichos ciclos, cada cierto tiempo vuelven a ocurrir, sin que esto tenga nada que ver con nuestra voluntad o deseo, porque un evento anterior de nuestra vida o de nuestros antepasados, ha propiciado el que esto ocurra. Podemos reconocer con esta información que nos entrega el poema que voy a leer, lo que acontece con Maruja en su infancia, para descifrarlo podríamos escudriñar incluso en varias generaciones anteriores. Al leer el poema *Altísima llama*, Maruja nos entrega un gran secreto, el misterio de las manos que apagaron, en su infancia, la llama de la lámpara de su mesa de noche.

2 Gabriela Castellanos Llanos. "Maruja Vieira: la mujer en la poeta". Págs. 150-166, en: *Literatura y diferencia. Escritoras colombianas del Siglo XX*. Volumen I. María Mercedes Jaramillo, Betty Osorio de Negret, Ángela Inés Robledo, editoras. Ediciones Uniandes. Editorial Universidad de Antioquia. 1995.

Altísima llama

¿Por qué lloras?
Porque anoche a mi lámpara
la apagó un viento amargo.

¿Qué buscas en la sombra?
La sombra de unas manos,
unas manos desnudas que se alzan
contra vientos de fuego
y los enlazan
y retuercen sus uñas mal hirientes.

Unas manos que nacen
en el cauce del río de la infancia
y crecen en los árboles
y vuelan con el ala de los pájaros.

¿Quién apagó tu lámpara?

No importa.
Hoy he vuelto a encenderla
con la última llama.

María Zambrano dice en *El sueño creador*: «Toda tragedia poética lleva en su centro un sueño que se viene arrastrando desde lejos, desde la noche de los tiempos y que al fin se hace visible. Todo en principio está ahí, en darse a ver y por eso es el despliegue de un instante, un solo instante en que se abre el abismo infernal del ser humano, donde yace aprisionado, en sus profundas entrañas. El personaje de la tragedia no puede salir del círculo mágico en que está apresado... no por el autor, sino por estar él mismo fijado en un instante como víctima de sacrificio que es³».

El abuelo materno de Maruja, John Henry White, nació en la ciudad de Cowes, en la Isla de Wight, en 1846. Ingeniero egresado de la Universidad de Oxford, desembarcó en el puerto de Buenaventura. *Funda-*

3 Carlos Varona Narvi6n. "Soñar la realidad para que la realidad nos suee: Marfa Zambrano". Págs. 65-69, en *Revista Archipiélago*. No. 59. Marfa Zambrano: *La Raz6n sumergida*. Barcelona, Espa#a, 2004.

*dor de Dabeiba, fundía en una misma luz su amor por esta tierra que hizo suya y la añoranza por su patria lejana*⁴. Por tanto, muchas de las imágenes utilizadas por Maruja en este poema, serán repetidas como una constante en toda su obra poética:

Sueño de mar

Sangre de marineros
que me viene a cantar
en las venas dormidas
con voz de inmensidad.

Barcos en horizontes
de viento, cielo y mar,
con velas transparentes
y cordajes de sal.

Puertos para una noche
y un alba, nada más.

Camino del retorno
que no se pudo hallar.

Hombres de ojos azules
y brazos de huracán,
anclados en remansos
de inmóvil soledad.

Bajo las lunas altas
me vienen a llamar
a bordo de sus naves
de niebla y de cristal.

Marineros errantes
que perdieron el mar.

Cuando leemos *Bajo las lunas altas / me vienen a llamar / a bordo de sus naves / de niebla y de cristal*, nos preguntamos si estos hombres

4 John Henry White Juan H. White. Página Web. Marzo de 2008. <http://juanwhite.blogspot.com.co/2008/03/blog-post.html>

tristes que dejaron su patria, que emigraron con su inmóvil soledad, no fueron la sombra que apagó la lámpara de Maruja Vieira en su infancia. La condena a la cual ellos sometieron a todos sus descendientes, puesto que su dolor y su soledad, se transmitirán a todos sus herederos, a través del ADN, a través de la sangre, este es el legado que recibe Maruja de los White. Ellos perdieron el mar, pero también habían perdido su patria, su tierra de origen y este vacío es incuestionable, y lo es aún en Maruja, que los revive a ellos en su poema *Exilio*, a pesar de ser un poema de amor:

Exilio

Mi patria eran tus manos,
 tu mirada,
 el suave temblor de tus labios.
 Ya no tengo tu hombro
 para mi cabeza rendida.

No tengo nada.
 Veinte años de exilio,
 amor mío,
 veinte años sin patria.

Recurro nuevamente a María Zambrano, cuando nos dice: «Por la palabra nos hacemos libres, libres del momento, de la circunstancia asediante, instantánea». Libre se hace Maruja con esta revelación que ha recibido y que la agobia. «Estas palabras tendrán ahora una distinta función; no estarán al servicio del momento opresor; ya no servirán para justificarnos ante el ataque de lo momentáneo (de la revelación, de ese conocimiento superior que nos atemoriza), partiendo del centro de nuestro ser en recogimiento, irán a defendernos de la totalidad de los momentos, ante la vida íntegra. ...en el escribir se halla la liberación, perdurabilidad -solo se encuentra liberación cuando arribamos a algo permanente-. Salvar a las palabras de su momentaneidad, de su ser transitorio, y conducir las en nuestra reconciliación hacia lo perdurable, es el oficio del que escribe⁵».

5 María Zambrano. "Hacia un saber sobre el alma. Por qué se escribe". Págs. 663-671, en: *Contando estrellas*. Siglo XX. 1920-1960. La vida escrita por las mujeres, II. Dirección Anna Caballé. Random House Mondadori. Barcelona, 2004.

Entonces Maruja arriba al poema, y va creando su obra poética y esta es su verdadera casa, su patria, al constituirse la palabra en algo permanente, lo que ha buscado desde su infancia, desde el momento en que comienza a escribir. Ella andaba a la deriva, exiliada, igual que un náufrago, como parte de la heredad recibida de sus antepasados. En este fragmento de su poema *El arroyuelo*, que hace parte de su obra inicial, también lo deja muy en claro:

El arroyuelo

Pero en lo más recóndito de su fondo pequeño
 el arroyuelo sabe, con segura conciencia,
 que su trazado cauce lo lleva lentamente
 hacia la lejanía sin fin de un mar inmenso.

Y ese arroyuelo es ella misma, Maruja, que por mucho que intente desprenderse de su cordón generacional, de sus ancestros marinos, hay un cauce infinito que la lleva a esa lejanía y la une de nuevo a ese mar inmenso del exilio, del abandono y la soledad.

Los seres humanos llegamos al mundo a través de una familia, la cual tiene ciertas características, por tanto recibimos su ADN, sus genes. Nos contaminamos de lo bueno y de lo malo que esa familia posee, tanto a nivel material, como espiritual. En algún momento percibimos en nuestra alma las cargas que hemos recibido, y en este momento nos entregan una visión, un conocimiento, y tomamos conciencia con mucha claridad, de cuáles son nuestras carencias y vacíos, para trabajar sobre dichas penurias o sufrimientos heredados, y que como decía antes, nos marcan. Debemos romper con una herencia, esto significa romper con este cordón espiritual y generacional.

Para lograrlo debemos volver al origen, para encontrarnos con nuestra verdadera realidad. El espíritu nuestro necesita avanzar para lograr sus propósitos. Si tengo conciencia de ese origen y no lo convierto en una trampa, podré seguir adelante con esa meta que me tracé. Fuera de nosotros no hay nada, el origen y todo lo que debemos encontrar, está dentro de nosotros mismos, y lo descubrimos en el silencio total, en una perfecta meditación, o sea, a través del poema. Otras veces nos llega en la noche, a través de los sueños.

Estos dos poemas que citaré a continuación, aluden a la infancia de nuestra poeta, *Los muros y el recuerdo* y *Al final del camino*. En ellos

encontramos palabras e imágenes que se repiten constantemente, a lo largo de su obra.

Los muros y el recuerdo

Era blanca mi casa, con ardientes geranios
que cifraban la luz en los altos balcones.

Había enredaderas finas y acariciantes,
lirios que recordaban la frente de mi madre.

También crecieron lirios, claveles y azaleas
para la cruel dulzura de mis manos pequeñas.

Allí aprendí la forma del árbol en el viento
y el viaje de las nubes en el agua del cielo.
Los pasos de mi padre resonaron alegres
en el amor lejano de mi primer recuerdo.

Y poco a poco fueron haciéndose más lentos
mientras mis ojos iban hallando el universo.

Allá una tarde supe que en el trigo hay angustia
cuando siegan de pronto su dorada cabeza.

Me arrancaron del alma los geranios ardientes
y los lirios y el río de los amaneceres.

Se llevaron mis ojos a un paisaje distinto,
de montañas oscuras bajo cielos de acero.
Me quedó un vago asombro de ternura y ausencia
y un camino que busco más allá de los sueños.

Al final del camino

Sólo pido
tu rostro para el sueño.

Tu nombre dibujado
en los telones del recuerdo.

Me iré con ellos lejos,
a la ciudad tranquila de los lirios,
de las campanas y de las violetas.

El tiempo será largo como un río
y seguirá copiando el mismo cielo
eternamente.

Y eternamente clara, casi viva,
tu sombra estará cerca.

Debemos creer en el mensaje que el poema nos entrega, como nos dice María Zambrano: «Acto de fe el escribir, y como toda fe, de fidelidad. El escritor pide la fidelidad antes que cosa alguna. Ser fiel a aquello que pide ser sacado del silencio. Y si al sacar de sí con seguro pulso la fiel imagen de transparencia de la verdad de lo escrito... Fidelidad que, para lograrse, exige una total purificación de las pasiones, que deben acallarse para hacerle sitio a la verdad. La verdad necesita de un gran vacío, de un silencio donde pueda aposentarse, sin que ninguna otra presencia se entremezcle con la suya, desfigurándola. ... por obra de la fidelidad a lo que es verdadero⁶».

Ahora vamos a entrar en los poemas de Maruja y en los de su marido, el poeta José María Vivas Balcázar, él muere poco tiempo después de su matrimonio, y es a él a quien Maruja ha consagrado sus más bellos poemas de amor. Entenderemos como existe un diálogo entre ellos dos, aún antes de que se conocieran..Vivas Balcázar muere antes de nacer Ana Mercedes, su hija. Pero lo que más debe asombrarnos es la autenticidad que existe en la obra de Maruja Vieira, cada palabra, cada imagen responde a su origen, el cual desentraña a través de su poesía. *Tener alma*, como subraya María Zambrano, es *tener derecho a la memoria de un origen y a la pretensión de encontrarlo*⁷.

Al leer su poema, *Clepsidra*, vemos como se detiene el tiempo y aquel amor continúa vivo.

Aquí, donde no estás,
la misma lluvia canta
y el musgo pinta sueños
en las piedras antiguas...

6 Ibídem.

7 Pedro Cerezo Galán. "La otra mirada A modo de introducción a la razón poética". Págs. 25-34, en: *Revista Archipiélago*. No. 59. María Zambrano: *La Razón sumergida*. Barcelona, España, 2004.

No se detiene el tiempo.
 Su fina gota sigue
 cayendo en la clepsidra.

Nos dice Martin Heidegger en *Arte y Poesía,...* «que se le ha dado al hombre el más peligroso de los bienes, el lenguaje, para que con él cree y destruya, se hunda o regrese a la eternamente viva, a la maestra y madre, para que muestre lo que es, que ha heredado y aprendido de ella, lo que tiene de divino, el amor que todo lo alcanza⁸».

Esta realidad recreada tan vivamente, por las palabras de Maruja, es tan evidente, tan auténtica, es el amor que bulle, no se detiene, continúa vivo y palpable, mientras cae la lluvia sobre el tiempo. Es la lluvia un claro símbolo del llanto, el cual alimenta a esa flor -la clepsidra- sin edad. El ser humano huye de lo divino, no ama su encuentro consigo mismo y con ese Ser Superior, por esa razón algunas personas desprecian la poesía, porque está fuera del control de la materia. *Agua de lágrimas*, nos dice María Zambrano, *surge del fondo de las entrañas, agua purificadora, que hace comprender y compartir, y condensa la tierra áspera y dura en limo de vida*⁹.

¿Quién nos puede asegurar que un poema escrito por el poeta José María Vivas Balcázar, el día de su matrimonio con Maruja, el 9 de septiembre de 1959, se haría realidad al poco tiempo? ¿Quién puede descifrar este poder premonitorio del poeta, del vate: *El vaticinador, el profeta de su propia vida*. Ese ser ensimismado que logra penetrar el silencio y hacer que su espíritu al comunicarse con el Infinito, le entregue un conocimiento de otra índole, quizá de carácter sagrado, de modo que no cabe la menor duda de su autenticidad y que el poeta debe serle fiel a esa revelación, puesto que algún día se hará realidad. Este es el poema de José María Vivas Balcázar para Maruja, el día de su matrimonio:

El poeta habla de su amor

Para llegar a esta mano
 tuve que andar espacio y tierra;
 la lluvia, la sombra y el sueño
 para llegar a esta estrella...

8 Martín Heidegger. *Arte y poesía*. Breviarios del Fondo de Cultura Económica. México, 1973. Págs. 129-130.

9 Pedro Cerezo Galán. ob. cit., pág. 31.

Ahora sé cómo se urden
los nidos en sombra y en yerba.

Ahora soy ese jazmín
y puedo ser esa cereza.

Ahora me puedo morir
como si nunca me muriera.

El poema escrito por Maruja, rememorando este 9 de septiembre, el día de su matrimonio:

Luz de septiembre

En la luz de septiembre
estoy buscándote.

Era una madrugada de campanas
que me ilumina todavía el alma.

Todo el amor del mundo
inundaba tus ojos.

Era un claro septiembre
de azahares.

...Te seguiré buscando,
con el amor de siempre,
en mi septiembre solitario.

Todos sabemos que poco tiempo después nuestro querido poeta, Vivas Balcázar, muere, pero él permanecerá en la voz de Maruja, él ya tenía una razón más poderosa que la vida misma, y era su sobrevivencia en esa voz de amor que estaba lanzando Maruja al mundo, y que estaba seguro al eternizarse en su poesía. Entonces, el mes de septiembre, se convierte en un mes cíclico y recurrente, fecha en la cual cada año ella llora, sufre y rememora la muerte de su marido, como si hubiera sido ayer, al igual que lo lloró en el momento de su muerte.

María Zambrano afirma: «El iniciado, el que había visto, que había llegado al fin -su confín, diríamos- había de sentirse en comunión con

lo humano inmediato, concreto, social y con la naturaleza unidamente¹⁰». Así el poeta Vivas Balcázar muere y se siente en comunión con Maruja, que es lo humano inmediato, y entonces empieza la germinación de su ser individual en paz. «... ya sin pesar y sin angustia, existir. Existir, ser ya apto para seguir creciendo desde sí mismo indefinidamente, atravesando todas las capas de la realidad que lo contienen, pacificada ya la naturaleza y la historia, para él al menos. Deshecho el nudo de la tragedia que a todo individuo humano sólo por serlo lo aprisiona¹⁰».

El poeta Vivas Balcázar muere y como dice María Zambrano, «atraviesa victorioso la tierra misma, que lo deja salir gozosamente, para darse multiplicado, en una forma perfecta, apta para ser consumida como alimento de vida¹⁰». Y qué mejor que por medio de la poesía de Maruja Viera. Un nuevo ser ha nacido a la vida y bajo la forma de la muerte. Muere el poeta como la semilla o el grano que alcanza luego su unidad perfecta con la tierra. Esta es la Unidad apetecida entre nuestros dos poetas y que como pareja logran. Esta es la comunión que solo con la muerte se puede alcanzar.

Ella al amarlo y confrontarse con su ausencia, contradice toda nuestra aseveración, porque para ella no existen palabras que puedan nombrarlo en toda su dimensión, ese amor la sobrecoge, la desborda, no cabe en las palabras. Hay que admirar la precisión del lenguaje en los poemas de Maruja, la sencillez y claridad de su vocabulario, el cual la hermana con la poesía de Antonio Machado. En este poema al que hacía referencia, es muy evidente:

Para ti no hay palabras

Para ti no hay palabras.
 Hay sólo mudas páginas en blanco
 y este lento caer de las manos inútiles
 que olvidaron y hallaron
 letras
 sueños
 y árboles.

10 María Zambrano. *El hombre y lo divino*. Breviarios del Fondo de Cultura Económica. México, 2016. Págs. 358 y 359.

Hubo palabras antes.

Cuando el mar,
cuando el grito luminoso
de los últimos faros.

Para ti sólo hay tiempo,
no hay palabras.

Y el tiempo es infinito
ahora que te amo.

La muerte de José María para Maruja significó en palabras de María Zambrano: «Esa misma piedad envuelve al héroe trágico, como en cálida placenta, en un autoconocimiento compasivo, que es también autoaceptación resignada de la profundidad, no menos abisal y terrible, de sí mismo¹¹».

Es además sorprendente el tono utilizado por nuestra poeta, puesto que crea la atmósfera de una epopeya, para hablar del ayer, de ese tiempo en el cual estaba presente el amor de José María: *Hubo palabras antes. / Cuando el mar, / cuando el grito luminoso / de los últimos faros*. Habla perfectamente del origen, de un ayer en la memoria, donde se siente flotar, su mundo se hace inmenso, no conoce límites. Maruja se devuelve y ansía penetrar en ese más allá, en un vuelo hacia el infinito que le devuelve la imagen y la razón de su gran amor. Es de nuevo en palabras de María Zambrano, palabras donde viven «... el acorde trágico, las tinieblas interiores del alma con la enigmaticidad e indisponibilidad de lo sagrado¹¹».

¡Cómo con tan pocas palabras, pueden expresarse tantas emociones!, la sutileza, la profundidad y el refinamiento de este lenguaje, nos deslumbran. En ese entonces el grito, entiéndase alegría expresada en toda su potencia, era luminoso, y hasta allí existieron los faros, los mismos faros que guiaron a sus antepasados los navegantes, a través del mar. Muere la luz a partir de este momento fatídico en que desaparece Vivas Balcázar. Pero recordemos la luz de la lámpara que una sombra apagó en su infancia, esa misma luz se volvió a apagar con la muerte de José María. Y lo que aquel hecho le revelaba era esta muerte, su

11 Pedro Cerezo Galán. ob. cit., pág. 31.

gran amor que desaparecería de la faz de la tierra, pero nunca de su corazón. En esa oscuridad Maruja siente que una luz, dentro de ella y desde el más allá, le llega. ¿Necesitaba nuestra poeta de esa oscuridad para dar a luz esta nueva poesía? Nos asegura Heidegger: «En ella puede llegar a la palabra lo más puro o lo más oculto...¹²».

Y qué tal el remate de oro del poema: *Y el tiempo es infinito / ahora que te amo*. Este broche maravilloso deja estremecido el aire. Pero lo que Maruja quiso decir es: *Contigo me acerco al Infinito, al Creador, Él es quien te envió a cumplir este destino nuestro, esa palabra que desde siempre, en un eterno retorno, nos había entregado*. Y son, Vieira y Vivas Balcázar, lo que algunos llaman almas gemela, puesto que uno y otro se compenetran con el mismo propósito, cumplen un destino paralelo, el cual conocen y reconocen a través de su poesía.

Quien conoce la ciencia del buen final del poema, tiene ganado un enorme terreno, en el difícil arte de la poesía. Para darnos cuenta cómo este amor se eternizó en el alma de Maruja, escuchemos su poema:

Todavía

Todavía
la frágil quemadura de una lágrima
borra la luz del árbol.

Todavía
cerca del corazón se detiene la vida
cuando te nombra alguien.

Todavía
rueda el mundo al vacío
desprendido y errante.

Todavía no encuentro las palabras
para decir la ausencia de tus manos.

Todavía te amo.

12 Martín Heidegger. ob. cit., pág. 31.

Luego nos encontramos con un poema de José María en el cual vemos cómo une su canto, entiéndase *poesía*, con el concepto de eternidad, cómo siente que ya cumplió su más alta misión, encontrar el camino de su palabra, de la mano de Maruja, a quien compara con la Beatrice de Dante, que lo rescata en su tránsito por el infierno. Y el poema de José María dice: *Perdido como Dante por el día, / nocturno y taciturno en mi querella, / veré en el puente de mi poesía / cruzar su sombra. Seguiré su huella. /... Y les diré a las infernales cosas: / Por los abismos de rosas siderales/ voy de su mano a eternizar mi canto. / De su mano que pálida me guía/ después de la tiniebla y el espanto.*

En Maruja, el poeta encuentra su máspreciado anhelo, eternizar su canto. La revelación que nos entrega Vivas Balcázar, es la del infierno, a donde llegan los muertos, y que ella, convertida en su demiurgo, en un ángel que lo ayuda a atravesar ese lugar de tinieblas y espanto, para convertirse en grano, en simiente, para dar a luz a su hija y luego para alimentar la creatividad de nuestra poeta.

Comprendemos como la palabra, que en este caso es sinónimo de luz, jamás podrá ser sofocada por la oscuridad: *De su mano que pálida me guía / después de las tinieblas y el espanto...* Las palabras para José María toman vida y son seres de carne y hueso. Recordemos el pasaje de la Biblia, Juan 1:4: *En él estaba la vida (entiéndase en la palabra), y la vida era la luz de los hombres.* Y luego Juan 1:14: *Y aquel que es la Palabra se hizo carne, y habitó entre nosotros.* Por eso cuando él, antes de conocer a Maruja, escribe el poema *Plegaria por ella*, uno de sus primeros poemas, en el cual nos dice:

Plegaria por ella

¡Dios mío! Su amada isla
con tu silencio cerca;
y sus playas queridas
con leve espuma y grises escolleras.

Que ninguno penetre
su soledad suprema;
que la sombra de otro hombre
no cruce por su arena...

¡Señor! Si acaso muero
antes de atar mi nave a su rivera,

enséñale que un hombre taciturno
ise hundió en el mar y que murió por ella!

Que si a la playa de su isla el alba
alguna tribu de gaviotas lleva,
que reconozca entre las alas blancas
de cada ave marinera mis poemas.

Que si en la playa de su isla sola
encuentra alguna perla,
que la recoja compasiva y piense
que este dolor se convirtió en estrella.

Todo el contenido del poema dedicado a la que sería su amada, y escrito cuando aún no conocía a Maruja, escuchen muy bien, sin haber conocido a Maruja, y en este tono de plegaria, de súplica, el cual cuenta con la fuerza que tiene el conjuro, hasta convertirse en una instigación, en un ruego encarecido al Creador para que a su amada, o sea, Maruja, la cerque con su silencio y a su vida ninguno hombre llegue. A esto me refiero cuando hablo del enigma, ese vaticinio tan directo y extraño, es la presencia en el poeta de una conciencia superior, donde el espíritu al desprenderse de su cuerpo, viaja y le trae una información que se hará realidad mucho, muchísimo tiempo después.

También afirma María Zambrano: «La tragedia, por decirlo en una palabra, es la experiencia pavorosa del poder de lo sagrado, como lo vitalmente necesario pero indisponible, aquello a lo que se debe la vida, como su sostén...¹³». Esta realidad oculta, es perturbadora, puesto que a los humanos no nos cabe en nuestra realidad física y material, una explicación a semejante misterio. Y María Zambrano: «...el ser y la verdad de las vidas, sin que se declara su secreto: en vivir según un orden dado por un secreto, que sólo declara por sus resultados, por el orden que produce¹⁴».

Vivas Balcázar pide en su poema que en esa *Soledad Suprema* en la cual queda Maruja, la sombra de otro amor nunca cruce su arena, o sea, amuralla a Maruja, la cerca espiritualmente, para que nadie más,

13 Pedro Cerezo Galán. ob. cit., pág. 31.

14 María Zambrano. *El hombre y lo divino*. Breviarios del Fondo de Cultura Económica. México, 2016. Pág. 358.

amorosamente, se acerque a ella. Y que ese hombre taciturno se hundirá en el mar para morir por ella. Es prodigioso que José María sepa que el mar, esa patria lejana de Maruja y de sus ancestros, la cual contiene los huesos y las cenizas de algunos de sus antepasados, y que ha llamado a Maruja como su Isla Wight, y es allí donde se reunirán los dos con sus ancestros, y que con aquella agua marina se purificarán para su reencuentro en el espíritu, y efectuar la comunión, la unidad que desde ese momento se hizo realidad.

La tragedia de ese amor, como bien dice María Zambrano: «... estaba presente desde antes que ellos se conocieran. Toda tragedia poética lleva en su centro un sueño que se viene arrastrando desde lejos, desde la noche de los tiempos y que al fin se hace visible¹⁵». Y que como lo dije antes, solo la muerte puede deshacer el nudo de la tragedia que aprisionaba a estos dos poetas.

Cuando el profesor Cristo Rafael Figueroa analiza el segundo libro publicado por Maruja, *Los poemas de enero* (1951), el cual dialoga con el poemario anterior, a través del motivo de las campanas, a través del ayer y del apego a formas clásicas, a lo cual se suma la indagación en los propios ancestros y recordemos que estaba aún lejos de conocer a José María Vivas Balcázar... El profesor Figueroa nos dice: «El amado, ese tú ausente que siempre regresa, se convierte en un “paisaje de enero en la distancia”, con quien el yo lírico desea encontrarse. Por su parte, el libro *Poesía*, también de 1951, manifiesta un tono conversacional; las elegías que lo constituyen evidencian el dolor y la ausencia hasta desembocar en el silencio, hermanado con la soledad. La lluvia, trocada en lágrimas, reitera la pérdida y la melancolía que habita el mundo de todos y el propio: el padre, la casa, los amigos y la escuela. En efecto, el padre muerto, cuya mano fuerte y varonil guiaba los pasos de la infancia, se convierte en símbolo de un mundo sin brújula. Precisamente, la melancolía de la voz poética, formada desde temprana edad en la nostalgia, se origina en la ausencia del padre y se acentúa en la ausencia de la madre y del hogar; motivos que, encadenados, estimulan la búsqueda incesante de lo perdido¹⁶».

15 Carlos Varona Narvión. “Soñar la realidad para que la realidad nos sueñe: María Zambrano”. Págs. 65-69, en *Revista Archipiélago*. No. 59. María Zambrano: *La Razón sumergida*. Barcelona, España, 2004.

16 Cristo Rafael Figueroa. “El lugar que ocupa Maruja Vieira en la Poesía colombiana”. Prólogo a la Antología de Maruja Vieira. Instituto Caro y Cuervo. En el Homenaje que el XIV Festival Internacional de Poesía de Bogotá, rinde a Maruja Vieira. Bogotá, 2006.

El Espíritu es quien da la vida; la carne no sirve para nada. Las palabras se las he dicho con espíritu y vida. Juan 7: 63. Esto significa que la palabra tiene espíritu y crea vida, hacen realidad aquello que José María y Maruja nombran. Ahora un poema de Maruja:

¿Sola?

Tus ojos
vinieron a mirarme
en esta hora
oscura y áspera.

Yo me creía sola
pero estabas aquí.

El amor
le arrancó tu mirada
a la muerte.

En esta forma ha transcurrido la vida y la obra poética de Maruja, sostenida por ese amor, por la luz de esa presencia que se hace eterna en su poesía, el poeta Vivas Balcázar en la vida y obra de Maruja.

¿Dónde empieza el sueño y dónde la realidad en estos dos poetas? Ambos se sumergen en la poesía como en su propio elemento, es el agua que les corresponde, y manejan con tal propiedad el lenguaje, que nos abisman en tan honda profundidad, con una sencillez que parecería simple, algo sencillamente cotidiano. Es el lenguaje de la vida misma, sin mayores pretensiones, pero que logra, a partir de su existencia, crear una realidad, una dimensión distintas de los hechos, que se tornan verdad y se crean a partir de la palabra, la cual es revelación, palabra interior. Ellas estaban en el universo dispuestas a ser entregadas a Maruja y a José María, y ellos las atraparon, en y desde su interior. Esa era su verdad, la que vivieron, por dura que nos parezca, y de la que vinieron a dar testimonio como poetas.

Al leer el poema de Maruja, *Raíz eterna*, nos sumergimos de nuevo en este ser que pinta nuestra poeta, y que va más allá de la carne, porque son sus almas las que se encuentran y dialogan, la que han podido fundirse en el Cosmos, en el Espíritu, luego y aún antes de que se conocieran. Allí no hay dudas, ni temores, solo la certeza de este Amor:

Raíz eterna

Tú eres más que un rostro
más que un hermoso cuerpo.

Eres aquel murmullo del río entre la lluvia,
aquella forma vaga del monte tras la niebla,
profundamente asidos al trémulo paisaje,
del sitio de la vida donde nace el recuerdo.

Tú eres más que un nombre,
más que un paso en la tierra.

Te cerca un bosque denso, de misteriosos árboles,
con pájaros errantes y canciones sin término.
Te guarda entre sus ramas de música, te encierra,
lejos de la ceniza destructora del tiempo.
En ti el amor humano, de raíces eternas,
me entregará su clave de renuncia y tristeza.

De nuevo las palabras sobrepasan la materia, van más allá del polvo, y será ese mismo amor humano, de *Raíces eternas*, el que le entregue *la clave de la renuncia y tristeza* a nuestra poeta. Ella asume este dolor, la pérdida de José María, y conforme a este extraño designio, ella se dedica el resto de la vida a cantar y a llorar a su gran amor. María Zambrano lo define así: «... la renuncia a la razón por amor a la vida, es decir, por fidelidad y sinceridad con la vida, (con las revelaciones recibidas) asumiendo y apurando en el cáliz del sufrimiento, la experiencia integral del alma¹⁷. Sólo da la libertad quien es libre. La verdad os hará libres. La verdad, obtenida mediante la fidelidad purificadora del hombre que escribe¹⁸».

Para admitir la verdad, así no nos agrade y siempre queramos modificar lo que ese Espíritu divino nos revela y lo que nuestro espíritu detecta en el Universo, lo recibe y nos lo entrega. Y para que utilicemos este conocimiento, de la mejor forma posible, se requiere valor, entereza, ser una poeta íntegra, en el sentido más profundo de la palabra,

17 Pedro Cerezo Galán. ob. cit., pág. 31.

18 María Zambrano. "Hacia un saber sobre el alma. Por qué se escribe". Págs. 663-671, en: *Contando estrellas*. Siglo XX. 1920-1960. La vida escrita por las mujeres, II. Dirección Anna Caballé. Random House Mondadori. Barcelona, 2004.

para no acomodar la verdad a su manera, ni manipularla, y que diga lo que ella realmente debe y tiene que decir.

Como nos explica Gastón Bachelard en su libro: «La poética de la ensoñación: En una ensoñación pura, que lleva al soñador a su tranquila soledad, todo ser humano, encuentra su reposo en el ánimo de la profundidad... Descenso sin caída. En esta profundidad indeterminada reina el reposo femenino¹⁹».

En el poema de Maruja, *Isla*, es también muy clara la presencia de José María, a través de su hija, Ana Mercedes.

Isla

Y te siento
a mi lado.

¿Vienes a ver tu rostro
reflejado
en el rostro pequeño?

¿Vienes a sonreír
en otros labios?

... Al abrir la ventana
llegó el aroma
de las camias.

La niña duerme.
Todo está en silencio.
Y me hablas.

La sabiduría de la poesía de Maruja radica en su sencillez y en saberse despojar de cualquier adorno o artificio inútil. Va a la esencia misma de la palabra y la entrega directa. El poema *Tiempo definido*, es muy claro para comprender la voz de Maruja. La música en esta poesía, tanto en la de Vivas Balcázar como en la de la propia Maruja, es la voz de un río que lleva el agua al rincón preciso, con la fuerza y la elegancia

19 Gastón Bachelard. *La poética de la ensoñación*. Breviarios del Fondo de Cultura Económica. México, 1986. Págs. 98 y 99.

que sólo dos maestros de la poesía pueden lograr. Este es un fragmento del poema:

Tiempo definido

Está bien que la vida,
de vez en cuando, nos despoje de todo.
En la oscuridad
los ojos aprenden a ver más claramente.
Cuando la soledad
es el total vacío del cuerpo y de las manos,
hay caminos abiertos
hacia lo más profundo y hacia lo más distante.

En el silencio, las amadas voces
renuevan claramente sus palabras
y los muros custodian
el rumor conocido de los ausentes pasos.

Los labios que antes fueron
sitio de amor en las calladas tardes,
aprenden la grandeza
de la canción rebelde y angustiada.

Sigue un lento caer de horas inútiles,
desprendidas del tiempo.

Y más allá del círculo pequeñito del mundo,
aquel mundo cerrado, con sus vagas estrellas
y su bruma de sueños, despierta inmensamente
la herida voz del hombre poblador de la tierra.

Nos dice María Zambrano: «En medio del sufrimiento se abre una nueva sabiduría “aprende padeciendo”, que decía Esquilo y, explorando las innumerables formas con que la acosa y persigue el Dios desconocido, descubre el alma conjuntamente sus demonios interiores, las pulsiones que la agitan y enajenan hasta hacerla delirar²⁰».

20 Pedro Cerezo Galán. ob. cit., pág. 31.

Está bien que la vida,
de vez en cuando, nos despoje de todo.
En la oscuridad
los ojos aprenden a ver más claramente.
Cuando la soledad
es el total vacío del cuerpo y de las manos,

Nadie puede olvidar cómo logran los grandes iniciados elevarse, dentro de su proceso interior, cuando se ensimisman y bucean en su cripta más profunda, y transitan por sus distintas moradas, como lo hizo Santa Teresa, para reconocer que en la oscuridad total, en el despojo absoluto de todo lo material, se logra ascender, poco a poco, en la escala espiritual, ver y reconocer lo que otros jamás podrán vislumbrar.

¿Cómo aparecen los profetas y los poetas en esta tierra? ¿Cómo descubrir las voces interiores, los grandes hallazgos ya sean poéticos o científicos? La luz que no se apaga, la que vive en nuestro ser más profundo, y cruza ese Vacío Total, como lo llama Maruja, donde ascendemos a esa esfera, la más alta, *Atziluth*, arca donde permanecen las revelaciones y la esencia sagrada, intactas. Es también la voz del Altísimo que nos colma con su sabiduría y con su luz y nos define otros caminos, los invisibles, los del misterio, los de la Poesía, que son los del alma y el Espíritu.

Bogotá, 11 de mayo de 2018

HOMENAJE A GIACOMO LEOPARDI

220 AÑOS DE GIACOMO LEOPARDI

Por
Edilberto Cruz Espejo



Leopardi en su lecho de muerte.

Introducción

En el año de 1973, el Instituto Caro y Cuervo publicó el tomo VI del *Archivo Epistolar Colombiano* que lleva como título *Epistolario de Rufino José Cuervo y Miguel Antonio Caro con Antonio Gómez Restrepo*. Buscando datos sobre la vida de Cuervo y sobre su *Diccionario*

me encontré con la figura del famoso poeta de Recanati¹: Giacomo Leopardi.

En la introducción del epistolario a cargo de monseñor Mario Germán Romero aparece un apartado titulado «Los cantos de Giacomo Leopardi». Este epistolario me permitió establecer mi primer contacto con el destacado poeta italiano, que el viernes 29 de junio cumplirá su duocentésimovigésimo aniversario, razón por la cual hacemos este sencillo homenaje, en el que recreamos el trabajo de monseñor Mario Germán Romero, editor del Epistolario y de la introducción; y el trabajo de don Antonio Gómez Restrepo, autor del libro *Cantos de Giacomo Leopardi*, cuya preparación fue revisada y compartida con don Rufino José Cuervo, según consta en dicho epistolario.

1. El epistolario de Cuervo y Gómez Restrepo

Nos cuenta monseñor Romero que a comienzos del siglo XX, a su regreso a Bogotá, Antonio Gómez Restrepo acomete el ejercicio de traducir a Giacomo Leopardi, ejercicio que describe de la siguiente manera en carta dirigida a don Rufino José Cuervo:

«Para distraer un poco el espíritu abrumado por tantas preocupaciones y por la aflicción producida por la muerte de uno de mis hermanos [Ruperto Gómez Restrepo], ocurrida el mes de Setiembre [de 1901], me puse a traducir a Leopardi y acabo de terminar la versión completa de sus poesías, que deseo dedicar a U., cuando las circunstancias me permitan publicarla. Próximamente enviaré a Ud. algunas muestras para que, si tiene algún momento desocupado, tenga la amabilidad de leerlas e indicarme si no he andado del todo descaminado en la interpretación de aquel gran poeta. De antemano me acojo a su indulgencia (1^o de enero de 1902)» (Gómez Restrepo, en Romero, 1973. XXV).

1 Don Antonio Gómez Restrepo, hace cien años, describía así la ciudad: «Cuando se visita a Recanati; noble ciudad de las Marcas, de calles solitarias y silenciosas en donde, hace un siglo, la vida debía deslizarse uniforme y monótona; cuando se contempla la severa perspectiva de los hermosos panoramas que la circundan; y se visitan los vastos y graves salones del palacio en donde pasó Leopardi tantos años de vida solitaria y de meditación devoradora, adquieren mayor poder de emoción esos cantos que tan bien reflejan el ambiente de una existencia, a un tiempo señorial y provinciana» (Gómez Restrepo, 1929, XVIII). «Recanati es un municipio italiano ubicado en la provincia de Macerata en la región de Marcas. Es la ciudad natal del poeta Giacomo Leopardi y sede del Centro Mundial de la Poesía» (*Wikipedia*).

Notemos en primera instancia la promesa de dedicar el libro a don Rufino José, como también la solicitud de lectura y corrección. El interés de Cuervo por la traducción de Leopardi no fue menor al que puso en el tomo de versos *Ecoss perdidos*, de don Antonio Gómez Restrepo, libro que fue básicamente definido y editado por don Rufino, además de estar engalanado con su prólogo². Al recibir la carta don Rufino responde de inmediato diciendo:

«Aguardo con impaciencia las muestras que U., me ofrece de su traducción de Leopardi U., que (antes que el viaje a Italia) hizo el *Viaje a Grecia*, puede mejor que nadie darnos en castellano a ese poeta incomparable, que parece haber fundido en un solo molde los más preciosos elementos del arte antiguo y moderno. Ya se figurará U., cuánto me lisonjea el que U., quiera honrarme con poner mi nombre en un libro en el que el autor de *Amor supremo* interpreta al de *Il primo amore* (25 de marzo de 1902)» (Cuervo, en *Epistolario VI*, 1973, 109-110).

En la misma carta don Rufino, que ha vivido muy enfermo en los últimos años, insiste en el honor que tendría por la dedicatoria, sin embargo pareciera que presente que llegará tarde: “El honor que U., me prepara tiene para mí no se qué de honor funerario, como corona sobre una tumba; tan achacoso y triste me siento (25 de marzo de 1902)” (Cuervo, en *Epistolario VI*, 1973, 110).

Gómez Restrepo responde casi de inmediato: «Con ocasión de su amabilísima carta, he vuelto a desenterrar el borrador de mi traducción de Leopardi, que dormía desde hacía meses en el fondo de mi escritorio, sin esperanza de ser visto por persona viviente. Esta nueva lectura ha hecho resaltar todas las imperfecciones y deficiencias de que adolece un primer esfuerzo en materia tan difícil; con todo, me permito enviar a U., una muestra de mi trabajo, como testimonio de confianza y cariño más bien que como homenaje literario, sometiendo tan pobre ensayo al superior e inapelable juicio de Ud. (24 de mayo de 1902)» (Gómez Restrepo, en *Epistolario VI*, 1973, 114).

2 Sabemos, por la pluma del mismo Gómez Restrepo, que don Rufino se empeñó en que se editaran los versos de *Ecoss perdidos* y así nos cuenta: «Y no solo se encargó de dirigir la edición, que resultó como es natural, un primor tipográfico, sino que se dignó enlazar los hilos de oro de su estilo a la trama de mis versos y los autorizó con un prólogo todo benevolencia, que considero como un timbre de mi vida literaria» (Gómez Restrepo, en Romero, 1973, XVIII-XIX).

En efecto, Cuervo recibió el trabajo y una vez leído, corregido y sobre todo cotejado con el original italiano, lo regresa con la siguiente observación: «Devoré enseguida las traducciones, que me gustaron mucho; me pareció que el tono, la elegancia sobria y sobre todo la claridad, correspondían al original. / Pero no quise escribir a U., enseguida, deseando que ese parecer fuese dado después de cotejadas con el original; para lo cual se me ofrecía agradable ocasión, pues me preparaba a salir al campo (algo tarde por el mal tiempo, y achaques menudos pero enfadosos). [...] El manuscrito en una mano y el libro en la otra fue recorriendo una a una las composiciones, y duplicándose el placer con la interpretación de U., que tan bien ha entendido y sentido al poeta. [...] / Devuelvo a U., el manuscrito, acompañado de una hojita en que he anotado algunas boberillas que [se] me han ocurrido (24 de septiembre de 1902)» (Cuervo, en *Epistolario VI*, 1973, 116).

Gómez Restrepo inicia, por entregas, la publicación de sus traducciones de Leopardi, en *El Nuevo Tiempo Literario*, que le envía, con regularidad, a Cuervo. Al recibir don Rufino José los materiales publicados en el periódico, le contesta: «No sé si, como siempre sucede, la letra de molde realza las cosas buenas. O si el deseo de ver impresas las poesías de Leopardi, como ilusión realizada, me las ha hecho saborear con íntimo deleite, Me han parecido admirables, y estoy orgulloso de que conste que soy amigo de U., única cosa que me hace acreedor a esa prenda de afecto (24 de junio de 1904)» (Cuervo, en *Epistolario VI*, 1973, 118).

Advertimos nuevamente el orgullo que sentía don Rufino con la promesa de don Antonio de poner su nombre en la dedicatoria. A renglón seguido le comenta: «Ojalá consiga U., que los directores de *El Nuevo Tiempo Literario* le cumplan la promesa de la tirada aparte, para que puedan disfrutar de su preciosa y delicada labor los muchos admiradores que en todas partes cuenta U. Si no lo hicieren, será indispensable, que, abonanzando los tiempos haga U., una edicioncita como la merecen el autor y el traductor (24 de junio de 1904)» (Cuervo, en *Epistolario VI*, 1973, 118).

En la carta de septiembre de 2004 Cuervo juega con el léxico de los jugadores y apuesta que son mejores los versos de don Antonio que los de Gaspar Núñez de Arce y 'se los echo de tapada': «Calcule U., pues lo deliciosa que me ha sido la escapatoria que U., me ha proporcionado con enviarme la continuación del Leopardi (del No., IV al XV: los tres primeros están en casa y ya hablé a U., de ellos). He leído y

releído todo con indecible deleite y admirado de nuevo la perfección de la labor: los tercetos de “El primer amor”, para no hablarle de todas las poesías, son insuperables, y se los echo de tapada a los de *Selva oscura* o el *Raimundo Lulio* (6 de septiembre de 1904)» (Cuervo, en *Epistolario VI*, 1973, 120-121).

Para ejemplificar, transcribimos los cinco primeros tercetos de *El primer amor*³, invitando necesariamente a leer todo el poema o mejor todos los poemas del libro de Gómez Retrepo.

¡Cómo recuerdo el agitado día
En que movióme amor súbita guerra,
Y dije: si es amor, cómo porfía!

Con los ojos clavados en la tierra
Miraba, de mi pecho en el arcano,
La imagen celestial que allí se encierra.

¡Oh amor que para mí fuiste tirano!
Por qué tan deleitoso sentimiento,
Hacer brotar entre dolor insano?

Por qué en medio de angustias y lamento,
Y no serena y apacible y pura,
Nació en mí la pasión como un tormento?

Dime, cándido pecho, qué pavura
En ti causaba la divina idea
Que sobre todas las demás fulgura

(Leopardi, en Gómez Retrepo, 1929, 52).

Cuervo, fuera de exaltar la perfección de la traducción de los poemas de Leopardi, reitera su orgullo de contar con la promesa de la dedicatoria: «En días pasados leí que iba a suspenderse la publicación de *El Nuevo Tiempo Literario*, y temblé pensando que se quedara por ahora inconclusa la traducción de Leopardi. Ha sido pues

3 Queremos recordar que el primer amor de Leopardi fue la prima de su padre: Gertrude Cassi-Lazzari, de 27 años, que ve llegar a casa como una aparición, se enamora perdidamente de su recuerdo cuando ella ya se había marchado; a ella está dedicado su poema “El primer amor”.

gratisima la llegada de los últimos números en que U., da hasta la *Resurrección*. He devorado todas las composiciones, y me han parecido a cual más perfectas; deseaba mucho ver la última, por las dificultades de la forma, y me ha satisfecho completamente. Estoy realmente envanecido del honor que U., me ha hecho poniendo mi nombre al frente de su obra (6 de diciembre de 1904)» (Cuervo, en *Epistolario VI*, 1973, 123).

Terminada la publicación de las traducciones en *El Nuevo Tiempo Literario*, exclama don Rufino: «¡Bravo! ¡Gracias a Dios! Esta nueva publicación honrará las letras americanas, y será precioso timbre de su nombre. El cariño a U., y el entusiasmo que me inspiran todos sus trabajos, son la única disculpa para que mi nombre vaya al principio del libro; y digo libro, porque U., se resolverá a hacerlo (25 de mayo de 1905)» (Cuervo, en *Epistolario VI*, 1973, 124).

Desafortunadamente el libro no se editó entonces. Don Rufino José Cuervo murió en París en 1911. Muchos años después, en 1929, aparecieron los *Cantos de Giacomo Leopardi*, traducidos en verso por Antonio Gómez Restrepo, Ministro de Colombia en Italia, Individuo Correspondiente de la Real Academia Española y con la siguiente dedicatoria «Al egregio escritor/ Don Antonio Rubió y Lluch/ En testimonio de admiración/ Y de fraternal afecto/ Dedicar este libro/ El Traductor/ Roma, febrero 1929»

Sorprendido y apesadumbrado Monseñor Mario Germán Romero reconviene: «Muy merecedor el señor Rubió y Lluch de este y otros muchos homenajes, pero cuando uno ha seguido el curso de esta correspondencia epistolar, no se contenta con que allí no se hubiera estampado el nombre de don Rufino J. Cuervo» (Romero, 1973, XXVII).

Este *Epistolario* y los *Cantos de Leopardi* fueron tema de una conversación muy agradable que sostuve con el director de entonces, el doctor José Manuel Rivas Sacconi, gran conocedor de Leopardi, con quien rememoramos la noticia que apareció en el *Thesaurus* de 1960, que habla precisamente del discurso de inauguración de las tertulias literarias de Yerbabuena, que inaugurara en su día el expresidente Eduardo Santos.

Esta nota dice: «El sábado 3 de diciembre de 1960, el expresidente de la República doctor Eduardo Santos pronunció la primera de una serie de conferencias que habrán de efectuarse en el Museo Literario

de Yerbabuena, por iniciativa de su directora, doña Isabel Lleras de Ospina. El tema elegido para aquella ocasión fue Giacomo Leopardi, con cuya obra el doctor Santos tiene una larga familiaridad. La vida de sufrimiento del poeta y el amor platónico como motivo esencial de su lírica fueron los puntos esenciales de su exposición, que publicaremos posteriormente» (*Thesaurus*, XV, 1960, págs. 389-390).

La conversación con don José Manuel Rivas Sacconi ocurrió en el año de 1974, catorce años después de prometida la publicación. Tuve la oportunidad de insinuarle el buen recibo que tendría la publicación del discurso del doctor Santos como homenaje a su memoria. Debieron pasar otros catorce años hasta que en 1988, al cumplirse el centenario del nacimiento de Eduardo Santos (1888-1974) para que se publicara la conferencia que se tituló *Apuntes sobre la vida y las poesías de Giacomo Leopardi*.

2. Los cantos de Leopardi

Aunque con un sabor amargo por la sorpresa y pesadumbre de Monseñor Romero, que compartimos porque nos muestra descarnadamente el desplante del connotado poeta e historiador con su gran amigo don Rufino José Cuervo, una vez leído el epistolario, movido por la curiosidad, fui a la biblioteca y en efecto encontré en el fichero el siguiente registro: Gómez Restrepo, Antonio, *Cantos de Giacomo Leopardi*, Roma, Scuola Tipográfica Salesiana, 1929, (xxx + 178). Debemos sí recordar que todos los poemas traducidos fueron leídos, releídos, corregidos y cotejados por don Rufino José Cuervo. Me propuse, como don Rufino, devorar la obra inmediatamente, e intentar una reseña.

Aunque ya lo hemos mencionado el libro presenta, en primera instancia, la dedicatoria definitiva con la siguiente distribución tipográfica:

Al egregio escritor
Don Antonio Rubió y Lluch
En testimonio de admiración
Y de fraternal afecto
Dedica este libro

El Traductor
Roma, febrero 1929

La introducción del libro se titula llanamente "Leopardi", allí se encuentra una muy buena aproximación tanto al poeta como a su obra lírica, que inicia con la siguiente frase: «Por consentimiento unánime del mundo culto, Leopardi ocupa un puesto entre los grandes poetas líricos de todos los tiempos⁴» (Gómez Restrepo, 1929, VII).

Claro que no fue el único poeta italiano de su generación; «pues en frente de él se levanta, no menos representativo, Manzoni⁵» y una amplia lista de escritores donde deben aparecer Giovanni Berchet, Ugo Foscolo, Massimo d'Azeglio, Tomasso Grossi, César Cantú, y a Giovanni Rufini, quienes se ganaron el interés de los jóvenes apasionados por la lectura.

Continuando con Gómez Restrepo en su introducción nos dice:

«Aparte de su inspiración excelsa, han contribuido a hacer de Leopardi una figura legendaria las circunstancias dolorosas de su vida. Su persona ha adquirido una trascendencia simbólica; y este nuevo raptor del fuego celeste, de la chispa del genio, se ha presentado a la admiración conmovida del mundo, encadenado por la suerte adversa en su solitario retiro de Recanati» (Gómez Restrepo, 1929, VII-VIII).

Dentro de las circunstancias dolorosas de su vida, Pietro Citati⁶ nos recuerda que siendo adolescente, su cuerpo dejó de crecer, su estatura se detuvo en 1,40 metros y se le formaron dos grandes jorobas, una en el pecho y la otra en la espalda. «Leopardi estaba convencido de que sufría raquitismo y que él mismo se lo había ocasionado por leer de rodillas. Se acusaba a sí mismo de haber destrozado su juventud con sus propias manos» (Citati, www).

4 En el discurso de inauguración del Museo literario de Yerbabuena, el presidente Eduardo Santos dijo:

«El gran Manzoni no sospechó siquiera que estaba ante una de las tres grandes e inmortales figuras de la poesía italiana: Dante, Petrarca, Leopardi» (Santos, 1988).

5 Alessandro Manzoni, originario de Milán, cuya primera obra *Himnos Sacros*, muestra su vibrante fervor religioso y un intenso ardor patrio, aunque su renombre y prestigio literario mundial lo consiguió con *Los novios*, novela histórica de 1827, constituida en uno de los libros nacionales italianos que narra las desventuras de una pareja perseguida por un noble encaprichado de la muchacha.

6 Pietro Citati, uno de los más importantes críticos literarios e intelectuales italianos, se dedicó años a estudiar la vida y las obras de Leopardi en riguroso orden cronológico hasta publicar un libro de 528 páginas titulado *Leopardi*, escrito como un viaje apasionante a las profundidades del poeta.

«Hay en la poesía de Leopardi otro elemento de belleza: la energía. Endeble de cuerpo, tenía él una entereza indómita de pensamiento, una virilidad de carácter que imprimen una poderosa unidad a su obra artística y a su sistema filosófico» (Gómez Restrepo, 1929, XI-XII).

A pesar de las enfermedades, Leopardi era dueño de gran vitalidad, lo que lo llevó a viajar por media Italia y a escribir, leer y pensar incansablemente. «Tenía una vitalidad infinita, como la de Tolstoi. Esa vitalidad, decía, era la que provocaba su desventura, porque pensaba que los hombres vitales son también desventurados» (Citati, www).

«Leopardi pagó con dolores físicos y torturas morales superados con viril energía, su deuda con la gloria» (Gómez Restrepo, 1929, XXVII).

Leopardi quería ser reconocido por lo que su intelecto fuera capaz de ofrecer, y no por los problemas y enfermedades que tuvo que soportar en su corta vida.

Continuando con la introducción de Gómez Restrepo, nos detenemos en la condición de erudito de nuestro autor. «Leopardi fue, no solamente un genio poético, sino un prodigio de precocidad, igual a los mayores que registra la historia. A la edad en que la mayor parte de los hombres comienzan sus estudios, él era un erudito, conocedor de las lenguas clásicas hasta el punto de escribir odas en griego, que pasaban fácilmente por originales antiguos recientemente descubiertos» (Gómez Restrepo, 1929, VIII).

En Wikipedia encontramos el siguiente relato que confirma lo dicho por Gómez Restrepo: «Consumió su infancia estudiando desesperadamente y leyendo con una curiosidad inagotable hasta altas horas de la noche. A los once años lee a Homero, a los trece escribe su primera tragedia; a los catorce la segunda: *Pompeyo en Egipto*; a los quince un ensayo sobre Porfirio. A esa edad conocía ya siete lenguas y había estudiado casi de todo: lenguas clásicas, hebreo, lenguas modernas, historia, filosofía, filología, ciencias naturales y astronomía. Los maestros que habrían debido prepararle para el sacerdocio debieron admitir que no tenían mucho que enseñarle. Tanto estudio repercutió en su salud: Leopardi fue durante toda su vida un hombre enfermizo. En 1810 recibió la tonsura de manos del obispo Bellini. Pero la lectura de los enciclopedistas franceses destruye definitivamente su fe religiosa» (Wikipedia, www).

Cerramos esta breve alusión a la gran erudición de Leopardi que supo armonizar con su sensibilidad poética, acudiendo nuevamente a la introducción de Gómez Restrepo: «Esta erudición enorme, ejercitada más que en las labores estéticas, en áridos trabajos de biblioteca, como los que dieron origen al *Ensayo sobre los errores populares de los antiguos*, no oprimió su inspiración poética, la cual desplegó libremente sus alas, sin que el polvo de los pesados infolios amortiguase el brillo y la esplendidez de sus colores. Su poesía es sabia, porque es la de un pensador y un humanista, pero jamás es retórica ni pedantesca. Convirtió la erudición en materia poética, infundiéndole vida y sentimiento» (Gómez Restrepo, 1929, VIII- IX).

De la sinceridad de Leopardi responden no solamente sus versos, sino estas líneas que escribió para dedicar la colección de sus poesías a sus amigos de Florencia: «Caros amigos míos: os dedico este libro en donde he tratado de consagrar mi dolor, en la forma en que esto puede intentarse en poesía. Con él me despido, no sin lágrimas, de las letras y de los estudios. Yo tenía la esperanza de que estos amados estudios fueran el sustento de mi vejez; y que, después de haber perdido todos los demás halagos de la niñez y de la juventud, me quedaría este solo bien, sin que ninguna fuerza, ni desventura alguna pudiera arrebatármelo. Pero no había cumplido veinte años, cuando la dolencia de los nervios y de las entrañas, que privándome de la vida, no me da esperanza de la muerte, me dejó solo a medias en posesión de aquel único bien; y dos años antes de llegar a los treinta, me lo arrebató del todo y creo que para siempre. Bien sabéis que estas mismas líneas no me es posible leerlas y que para corregirlas, tengo que acudir a los ojos y a las manos de otra persona. Ni sé ya quejarme, mis caros amigos; pues la conciencia misma que tengo de mi infelicidad, me impide el uso de los lamentos. Le he perdido todo: soy un tronco que siente y sufre. Pero durante este tiempo, os he conocido a vosotros; y vuestra compañía, que me reemplaza los estudios y toda otra satisfacción y toda esperanza, sería casi una compensación de mis males, si la enfermedad me permitiera gozar de ella como yo querría; y si no comprendiese que mi suerte me la arrebatará también muy pronto, obligándome a pasar los años que me quedan privado de todos los consuelos de la cultura, en un lugar en donde están mejor los muertos que los vivos. Vuestro afecto me acompañará siempre y sobrevivirá quizá cuando mi cuerpo, que ya no vive, se haya convertido en cenizas. Adiós. Vuestro Giacomo» (Leopardi, en Gómez Restrepo, 1929, XXIII- XXV).

Al finalizar la introducción pero antes de iniciar las traducciones Gómez Restrepo presenta dos hermosos sonetos en honor a Leopardi. Leemos para finalizar, el primero:

En el palacio Leopardi

I

En este melancólico aposento,
De viejos pergaminos tapizado,
Leopardi, a su dolor encadenado,
Dejaba divagar su pensamiento.

A veces distraía su tormento
Del vecino telar el son pausado
O del pájaro solo en el tejado
El largo trino que se lleva el viento.

Por el andén de la desierta calle
Cruzaba a veces tímida doncella,
Flores trayendo que cortó en el valle;

Y él, siguiendo los giros de su huella,
Y la armoniosa ondulación del talle,
Volar dejaba el corazón tras ella.

II

En noche limpia, misteriosa y pura,
Cuando su abismo transparenta el cielo,
Daba el enfermo pábulo a su duelo
Interrogando a la inmortal natura.

De la Creación la prístina hermosura
Avivaba las ansias de su anhelo,
Y su alma alzaba hacia el azul el vuelo
Con mezcla de deliquio y de pavora.

Atrás dejaba la nativa aldea,
El valle amigo, la cercana cumbre,
Y el frecuentado bosque favorito;

Y lanzándose allá do centellea
De las estrellas la serena lumbre
Zozobra en el mar de lo Infinito.

Antonio Gómez Restrepo
(Racanati, 1895).

Bibliografía

- Citati, Pietro, *Leopardi*, Traducción de Juan Díaz de Atauri. Acantilado. Barcelona: 2014.
- Epistolario de Rufino José Cuervo y Miguel Antonio Caro con Antonio Gómez Restrepo*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, Archivo Epistolar Colombiano, núm. VI, 1973.
- Gómez Restrepo, Antonio, *Cantos de Giacomo Leopardi*, Roma, Salesiana, 1929.
- González Serrano, Carlos Javier. "Redescubriendo a Leopardi" <https://elvelodelalechuza.com/2016/10/31/redescubriendo-a-leopardi/>
- Hernández Velasco, Irene. "Giacomo Leopardi, gran belleza, Pietro Citati escribe la increíblemente desdichada vida del gran poeta de la modernidad" <http://www.elmundo.es/cultura/2014/02/16/53012aca268e3e095c8b456f.html>
- Romero, Mario Germán, "Introducción", en *Epistolario de Rufino José Cuervo y Miguel Antonio Caro con Antonio Gómez Restrepo*, Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, Archivo Epistolar Colombiano, núm. VI, 1973.
- Santos, Eduardo, "Apuntes sobre la vida y las poesías de Giacomo Leopardi", en *Thesaurus*, 1988.

ESPAÑOL: LENGUA MÍA

Por
Pablo Montoya



Español, amantísima lengua que hablo desde niño y que hablaré cuando esté muriendo. Morada que he utilizado para formarme y deformarme. Para protegerme y arriesgarme. Para comprender la orfandad y la insignificancia. Consolación y loa de mi cuerpo. Garita de mi rebeldía. Recinto de mi honra y rampa de todas mis indignaciones. Español, lengua en la que creo que soy y sueño lo que soy y anhelo lo que tal vez nunca sea. Estoy aquí para celebrar tu elongación de tantos siglos. Ese camino, a la vez magnífico y tortuoso, prestigioso y sórdido,

que va desde una noticia de kesos de un monje anónimo de León hasta las elucubraciones complejas sobre libros de un poeta de Buenos Aires. Estoy aquí para festejar tu existencia que me da cobijo, me arrulla y también me sobrecoge. Estoy en esta sala académica, que ha decidido recibirme en su seno, para decirte el amor que te tengo y agradecerte el valor que me das para enfrentar a la degradación y a la muerte. Esa dosis de esperanza que significa saberme parte de un todo. Grano de arena de una inmensa playa que apenas recorro y que, apoyado en ti, intento descifrar.

Español, lengua mía, cuántas cosas esenciales has nombrado. El barro, el aire, la sangre, el agua, el fuego, la luz. Lengua génesis. Lengua matriz. Lengua padre y madre. Lengua en la que, como decía un poeta de México, falo es el pensar y vulva la palabra. La procreación que de ti surge, como manantial y desembocadura, la he hallado en tus palabras. Selva, mar, montaña, canto, humanidad que hormiguea en la Tierra y desentraña los enigmas y conoce las verdades a través de ti. Humanidad opresa y liberada, en este tránsito de la vida que es la fusión del dolor del mundo y la epifanía de sus gozos.

Español, lengua del amor y el deseo. Cómo no mencionar el cuerpo en esta gratitud mía. Tú que eres signo en la piedra, en el papel y en la pantalla. Que eres hálito inspirado y expirado en mi boca. Tan intangible e inasible sirves, sin embargo, para materializarme. Para hacerme conciencia plena y fugaz del cuerpo. Porque todo en ti es brevedad, pese a tu aspiración por la permanencia. Vastedad que se cree sin término cuando conoces el cuerpo enamorado. Ese cuerpo divino que se torna noche oscura y dichosa en los cantos de un poeta de Ávila. Y que también alcanzas, para tocarlo y definirlo, el cuerpo contingente, extasiado en medio de su prisión de líquidos y humores. Delicia del sentir convertida en palabra dicha, escrita y leída. Para que luego, poderosa y evanescente, nos invada la tristeza de la saciedad.

Español, lengua niebla y lengua luz. Lengua fraternal y justa, pero también cruel y discriminadora. Tu rostro es múltiple como lo es el tiempo. Eres Bella como un primer amanecer y terrible como un exterminio. Entonces cómo no saberte bosque, florecimiento de los ramajes que te contienen. Albricias de los vientos fecundos y proliferación constante de las savias. Y cómo no saberte también la imagen del abismo cuando yo mismo soy el abismo, y la bruma sin fondo de su reflejo. Cuando yo, extraviado en el cosmos, ajeno a la confianza de los dioses, aplastado por la intemperancia de los hombres, me he preguntado, siempre hun-

dido en ti, aferrado a esa superficie tuya circundada de barrancos, quién soy y cuáles son mis rumbos.

Porque en ti, estremecido por tus itinerarios, y disparado hacia las otras lenguas, he saboreado la extraña claridad de una verdad que es menester reconocer aquí, en esta venerable sala. Esa que consiste en creer que un hombre es, de principio a fin, todos los hombres. Oh, lengua entrañable, torrente despedazado y a la vez masa indestructible. Magma quemadora y agua fresca, el universo en su doble esencia de concentración y dilatación, se devela a cada instante a través de tus sonidos. Estallido atroz y prodigioso en el que el mal y el bien danzan en nuestra sangre, en nuestro pensamiento, en nuestro sueño más oculto e indecible.

Yo vengo de ti. Soy hijo tuyo sabiendo que en mí te vuelves mi heredera. Soy parte de esa historia cuyas orillas siempre han sido el orgullo y la deshonra, la belleza y la fealdad, el heroísmo y la picardía, el amor y el odio de tantas generaciones que han atravesado esta ilusión del tiempo que todavía nos sostiene. Historia iniciada, acaso, en alguna aldea castellana. En una confluencia de pastores rústicos y clérigos letrados. En misiones comerciales, legales y militares que organizaron un reino que apenas daba sus primeros pasos. Pero antes de aquella periferia medieval, anclada en el cristianismo pero rodeada de islamismo y judaísmo y paganismo por todas partes, hubo un núcleo agitado de idas y regresos, de éxodos y aventuras, de batallas y conciliaciones. Cuántos romanos, cuántos godos, cuántos visigodos, cuántos celtas, cuántos ibéricos, cuántos árabes, cuántos bereberes y occitanos se encontraron para crear esta lengua que, a través de meandros prolíficos, ha llegado hasta a mí. Español, cómo me conmueves en tu incesante reservorio de muertes y nacimientos.

Surgiste, déjame suponerlo, de una de esas de torres habladoras donde el desconcierto y la revelación se confabularon. Brotaste de algún nivel de muros inextricables y, como las otras lenguas, tu raíz fue la fragmentación y el barullo. Uno de esos hombres del principio, creado por la historia y la imaginación, define tu origen marginal e incomprensible. Ese hombre fue producto de un incesto de hermanos, idiotizado por la herencia y el pecado. Deambuló por diferentes monasterios. Creció en ellos y aprendió en sus recintos las lenguas que la decadencia del latín regurgitaba por Europa. Ese monje terminó hablando una lengua que era todas y ninguna. Y esa manera suya de expresarse es paradigmática. Porque niega la pureza de la lengua.

Ninguna lengua, en realidad, lo es. Y tú, español, tampoco eres lengua pura. Ni lo has sido ni podrás serlo jamás. Porque el impulso de tus movimientos, siempre palpitante, es la mezcla, la interminable variabilidad.

Pero en tu mismo ser habita la paradoja. Te levantaste, a través de un entramado de familias ilustres, de una religión monoteísta que te protegió, de estudiosos solitarios, de gramáticos minuciosos y exorbitantes, de iluminados y sombríos escritores y de un fervoroso grupo de pedagogos que han viajado por la Tierra. Todos ellos trataron de demostrar que debes ser preclara y homogénea. Que lo tuyo ha de buscar la simplificación de la norma y la elocuencia del buen hablar y la perfección del buen escribir. Porque tú eres también la lengua de la legislación, de la administración y de la educación. Y tu propósito, a través de los diccionarios, las ortografías y las gramáticas, ha sido velar por una cierta pureza y una cierta corrección. Pero cómo olvidar que la humanidad juega contigo. Que te tuerce el cuello de la solemnidad a cada instante. Que va y viene una y otra vez en una fresca insolencia, y se acoge día a día al bullicio y hace que tu fuente se rebose en un delta de muchísimos brazos. Mientras por un lado, te sientes honorable en la necesidad de mantener tu morada en orden y equilibrio. Por el otro, está esa faceta tuya, juguetona y traviesa, que se mueve y brinca y busca el aire y se sacude en medio de una espiral maravillosa, casi infinita de palabras y expresiones. Porque esa es tu condición ineludible: desde los días en que todo pasaba no más allá de los linderos de Castilla y unos cuantos miles te hablaban, hasta hoy en que millones de humanos desparramados por el orbe lo siguen haciendo a su manera, tú estás forjado, español, en la diversidad, y en ello reside tu vitalísimo patrimonio.

Y entonces llegaste a América. Tú, que fuiste nimia ante el esplendor de lenguas más remotas, enfrentaste una nueva etapa. Te tocó el turno, como antes al persa, al griego, al latín, al árabe de ataviarte de lengua imperial. Te creíste la enviada de Dios y la civilización. La emisaria de la verdad y la razón. Llegaste a estas tierras nuevas sustentada en un grupo de prosapias dignas. Había quedado atrás tu raíz campesina y te volviste insigne. Y tu voz fue retórica, impositiva, castigadora. Tus representantes se macularon de sangre y se agigantaron de honor en sus conquistas y tú les ayudaste a limpiar y a enaltecer sus hazañas bélicas. ¿Qué pudimos entender por esos días de gloria embriagadora, de invasiones y enriquecimientos viles? Supimos, y no cupo duda, que todo imperio y todo trono debe sentarse en la silla poderosa de una lengua. Y tú, español, lengua mía, lo fuiste con terrible holgura.

Pasaste, arrasadora, por estos lares americanos. Al lado de la cruz y la espada tu presencia se hizo tan imponente como abrumadora. Hubo en ti una pretensión de ubicuidad. Como si el sueño de ese sabio monarca de España, de convertirte en la lengua de la cultura y de la ciencia, se hubiera explayado hasta lo inverosímil. Las otras lenguas, habladas por los indios nativos y los negros provenientes de África, fueron prohibidas, ignoradas, muchas de ellas aniquiladas. Y el desprecio y el olvido cayeron sobre casi todas como una afrenta. Y tú nos enseñaste, durante siglos, que esas lenguas no eran tales, sino hablas sin importancia, frágiles expresiones de la barbarie, dialectos que conducían al salvajismo y la sandez. Toda una hermosa y original e inteligentísima expresión de la multiplicidad del mundo desapareció por tus momentos de prepotencia.

Una parte de ti, empero, se acercó, respetuosa y conmovida, a las lenguas americanas y africanas. A través de un manojo de monjes curiosos y de otros tantos aventureros de la conquista, la colonia y la república, permitiste que esos otros te estrecharan en sus brazos, te besaran en sus labios y se fundieran en tu espíritu. Como si nos dijeras que hay algo primordial, de tu condición, que está impregnado por esos seres diferentes que también eres tú. Que te preocupan, sin duda, los destinos opuestos y los propósitos insólitos. Que es menester salir de la circunstancia angosta que significa hablar una sola lengua y dejar que las brisas de las otras manifiesten su frescura extraña. Que hay algo supremo en todo aprendizaje que reside en el encuentro con el otro, en su real conocimiento, y en el respeto admirado de su diferencia milagrosa.

Y fue por esos días que surgió otro monje. Se le pidió que recopilara las creencias de esas tribus indígenas que iban desapareciendo vertiginosamente de las Antillas por el contacto con los emisarios de tu lengua. Ese monje se hundió, emocionado y humilde, en esos universos oscuros y al mismo tiempo prístinos. Y escribió un recuento que es el trasunto alucinante de las mezclas lingüísticas americanas que han marcado tu destino. Ahora bien, ¿con ese oficiante de la religión y con otros similares a él, podría afirmarse que abriste tu albergue al pensamiento y la palabra de los otros? Algunos dicen que sí con satisfacción consoladora. Otros argumentan, sin embargo, que no ha sido suficiente con esas presencias insulares. Y que el daño, provocado por tu desdén hacia tantas lenguas vejadas, no podrá resarcirse.

Con todo, tú eres un río colosal. Imparable y turbulento. Atribulado de rumores y gritos. Recogido en las oraciones más privadas y fraternal

en las exclamaciones más regocijantes. Y vas recibiendo, aquí y allá, lo que tus afluentes te entregan. Cómo no celebrar ahora esa fuerza tuya, esa intimidad tuya y esos abrazos tuyos. Y de cuántas maneras yo quisiera hacerlo. Ahora, en este día en que me honras, a pesar de mis reclamos, como un cultor de tu palabra. Tú eres, español mío, mi soporte y mi arma. La única patria que intento mantener indemne en medio del engaño y la manipulación. En ti, o a través de ti, o sostenido en ti, he aprendido a abstenerme. Tú eres mi más visible fortaleza, mi aposento más secreto, mi más querida manera de resistir. No creo que lo haya logrado enteramente porque más que un hombre a secas soy un hombre seco y siempre me acosa la fragilidad y la impotencia. Pero he tratado de ser limpio en medio de la crueldad y la grosería. He procurado, hasta donde me ha sido posible, que eso tan esencial que habita en tu espacio y en el cual yo me guarezco, no sea instrumento de los guerreros. Contigo he sabido la exuberancia de la vida y su esplendor abigarrado. Aquí, el humor, la ironía, el sarcasmo. Allá, la voz exquisita y desbordante del goce sensorial. Aquí, la inteligencia calculada de ciertas abstracciones. Allá, la oscura y asfixiante relación del miedo y la locura. Pero ahora, que termino este modesto homenaje, quiero confesarte cuál es mi gran deseo. Acaso también sea el tuyo. Quisiera callar. Para así oír, por un instante, y ser capaz de nombrar el silencio.

Bogotá,
Lunes 21 de noviembre

PABLO MONTOYA

Por
Pedro Alejo Gómez

«Escribir bien es pensar bien, y, a la vez, percibir bien y decir bien...» dijo George-Louis Leclerc, Conde de Buffon en el discurso que sobre el estilo pronunció el 25 de agosto de 1753 con ocasión de su ingreso a la Academia Francesa.

Para pensar bien hay, primero, que percibir bien. Ello solo lo alcanza quien observa paciente y desprevenidamente.

Treinta largos años hay consignados en la escritura de *Terceto* en el que Pablo Montoya reúne tres libros «hermanos» según él: *Viajeros*, *Trazos* (dedicado a pintores) y *Programa de mano* (que viene de sus años de músico).

Casi trescientos retratos de personajes de la historia, reales o ficticios, hay allí reunidos. El catálogo de los nombres es, a su vez, un autorretrato del autor. Sabemos que quien escoge confiesa.

Esos retratos son todos ajenos a teorías, vienen de una paciente y desprevenida observación. Por ello los personajes retratados conservan su libertad y su ser.

A veces están hechos con unos pocos renglones. Ninguno alcanza dos páginas. La brevedad es su signo.

A fin de cuentas todo transcurre como un súbito relámpago sobre la noche eterna. Ese fulgor aun visto muy remoto conserva el tamaño de su forma.

De las vidas y los hechos queda apenas un sustrato irreductible, que no puede dibujarse sino con cortas y centrales palabras. Solo la brevedad

como un relámpago puede dar noticia exacta de ello. Hay una vertiginosa concisión en estos textos.

Su lectura recuerda lo que decía Proust de la miniatura de Delft pintada a lo lejos por Vermeer. Hay en ella tal detalle que pueden verse las partículas de la arena. Tal es su mínima inmensidad.

Hay en el trabajo crítico de Pablo Montoya una aguda mirada y, por ello, ajena a malabarismos de interpretación y a teorías. *Un Robinson cercano* está escrito con un idioma transparente: es innecesario maquillar de teorías sus observaciones. Las observaciones certeras hacen innecesarias las teorías.

Puedo decir esto mismo de otra manera, al sesgo: toda la vida he pensando que la diferencia entre un jardín inglés y un jardín francés refleja inequívocamente la diferencia de las dos naciones: los ingleses observan, los franceses teorizan.

II

Solo quien ha visto bien puede pensar bien. El pensamiento es arquitectura.

Una filigrana de orfebre hay en las minúsculas arquitecturas de *Terreto*. A esas breves construcciones el contrapeso equilibrado de sus elementos las dota de una solidez habitable, hospitalaria a la memoria.

Después, *Tríptico de la infamia* está edificado como un prisma que arroja diversas luces sobre los mismo hechos. Nuevas claridades provenientes de los tiempos y modos distintos de los tres relatos aparecen para revelar aspectos que de otro modo no serían visibles.

«Se gobierna un estado como se fríe un pez», dice el *Tao te King*. Montoya abarca con igual cuidado las miniaturas y el tamaño de la novela.

III

La pintura, la música, los viajes y la historia son los puntos cardinales de la brújula para orientarse en la obra de Pablo Montoya. Pero algo de norte hay en el sur y caminando siempre al oriente se llega al occidente.

Algo hay en el estilo de Pablo Montoya de quien sabe oír la pintura y ver lo que muestra la invisible música.

Le Moine le pide a Ysabeau que “le permita asomarse a su intimidad”. Hay un cuadro en el porte de esta y tantas otras líneas.

Hay, sin duda, una música inaudible en las distintas frecuencias con las que el mundo nos trae las cosas, o en esas con las que volvemos a ellas. Toda la música ilustra una frecuencia.

Hay en la música invisibles hilos que nos mueven. No vemos la música. Movidos por ella vemos las cosas de otra manera.

«La historia es el clavo en el que cuelgo mis novelas». Quiero ahora recordar esa cita de Dumas que trajo mi padre en su discurso de posesión en esta Academia, porque sé que su nombre le es entrañable.

Toda su obra transcurre sobre el telón de la historia.

Un espíritu libertario lo mueve a usted, querido Pablo Montoya, que sabe que es cierto que «La fuerza, como lo afirma Conrad en *El corazón de las tinieblas*, no es más que una casualidad nacida de la debilidad de los otros».

Hay un escenario ensangrentado en el *Tríptico de la infamia*, en la conquista hecha por «siervos de dios y amos de indios» a «cristazo limpio» según la expresión de don Miguel de Unamuno. La conquista no ha cesado y hay otra noche de San Bartolomé rondando estos tiempos.

Esas certeras observaciones, ese pensamiento edificado con una arquitectura bien equilibrada están al fondo de una escritura que no esquiva el horror, pero que conserva la esperanza en la belleza. La belleza, pensaba Platón, busca ser imitada por ello civiliza.

Estos son apenas los trazos de un dibujo, la pintura es su obra indispensable.

Noviembre 21, 2016

**EL SIERVO DE DIOS PRESBITERO
RAFAEL GARCÍA HERREROS.
ESCRITOR Y CUENTISTA**

Por
Diego Jaramillo Cuartas, Pbro.



Permítanme que, con ocasión de mi nombramiento como miembro honorario de la Academia Colombiana de la Lengua evoque a nuestro fundador y maestro, el sacerdote eudista Rafael García-Herreros Unda, hombre de multifacética personalidad.

En gracia a la brevedad, solo quiero resaltar algunos datos biográficos del padre Rafael y destacar sus cualidades como atildado escritor.

El padre Rafael García-Herreros nació en Cúcuta el 17 de enero de 1909 y falleció en Bogotá el 24 de noviembre de 1992. En el árbol genealógico de su familia, como ramas vigorosas, se destacan: la señora Juana Rangel de Cuéllar, fundadora de Cúcuta; la señora María de Jesús Santander, prima hermana del general Francisco de Paula Santander, el hombre de las leyes; el general José Luis Orbegoso, presidente en dos ocasiones de la República del Perú; los generales Régulo y Julio César García-Herreros, su abuelo y su padre, respectivamente; el obispo Juan Vicente Unda, firmante del acta de Independencia de Venezuela en 1811, y luego obispo de Mérida; y monseñor Luis Pérez Hernández, primer obispo de Cúcuta.

Entre los parientes, abundan militares, políticos, alcaldes, gobernadores, ministros de Estado y gerentes de empresa, y se llega a mencionar, en las raíces que se hunden en suelo americano, a Moctezuma II, penúltimo emperador de los aztecas.

Como lo que se hereda no se hurta, se comprende que el padre Rafael haya sobresalido por su amor a Dios y a la Patria, y por haberse dedicado al servicio generoso de los pobres, como líder social.

Estudiante y maestro

El padre García-Herreros realizó en Cúcuta sus primeros estudios; su bachillerato, en el Seminario de Pamplona; sus cursos de filosofía y teología en el seminario eudista de Usaquén; su licenciatura en filosofía en la Universidad Gregoriana de Roma y su especialización en Ciencias Sociales en la Universidad de Friburgo (Suiza).

El padre Rafael tuvo gran facilidad para el aprendizaje y el conocimiento de los idiomas. Se expresaba en latín, griego, hebreo, alemán, inglés, francés e italiano. A su alrededor se cernía un enjambre de profesores, rabinos judíos, y amigos austríacos e irlandeses, franceses y norteamericanos, con quienes departía en sus respectivos idiomas.

El padre Rafael publicó un libro de ejercicios griegos y un folleto sobre verbos irregulares de la lengua ática. Son traducciones suyas, del griego: el *Manual de Epicteto*; *Edipo rey*, de Sófocles; homilías de San Juan Crisóstomo y la *Homilía Pascual* de Melitón de Sardes.

Del latín tradujo: *Consideraciones sobre el amor de Dios*, publicadas por un autor medieval que firmaba con el seudónimo de Doctor Idiota. Y del alemán, la obra *El Señor*, del sacerdote Romano Guardini.

Como profesor de filosofía e idiomas, el padre Rafael trabajó en los seminarios de Santa Rosa de Osos, Jericó, Pamplona, San José de Miranda, Cartagena y Cali, y en el de Mérida (Venezuela).

Su labor educadora la culminó con la fundación de los colegios y de la Corporación Universitaria Minuto de Dios, que hoy acogen a un gran total de 134.000 estudiantes, entre presenciales y a distancia.

Escritor

El padre García-Herreros fue un escritor fecundo. Personalmente he querido salvar del olvido muchas de sus páginas. Hasta ahora he publicado treinta y tres volúmenes de escritos suyos, y quizá pueda editar todavía tres o cuatro tomos más. En ellos se encuentran artículos periódicos, crónicas de viaje, discursos y predicaciones, sus intervenciones en el programa Minuto de Dios, conferencias, ensayos y cartas, obras teatrales, advocaciones y cuentos.

El estilo del padre García-Herreros es correcto y castizo. Como si fueran un reflejo de su vida, sus frases son concisas, claras y sencillas. Con frecuencia, en ellas afloran las metáforas afortunadas, que pueden ser escanciadas y saboreadas con deleite. Muy escasas son las citas de literatos y poetas modernos, pero abundan las alusiones a los autores clásicos griegos y latinos.

En los años de su formación sacerdotal, el camino obligado para estudiar la lengua del Lacio, idioma oficial de la Iglesia, pasaba por el conocimiento del idioma castellano. La *gramática* de Bello, las *apuntaciones* de Cuervo, los escritos de Caro y de Suárez eran la ruta imprescindible para apropiarse del latín y entender la Biblia Vulgata y los libros de la Liturgia. El griego de la Koiné abría senderos para disfrutar el *Nuevo Testamento*, las enseñanzas de la Academia de Platón y las que brotaron en las tierras bañadas por el mar Egeo.

La radio y la televisión fueron los medios más favorecidos por el padre Rafael para promover su obra social. Sus reflexiones se cuentan por millares y son pletóricas en doctrina, pero no es difícil encontrar en ellas bellas páginas literarias. Solo citaré algunos de sus párrafos:

«Palabras a Dios... ¡A Dios infinito, a Dios como una realidad! Tú eres mi Dios. Mi infinito. Mi Realidad. Quiero recordar simplemente que Tú eres una realidad, que no eres una palabra ni eres un sueño ni solo un concepto, sino que eres algo real, absolutamente real.

Hacia ti, desde la lejanía del mundo, desde la pequeñez de la Tierra, va mi corazón y va mi anhelo. Te deseo, Dios mío; quisiera conocerte, tener al menos una idea de tu Ser, de tu misterio. ¿Dónde estás, Dios? ¿Cómo eres Tú?... ¿Qué estás haciendo, Dios mío?

Qué impenetrable misterio el tuyo, y qué pequeñez la mía. No saber de Ti nada, o casi nada: solo que existes, solo que eres el Misterio de Unidad y de Trinidad. Y nada más.

Tender hacia Ti con toda el alma, y no conocerte. Tender con todo el espíritu; querer abrazarte, estar enfermo de Ti, y no poder nada, sino sollozar y mirar la alegría.

Ven, Dios mío. Estoy contento plenamente de que Tú existes. Esto me basta en la vida. Tú existes; Tú, el infinito.

Tú, ante cuya inmensidad nada son las millonadas de años-luz del universo, y ante cuya duración nada es el abismo del tiempo. Tú me creaste y estás pensando en mí... ¡Pensando en mí, Tú, Dios!

Miro hacia la profundidad del cielo, quisiera descubrirte, y quisiera contemplarte.

Tú eres una realidad. Nos hemos acostumbrado miserablemente a pensar en Ti solo como una palabra, como un símbolo sin contenido. No nos damos cuenta de lo que significa para nosotros la existencia de Dios. Que Tú existes... Esto es el consuelo más hondo en todas las penas, en todos los desencantos, en todas las tribulaciones.

No hay dolor humano que no se calme con la existencia de Dios. Ni amor terreno que no desaparezca ante tu hermosura, ni pasión de carne ni entusiasmo humano que no se apague cuando Tú te haces presente en el corazón.

Haz que te piense continuamente; preséntate a mí como una realidad, como la realidad de esta ciudad, de estos árboles que estoy viendo, de mí mismo, que me estoy sintiendo vivo.

Te adoro, Dios mío, temblando.

Mi Dios, mi Dios. Estoy pensando en Ti. No me figuro cómo serás, pero me basta saber que eres.

Conviérteme a tu realidad, a tu verdad, a tu infinito. Quiero dejar las palabras, los vocablos, y aceptarte como una cosa real.

¡Oh Dios! Adoro el misterio de tu íntima vida, de la comunicación que existe entre Ti, Padre, y tu hijo, en el impenetrable misterio de lo eterno.

Permíteme, oh Dios, profanar con mi adoración el regazo divino donde engendras eternamente un pensamiento, una Palabra, un Hijo. Ese regazo adorable, a pesar de que todo esto parece desconcertante, es también el regazo del hombre, porque allí en el Hijo está nuestra realidad absoluta, nuestra verdad, nuestra autenticidad.

Ante estas realidades, me siento sumergido como en un abismo y, sin saber por qué, me siento triste y lejos...

Y mientras esto es verdad, los hombres van y vienen... los automóviles pasan... se oyen conversaciones, se oyen risas y se oyen llantos en la Tierra.

Así podríamos citar advocaciones a Jesucristo, el Espíritu Santo, a la Virgen María. Pero no solo a ellos; también al Hombre:

¡Tú eres una belleza, oh hombre! ¡Tus ojos son el espejo donde se refleja un lejano paisaje! Tus oídos son el caracol donde se transforman los ruidos y se convierten en símbolos y en palabras. Tu boca es capaz de hablar lo más tierno, lo más profundo, lo más sutil. Tus manos son increíbles. Los griegos decían: "El hombre por las manos".

Tus manos embellecen el mundo. ¡Todas las ciudades, todos los museos, todos los caminos, todos los sembrados, todas las músicas, todas las máquinas fueron hechas por tus manos portentosas, oh Hombre! Y tu inteligencia... Ella ha llenado la historia de poemas, de fórmulas matemáticas, de ciencias, de esculturas, de civilización.

Y continúa esa melodía admirable, en tono mayor sostenido, cantando a la inteligencia del ser humano, sendero indispensable para llegar a Dios:

¡Yo te amo, te honro y casi te adoro! Te amo en tu belleza, en tu cuerpo y en tu alma; en tus pensamientos y en tus deseos; en tus ambiciones y en tus nostalgias; en tus triunfos y en tus derrotas.

¡Eres maravilloso, oh hombre! ¡Eres capaz del heroísmo, del amor, de la abnegación, de todo lo extraordinario! ¡Yo te amo, oh hombre, polvo sublime! Oh hombre bello y magnífico.

Yo sé que tú eres poco inferior a los ángeles, que estás coronado de gloria y majestad. Eres signo de Dios. Eres la teofanía, más que el mar, más que el universo; eres tú, pequeño hombre, la presencia, la verdadera figura de Dios en la Tierra.

Tú no solo eres la medida de todo, sino el ideal de todo. En tu historia, hay uno maravilloso, uno absolutamente divino, que inmensificó tu raza, tu aspecto, tu forma humana: ¡Fue Jesucristo! Yo pienso que no fue indigno de Dios el querer hacerse hombre. Tomar nuestra medida, conocer nuestra interioridad y querer sublimarnos casi a lo divino con su presencia entre nosotros.

Yo quiero decirte, hombre, que he descubierto que el secreto para ser feliz es amarte. Y quisiera contarlo a todos. Y quisiera consagrar mi vida a tu servicio.

Tú me has envuelto en el mismo y único amor de Dios. "Amarás al Señor, tu Dios, y a tu hermano el hombre". Este es el mandato.

Cuando estoy junto a ti, sé que estoy cerca de Dios. Todo cuanto hago por ti, hombre, lo hago por el eterno, por el infinito que es Dios. Cuando te amo, estoy auténticamente amando a Dios. Porque la expresión más auténtica de nuestro amor a Dios es nuestro amor al hombre.

¡Hombre! Hace mucho tiempo estoy cerca de ti y apenas ahora comprendo lo que tú eres. Nunca he mirado bien a tus ojos. Nunca he escuchado atentamente tus palabras. Nunca he pensado en lo que eres capaz.

¡De mis labios no debe salir la palabra que te hiera, hombre! De mi inteligencia no debe brotar el pensamiento hostil a ti, que intente poner trabas en tu camino, en tu destino. En mi corazón, no guardaré resentimiento para ti, hombre.

Quiero aprender a apreciarte, a honrarte, a ayudarte. Quiero aprender a mirarte no con indiferencia, no con desvío, no con envidia ni con disgustos, sino apasionadamente, con un amor que raye en adoración.

Solo tú, hombre, eres la solución de mi agonía. Quiero hacer de la vida un acto de amor a ti. Quiero servirte, quiero consagrarme a tu bien, a tu mejoramiento, a tu transformación.

Trabajaré con delirio. No descansaré, hasta verte como lo mereces; hasta cambiar la estructura de la ciudad en favor tuyo, hasta hacer la ciudad humana.

Sé que es necesario abrirte, anchas, las puertas del mundo. Que todo te pertenece. Que no deben estar cerrados para ti los portones del progreso y del bienestar.

¡Oh hombre! ¡Oh campesino! ¡Oh trabajador! ¡Oh técnico! ¡Oh artista! ¡Oh caminante! ¡Oh luchador! Yo sé que hay que hacer una revolución en favor tuyo, pero sin derramar una gota de sangre; una revolución con ciencia, con energía, con amor.

Siento, hombre, la justicia de una revolución en tu favor. Miro con pesadumbre tus sufrimientos, tu pobreza, tu soledad. Quisiera que cambiara el mundo para ti.

Hombre, hermano mío: tú no debes vivir en una choza. Debes lograr el rango que te pertenece. No puedes carecer de lo que otros tienen en abundancia. No puedes seguir sollozando por mi culpa, ni seguir viviendo pobre y en harapos. Tú no puedes ser eternamente marginado.

Yo sé que dentro de algún tiempo se habrán resuelto casi todos los problemas que te angustian. Pero cuando todo se haya resuelto, cuando ya no seamos un país subdesarrollado, cuando florezcan todos nuestros campos, cuando todos los niños estudien, cuando todos los jóvenes vayan a las universidades, cuando todo ese bello futuro llegue a ser presente, quedarás tú, solitario e inconforme, hombre, con toda tu belleza, con toda tu soledad, con toda tu gloria. Siempre quedarás con tu propio misterio, añadido al misterio de tu origen y de tu fin».

García-Herreros le cantó a la vida, a Colombia, al Universo y al mar. Desde hace más de 70 años, recuerdo estas palabras tuyas que leí en una revista y que, en mi concepto, rezuman poesía y sentimiento, pues,

como dijo el poeta: «¿Qué es la poesía? Como la siento, tres heroísmos en conjunción: el heroísmo del pensamiento, el heroísmo del sentimiento y el heroísmo de la expresión» (Díaz Mirón).

«¡Oh mar, otra vez estoy cerca de ti; otra vez te veo, y de nuevo salpicas las arenas de mi propia playa!

Hace mucho tiempo que te dejé y creí encontrarte más viejo, más cansado, menos sonoro y menos inmenso. Pero estás lo mismo; lo mismo de inquieto, con tu perpetuo empeño, con tu inagotable belleza.

Yo he viajado mucho. He escalado peñascos de nieves eternas; me he internado en los bosques. Pero tú eres más bello que la nieve, tú eres más verde que los bosques, tú tienes una perpetua cosecha de olas.

Mar, en que naufraga todas las tardes el velero incendiado del sol; mar, que te enrojeces todas las noches con la sangre de la luna, dime, ¿por qué te miramos todos los hombres, sin que jamás se canse nuestra vista de verte? ¿Cuál es el secreto? ¿Cuál es tu filtro, tu sortilegio?

¡Tú estás lo mismo, pero yo sí he cambiado! ¡Ya no rizan mi superficie las olas de ninguna ilusión! Pero tú todavía sigues dándole a la orilla y haciéndote pedazos entre las rocas.

Son cosas de tu juventud, ¡oh mar! Estoy seguro de que todavía estás joven, porque todavía estás intranquilo y pretendes abrirte campo.

Cuando tengas más edad, serás como yo, tranquilo, silencioso, resignado. Cuando estés viejo, yo sé que no te lanzarás con tanto ahínco contra el acantilado.

Todo en la tierra es pequeño. Solo tú eres grande. Pequeñas las ambiciones, pequeños los lugares, pequeñas las pasiones. Todo se olvida, delante de ti. Todas nuestras tristezas, todas nuestras batallas, todas nuestras derrotas.

Tú solo eres grande en la tierra. Tú, perpetuamente joven. Tú eres la síntesis. Tú eres el éxtasis.

Ese sentimiento agobiador que se experimenta delante de ti es un prelude de lo que se sentirá ante Dios, que es un mar como tú, pero sin playas.

¡Oh mar, levántame! ¡Oh mar, santifícame! ¡Oh mar, engrandéceme!
Hazme olvidar todo lo pequeño, todo lo ruín, todo lo pasajero.

Hazme a tu imagen, porfiado; a tu imagen, joven. Que yo tenga,
como tú, cabida para todos los veleros, y viento para todas las velas, y
camino para todas las quillas.

Oh mar sonoro, joven, magnífico: ¡Dios debe ser muy bello, cuando tú,
que solo eres una gota de rocío sobre la rosa del universo, eres como eres!».

Los cuentos

Los escritos y las obras garcíaherrerianos manifiestan creatividad,
originalidad y una «imaginación fuera de serie», para usar la expresión
de una máquina interpretadora de caracteres grafológicos.

Ocho ediciones han recogido los 157 cuentos del padre García-He-
rberos, quien explicó esa fecundidad, afirmando que «la parábola es el
único medio de decir las cosas».

Los cuentos del padre Rafael se podrían agrupar en tres grandes
temáticas: en la primera, centrada en el sacerdocio, propone y exalta el
ideal de servir a Jesucristo y a la Iglesia con generosidad y decisión. El
segundo grupo habla del Espíritu Santo y de la Renovación Carismática
de la Iglesia Católica, vivida tras el Concilio Vaticano II y difundida des-
de el Minuto de Dios como centro de peculiar irradiación. El tercer gru-
po tiene que ver con la dimensión social: la justicia, la paz, la ayuda a
los pobres y las situaciones de violencia vividas en el país.

El cuento es un género literario en el que se narran sucesos inventa-
dos por el autor o realmente acaecidos. En ocasiones, esas historias
reales o fingidas se entrelazan con otras, de modo que insinúan com-
portamientos morales o invitan a la reflexión. El mensaje principal no
se enuncia, sino que se sugiere, El factor sorpresa aparece inesperada-
mente y, tras el relato opaco, refulgen la verdad y la luz.

«El cuento es una semilla que dará un árbol gigantesco si del episo-
dio se pasa al ser humano», dijo Cortázar.

La literatura antigua, sobre todo de Persia, India y Egipto, abundó
en narraciones amorosas, como *Las mil y una noches* o *Calila y Dimna*.

Luego los escritos de los hermanos Grimm en Alemania, Perrault en Francia, el infante Juan Manuel en España, Andersen en Dinamarca, Swift en Irlanda, llenaron la literatura con sus narraciones, de modo especial a niños y jóvenes. En Italia, apareció Boccaccio, con su *Decamerón*.

Después surgieron Mark Twain, Kipling, Oscar Wilde, Edgar Allan Poe, y los rusos Tolstoi y Chejov; en Sur América, Horacio Quiroga, Jorge Luis Borges y, entre nosotros: Tomás Carrasquilla y Eduardo Caballero Calderón.

La trama de las narraciones del padre Rafael, los escenarios en donde se mueven sus personajes, los actos que realizan le merecen al autor, por su creatividad, originalidad y abundancia, un puesto destacado en la historia literaria colombiana. Néstor Luna Gómez, compañero suyo de bachillerato, refiriéndose a su condiscípulo, escribió: «En redacción literaria, fue siempre el primero. Qué espontánea facilidad tenía para escribir sus trabajos literarios, en forma de crónicas, de vivo y salpicado estilo».

Sus cuentos van manando de su pluma con limpidez y, como en Caño Cristales, se coloran con matices de espiritualidad, sensibilidad social, amor al ideal, superación de frustraciones y desengaños, y también con la presencia frecuente de la muerte.

Decía que el estilo del padre Rafael era conciso. Sus cuentos son breves, y como la brevedad es producto del talento, podemos afirmar que en esos escritos se traduce el ingenio de su autor. Lo bueno, si es corto es dos veces bueno. Lo esencial de un cuento no son las extensas descripciones, sino la intensidad en la narración. Alguien recomendaba escribir un cuento durante un año y luego podar la mitad de lo escrito.

En sus cuentos, el padre Rafael propone la búsqueda del ideal. Al autor le hastiaba la mediocridad. Él invitaba a superarse siempre y a mantener insatisfecha el alma.

Pero el ideal no es fácil de alcanzar, pues suele rondar con la utopía. Por eso en los cuentos del padre Rafael aparecen los desengaños y los fracasos. Como el del imaginero a quien el sol le raja las maderas trabajadas por años, o el maestro de griego a quien le piden no dar más clases de ese dialecto maldito, y él se despide, reflexionando con sus

alumnos sobre el sentido de algunos términos griegos: Logos, sabia y tranquila posesión de la verdad, deseo de llegar a la meta. Locura es apartarse del camino correcto. Ataraxia representa la calma y la sonrisa ante los reveses y dificultades. Entusiasmo es sentirse lleno del Espíritu divino. Y Teoría es la contemplación inmortal de nuestro Dios.

Tras esta explicación, el maestro dijo: «Hoy no habrá tarea, ni nunca más habrá lección».

Para coronar los sueños, hay que buscar y marchar. Como decían los latinos: *Navigare necesse est, vivere non necesse*. Hay que perseverar cavando, como lo hace el minero que presiente la veta dorada.

Los cuentos del padre Rafael no son narraciones color de rosa, sino dramas o tragedias para coronar ideales o enfrentar fracasos. Como en los cuentos de Quiroga, un protagonista frecuente es la muerte, no considerada como hundirse en el vacío, sino como término de angustias y de lágrimas, coronación de esperanzas y de ensueños, y comienzo del interminable amor.

En los cuentos del padre Rafael, la muerte es un tema recurrente. Basta leer el cuento *El enterrador*; o la narración de la violencia que sufre un campesino ante una pandilla de guerrilleros, en el cuento *Agua para lavarnos las manos*; o como el vuelo espacial hacia la nube blanca de que habla *El viaje*; o como el encuentro definitivo, descrito en *Luz de gloria*.

De esta zozobra y de este naufragio solo escapamos si el ancla de la esperanza clava sus arpones en el suelo firme que es Cristo. Ver al Padre es llegar al puerto. Ese es el único premio que podemos recibir, sin esperar salarios percederos, porque en las galeras de Dios, todos los galeotes deben ser voluntarios. Fondear en ese puerto es la esperanza de los creyentes; y el mismo padre Rafael la expresaba en sus escritos, diciendo: «Ya voy, espérame, Señor. Necesito de ti. Necesito tu perfume, tu palabra, tu sonrisa. Necesito tus besos, oh Dios. Oh Verbo a quien adoro, tengo seguridad que no me dejarás caer en el vacío».

El enterrador

Frío, imparcial, inmisericorde. Camina muy lento, como el que fatalmente ha de llegar, y habla muy poco, porque siempre tiene razón.

«Yo sé muy bien, me dijo cuando fui a verlo, que nadie me ama. Pero todos me pedirán un día, rígidos y yertos, la ayuda de mis brazos. Por eso no me inquietan las quejas ni los odios. Vea usted: muchos hasta me han injuriado personalmente. Y todos ellos, uno a uno, han venido desgajándose a mis pies y han caído secos, como las hojas».

Mientras conversábamos, estaba terminando una tumba. Parecía muy satisfecho porque ella le había quedado con todas las condiciones: estrecha, oscura, húmeda y fría.

-Oiga ¿Cuánto tiene ese hoyo de largo y de ancho?

Con voz ruda me respondió:

-De largo, un metro con ochenta; y de ancho, 40 centímetros...

La miré: ¡Ay, tan estrecha, tan oscura, tan fría! Tan estrecha, ¡y yo con ambiciones tan anchas! ¡Tan oscura, y yo tan miedoso! ¡Tan fría, y yo tan amigo del calor del amor! Si me cupieran allí mis libros al menos...pero a duras penas, por lo que calculé, cabe uno con los brazos cruzados o extendidos a lo largo del cuerpo. Y, además, sin luz en los ojos... ¿cómo podría leer?

-¡Sepulturero! ¿Y no se pudieran hacer más anchas? ¿Qué cupieran algunas de nuestras ambiciones, algunos de nuestros amores? ¿Algo de lo nuestro, por Dios?

Y el hombre soltó una carcajada, que resonó en todo el cementerio y que hizo eco en todas las tumbas. Nunca creí que alguien pudiera reírse tan burlonamente, tan cínicamente.

- Cuénteme sepulturero: ¿Dónde está Helena?

-¿Helena?

Si, Helena, aquella por cuya belleza se llenaron tantos barcos de griegos y se luchó por tantos siglos...

-Aquel cráneo es Helena...

Y con un tejo, el hombre malo señaló a lo lejos una calavera despreciable.

-¿Ese cráneo es Helena? ¡Imposible! Si fue la mujer más hermosa. Está sin dientes...y sin ojos. Sin embargo, tuvo ojos lindísimos, alcoholados y húmedos, y tuvo dientes como perlas. Y ahora... ¿Por eso fue por lo que se luchó tantos siglos y se surcaron tantos mares?

¿Y dónde está Narciso?

-¿Narciso, el afeminado?

-Sí, el hermoso. El que se creyó muy bello y corrió, apenas nacido, a mirarse a una fuente...

-Pues esos gusanos que ve allá y esos huesos sucios son narciso.

-¿Y el sabio a quien en la ciudad todos llamaban así?

-El sabio todavía está fresco y no se lo puedo mostrar. Y no me pregunté más. Así están todos aquí. Los nobles, que escriben sus nombres largos y sonoros; y los plebeyos, que no tienen nombre. Los ricos y los pobres...Y sepa que nadie se escapa, por más que lo olvide...por más que lo niegue.

-¿Ni las bellas?

Y el enterrador soltó otra carcajada, cortante y fría como un puñal.

-¿ni los perfumados?

-¡Ni los perfumados! Esos son los que más huelen acá...

-¿Puedo decirlo en público?

-Dígalo, pero eso ya lo han dicho muchos...Lo dijo hace tiempos Luciano, el filósofo nacido en Samosata. Y dígales que aquí los aguardo a todos. Y que, por más que me olviden, un día vendrán...a hacerme una visita muy larga...

Opinión de los contemporáneos

Periódicos y revistas acogieron las narraciones del padre García-Herreros con juicio positivo; citemos algunos ejemplos: «Ha puesto al servicio de su ideal el encanto de una pluma verdaderamente genial,

para enseñar, bajo el ropaje cautivador de preciosos cuentos, o en chispazos de arrebatadora contemplación, las más grandiosas verdades y las más austeras exigencias de nuestra fe». Así se expresaba la poetisa nortesantandereana Alma Luz, en el *Diario de la Frontera*, de Cúcuta.

En Cali, un periodista que firmó con las iniciales F.R.A., escribía:

«Narrador magnífico que atrae la atención del lector hasta los desenlaces del cuento exquisitamente trabajado. Sus cuentos de exquisita factura clásica, de incomparable sabor regional y de una espiritualidad que se hace más y más patente... Es un cuentista como pocos: gusta, atrae y compensa de manera maravillosa las horas que se empleen en leerlo».

El padre José M. Peláez escribió:

«Yo me leí esos cuentos de un tirón. No se puede menos cuando se tiene gusto por los buenos escritores. El padre García-Herreros desde su juventud... bebió sobriedad, elegancia y precisión en los autores griegos... El estilo del padre García-Herreros, como escritor, cautiva porque está cuajado de ideas, expresadas en forma elegantísima, amena, llena de gracia, de brochazos maestros, y salpicado de finísima ironía, de esa que arde en la piel sin levantar ampolla».

El beato Jesús Emilio Jaramillo, primero rector del Seminario de Misiones de Yarumal y luego obispo de Arauca, donde murió a manos de guerrilleros, escribió:

«Por curiosidad, no más, me puse a hojear su precioso libro de cuentos, y se me fue el tiempo tan insensiblemente, que casi me he leído todo de una vez. Encontré cuentos llenos de deliciosa sal, salpicados de inocente malicia, tal cual era de suponerse... Me dio un verdadero gusto».

El editorialista de *Sagitario*, periódico de Cúcuta, dice así el 4 de febrero de 1954: «Cada uno de los cuentos es una joya de fina factura, con un valor intrínseco, inconfundible y preciso».

Así podríamos citar muchísimos testimonios y opiniones, pero quizá ninguno tan autorizado como el del poeta bumangués Aurelio Martínez Mutis, quien, en febrero de 1942, escribió:

«Fue el pasado para mí, como casi todos, año de trabajo y de fatiga sin tregua: así que puse aparte su precioso libro y su atentísima carta, para informarme de la obra con calma cuando pudiese abrir un paréntesis de reposo. Y ahora he podido gozar de su lectura. Me ha dado usted momentos de verdadera fruición.

...) Es usted un narrador como muy pocos. La mayoría y casi totalidad de nuestros cuentistas y noveladores son fatigantes por la hinchazón del estilo, por la ausencia de interés dramático, por la carencia de tipos humanos y reales y, en ocasiones, por la longitud desmedida.

(...) Le confieso que he querido situar mi predilección entre todos los cuentos del volumen... Y me ha sido imposible...Uno me gusta por aspecto, otro me interesa por otra cualidad particular. En *El tigre* esculpe usted una figura rodiniana, inconfundible, de relieve mayúsculo, con mármol de psicología perfecta.

(...) *El Turiferario* es crispante y es delicioso. *El griego y el latín perecerán* es una gran crónica sintetizada de los largos siglos de sabiduría monástica, en que se entremezclan los entusiasmos de las letras paganas y las reservas timoratas y ascéticas de los Padres de Occidente.

Las tres esculturas son un florón digno de las Florecillas franciscanas, con una suave ironía que hace juego con la ingenuidad de la historia tan sencilla, tan bonita y tan real.

El taumaturgo triunfa sobre el encumbrado doctor y sobre el estigmatizado del monte Alvernia (...).

La locura divina es inmensamente sugestiva. Justamente por ser tan anacrónico el caso humano, tiene alcance formidable en el momento actual del mundo, que coloca en el último lugar de los pensamientos lo que el religioso clarividente ha puesto en el primero.

Pero el volumen es completo por causa y razón de su variedad. El cuento que hace de inicial, tan terrígeno, tan vital, tan santandereano y compuesto con tanta malicia, es un portento de estilo y una obra maestra en su conjunto y en sus pormenores.

¡Qué guerrillero y qué fraile! Aprovecha usted para el arte y da a la edad futura los perfiles inmortales de ese revoltoso de La Vendée Santandereana, y los de su jefe, cabecilla Rodríguez, que plasmó en

dos palabras el "Credo de la Caballería Andante de la Fe": pelear como un héroe y morir como un fraile. gracias por el envío de su obra. Me ha dado usted una hora de emoción y deleite artístico y un motivo más de orgullo regional por las capacidades y virtudes de Santander».

De los cuentos a las obras

Esta obra de El minuto de Dios ha sido un cuento con desenlace feliz, que nos ha despertado de un sueño profundo, como el de la durmiente del bosque. Nos ha llevado a buscar los castillos encantados de la Nueva Colombia, en donde se respiren justicia, equidad y paz; y ha demostrado que sin varas mágicas ni lámparas de Aladino se pueden construir colegios y universidades, viviendas y emisoras, industrias y museos, y en donde las personas vivan con la dignidad de príncipes reales, es decir, de hijos del Creador, sin atravesar otras puertas sino las del Evangelio, que se abren no con palabras mágicas, sino con las llaves maestras del trabajo, del estudio y del Espíritu de Dios.

BENDITO EL QUE VIENE EN EL NOMBRE DEL SEÑOR

Por
Antonio Cagua Prada



Hoy es un día de júbilo y de fiesta en la tierra, como en el cielo. Allá arriba, liderados por el Siervo de Dios, el presbítero Eudista, Rafael García-Herreros Unda, de la Congregación de Jesús y María, y aquí en este Distrito Capital de Bogotá, convocados por el primer cenáculo cultural del país, se han reunido los maestros, los amigos, los hermanos y los nuevos colegas del sacerdote Diego Jaramillo Cuartas, para acompañarlo en esta sesión solemne, en la cual ha sido exaltado con todo el ceremonial, a Miembro Honorario de la Academia Colombiana de la Lengua.

Quiso el neoacadémico honrarme, y el señor director del Instituto, don Jaime Posada, distinguirme, designándome para darle la calurosa acogida y jubilosa bienvenida, a quien llega en el nombre del Señor.

Cumplo, por la santa obediencia, con esta gratísima obligación.

Academia Colombiana

Rezan los Estatutos de la Institución:

«La Academia Colombiana o Academia Colombiana de la Lengua es una corporación autónoma de derecho privado, establecida como correspondiente de la Real Academia Española en el año 1871; tiene por principal objetivo trabajar asiduamente en la defensa y cultivo del idioma común, y velar porque su natural crecimiento no menoscabe su unidad y sea conforme con su propia índole y su desarrollo histórico.

Se ocupará también la Academia en estudios del lenguaje y en el fomento de la filosofía hispánica y de la literatura nacional; y colaborará con la Academia Española y las demás asociadas, según las normas de trabajo que se acuerden, en la preparación de la Gramática y del Diccionario, especialmente en la recolección de los regionalismos de Colombia».

Los Eudistas

Numerosas personas me han preguntado, quiénes son los Eudistas. Con especial gusto les respondo, como me enseñó el Padre Rafael García-Herreros, en forma precisa y concisa: Los Eudistas son los miembros de la Comunidad Religiosa Católica, fundada por el sacerdote francés, San Juan Eudes, el 25 de marzo de 1643, en la ciudad de Caen, cuyo fin era promover el culto a los Sagrados Corazones de Jesús y de María, y trabajar en la formación de sacerdotes. Por eso casi todos sus miembros son presbíteros, con una espléndida preparación humanística, filosófica, teológica, y pedagógica.

A Colombia llegaron los Eudistas en 1883. Entraron al país por Cartagena de Indias. Luego pasaron a Santafé de Antioquia, Pamplona en 1890, San Pedro de los Milagros, Antioquia; Bogotá, Santa Rosa de Osos, Jericó, Santa Marta, Ocaña, San José de Miranda, Pasto y Cali, donde se encargaron de dirigir o fundar Seminarios.

Las cigüeñas

En la geografía colombiana no hay cigüeñas. A quienes vinimos a este mundo en la primera mitad del siglo XX nos contaron, que a los niños recién nacidos los traían las aves zancudas, llamadas cigüeñas.

La mía me descargó el 11 de febrero de 1932, a las 9 de la mañana, en un pueblito de la provincia de García Rovira, en el departamento de Santander, llamado San Andrés.

Allí viví once años, dichosos, candorosos, inmortales, en mi dulce y querido hogar.

El 2 de febrero de 1944, faltando nueve días para mi doceavo cumpleaños, mis padres me llevaron a una población de la misma región, conocida como San José de Miranda, donde los padres Eudistas dirigían un famoso plantel, La Escuela Apostólica de Los Sagrados Corazones, y me matricularon como requintero.

Allí pasé dos inolvidables años, 1944 y 1945. Los más inmarcables de mi adolescencia.

Recordar es vivir, dice el adagio. Conservo gratísimos recuerdos de los presbíteros Eudistas que continuaron la educación dada por mis padres.

Imposible olvidar a los sacerdotes: Juan Nepomuceno Ochoa, quien me enseñó la Gramática Castellana de don Andrés Bello y la veneración a don Simón Bolívar. Roberto Lopera, el mago de los análisis gramatical y lógico. Mis rectores Próspero Restrepo y Marco Evangelista Gelves. Al insuperable Siervo de Dios, Rafael García-Herreros, quien me estimuló en mis aficiones por el canto, la música, la declamación, el arte escénico, la caligrafía y el periodismo. Además me encaminó por el sendero de las humanidades, la historia, las raíces griegas y latinas. Me presentó y me heredó el afecto por el poeta de la Patria, de la raza y de la fe, el maestro Aurelio Martínez Mutis, su gran amigo, quien convivió con nosotros en el Juniorato por varias temporadas.

Años pueblerinos

Sobre la virtuosa semblanza de nuestro ínclito académico, maestro en biografías, pero cauteloso con los investigadores de la suya, logra-

mos saber, que la acuciosa cigüeña, hizo un segundo viaje a los 99 días del primero. En esta oportunidad llegó, el jueves 19 de mayo de 1932, día de San Pedro Celestino, Papa y Confesor, de la Orden de los Benedictinos, el primer Romano Pontífice en renunciar por voluntad propia, y se posó en la propiedad de don Gabriel Jaramillo y doña Carmen Cuartas.

Su fundo se encontraba en una región cubierta por frondosos árboles de clima frío, de grandes hojas grises por encima y blancuzcas por debajo, con reconocidas propiedades diuréticas, llamados Yarumos.

En ese lugar, don Plácido Misas y don Francisco León Estrada, fundaron una población, llamada San Luis de Góngora, y después Yarumal.

El bebecito fue bautizado en el bello templo parroquial con el nombre de Dieguito. Cuando el señor cura le vertió el agua bautismal no lloró, pero al darle a probar la sal se desternilló de la risa, hizo una cara de pascua y dibujó una sonrisa jacarera, que todavía conserva.

Tres hermanas y dos varones lo acompañaron en el camino de la vida.

Al cumplir Dieguito sus primeros siete añitos, don Gabriel lo matriculó en el Jardín Infantil Las Villas, en Yarumal, donde le enseñaron a recitar, cantar y a perorarse.

Su debut y primeros pinitos los hizo en 1938 en una velada infantil en su escuela de párvulos.

Primero cantó esa tonada popular:

Campanitas

Campanitas de la torre de mi pueblo
campanitas de la Iglesia parroquial
alegraban clamorosas las mañanas
con sus notas cristalinas, claras como el manantial.

Los domingos madrugaban los repiques
en el día tan esperado y con razón,
cual relámpago de limpio me vestía,
y al llegar a mi iglesita me saltaba el corazón.

Después declamó varias estrofas del poema «Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia», de don Gregorio Gutiérrez González, nacido en la Ceja del Tambo, Antioquia, en 1826.

¡Qué bello es el maíz! Mas la costumbre
no nos deja admirar su bizarría,
ni agradecer al cielo ese presente,
solo porque lo da todos los días.

¡Salve segunda Trinidad bendita,
salve, frisoles, mazamorra, arepa!
con nombraros no más se siente hambre,
no muera yo sin que otra vez os vea.

El éxito y los aplausos fueron muchísimos. Desde entonces Dieguito creó fama. Cuentan que el niño se sabía todas las composiciones de este gran poeta, ciento uno, en total. Algunas de largo metraje como la ya citada. Y dizque cuando le pedían que cantara algo, contestaba con una estrofa del mismo vate:

¿Conoces tú la flor de batatilla,
la flor sencilla, la modesta flor?
Así es la dicha que mi labio nombra:
Crece a la sombra,
más se marchita con la luz del sol!.

En 1940 lo pasaron al Colegio San Luis, que en Yarumal dirigían Los Hermanos Cristianos, de San Juan Bautista de La Salle. En este plantel se convirtió en el motor de todas las actividades culturales. Contribuyó a popularizar los cantos del bardo de su solar nativo, don Epifanio Mejía, quien había nacido el 10 de abril de 1838, en Yarumal. Desafortunadamente el felibre, don Epifanio, perdió la razón a los 31 años, pero alcanzó a producir unas setenta poesías. El joven Dieguito deleitaba a la honorable concurrencia, interpretándoles: «El canto del Antioqueño»:

¡Oh Libertad que perfumas
Las montañas de mi tierra:
deja que aspiren tus hijos
tus olorosas esencias!.

De igual manera: «La historia de una tórtola».

Joven aún, entre las verdes ramas,
de secas pajas fabricó su nido;
la vió la noche calentar sus huevos,
la vió la aurora acariciar sus hijos.

Primera Comuni3n

Durante su permanencia en el Colegio San Luis, el domingo 23 de junio de 1940 hizo la Primera Comuni3n en la Basílica de Nuestra Señora de Las Mercedes.

Me parece ver al angelito Diego Jaramillo Cuartas, encabezando, por estatura, la fila de los neocomulgantes, estrenando de todo a todo, entrando al santuario, y entonando con su fina voz de tenor, el himno religioso:

Ya llegó la fecha
dulce y bendecida
hoy es la mañana
bella de mi vida,
lleguemos al templo
do está mi Señor
que tierno y amante
nos brinda su amor.

Ángel de mi guarda
Ángel del consuelo
dile a Jesucristo
que baje del cielo,
que el ansia de mi alma
se digne calmar
que ya desfallece
de tanto esperar.

Y tú Virgen Santa,
Oh madre querida,
enciende en mi pecho
la luz de mi vida,
adorna mi alma
de paz y pureza
pues va a ser morada
de eterna belleza.

Al Seminario

En septiembre de 1944, el chaval Diego Jaramillo Cuartas resolvió ingresar al Seminario Diocesano de Santa Rosa de Osos, sede episcopal de monseñor Miguel Ángel Builes, dirigido por los padres Eudistas.

Quienes quieran deleitarse, aprender y recrearse con las candorosas, inofensivas y jocundas travesuras del seminarista yarumaleño, pueden en una de las Librerías Minuto de Dios, y por escasos denarios, adquirir los siguientes libros: *Yarumal, mi pueblo y mi gente. El seminario, un camino al sacerdocio. Mis maestros, mis amigos, mis hermanos. Rafael García-Herreros: Una vida y una obra.* y *Los cuentos del Padre García-Herreros. Serán un Bocato di cardinale.*

Por casualidad en 1945, en Santa Rosa de Osos, le compró al padre Camilo Macías, el primer librito de *Cuentos*, del Padre Rafael García-Herreros, por sesenta centavos, y quedó ensimismado. Este fue el punto de encuentro con la obra y la vida del padre Rafael, de cuyas narraciones y escritos nos hablará en su trabajo de ingreso a la Academia.

Su preceptor

Cuenta el padre Diego que en julio de 1947 llegaron al Seminario Conciliar de la Villa de Nuestra Señora de los Osos, dos jóvenes sacerdotes Eudistas, los padres Jorge Giraldo y Arturo Echeverry. El pichoncito de cura apenas tenía quince años. El padre Giraldo, después obispo de Pasto, les enseñó latín. Por su parte el padre Arturo les dictó clases de Literatura Castellana y Preceptiva Literaria.

Bien pronto el hijo de San Juan Eudes captó las aptitudes que el jovencito paisa tenía para escribir. Así que lo orientó y le consolidó su vocación literaria interesándolo en la lectura y colección de los *cuentos*, escritos y publicados por R.G.H., Rafael García-Herreros. También en alguna oportunidad le dibujó en un cuaderno de tareas “las letras que identifican a los Eudistas: C.J.M. Congregación de Jesús y María. De ahí la gratitud perenne del padre Diego por su hermano eudista, el presbítero Arturo Echeverry, quien falleció en Medellín el sábado 26 de octubre de 1991, a los 70 años de edad.

Por eso en la biografía que escribió de su calificado mentor, anotó: «El Padre Arturo principió a lanzarme la carnada, que mordí, y me pudo

pescar como futuro eudista». (*El seminario, un camino al sacerdocio* Pág. 105).

El padre Diego hizo la correspondiente solicitud de ingreso a la Congregación Eudista y fue incorporado en 1954.

Vida Académica

El joven yarumaleño estudió filosofía en el Seminario de Valmaría, de los padres Eudistas, en Usaqué. Se licenció en Teología, en la Pontificia Universidad Javeriana, en Bogotá. Se especializó en Teología Pastoral en el Instituto Católico de París.

En Santa Rosa de Oxford, como Dieguito llamaba al Seminario Menor, y en Valmaría, aprendió de todo y se preparó lo más que pudo, pero se alejó de su afición por la filatelia y del canto, y abandonó el violín porque se convenció de que no sería un Niccolò Paganini, ni podía competir con su superior monseñor Luis Pérez Hernández, en el manejo de los trémolos y el arco. Entonces prefirió la pluma.

En cambio hizo parte de todos los centros culturales, religiosos y academias que existieron, y aplicó el lema de la valmariana: «Siembra. Escarda. Espera», la cual según afirmó, «pretendió hacer de nosotros oradores y maestros del idioma».

En noviembre de 1956 obtuvo dos importantes diplomas: El de bachiller en humanidades, firmado por el Ministro de Educación encargado, doctor José Manuel Rivas Sacconi y el de Teología, de la Pontificia Universidad Javeriana.

Ordenación y Apostolado

El domingo 17 de agosto de 1958, recibió el diácono Diego Jaramillo Cuartas, el sacramento del Orden, en la Capilla de Cristo Sacerdote de Valmaría, de manos del Excelentísimo Señor Obispo, Luis Andrade Valderrama, franciscano, y le sirvió de padrino de ordenación el presbítero Eudista, Rafael García-Herreros.

El nuevo sacerdote Eudista ejerció la cátedra en varios Seminarios en Colombia. En Icla de Manizales, Ipla de Quito, en el Instituto de Liturgia de Medellín y en las Universidades Javeriana y Pedagógica.

Tanto en la comunidad Eudista, como en la organización de la obra social y evangelizadora de El Minuto de Dios ha ocupado todos los cargos jerárquicos, tanto nacionales como internacionales.

Es un incansable difusor de la doctrina de la Iglesia por prensa, radio, cine, televisión e Internet, y de las humanidades y de la historia patria. Preside la Academia de Historia Eclesiástica de Bogotá.

Orienta la Corporación Universitaria Minuto de Dios, con 95 sedes y más de 134 mil estudiantes, y la educativa que suma 32 colegios y jardines infantiles con 29 mil educandos.

Actualmente construye en el municipio de Tena el gran «Jardín Botánico José Celestino Mutis». Será una sede de investigación científica y agropecuaria, con observatorio astronómico, orquidáceo, y cactáceas, y los procesos completos de la industria del café y de la caña de panela, y otras actividades.

Ahora intensificará la Fundación de Asesorías para el sector rural, con novedosas iniciativas.

Viaja mucho porque lo solicitan de diferentes partes del mundo para predicar encuentros, congresos y retiros de Renovación Carismática Católica.

Atiende numerosos programas radiales, televisivos, dirige la Revista *Fuego*, y el espacio diario *El Minuto de Dios*. Además continúa la construcción y entrega de casas para las personas de escasos recursos.

Como si lo anterior fuera poco, está en la preparación del 57 Banquete del Millón, que se realizará el próximo jueves 23 de noviembre del 2017, con destino a la edificación de la Nueva Mocoa, en el Putumayo. Hace 15 días, en el Valle de Aburrá, inauguró un inmueble en la Universidad El Minuto de Dios, del municipio de Bello, con capacidad para 2.500 universitarios.

Producción literaria

La admirable y asombrosa producción literaria del padre Diego Jaramillo la inició desde sus años de seminarista en las publicaciones de la comunidad eudista, especialmente en la prestigiosa revista de

Los Sagrados Corazones, Adsum y Cumbres, algunas de ellas por él fundadas y dirigidas.

Después de su vinculación a la obra del Siervo de Dios, en 1955 su tarea de escritor y educador se quintuplicó. Su vida se volvió de verdad un cuento.

¿A qué horas y cómo escribe? Solo los angelitos de la guarda nos lo podrán dilucidar.

Compiló y publicó 33 volúmenes de las *Obras Completas* del padre García-Herreros. Entre ellos los célebres *Cuentos*. En la actualidad son ya varios los libros de *Cuentos* del padre Rafael, recogidos y editados por el padre Diego. Sin duda alguna el mejor cuentista colombiano del siglo XX, es el padre Rafael García-Herreros. Si los medios, ni la crítica literaria los han tenido en cuenta, sencillamente es por ser un compendio de enseñanzas morales. Pero en cambio esos escritos hicieron y continúan haciendo mucho bien a quienes los leen, además de ser un punto de honra para las letras colombianas.

Reunió y él mismo redactó varias biografías de los miembros de la Comunidad Eudista que han prestado sus servicios o se formaron en nuestro país y ya están en el reino de los cielos. Son seis volúmenes, con el título de *Eudistas de Colombia*. Dos tomos separados: "Los Papas y la Renovación" y "El Papa Francisco y la Renovación".

Es un biógrafo insuperable, meticoloso, detallista, notable. Su gran trabajo de este género es la historia de su maestro, y amigo: *Rafael García-Herreros, una vida y una obra*, cuya cuarta edición está en prensa, con más de 500 páginas. Las semblanzas de sus hermanos Eudistas: *Henrique Rochereau, obrero del evangelio*. *Arturo Echeverry, evangelizador y formador*. *El arzobispo Germán Villa Gaviria, servidor de Cristo y de la Iglesia*. *Los Eudistas en el Minuto de Dios*. Como ejemplo de un texto histórico tiene un bellissimo compendio de 53, *Santos de América*, que conlleva una esmerada investigación, y un trabajo cuidadoso, fruto de una intención beatífica, conmovedora y vivificante.

Su autobiografía, en dos volúmenes: *Yarumal, mi pueblo y mi gente*, y *El seminario, un camino al sacerdocio*. Son recomendados para las próximas vacaciones.

Es autor de más de 150 libros y folletos sobre espiritualidad, Renovación Católica Carismática. De estos hacen parte los siguientes títulos:

Jesús de Nazareth, Padre Nuestro, Hablemos de Cristo, Palabras a Dios, Artesanos de Paz, Como predicar, Siete palabras de María, Perdóname Señor, Lluvia de regalos, El ministerio de la Música, Nombres de Cristo, Los Grupos de Oración. Tiene otros tantos en preparación.

El padre Diego, como todos le decimos, es un maestro en el arte de escribir la historia de la vida de las personas, magnífico redactor de semblanzas, profundo pensador, respetado preceptor, excelente catedrático, magnífico conferenciante, insigne predicador, ameno literato, publicista y mucho más, cuya impresionante actividad, diligencia, eficacia y presteza en el obrar, son humanamente imposibles para cualquier mortal.

El Siervo de Dios, padre Rafael García-Herreros, memorable y egregio fundador de la extraordinaria, sorprendente y admirable obra del Minuto de Dios, y su escogido sucesor, padre Diego Jaramillo Cuartas, tienen vidas paralelas.

A los dos ilustres «Telepadres», Eudistas, las gentes los señalan y bendicen por las milagrosas obras sociales producto de su apostolado, pero saben poco de las facetas de su formación intelectual, humanística, literaria y editorial.

El mosaico de Yarumal

El muy conocido Telepadre Jaramillo, por su labor, se ha ganado centenares de diplomas, medallas, premios y condecoraciones, y el honor muy significativo de ser colocado en el Mosaico de los hijos ilustres del Municipio de Yarumal, al lado del señor expresidente de la República, el Vice-Almirante, Miembro de la Junta Militar de Gobierno, Rubén Piedrahita Arango. El sacerdote jesuita, Gerardo Arango Puerta, exrector de la Pontificia Universidad Javeriana. El exministro de Educación, exsenador y fundador de la Universidad de la Sabana, directivo de la congregación del *Opus Dei*, Octavio Arismendi Posada, y del gran maestro Francisco Antonio Cano, autor del bellissimo óleo, *Horizontes*.

Bienvenida

Bienvenido sea el primer sacerdote Eudista colombiano, quien además de ostentar el título de «Gran Maestro de Colombia», otorgado

por el Ministerio de Educación Nacional, hoy ha sido inscrito como Miembro Honorario «de la más alta y antigua Academia representativa de la cultura patria».

Dios mío, antes de colocar en tus manos este día feliz para la Academia Colombiana de la Lengua, y la noche que llega, deseo repetir la loa de un sencillo poeta de esta tierra:

Al Padre Diego Jaramillo

Preciso en el andar, siempre sonriente,
a pesar del transcurso de los años,
va el Padre Diego caminando al frente
del Minuto de Dios, sin desengaños.

A esta obra entregó su vida,
al servicio de todos sus rebaños,
derramando su amor, que es luz vertida,
sobre propios, igual que sobre extraños.

Humilde, sabio, compasivo y bueno,
con esa abnegación de hombre sereno,
cumple el deber, sin padecer quebranto,

tras la huella del nuevo apostolado,
creado por el verbo iluminado
del Padre Rafael, futuro santo!

Mil Gracias.

Referencias

- Jaramillo, Diego. Pbro. Eudista. *Santos de América*. Centro Carismático Minuto de Dios. Colección Iglesia No, 73. Editorial Carrera 7. Bogotá, 1987.
- Jaramillo, Diego. *Eudistas de Colombia*. Colección Eudistas VI Tomos. Corporación Centro Carismático Minuto de Dios. Bogotá. Tomo IV. 2004.
- Jaramillo, Diego. Pbro. Eudista. *El seminario un camino al sacerdocio. Mis maestros, mis amigos, mis hermanos*. Corporación Centro Carismático Minuto de Dios. Bogotá, 2007.
- Jaramillo, Diego. «Recojo los laureles que otros se merecen». En *El Tiempo*. Martes 3 de diciembre de 2013. Debes saber. Pág. 7. Bogotá.

- Patiño Rosselli, Carlos. *Breve Diccionario de Colombianismos*. 3ª Edición. Academia Colombiana de la Lengua. Comisión de Lingüística. Graficas Visión. J.P. Bogotá, 2009.
- Giraldo Hurtado, Luis Guillermo. *Municipios Colombianos*. Senado de la República. Presidencia. Bogotá, 1989.
- Alonso Pedraz, Martín. *Ciencia del Lenguaje y Arte del Estilo*. Cuarta Edición Aguilar. S.A. de Ediciones Madrid, 1955.
- Toro Arango, Fabio. *Torango*. Así nos hemos entendido los paisas. MCA. Editores Ltda. 2013.
- Motoa Franco, Felipe. «El padre Jaramillo llegó a los 85 años». En *El Tiempo*. Martes 30 de mayo de 2017. Debes saber. Pág. 8.
- Castilla, Harold de Jesús. Pbro Eudista. «Uniminuto inauguró sede en Antioquia». En *El Nuevo Siglo*. Domingo 15 de octubre de 2017. Pág. 7 B.
- Ortega Torres, José J.. *Poesía Colombiana*. Librería Colombiana Camacho Roldán & Cia Ltda. Bogotá, 1942.
- Núñez Segura, José A.. S.J. *Literatura Colombiana*. 9ª. Edición. 1967. Editorial Bedout. Medellín.

COLOMBIA LA ATENAS SURAMERICANA

Por
Benjamin Ardila Duarte

La silla que debo ocupar fue honrada por claros varones de las letras colombianas. El último de ellos Carlos Patiño Rosselli trabajó el idioma con maestría de científico: *la Evolución de concepciones en gramática* fue su ensayo estelar y evaluó allí, desde la escuela francesa de Arnauld y Lancelot, conocida como la gramática de Port Royal, hasta la germana de Guillermo de Humboldt y el Método Estadístico norteamericano de Howard Kenston, incluidos los siete tomos de Jacques Damourette, editados entre 1927 y 1944 en Francia.



La cátedra en la Universidad Nacional y en la Universidad de los Andes y la traducción de Gerhard Rohlfs – *Manual de Filología histórica* – cuentan entre sus trabajos más señalados. Heredero de una familia de letrados, fue premio nacional al Mérito Científico y, como miembro de esta Academia, director de la Comisión de lingüística. Además de sus escritos sobre el castellano hablado y escrito trabajó el *Lenguaje y Sociedad en el Palenque de San Basilio*. En el Caro y Cuervo ayudó a continuar la obra de los más grandes lingüistas de Colombia.

Atraído por el solemne título que se ha dispensado a nuestra capital, Atenas Suramericana, he meditado, hondamente, sobre la manera de extender la calificación, generosa y justa, de Atenas Suramericana a Colombia entera. Hace más de cien años, Menéndez Pelayo, admirador de nuestras letras e historiador de nuestra poesía, repitió aquello que Humboldt, Miguel Cané y Eliseo Reclus habían recitado en fechas anteriores:

«La cultura literaria de Santa Fe de Bogotá, destinada a ser con el tiempo la Atenas de América del Sur, es tan antigua como la conquista misma. El primero de sus escritores es precisamente su fundador, el dulce y humano cuanto rumboso y bizarro abogado cordobés Gonzalo Jiménez de Quesada, Conquistador y Adelantado del que llamó Nuevo Reino de Granada. Como hombre de letras que era en sus principios, y manejó alternativamente la pluma y la lanza, y fruto de sus ocios fueron unas Memorias o compendio historial de sus conquistas, que llamó *Ratos de Suesca*».

Esas frases fueron aplicadas, con variaciones, al Brasil país del futuro según Stefan Zweig; y también por Ortega y Gasset a la Argentina en la *Meditación de un Pueblo Joven*.

Empero, a esta condición se ha enfrentado la idea peregrina de que somos un inepto vulgo o un país de cafres por figuras que tuvieron el apoyo de su pueblo y el orgullo de representarlo ante propios y extraños.

Dos europeos, de país distinto y de diferente sesgo, han golpeado la mejilla de América de este modo:

En la *Raison dans l'Histoire*, dice Hegel: «Lo que ha ocurrido en la época moderna con el Nuevo Mundo es que, así tuviera una civilización propia cuando fue descubierta por los europeos, esa civilización fue aniquilada a su contacto: la sumisión del país determinó su suerte. Sabemos con certeza de las civilizaciones americanas y su desarrollo, particularmente en Méjico y en Perú, pero comprendemos que se trata solo de civilizaciones naturales que debían, por consiguiente, hundirse al primer contacto con el Espíritu. América se ha mostrado siempre, y sigue mostrándose, como impotente, tanto desde el punto de vista físico como del moral. En cuanto los europeos llegaron a América los indígenas fueron desapareciendo al sople de la actividad europea. Aun entre los animales se encuentra la inferioridad que vemos en los hombres. La fauna americana posee leones, tigres, cocodrilos que tienen alguna semejanza con las especies correspondientes del Viejo Mundo, pero que son, de todo punto de vista, más pequeños, más débiles, menos potentes. Hasta donde sabemos, los animales mismos que se han importado del Viejo Mundo son allá menos nutritivos».

Y en el ensayo de Fernando Díez de Medina encontramos esta perla del florentino Papini:

«Vamos al ajuste de cuentas. América lo ha recibido todo de Europa: la mayor parte de la población, religión dominante, literatura, arte, ciencia, filosofía, libros, descubrimientos, ideales, teorías. ¿Cuál es la contribución de América a la civilización universal? Nada en religión. Nada en filosofía. Poquísimo en literatura. Peor en arte. Mal en ciencia. Ella no ha dado un solo genio. Carece de fuerza para las actividades superiores del espíritu. Mi búsqueda comenzó con gran amor y termina en gran dolor. América es deudora para con Europa: nada hizo de importante en el plano intelectual y espiritual. Por eso mi juicio es melancólico y desencantado». Así escribió Giovanni Papini.

Creo que lo dicho por Zweig, Ortega y antes por el orador español Castelar, no es suficiente para enfrentar el tema. Humboldt, en *El Cosmos* y en *El Viaje a las regiones equinociales del Nuevo Continente*, nos presentó ante el mundo y los papas de la cristiandad, desde hace siglos, respondieron a Papini al hablar de Nuestra América en documentos pontificios.

Es probable que el filósofo alemán estuviera pensando en la contradicción dialéctica y Papini en su celebrada biografía de *El Diablo*, cuando estamparon las frases precedentes.

No se trata de un debate probatorio o de un alegato de conclusión: simplemente – y reducido al caso colombiano ahora – podemos decir lo que América ha representado para el mundo y su incidencia en Europa. Germán Arciniegas, en su libro *América en Europa*, inventarió el cambio que para el Viejo Continente representó el descubrimiento: la astronomía, la economía, la medicina, la alimentación y la mesa servida, el vestuario de algodón, el baño diario, son otros desde nuestra aparición en el mundo occidental y en sus temas y libros. El comercio internacional se tornó en mundial al poder los barcos redondear los siete mares y los cinco continentes.

La provincia perdida y los municipios olvidados

Como la calificación de Atenas se dio a Bogotá es requerible mostrar la estela cultural que representan las regiones para la vida espiritual de Colombia y aun los municipios más lejanos. El geógrafo Pierre George habló de París y el Desierto Francés. América Latina también ha tenido similar problema a menor escala. Gran ciudad capital y regiones de olvido. Colombia no, en el mismo grado: grandes universidades,

academias regionales, plumas, paletas y acordeones moran en departamentos, ciudades y aldeas.

Primero vinieron las ciudades españolas o las que fortaleció la república o, más recientemente, la inmigración desesperada por el espejismo urbano. Los Llanos Orientales con la lira de Eduardo Carranza y de Daniel Arango, precedida de los ensayos económicos del expresidente Camacho Roldán y del Orinoco Ilustrado del padre Gumilla.

El Caribe con Cartagena que lanza a Rafael Núñez a centralizar la patria dispersa o a Joaquín F. Vélez a pactar un concordato de paz religiosa; o a mi maestro Fernando de la Vega y al Tuerto López que con un solo ojo veía todo; o a Eduardo Lemaître Román que nos descubrió los errores que nos llevaron a perder Panamá; y el grupo de Barranquilla y la Cueva de donde emerge García Márquez, quien merece capítulo separado por haber entrado ya a la inmortalidad.

Y el Pacífico olvidado, con Ricardo Carrasquilla, Mallarino y Holguín, además del orador Diego Luis Córdoba y del novelista – de las Estrellas son Negras – Arnoldo Palacios, traducido a varios idiomas.

Y Popayán: Ya Alberto Lleras, Rafael Maya, Fernando Londoño, describieron la ciudad letrada y Guillermo Valencia entregó las cenizas de sus valores al panteón de los inmortales de la cuna de Julio y Sergio Arboleda; y su universidad de dos siglos de docencia eminente.

Y Antioquia: con gran universidad levantada por Berrio, Escuela de Minas, De Greiff y Tomás Carrasquilla tan originales en todo.

Nariño, con su claustro mayor, su arcaico profesor Sañudo y su cervantino Rodríguez Guerrero o el poeta Aurelio Arturo, quien descubrió el paisaje donde el verde es de todos los colores.

María novela universal, salida del Paraíso en el Valle del Cauca y de la leyenda semítica, paralela al Alférez Real, paisaje inolvidable para todo visitante.

Manizales, Risaralda y el Quindío con su colonización antioqueña relatada por Otto Morales en *El Testimonio de un pueblo*, por Parsons ya traducido y Jaime Lopera; y con sus grecolatinos que conmovieron las plazas públicas de Colombia y el Parlamento, paralelo a la creación de la Industria Cafetera que nos dio comercio exterior y presupuesto de divisas durante más de cien años.

Boyacá donde se meció la cuna de la república y se cambió el rumbo de la América española; con sus colegios Boyacá y Sugamuxi y sus universidades; además de la lira de los Casas Castañeda, de José Joaquín Ortiz, del gran Julio Flórez y de Carlos Arturo Torres, todos de selecta antología.

Y Santander el grande, la tierra comunera: con su Misión Alemana para la educación y la pedagogía; con dos poetas estelares: Ismael Enrique Arciniegas y Martínez Mutis. Y al norte nueva Pamplona, educadora del oriente colombiano y del occidente de Venezuela; dice Carranza que es como la Esparta de Cristo, que silenciosamente se desliza, desde su heroica montaña, desde Patinir, para posarse como paloma de piedra en la montaña colombiana. Cote Lamus y Gaitán Durán esmaltan la ruta de la gran poesía colombiana contemporánea.

Casi todas las ciudades con nombres españoles como si atravesaran el mar y al fundarlas los colonos sembraran su corazón y su nostalgia. El poeta decía: América empieza en los Pirineos y España termina en la Tierra de Fuego.

Universidades, Academias, gran prensa local, revistas cultas en la descentralizada república, atestiguan que la vida artística colombiana no es flor de gran metrópoli solamente, sino adorno y conquista de todos los poblados, desde las muy nobles y leales de la época colonial hasta las aldeas de entonces y de siempre.

Cada provincia escribió su epopeya en la independencia y aportó su contingente a la cultura y a la ciencia, a la elocuencia y a la poesía.

Al respecto decía Castelar: «Nosotros mismos, en aquellas apartadas tierras, eternamente españolas por su historia, por su lengua, por su religión, hasta por su democracia, hemos oído a cantores como Bello que han aumentado, si cabe, la belleza de la lengua; como Caro, que han enardecido el amor a la libertad; como Heredia, que han derramado en nuestra fantasía la vida exuberante de los Trópicos».

Toda parcela del país hace su contribución. El escritor y orador santandereano Manuel Serrano Blanco escribió que cuando el país necesita un presidente para su palacio, un arzobispo para su basílica, un militar para sus guerras o un poeta para sus laudes, mira hacia Popayán.

Colombia y España – España y Colombia.

No creemos que en parte alguna del mundo se haya escrito tanto sobre el *Quijote* y temas ibéricos como en Colombia:

- Ignacio Rodríguez Guerrero ganó el premio quinquenal "Isidre Bonsoms" de estudios Cervantinos en Barcelona con su obra: *Tipos Delincuentes del Quijote*, clasificación de literatura y de crimino génesis sin igual;
- Monseñor José Vicente Castro Silva redactó Prólogo y Epílogo de don *Quijote* con justificación de la cronología del libro inmortal;
- Adolfo de Francisco Zea presentó *La Locura de don Quijote*, con acopio de citas literarias y científicas concluyentes; y;
- Carlos Monroy Reyes habló, en este templo de Piedra, de Cervantes considerado como poeta.
- Nuestro profesor Miguel Aguilera compiló *América en los Clásicos Españoles* con extractos de prosas de plumas ibéricas ocupadas de la tierra nuestra. Todos sabemos que Cervantes escribió memorial suplicatorio para aspirar a trabajar en Cartagena de Indias.

El académico Carlos Restrepo Canal, hace medio siglo, editó *España en los clásicos colombianos*, desde Quijano Wallis, para la reanudación de nuestras relaciones con España hasta 1950. Incluye el texto de José Caicedo Rojas sobre la fundación de la Academia Colombiana y la página de Aníbal Galindo sobre la batalla de Lepanto el 7 de octubre de 1571.

Rubén Darío había dicho: El Siglo de Oro de las letras españolas se ofrece a la sensibilidad universal como uno de los monumentos más considerables del espíritu humano.

El Humanismo Hispano-latino

El tríptico sublime –Caro, Cuervo, Suárez- enorgullece cualquier literatura porque hunde, en el fondo de los autores príncipes castellanos, la pluma de oro para encontrar un método: el de la gramática histórica, el diccionario de autoridades y la antología de lo que debe perdurar.

Caro se prenda *Del uso en sus relaciones con el lenguaje* y los neologismos de buena ley, además de los recuerdos fundacionales de la Academia madre y de su primera hija americana, la de Colombia en 1871.

Cuervo hace la monografía de *El castellano en América* y las fichas iniciales pero decisivas, del *Diccionario de construcción y régimen*, que el Instituto Caro y Cuervo concluyó.

Suárez entrega *La lengua castellana* en 1910, las *Notas a la Gramática de Andrés Bello* y cómo se fundó la Academia colombiana, seguido de algunos de los *Sueños de Luciano Pulgar* dedicados a la gramática.

Antonio Gómez Restrepo, en sus *Oraciones académicas*, con Juan Valera, Menéndez Pelayo y Rubio y Lluch tomaron la Literatura Colombiana escrita hace un siglo e inventariaron, críticamente, las obras de mayor representación: la poesía, el teatro, las novelas y el ensayo fueron reseñados.

Más tarde Sanín Cano y, de especial manera y con un profesionalismo sin par, Rafael Maya trabajó más de cinco tomos de crítica literaria sobre autores nacionales y, prácticamente, agotó el tema.

La biblioteca de autores colombianos editó esos trabajos abnegados que tenían el antecedente de Samper Ortega, Jorge Roa y el *Papel Periódico Ilustrado* de Alberto Urdaneta.

El afrodescendiente y los antepasados primitivos

Arthur Ramos, en 1935, trabajó las culturas negras en el nuevo continente, siempre excluidas de la vida nacional y solo en el Brasil bien estudiadas en el último siglo, por la incidencia predominante en esa media América Latina. En Colombia poco estudio y poco apoyo se ha prestado a la cultura del Pacífico y solo hace medio siglo que la costa Atlántica ha tenido el esmerado puesto que ha conquistado en la música, en las artes y en las letras de Colombia.

El abandono en rutas, puertos, educación, salud y servicios asistenciales del mar de Balboa, nos ha privado de incorporar íntegramente la economía, el trabajo y la vida artística de esa gran porción de Colombia.

Los chibchas, otras etnias y su proyección

En 1950 la Universidad Nacional de Colombia editó el libro de Guillermo Hernández Rodríguez *De los chibchas a la Colonia y a la República*. Después varios grupos indígenas, con su pasado y su cultura, han merecido cuidadoso estudio. Importante trabajo porque lo que queda de presencia histórica de los pueblos es la obra de sus escritores – en este caso limitada – la paleta de sus pintores y el eco rítmico de sus músicos.

No hemos tenido escuelas de indigenismo literario como en Méjico y en Perú, pero si hubo desde el siglo XIX, quien registrara los afanes y dibujara las estructuras sociales de los grupos indígenas. La antropología llegó tarde pero se profesionalizó y no hay – en lenguas indígenas o en comportamiento – grupos ajenos al ojo avizor y técnico de las juventudes estudiosas.

Los chibchas y particularmente el norte de los guanes amaron el idioma de los encomenderos:

Tiene disposición y gallardía;
Y es gente blanca, limpia, curiosa,
Los rostros aguileños, y facciones
De linda y agraciada compostura;
Y las que sirven a los españoles
Es de maravillar cuán brevemente
Toman el idioma castellano,
Tan bien articulados los vocablos
Como si les viniera por herencia;
Primor que yo jamás he visto
En las otras naciones de las Indias,
Con haber visto muchas y diversas,
Por ser los más ladinos balbucientes
En la pronunciación de nuestra Lengua.

El romanticismo

Rafael Maya dice que el romanticismo es un movimiento literario que se vincula íntimamente a la evolución de las ideas en Colombia, durante nuestro glorioso siglo XIX. Y compiló las poesías de José Joaquín Ortiz, José Eusebio Caro, Julio Arboleda, Rafael Núñez, Gregorio

Gutiérrez González, Rafael Pombo, Diego Fallón, Jorge Isaacs y Julio Flórez.

Aun cuando la influencia de los románticos españoles era fuerte, Francia marcó – con toda la obra de Víctor Hugo, las *Memorias de ultratumba* de Chateaubriand y la *Historia de los girondinos* de Lamartine – la poesía, la prosa, el teatro y la oratoria de los más grandes valores de Colombia. La ruptura que con el drama *Hernani* hace Hugo con el ayer clásico, era seguido entre nosotros y en política y en estética todo lo reseñado posteriormente por Henri M. Paire dejó impronta en nuestras letras y aún hoy está vigente.

En estas reflexiones de nuestro atardecer literario se vislumbra el fuego de los creyentes en el genio del cristianismo, la sensibilidad social de *Los miserables* y la entonación de la Enciclopedia y de la Revolución Francesa en los discursos girondinos.

Otras escuelas y otros autores retoñaron y saltaron los mares pero el siglo que cursa entre los Estados Generales de 1789 y la Comuna de París de 1870 se vivió desde Nariño en su traducción revolucionaria hasta los recitadores de la gruta simbólica.

El periodismo

Gustavo Otero Muñoz y el colega académico Antonio Cacia Prada han estudiado la historia de la prensa escrita colombiana, desde antes de nacer la república. Hoy se adiciona con radio, televisión, Internet y Redes sociales. Antonio Nariño con humor; Caldas con ciencia; el siglo XIX y XX con doctrina, ideología, partidismo y tesis. Todas las publicaciones nacieron al calor del alero de los partidos y familias letradas. El tema de La Ficha de Bronce de Sinclair – el capital en la presentación del rumbo y de la noticia – aparece tarde en la América Latina. A medida que las colectividades políticas desdibujan su ideología, los periódicos también.

La misión de la universidad

Hubo dos tipos de universidades coloniales: las teológicas fundadas por comunidades religiosas y las modernizantes de las frescas notas de Carlos III en palabras del arzobispo Virrey:

«Todo el objeto del plan educativo se dirige a substituir las útiles ciencias exactas en lugar de las meramente especulativas, en que hasta ahora lastimosamente se ha perdido el tiempo; porque un Reino lleno de preciosísimas producciones que utilizar, de montes que allanar, de caminos que abrir, de pantanos y minas que desecar, de metales que depurar, ciertamente necesita más de sujetos que sepan conocer y observar la naturaleza y manejar el cálculo, el compás y la regla, que de quienes entiendan y crean el ente de razón, la primera materia y la forma substancial».

Santander hizo otro esfuerzo al nacer la república; organizó el Hombre de las Leyes, los colegios universitarios en casi todas las provincias de la Gran Colombia; los radicales en 1867 crean la Universidad Nacional hace 150 años con amplitud ideológica y con la Ley 68 de 1935, Alfonso López Pumarejo, estructura la moderna Universidad de Colombia y construye la ciudad universitaria. Dice Zuleta Ángel: «Por primera vez los estudiantes tuvieron injerencia en el manejo de la universidad, pero una injerencia limitada, discreta, bien balanceada, que no dejaba al arbitrio y capricho de ellos la suerte de la Institución».

Indudablemente en los grandes cambios educativos de la Revolución en marcha incidieron dos fuerzas: el Manifiesto Argentino de los estudiantes de Córdoba en 1918, lo mismo que la lucha periodística de Eduardo Santos y de Agustín Nieto Caballero por enjuiciar la rígida educación escolástica de medio siglo y proponer lo que se llamó la Nueva Escuela.

Caro, Cuervo y Suárez

En ellos tiene el humanismo hispano latino tres piedras angulares que enriquecen, con limo de finas corrientes americanas, las prosas y las poesías que de España trajeron los abuelos.

Bueno es pregonar que el humanismo del Renacimiento a España llegó; que hoy la civilización no se contrae a esto que desde Spengler llamamos occidente y que Oriente – la India desde 1947 y la China desde 1950 – también llegan a una Cultura Universal Integrada. Colombia no es extraña a los vientos que han soplado desde todos los continentes desde el fondo de las edades. La Independencia tenía el estímulo de la Enciclopedia francesa, de la revolución norteamericana y del liberalismo español de las sociedades económicas de amigos

del país, de Jovellanos y del padre Feijoo. Ese humanismo también impregnó el patrio pensamiento, el romanticismo literario y la democracia consolidada.

El teatro

Carlos José Reyes, en sólidos tomos, con una investigación benedictina, aporta al conocimiento de los nuevos autores, las raíces que desde la Colonia a la hora presente alegran las tablas y mueven el arte en comedias propias o adaptadas. La teoría de que, no obstante nuestro origen español, no teníamos teatro es falsa. Ya, parcialmente, hasta su tiempo, José María Samper y Ortega Ricaurte al tema se refirieron. No sobra decir que, desde hace cincuenta años, especialmente en Bogotá, Cali y Manizales hay un teatro de calidad que ha merecido admiración también en suelo extraño. Santiago García, Jorge Alí Triana, Fanny Mickey y Bernardo Romero Lozano entre otros han dado impulso al arte dramático.

En el siglo XIX Jota F. de Madrid editó en París *Guatimoc*, tragedia en cinco actos, una de las primeras creaciones dramáticas de su tiempo.

El Instituto Caro y Cuervo

La ley 5 de 1942, derivada del proyecto de Ateneo del ministro de educación Jorge Eliécer Gaitán, articulado que venía del gobierno del doctor Eduardo Santos, consagró bajo la firma del presidente Alfonso López Pumarejo y del ministro German Arciniegas esta institución emblemática de la lengua castellana en el mundo de hoy. Inicialmente editaron la obra de Cuervo, Caro y Suárez. Después muchos libros en la Granada Entreabierto, *El latín en Colombia*, la *Novela y su historia* de Curcio Altamar y sus *Boletines*, revistas, becas y el seminario Andrés Bello.

El humor

Nariño en su *Bagatela* y antes uno de los Caro, escribieron con humor. Gutiérrez Piñeres y el Alacrán Posada, en nuestro siglo XIX tuvieron prensa satírica y concibieron versos de humor. Víctor E. Caro, Felipe Lleras Camargo y otros cubrieron tramos de vida literaria con sal y pimienta. Klim y Alka-notas por los años 50 y 60 del pasado siglo, compilaron

prosas satíricas. Después han venido Daniel Samper Pizano y su hijo Samper Ospina en la hora presente con éxito indiscutible. Jaime Garzón, mártir de la intolerancia, ha dejado honda huella como el gran humorista de nuestro tiempo.

La caricatura

Rendón no tiene par en el siglo XX hasta su muerte. Pepe Gómez hizo historia. Más tarde Chapete, Merino y desde hace 60 años el admirable Osuna, refleja con su lápiz, ácidamente, la vida nacional. Claro que hay otros: Matador, Vladdo, Jota, Beto Barreto, Pepón. Antonio Caballero escribe editoriales y tiene también pluma de caricaturista. Rendón dejó a los congresistas en las gradas del capitolio cada uno con un mico en el hombro; y al sonámbulo Abadía Méndez y al general Cortés Vargas con las bananeras como horizonte y los muertos en el río al lado de los patos que el presidente cazaba en los humedales de la Sabana de Bogotá.

El ensayo

América saltó a la literatura con el ensayo histórico de los Cronistas de Indias que aún se leen con provecho por quien quiera deletrear el alma de los pueblos precolombinos, conquista y colonia y dominación española. El rigor no campea allí porque las alucinaciones de El Dorado, los relatos de las comunidades que mentían para defenderse y cierta confusión de nombres y lugares.

Más tarde se relata la historia de la independencia y las guerras civiles. El ensayo sociológico y económico emerge con Miguel Samper, Ancízar y Camacho Roldán. Igualmente el gran libro de Ludwig Beutin – Introducción a la Historia Económica – abre los ojos a Carlos Lleras, Antonio García y José Antonio Ocampo para hablar de nuestra historia económica.

La Historia de la Sociología ha sido detalladamente escrita por Gonzalo Cataño con un balance que editó la Revista Eco en 1981.

La historia y la nueva historia

Álvaro Tirado Mejía, Chucho Bejarano, Mario Arrubla reviven los episodios patrios – contemporáneamente con Indalecio Liévano Aguirre

– para superar o complementar con la visión económica – la vida de la república y aún la de los tiempos indígenas y coloniales. Oscar Delgado en lo agrario, Caballero Argáez en el siglo XX, Miguel Urrutia en la Historia del Sindicalismo, César González y Luis Bernardo Flórez completan la visión de lo que fue y el proyecto de lo que vendrá.

La Historia Económica de Colombia de Enrique Caballero Escobar, parado en un cartapacio de documentos y con la visión de libros de difícil encuentro, nos presenta El Descubrimiento de América y las líneas de las disputas entre proteccionismo y apertura que ha caldeado la controversia en dos siglos de vida nacional.

La oratoria

En la oratoria el bello libro sobre Demóstenes de Clemanceau fue muy imitado. En los discursos procesales la elocuencia judicial de Enrico Ferri primero, de Maurice Garçon y los *grandes procesos de la historia* de Henri Robert, dieron soporte a las audiencias públicas con jurado en los estrados judiciales antes de ser abolidos.

La palabra diserta y la dicción brillante fue una costumbre nacional de prelados, políticos, militares y académicos. Bolívar fue un gran orador militar y sus arengas corren paralelas a las de los más grandes capitanes de la historia, César y Napoleón. De los ilustres oradores alcanzamos a conocer algunos. Daniel Samper Ortega, hombre laico, pero primo de monseñor Carrasquilla, historió la oratoria sagrada de los discípulos de Bossuet. Cortes Lee, Castro Silva, Rafael María Carrasquilla, Emilio de Brigard, Celedón, Jordán y otros prelados conmovieron a su feligresía con su prédica edificante que recuerdan a Gillet en su libro *Elocuencia sagrada*.

Los discursos de las posesiones presidenciales de Colombia, compilados por Manuel Monsalve, pueden, sin tropical vanidad, parangonarse con el Espíritu de la Diplomacia de Charles de Chambrun, de los Discursos de la Libertad de Harvard o de la ciencia política compilada por Raymond Garfield en inglés espléndido. Hubo sonoros debates parlamentarios en el país: los de Julio Arboleda, Los delegatarios en 1886 encabezados por Caro; Antonio José Restrepo y Guillermo Valencia sobre la pena de muerte; Laureano Gómez y Darío Echandía, intervenciones que envidiarían los compatriotas de Castelar y Primo de Rivera.

La oratoria académica de Colombia es edificante. En historia, ciencias y artes impacta al lector. Las grabaciones registran mucho, pero falta la vida de la real presencia. La colección de los discursos de la Academia colombiana constituye una historia de nuestra literatura y, ampliando el círculo, de las letras castellanas y de valores universales. Las academias de Bogotá y de provincia y sus publicaciones irrigan el pensamiento cultural por la nación entera.

La elocuencia forense

Desde Antonio Nariño hasta Gaitán y Carlos Lozano fue compilada por la editorial Temis en 1986 e impactan el Proceso Zawadzky y la defensa de Soledad Agudelo por Camacho Carreño, víctima ella de acoso sexual y homicida en defensa de su honor. El sistema acusatorio acabó con la oratoria forense que integraba a la comunidad y a sus jurados con la administración de justicia hasta hace treinta años.

La novela

Nunca hemos tenido lo que ahora se llama un boom de novelistas o una escuela narrativa como la rusa de finales del siglo XIX o la de América latina de hace 50 años. Pero sí hemos visto compatriotas novelistas traducidos a muchos idiomas. La *María* a partir de 1867, la *Vorágine* en 1920 pasaron a otras lenguas y países. Hubo un receso roto hace medio siglo cuando, ya consagrado por antiguas prosas, Gabriel García Márquez lanzó con *Cien años de soledad*, su nombre a todos los idiomas importantes del mundo. La inmensa obra de Tomás Carrasquilla y Risaralda de Arias Trujillo, con temas regionales y castiza prosa, han tenido varias ediciones.

El arte

López de Mesa editó, a veces separado o en obras mayores *De cómo se expresa en arte el pueblo colombiano*. Durante varios lustros Marta Traba estimuló pintores, fundó el Museo de Arte Moderno en 1953 que ha sido admirado por los colombianos y turistas, luego Gloria Zea fue directora del mismo desde 1969 hasta marzo de 2016, mientras fue directora de COLCULTURA dio inicio a la Ópera de Colombia en 1976. Martín Nava en sus conversaciones con El Fantasma acaba de

editar 32 entrevistas sobre los últimos cincuenta años del arte en Colombia.

La historia de nuestra música ha sido evaluada por el abogado y párroco de la Catedral de Bogotá Ignacio Perdomo Escobar, autor también de un libro sobre la Sabana y otro sobre Derecho Aéreo. Sigue allí el método de las etapas, los instrumentos y las escuelas que aclimató en Francia Bernard Champigneulle en fechas anteriores.

La poesía

Paul Éluard decía que la mejor selección de poemas es aquella que uno hace para sí mismo. En memorable conferencia expresó Jorge Zalamea: «Después de un número de años ya difícilmente confesable de lecturas, estudios, cotejos, traducciones y viajes por los cinco continentes he llegado a la conclusión consoladora de que en poesía no existen pueblos subdesarrollados».

Varias antologías corren sobre poesía colombiana: la de Eduardo de Ory de 1914; la de la revista *Bolívar*, con antologías separadas y prólogos de Rafael Maya sobre grandes poetas de Colombia. El Instituto Caro y Cuervo, igualmente, ha editado altos valores lo mismo que COLCULTURA con prólogo y selección de Cobo Borda.

En el libro de Ory, Antonio Gómez Restrepo consideró a Julio Flórez como el más popular de nuestros poetas y uno de los más conocidos del continente. Trovador espontáneo y romántico como Zorrilla. Y Gloria Serpa-Flórez, con sensibilidad artística y amor familiar hizo un bello libro sobre Julio Flórez, *Todo nos llega tarde*, y allí incluyó el criterio favorable de Caro, de Martínez Mutis y de Rufino Cuervo. Flórez, poeta triste, reflejó la angustia de una época de tres guerras civiles y de la pérdida de Panamá.

Más tarde la Academia Colombiana, liderada por el padre Félix Restrepo, sobre las mejores poesías de Colombia hasta 1959, prefirió la selección de Nicolás Bayona Posada así:

1. *En altamar* de José Eusebio Caro.
2. *Noche de diciembre* de Rafael Pombo.
3. *La luna* de Diego Fallón
4. *La estatua del libertador* de Miguel Antonio Caro.

5. *Las constelaciones* de Rivas Groot.
6. *Nocturno* de Silva.
7. *San Antonio y el centauro* de Guillermo Valencia.
8. *El armisticio* de Víctor E. Caro.
9. *Tierra de promisión* de José Eustasio Rivera.
10. *Rosa mecánica* de Rafael Maya.

Piedra y Cielo, en *Visión estelar de la poesía colombiana* de Eduardo Carranza, tomó el título de Juan Ramón Jiménez con ese nombre y entre 1939 y 1940 editó los cuadernos poéticos de sí mismo y de

Carlos Martín, Arturo Camacho Ramírez, Eduardo Carranza, Tomás Vargas Osorio, Gerardo Valencia y Darío Samper.

El doctor Gustavo Wilches, el más joven de ese grupo estelar, aclaró la imposibilidad de agruparlos como una corriente por la individualidad estética de cada bardo de aquella constelación que aún con respeto se nombra.

Ya lo dijo Menéndez Pelayo: «ninguna de las repúblicas hispano-americanas puede presentar un grupo de líricos igual al de Colombia, con la ventaja de tener cada uno su propio carácter y conservar la independencia de su musa».

Igualmente, altas damas de la literatura como Laura Victoria, Isabel Lleras Restrepo, Meira Delmar, Maruja Vieira y Matilde de Pérez, además de la juventud que ahora canta, han dado lustre y esplendor a la antología poética de Colombia.

Las sombras

Dos profesores, de tiempos idos y fama permanente, López de Mesa y Jota M. Yepes, al describir los temas nacionales enumeraban frustraciones y sombras:

El primero señaló colapsos de: La Civilización de San Agustín; Los Chibchas; La Expedición Botánica, degollada por Morillo en los patíbulos; La Gran Colombia, dispersa en 1830.

La Amputación de Panamá en 1903 y La Abolición del Estado de Derecho en 1949, con demolición del criterio de Potencia Moral que el continente, hasta entonces, nos dio.

Superar esas frustraciones es tarea de las nuevas generaciones, si se preparan culturalmente para la conducción de la República Moderna.

Conclusiones

Probado está que un pueblo que ha sido sometido a semejantes pruebas y desafíos no es ni inepto vulgo ni país de cafres. Recientemente se advirtió que en muchos municipios de Cundinamarca y de otros departamentos había casa de la cultura y en el Quindío hay centros de Historia en ciudades menores. Mentira la inferioridad de nuestras razas y de la América Morena. Las grandes sociedades industriales pueden creer que sus pueblos son poderosos porque tienen alguna superioridad racial; todo inexacto; si les tocara construir la economía y la vida, con los climas del trópico y la salud menguada, no tendrían las tasas de desarrollo que tienen y el crecimiento que difícilmente han logrado nuestros pueblos.

Entre los esfuerzos quiero destacar dos de tipo individual:

El de Rosalía Suárez, mujer sencilla de la provincia antioqueña, sin más apoyo que su intrépido corazón, educó a Marco Fidel Suárez y lo entregó a la Academia, con la *Oración a Jesucristo*, y a la Cancillería y a las puertas de la presidencia para darle fronteras a Colombia y Comercio Exterior a la república.

El expresidente Alfonso López Pumarejo, en su testamento leído en la Universidad Nacional, recordaba que, precisamente por no haber sido bachiller, como lo decían sus enemigos políticos, abrió la nueva universidad para que quien quiera hacer una carrera logre culminarla. Y repetía emocionado, con entrecortada voz: «Bendigo a la Providencia que me dio por patria este suelo fecundo y por conciudadanos a mis compatriotas».

Novelistas apenas salidos de la adolescencia; concursos de poesía; certámenes de teatro; barrios como la Candelaria, llenos de escenarios para el drama; ferias del libro en la provincia, nos están diciendo, como dicen en Francia; que hay luz en la poterna y guardián en la heredad.

La crítica literaria o artística no debe ser un bota fuego o un ramo de flores, sino un registro. La justicia frente a la pluma y frente al pincel es prueba de que una cultura está bien constituida y sólidamente asentada.

La financiación de la educación pública y hacer la privada accesible es el mejor mecanismo para encontrar talentos y formar clases rectoras salidas de todos los estratos sociales y regiones de la nación.

La juventud, inconforme por las imperfecciones de la sociedad injusta que le ha tocado vivir, puede esforzarse para lograr lo que la sensibilidad de un gran poeta presentó como objetivo:

Una patria de hierro,
Pero que no entristezca los ojos de los niños;
Una patria de hierro,
Pero que tenga la dulzura de una naranja al medio día.
Una patria, en fin, donde se sienta el orgullo y la alegría
De ser hombre y de vivir.

(Tomás Vargas Osorio, 1908-1941).

Señores académicos, he terminado.

Bibliografía y documentación

- Arango, Daniel. *Las mejores poesías colombianas*. Festival del Libro. Tomo II. 1959.
- Barba Jacob, Porfirio. *Poesías completas*. Prólogo de Daniel Arango de 1944. Segundo Festival del Libro. Bogotá.
- Caro, José Eusebio. *Verso y prosa*. Biblioteca Popular de Cultura Colombiana. Antología. Un poeta filósofo por Rafael Maya. 1951.
- Caro, Miguel Antonio. Tomos I, II y III. Instituto Caro y Cuervo. Bogotá. 1962.
- Carranza, Eduardo. *Visión estelar de la poesía colombiana*. Biblioteca del Banco Popular. Bogotá. 1986.
- Carrasquilla, Tomás. *Obras completas*. Editorial Bedout. Medellín. 1958.
- Clemenceau, George. *DEMÓSTENES*. Editorial Apolo. Barcelona. 1933.
- Cobo Borda, Gustavo. *Álbum de poesía colombiana*. COLCULTURA. Biblioteca Básica colombiana. 1980.
- Cuervo, Rufino José. Tomos I y II. Instituto Caro y Cuervo. Bogotá. 1954.
- De Chambrum, Charles. *L'esprit de la diplomatie*. Ediciones Correa. París. 1944.
- De Ory, Eduardo. *Parnaso colombiano*. Instituto Caro y Cuervo. 1994.
- Flórez, Julio. *Todo nos llega tarde*. Biografía por Gloria Serpa Flórez de Kolbe. Editorial Planeta. Bogotá. 1944.

- García, Antonio. *La crisis de la universidad. La universidad en el proceso de la sociedad colombiana*. Editor Plaza & Janés. Colombia. 1985.
- De Albareda, Ginés y Garfías, Francisco. *Colombia: Antología de la Poesía Hispanoamericana*. Biblioteca Nueva Almagro. Madrid. 1957.
- Gómez Restrepo, Antonio. A) *Oraciones Académicas*. Biblioteca de Autores Colombianos, Bogotá. 1952. B) Gómez Restrepo, Antonio – Juan Valera – Menéndez Pelayo – Antonio Rubio y Lluch. *La Literatura colombiana*. Biblioteca de Autores colombianos. Bogotá. 1952.
- Holguín, Andrés. *Las mejores poesías colombianas*. Tomo I.
- Hugo, Víctor. A) *Hernani-Drame-Larousse*. París. 1951. B) *La Légende des siècles*. (Sin fecha) c) *Les misérables*. París. Editorial Garnier. 1957.
- Maya, Rafael. A) *La Musa Romántica en Colombia*. (Antología). Biblioteca de Autores Colombianos. 1954, b) *Estampas de ayer y retratos de hoy*. Biblioteca de Autores Colombianos. 1956, Bogotá,
- Restrepo, Félix. S.J. – López Narváez, Carlos. – *Antología de la Academia Colombiana. Poemas de Colombia*. Editorial Bedout. 1959. Medellín.
- Rodríguez, Freile. *El Carnero*. Bogotá. 1984. Manuscrito de Yerbabuena. Instituto Caro y Cuervo.
- Silva, José Asunción. *Obra completa*. Prólogo de Miguel de Unamuno. Notas de Baldomero Sanín Cano. Editorial Bedout. 1980.
- Suárez, Marco Fidel. *OBRAS*. Tomo I, II y III. Instituto Caro y Cuervo. Bogotá. 1958.
- Valencia, Guillermo. A) *Oraciones Panegíricas*. Biblioteca de Autores Colombianos. Bogotá. 1958. B) *Ritos*. Londres Establecimiento Tipográfico de Weitheinner, Lea y Cía. 1914.
- Zalamea, Jorge. A) *La poesía ignorada y olvidada*. Casa de las Américas. La Habana. 1965. B) *La visa maravillosa de los libros*. Segunda Edición. Méjico. Editorial Isla.

EL LIENZO ROTO Y RENOVADO DE LA VIRGEN DE CHIQUINQUIRÁ Y SU INCIDENCIA EN LA HISTORIA Y EN LAS LETRAS PATRIAS

Por
Antonio José Rivadeneira Vargas



Nuestro Secretario Ejecutivo, don Edilberto Cruz Espejo, en amable nota del 14 de agosto pasado tuvo la bondad de comunicarme que esta Academia me había elegido como Miembro de Número para ocupar la silla "CH", asignada a don Juan Gustavo Cobo Borda, quien fue exaltado a Miembro Honorario.

Al agradecer tan honrosa e inmerecida distinción debo manifestar mi gratitud a nuestro director, don Jaime Posada, por el gesto amable y

generoso de darme la bienvenida a esta benemérita entidad consagrada a defender, fijar y dar esplendor a la lengua castellana y permitirme disertar sobre “El lienzo roto y renovado de la Virgen de Chiquinquirá y su incidencia en la historia y en las letras patrias”.

Profeso una admiración profunda a nuestro insigne director, lo cual me ha permitido seguir de cerca su discreto y efectivo desempeño tanto en el escenario público como en el área académica, y registrar con complacencia su admirable gestión en el Ministerio de Educación, la Gobernación de Cundinamarca, la Rectoría de la Universidad de América y la Asociación de Universidades, por él creada y desde la cual protegió la educación y la autonomía universitaria de los embates de las dictaduras.

Inmenso orgullo invadió mi espíritu cuando supe que esta Academia le otorgó el sillón que correspondió a don Santiago Pérez, uno de sus ilustres fundadores y cuya biografía pergeñé con algún acierto, lo cual mereció el prólogo del ilustre expresidente Eduardo Santos, y cuya reedición espero se cumpla en breve tiempo.

Sobre mi antecesor don Juan Gustavo Cobo Borda, diré que me merece gran admiración y respeto, pues con su padre compartimos oficinas en el Edificio Vásquez de la calle 13 nro. 9-20, muy cercanas a la librería que don Juan Gustavo atendía en la Avenida Jiménez con cra. 8ª. de esta ciudad.

Poeta y ensayista de grandes prendas, es autor de numerosas obras, entre las cuales debo destacar *Historia portátil de la poesía colombiana*, *La otra Literatura Latinoamericana*, *Letras de esta América*, *Arciniegas de cuerpo entero*, *La Narrativa Colombiana después de García Márquez*, e importantes ensayos sobre Álvaro Mutis, Jorge Luis Borges e Ignacio Gómez Jaramillo.

Al juzgar la obra de Germán Arciniegas, Cobo Borda aplicó un criterio analítico de nuestro devenir histórico con perfil novelesco que le permitió sustentar la tesis de que con América nació una nueva historia, bajo la forma y con el gesto de novela, lo cual permitió verificar en la obra de Hegel «una ignorancia extensísima sobre el hecho americano» y concluir que la Historia es otra forma de ficción.

En su ensayo sobre “García Márquez, Una Revolución en la Lectura”, me satisfizo saber que *Cien Años de Soledad* no es la obra cumbre

del Nobel y me admiró su esmero en enfrentar de acuerdo con Joice «el tiempo cíclico en su eterno retorno y tiempo histórico en que nada se repite y todo huye pero no vuelve»¹

Origen y trayectoria del lienzo

En el prólogo a la obra *Chiquinquirá arte y milagro*, el presidente Belisario Betancur estampó esta verdad de apuño: «La Virgen de Chiquinquirá es la constante por excelencia de la religiosidad de Colombia: su devoción aparece en el altiplano andino de Cundinamarca y Boyacá, donde Santafe y Tunja atrajeron burócratas, encomenderos, congregaciones religiosas, curas de almas, tal cual letrado; y sobre todo, el mundo fervoroso del común»².

Rezan las crónicas que por el año de 1556, el pintor español Alonso de Narváez, domiciliado en Tunja, a solicitud del encomendero de Suta, Antonio de Santana, pintó en lienzo burdo tejido por mano indígena y con tierras del campo mezcladas con sumo de hierbas y de flores, la imagen de la Virgen del Rosario, acompañada de San Andrés y de San Antonio.

La obra rústica fue entronizada en una modesta capilla de la Encomienda de Suta, en donde padeció los efectos del abandono y de la lluvia, hasta el punto de que en 1576, el párroco Juan de Leguizamón dispuso que se le retirara del lugar sagrado y se le ocupó en profanos menesteres, hasta cuando, muerto el encomendero Santana, su viuda Catalina de Isnos, en 1578, la envió con otros objetos a los Aposentos de Chiquinquirá.

Hacia 1585 llegó a este lugar una mujer española de nombre María Ramos, cuñada del desaparecido encomendero Antonio de Santana, la cual se acogió al amparo de su viuda y al disponerse a imponer orden en la casa, tropezó con el Lienzo roto y desfigurado por completo y ante la sospecha de que pudiera representar una imagen sagrada, le improvisó un pequeño altar en la modesta capilla adyacente, lo colgó

1 Juan Gustavo Cobo Borda, *Boletín de la Academia Colombiana*, Número Extraordinario, Academia Colombiana de la Lengua, Bogotá, 2014, p. 22.

2 María Cecilia Álvarez White, *Chiquinquirá Arte y Milagro*, Editorial Litografía Arco, Bogotá, 1986, p. 7.

de un bastidor y todas las mañanas imprecaba a la Rosa del Cielo que se manifestara tal cual era Ella.

El 26 de diciembre de 1586, día viernes a la hora de las 9 de la mañana, en presencia de la india Isabel, mujer ciega que pasaba con su hijo Miguel por aquel lugar, presencié la milagrosa renovación del Lienzo roto y desdibujado, en el cual apareció la Virgen María con facciones hermosas y con su pequeño hijo en brazos y restablecidas las figuras de San Antonio y San Andrés.

Se afirma que allí tuvo lugar el primer milagro, por cuanto la india Isabel ciega de nacimiento, recuperó la visita instantáneamente, conforme lo ratificó poéticamente José Joaquín Casas en su poema *El romance de la renovación*.

Con la pintura del Lienzo se inició en Tunja la producción artística en la Colonia y a la vez se creó una nueva iconografía de la Virgen del Rosario, producto de ese mestizaje que se dio tanto en lo pictórico como en lo literario, pues afloró entonces en nuestras letras la versión criolla del Mester del Clerecía.

Por otro aspecto y desde entonces y como obra de los prodigios que allí se sucedieron, los Aposentos del Encomendero Santana se convirtieron en epicentro del culto religioso de toda la región y empezó a conformarse en el entorno un poblado, para acoger a los feligreses, pues tal como lo anota con acierto el historiador chiquinquireño Napoleón Peralta Barrera en su estudio *Los Milagros y la Fundación de Pueblos en el Nuevo Reino de Granada*:

El nombre de la imagen cristianiza un topónimo aborigen (Chiquinquirá) el cual se sincretiza con apelativos hispánicos (Nuestra Señora del Rosario). Es un mestizaje lingüístico religioso, que adquiere celebridad a partir de la renovación de los colores deteriorados de la imagen.

I. Los testimonios escritos sobre el prodigio de la renovación

Octavio Arismendi Posada dio a la publicidad en 1986 la obra *Chiquinquirá 400 Años*, en la cual el historiador Horacio Bejarano Díaz relaciona el nombre de los primeros cronistas que se ocuparon del Mi-

lagro y señala que el primero de ellos que dio testimonio de la Renovación del Lienzo fue don Juan de Castellanos, quien en sus *Elegías de Varones Ilustres de Indias* dejó este valioso testimonio:

Cae Chiquinquirá, más adelante,
poblezuelo de muy poco momento,
y ahora celebrado grandemente
a causa del retrato venerable,
Imagen de la Virgen sin mancilla

Por cuya intersección allí se muestra
el Sumo Hacedor maravilloso
*sanando ciegos, mancos y tullidos*³.

Luego cita como documentos que relacionan el hecho de la renovación y los milagros posteriores: *La memoria de los sucesos raros que han obrado por intersección de Nuestra Señora de Chiquinquirá* escrita por el padre Juan de Pereira entre 1651 y 1654, que nunca fue publicada y el libro escrito por fray Pedro Tobar y Buendía, publicado en Madrid en 1694, el cual lleva por título *Verdadera historia, relación del origen manifestación y prodigiosa manifestación por sí misma y milagros de la imagen de la sacratísima Virgen María, madre de Dios, Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá*, que consta de 20 capítulos y 331 páginas.

Y añade que entre los primeros historiadores que se ocupan del Milagro del Lienzo están fray Pedro Simón en 1623, Juan Flórez de Ocariz en 1674, fray Alonso de Zamora en 1701, Basilio Vicente de Oviedo en 1761 y Antonio Alcedo en 1786.

La renovación del lienzo, versión mestiza del mister de clerecía

En la España medieval y como manifestación espontánea del sentir estético, aparecieron dos Escuelas literarias de entonación y manifestaciones diferentes, pero unidas en el común empeño de llevar a las letras castellanas los primeros escauceos poéticos de la lengua balbuciente, todavía empapada de latines, que los contemporáneos denominaron

³ Horacio Bejarano Díaz, *Chiquinquirá 400 Años*, Litografía Arco, Bogotá, 1986, p. 53.

MESTERES, y que luego clasificaron en MESTER DE JUGLARÍA y MESTER DE CLERECÍA, más fresco el primero y más refinado el segundo.

Si en el Castellano antiguo MESTER quería decir OFICIO, claro es que el Oficio de Juglar implicaba componer y recitar los llamados CANTARES DE GESTA, casi todos ellos relacionados con el episodio cenital de la época cual era la ya secular lucha contra los Moros, encarnada en la figura de don Ruy Díaz de Vivar, el Cid Capeador. Así, el MESTER DE JUGLARÍA se orientó preferentemente hacia el cultivo de la poesía épica.

El MESTER DE CLERECÍA, en cambio, se relacionó más con expresar el comportamiento espiritual de las gentes, mostró preferencia por las intimidades de la actividad religiosa y consideró estimulante cantar las vidas de Santos y las manifestaciones de fe hacia ellos.

La sugerente e ingeniosa sustentación literaria de dos ilustres periodistas en esta Academia, Juan Gossain y Daniel Samper Pizano, en la cual sostuvieron que el MESTER DE JUGLARÍA, primera y original manifestación de la poesía épica española, predecesora de los *Cantares de Gesta* que culminaron en el *Cantar del Mío Cid* en el siglo XII, se tradujo en el VALLENATO, nos ha estimulado en la investigación tendiente a demostrar que el MESTER DE CLERECÍA, contemporáneo del de JUGLARÍA, tuvo su versión mestiza en Colombia en los escritos y poemas que durante centurias han compuesto historiadores, letrados, promeseros y romeros en honor de la Virgen del Rosario de Chiquinquirá.

Sea lo primero advertir que Ramón D. Perés, en su *Historia de la Literatura Española e Hispanoamericana*, al comentar la obra de Gonzalo de Berceo (1180-1246), primer poeta castellano de nombre conocido y principal representante del MESTER DE CLERECÍA, opina con don Ramón Menéndez Pidal: «En suma la poesía romance de los clérigos o letrados no nace, como suele creerse, en abierta pugna contra la de los juglares, sino al contrario, nace inmediatamente de la poesía de los juglares, como una leve modificación de ésta»⁴, pues en verdad los clérigos usaron metrificación regular y dieron más importancia a lo lírico, que a lo épico, elemento preferido por los JUGLARES.

En orden a fundamentar esta audaz interpretación histórico-literaria, rastreamos los orígenes de ambos MESTERES en la España Medie-

4 Ramón D. Perés, *Historia de la Literatura Española e Hispanoamericana*, Editorial Ramón Sopena, Barcelona 1954, p. 74.

val e investigamos las manifestaciones del imaginario religioso español, no solo en las *Comedias de Santos* sino en las sublimes expresiones de sus místicos y en la virtud de sus ponderados ascetas, para tratar de establecer el hilo conductor que trasladó a América esos singulares testimonios de literatura religiosa, que ya en nuestro territorio indujeron a Gonzalo Jiménez de Quesada a escribir la colección de *Sermones* con destino a ser leídos en las festividades de Nuestra Señora, a don Juan de Castellanos a componer en Tunja, las *Elegías de Varones Ilustres de Indias* en metros fechos al itálico modo e inspiraron los Sentimientos Espirituales de la clarisa tunjana sor Francisca Josefa del Castillo y Guevara, para detenernos finalmente en el análisis de la profusa, variada, ferviente y candorosa literatura popular contenida en las plegarias y cantigas dedicadas a honrar a la madre de Dios, en su advocación de la Virgen del Rosario de Chiquinquirá.

De manera que la Trova Campesina y Regional, salpicada del tinte religioso que le imprime la promesa, recobra entonces lo mejor de sus esencias líricas para honrar a la Virgen María, pondera y exalta sus virtudes, impetra su auxilio, requiere sus favores y la hace objeto de un amor tan desinteresado y ardiente que induce al anónimo y colectivo autor a participar en el arrobamiento místico.

La historia de la renovación del Lienzo y la versión sobre los milagros atribuidos a la Virgen conforma toda una expresión literaria terrígena que nos remite inequívocamente al Mester de Clerecía, iniciado por Gonzalo de Berceo en la península y transferido a América por los misioneros religiosos.

La imagen dona sus joyas y como patrona del ejército patriota inicia la campaña libertadora de 1816 a 1819

Según el historiador Guillermo Hernández de Alba el 19 de enero de 1815 fray Miguel Garnica puso a disposición de don José de Acevedo y Gómez las alhajas de la Virgen para atender con ellas los gastos de la Independencia, lo cual mereció el agradecimiento del Tribuno del pueblo.

El historiador chiquinquireño Pío Alberto Ferro en su obra *Rebuznos y oraciones* destacó así ese generoso donativo: «El patriotismo más elevado por la bandera común ha merecido nuestra gratitud sublime. ¿Queréis un ejemplo? El Santuario de la Virgen ofrendó en los albores

de la Independencia, toda las joyas y sus tesoros para la patria que nació»⁵.

El historiador Hernández de Alba refiere también que el general Manuel Serviez, jefe de las tropas republicanas dirigió desde Sogamoso, el 3 de marzo de 1816, una proclama, en la cual invita a defender la tierra chiquinquireña del ataque inminente de los realistas y que el 20 de abril del mismo año, luego de tomar posesión del milagroso Cuadro de la Virgen, emprendió su retirada a los Llanos de Casanare en compañía del coronel Francisco de Paula Santander, con la cual se inició formalmente la Campaña Libertadora 1816-1819, que tuvo culminación gloriosa en el Campo de Boyacá.

Y el padre Alberto E. Ariza S., en el «Preliminar» de su obra *Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá*, concluye «Esa Imagen memorable, tesoro de la fe de nuestro pueblo, fue acicate y fue bandera. A la voz de Serviez y Santander, en hombros de labriegos, trocados en héroes, recorrió nuestros valles y montañas, en los meses angustiosos de 1816, arrastrando tras de sí renovadas huestes que al defender la Imagen, salvaban también a la patria agonizante»⁶.

Es entonces cuando el fervor religioso se identifica con el patriotismo y aun cuando las tropas españolas recuperaron el Cuadro en La Cabuya de Caqueza, el retiro a Casanare es episodio crucial en nuestra historia, por cuanto en nuestro estudio *El mestizaje llanero, crisol de libertad* advertimos: «El llano ha sido, pues, en diferentes etapas de nuestro acontecer histórico antorcha de libertad, cuna de independencia, refugio de perseguidos y bastión del derecho y la justicia»⁷.

Y Eduardo Mantilla Trejos confirma nuestra preocupación en el sentido de que los episodios ocurridos en el Llano entre 1816 y 1819 han sido poco estudiados, cuando afirma: «La información que se tiene sobre los episodios de la resistencia llanera en el período que va de mediados de 1816 a los tres primeros meses de 1819, son fragmentarios y apenas si los

5 Alberto Ferro Peña, *Rebuznos y Oraciones*, Talleres Papelería Americana, Bogotá, 1984, p. 39.

6 Fr. Alberto E. Ariza S., O.P., «Preliminar», en *Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá*, Talleres Cooperativa Nacional de Artes gráficas Ltda., Bogotá, 1964, p. 10.

7 Antonio José Rivadeneira Vargas, «El Mestizaje Llanero, Crisol de Libertad», en *Por los Caminos del Llano A través de su historia*, Tomo IV, Academia de Historia de Arauca Procultura, Editorial de la UPTC, Tunja, 1990, p. 25.

tocan, tangencialmente, José Manuel Restrepo, Cayo Leonidas Peñuela, Miguel Acosta Saignes, Jane M. Rausch y otros historiadores»⁸.

El libertador ante el lienzo y la imposición de la orden de san carlos a la sagrada imagen

El 25 de junio de 1978 nos cupo el honor de presidir en la Basílica de Chiquinquirá los actos conmemorativos del sesquicentenario de la visita del Libertador al Santuario de la Virgen del Rosario, episodio ocurrido en 1828.

Estas fueron algunas de nuestras palabras:

«Nos hemos reunido en esta hermosa Basílica con el propósito de realizar un acto de fe, de patriotismo y de esperanza.

Estamos recordando que hace 150 años el Genio de la Guerra, el Hijo de Gloria y por designio de la Providencia Libertador de América llega a este Santuario, se arrodilla ante la Milagrosa Imágen y ora, medita e impreca.

Eleva su corazón a Dios para tranquilizar su atormentado espíritu. Medita sobre la gravedad de los acontecimientos políticos e implora protección y ayuda a la Madre de Dios para que le dé valor y temperancia frente a las nuevas circunstancias de la vida nacional y pueda ejercer el poder omnímodo que se le ofrece sin menoscabo de los derechos y libertades públicas.

Y aquí lo tenéis de hinojos. Inclineda la frente del fiero vencedor de Boyacá, Carabobo, Bomboná y Junín, del juicioso redactor del *Manifiesto de Cartagena*, la *Carta de Jamaica*, el *Discurso de Angostura*, el proyecto de *Constitución para Bolivia*. Trémula está la diestra que otra vez escribió la *Proclama de la Guerra a Muerte*, signó los Tratados de Trujillo y extendió el documento de convocatoria del Congreso Anfictiónico. Temblorosos y en trance de plegaria están los labios del tribuno elocuente que irrumpió en la sociedad Patriótica de Caracas, se irguió iracundo en la plaza de San Jacinto y en Casacoima y Pativilca vaticinaba los triunfos heroicos de las armas patriotas. Y esos ojos vivaces,

8 Eduardo Mantilla Trejos, *Pore La Libertadura*, Fotomecánica Industrial Ltda., Bogotá, 1989, p. 11.

cerrados en ese momento para el mundo de los sentidos y abiertos hacia el arcano de lo sobrenatural, fueron los mismos que contemplaron las ruinas de Roma desde el Monte Sacro, presenciaron la coronación de Napoleón, padecieron las inclemencias del Páramo de Pisba, escrutaron las posiciones enemigas en memorables combates y en éxtasis sublime se posaron en las níveas cumbres del Chimborazo»⁹.

Y antes de finalizar el acto agradecemos al señor Ministro de Educación, doctor Rafael Rivas Posada el haberle impuesto la orden de San Carlos a la Virgen del Rosario, por disposición del presidente Alfonso López Michelsen.

Una placa a la entrada de la Basílica da testimonio de aquella conmemoración histórica en que participaron la Federación Internacional de Sociedades Bolivarianas, la Academia Colombiana de Historia y las Sociedades Bolivarianas de Colombia y Boyacá.

Refieren las crónicas que esta Academia celebró una sesión en 1937, en la cual el poeta José Joaquín Casas hizo emocionada exaltación de la figura y de la obra de Simón Bolívar durante su visita a Chiquinquirá, durante el citado año de 1828.

Los delirios de la gloria y de la libertad

El 24 de julio de 1986 se inauguró en la Plaza Mayor de Chiquinquirá, frente a la Basílica de Nuestra Señora, la estatua en bronce de Simón Bolívar, El Libertador que lo representa en el acto de juramento en Roma el 15 de agosto de 1805, obra del escultor chiquinquireño César Gustavo García.

En calidad de presidente de la Federación de Sociedades Bolivarianas participamos en tal inauguración con nuestro escrito «Los delirios de la gloria y de la libertad» al cual pertenecen los siguientes apartes:

«Este hombre providencial, que se autodenomina alfarero de repúblicas y que para muchos es el andante caballero de la democracia, podría creerse que fue un afortunado improvisador que a la postre terminó por

9 Antonio José Rivadeneira, "El Libertador ante la Virgen de Chiquinquirá", Palabras pronunciadas en la Basílica de Chiquinquirá, 25/junio/1978, en Gaceta Bolivariana, Tomo III, Impresión Editorial El Oriente, Boyacá, 1978, p. 7.

lamentarse de haber arado en el mar y edificado en el viento. Sin embargo, un profundo y cuidadoso análisis de los procesos políticos en que hubo de intervenir delata que hubo en el Libertador un plan preconcebido, orientado a conjugar en el mismo esfuerzo heroico la unidad de la verdad en la libertad con la unidad de la verdad del derecho.

Su misión fue libertar los pueblos, pero cuidó de ordenarlos en su conducta republicana y por eso proclamó como esencial la educación popular; rompió las cadenas de la servidumbre, no para conformar rebaños de libertos, sino para igualar a los hombres en el derecho; emancipó y construyó naciones para unir las en la verdad del derecho y hacerlas convivir en la verdad de la libertad.

Un examen prolijo de la epopeya magna nos confirma en el hecho singular de que Bolívar extraía de cada triunfo militar la fuerza política y jurídica necesaria para estructurar una institución republicana. En efecto, de la victoria de Boyacá derivó el título y la capacidad jurídica que le permitió concertar, de igual a igual, con Pablo Morillo los Tratados de Armisticio y Regularización de la Guerra en 1820; del triunfo de Carabobo emanó el poder jurídico que se vertió en la Constitución de Cúcuta de 1821 y de la ya presentida victoria de Ayacucho extractó la potestad jurídica para librar el Documento de Convocatoria del congreso Anfictiónico de Panamá, fechado en Lima el 7 de diciembre de 1824 y destinado a hacer de la América española una y única "La Reina de las naciones y la madre de las repúblicas" (Carta a Pueyrredón en 1818).

Estas reflexiones inducen a pensar que en todo y por sobre todo, Simón Bolívar fue un soñador empedernido, que en sus incontenibles anhelos de gloria y de libertad llegó hasta el delirio, pues gloria y libertad se fundieron en su ser en una sola pasión creadora digna de un estoico»¹⁰.

El tricentenario de la renovación y el singular homenaje poético

Con motivo del tercer centenario de la Renovación del Lienzo en 1886 se abrió un concurso poético que dio lugar a la presentación de numerosas composiciones en homenaje a la Virgen del Rosario, entre

10 Antonio José Rivadeneira Vargas, «Los delirios de la gloria y de la libertad» en *Bolívar Joven homenaje a la Libertad*. Publicaciones Academia Boyacense de Historia, Tunja, 1986 p. 110.

las cuales queremos destacar el llamado *Romance de la renovación*, compuesto por el poeta chiquinquireño, José Joaquín Casas, quien frisaba por los 20 años de edad, al cual pertenecen estas inspiradas estrofas, tomadas del libro *Versos y recuerdos*:

Mueve las torpes pupilas
 la ciega, los ojos abre
 a esa luz en que fulguran
 las antorchas celestiales,
 y al punto lanzando gritos
 de entusiasmo al suelo cae
 de rodillas, y contempla
 con ansia viva la imagen
 suelta en el aire, y bañada
 en celestes claridades.
 Vese en el fondo a María
 con plenitud admirable,
 en las hermosas mejillas
 el calor de los rosales,
 y en los brazos, que recata
 el manto azul ondulante,
 aquel fruto que llevaron
 sus entrañas virginales¹¹.

El maestro Antonio Gómez Restrepo en su magistral obra *La Literatura Colombiana* dejó esta importante constancia al respecto: «José Joaquín Casas recogió la lírica religiosa de Ortiz para entonar su admirado y armonioso canto a la Virgen, de una transparencia de estilo y de una blandura y nitidez de formas que hacen un modelo de inspiración juvenil»¹².

El entredicho, la coronación y el sueño de Chiquinquirá

El Entredicho fue un conflicto religioso-político de tipo local y provincial, el cual se suscitó cuando el obispo de Tunja, monseñor Eduardo Maldonado Calvo expidió el Decreto No. 115 de 7 de junio de 1818,

11 Ana Casas v. de Casas, *Versos y recuerdos*, Editorial de la Litografía Colombia, Bogotá, 1941, p.p. 47-48.

12 Antonio Gómez Restrepo, *La Literatura Colombiana*, Nueva York y París, 1918, p. 104.

por medio del cual dispuso llevar a la Capital de la República la imagen de Nuestra Señora de Chiquinquirá para ser coronada en la Basílica Metropolitana, como Reina de Colombia de acuerdo con el decreto expedido por el Papa Pío X.

Ante los rumores de que la imagen una vez coronada, sería instalada en la iglesia del Voto Nacional en Bogotá surgió tal oleada de incertidumbre e inconformidad ciudadanas que el Alcalde de Chiquinquirá, Campo Elías Pinzón Tolosa, expidió el Decreto de 13 de junio de 1918, por medio del cual se opuso al despojo y convocó a la ciudadanía a defender sus derechos.

El 21 de junio se efectuó un nuevo motín de protesta contra el Decreto del obispo y en la noche el pueblo asaltó el Convento de los Dominicos, forzó las puertas del Santuario y se apoderó del Cuadro, el cual fue llevado en custodia hasta el templo de la Renovación, donde se le mantuvo permanentemente vigilado.

Esta actitud disgustó al Obispo quien declaró en Entredicho a la Párrquia y por Decreto 116 de 24 de junio excomulgó al alcalde Pinzón Tolosa, situación de tensión que mantuvo hasta el mes de septiembre del citado año, cuando el alcalde se retractó y autorizó el envío del Cuadro a Bogotá.

Sobre este grave episodio, que alteró el orden público dejó claro testimonio el presidente Marco Fidel Suárez en el escrito *El Sueño de Chiquinquirá*, en el cual transcribió la carta que dirigió a los notables ciudadanos Tomás Ballesteros, Alberto Casas, Aurelio Maya Vásquez, Leónidas y Pedro Martín Quiñonez y Julio Salazar, en la que les propuso una salida airosa y cordial del problema, en la cual él se ofreció como mediador para garantizar el retorno y restitución de la Imagen a su Santuario, escrito que culmina así:

«Esta imagen, de placido aspecto y añoso colorido, sobre la cual han pasado los soles de más de tres siglos, es ahora el objeto de cultos extraordinarios en que se combinan el canto de los niños, las lágrimas de los ancianos, los elogios de la oratoria, las estrofas de la poesía y los ecos de los himnos»¹³.

13 Marco Fidel Suárez, "El Sueño de Chiquinquirá", en *Sueños de Luciano Pulgar*, Tomo XI, Librería Voluntad, Bogotá, 1940, p. 191.

De todas maneras y como lo expresamos en nuestra obra *Los artistas chiquinquireños Rómulo Rozo y Pedro Vargas, eximios exponentes del mestizaje latinoamericano* en el conflicto suscitado por el Entredicho «Se hizo patente la mixtura ideológica entre escolasticismo, catolicismo y liberalismo, lo cual generó no pocas contradicciones políticas e ideológicas»¹⁴.

El homenaje de la Academia de Lengua a la Reina de Colombia

El 16 de julio de 1919, a pocos días de su Coronación como Reina de Colombia en la ciudad de Bogotá, la Academia Colombiana de la Lengua celebró una sesión especial en honor de la Virgen de Chiquinquirá, en la cual llevaron la palabra su director, monseñor Rafael María Carrasquilla, el poeta chiquinquireño José Joaquín Casas y el maestro Antonio Gómez Restrepo, quienes consignaron sus escritos en la publicación «Sesión Solemne celebrada por la Academia Colombiana con ocasión del Congreso Mariano. 16 de julio de 1919. Casa Editorial San Bernardo, Bogotá».

Monseñor Carrasquilla exaltó la gesta del Mío Cid como una epopeya primitiva profundamente religiosa y la parangonó con la obra poética de Gonzalo de Berceo, la figura más representativa del Mester de Clerecía y concluyó que:

«Todo aquel período anteclásico de las letras españolas coincidió con la guerra de reconquista, con aquella legendaria pugna entre la media luna y la cruz, que principió el día en que Pelayo alzó la bandera de María Santísima en la Cueva de Covadonga y terminó en el golfo de Lepanto, el día que don Juan de Austria enarboló el estandarte de Nuestra Señora en el mástil de su capitana»¹⁵.

Y en relación con el episodio de la transferencia a América de la devoción mariana y como expresión del Mester de Clerecía entre nosotros, se pronunció así:

14 Antonio José Rivadeneira Vargas, *Los artistas chiquinquireños Rómulo Rozo y Pedro Vargas, eximios exponentes del mestizaje latinoamericano*, Academia Colombiana de Historia, Colección bolsilibros, Vol. LXIV, Bogotá, 2016, p. 158.

15 Alocución de monseñor Rafael María Carrasquilla, Publicación de la Sesión Solemne celebrada por la Academia Colombiana con ocasión del Congreso Mariano, 16 de julio de 1919, p. 10.

«La colonización del nuevo mundo no nos trajo de España solo la estirpe y el idioma, leyes y costumbres, sino la religión verdadera y con ella la devoción a María. No en vano descubrió Colón la isla de Guanahaní el día de Nuestra Señora del Pilar.

(...) Nuestro desarrollo literario en los tiempos coloniales coincidió con el reinado en la madre patria, primero del más desafortado gongorismo, después del clasicismo petrificado de los Moratines o Iriartes; y no encuentro en todo ello cosa digna de citarse a mi propósito. Recordemos, sin embargo, que nuestro letrado conquistador Jiménez de Quesada escribió una colección de sermones para las fiestas de Nuestra Señora; inclinémonos ante la dulce figura de la monja tunjana, seguidora de las huellas de Santa Teresa, no solo en lo profundo de la mística y en lo diáfano del estilo, sino en el amor a la Virgen de las vírgenes; y asistamos en espíritu a la creación del colegio de fray Cristóbal de Torres, donde habían de renacer más tarde las ciencias y las letras, tocado de eternidad desde que se fundó con el título de Nuestra Señora del Rosario.

(...) Nuestra Nación, desde el principio había aclamado a la Virgen María por soberana suya, y Ella aceptó oficialmente el trono, el día en que renovó milagrosamente su imagen del Rosario de Chiquinquirá. Ayer no más, todos asistimos a su coronación, celebrada por un pontífice como delegado del Vicario de Cristo, en presencia de inmenso concurso que llenaba no sólo la ancha plaza de la catedral, sino las calles circunvecinas»¹⁶.

En uso de la palabra, el poeta José Joaquín Casas recordó que el 29 de noviembre de 1881, desde el lugar reservado a los músicos asistió a la sesión solemne de la Academia que tuvo lugar en el Salón de Grados y durante la cual se dio a conocer el resultado del concurso abierto sobre la obra de Andrés Bello, en que fueron premiados los trabajos sobre el *Poema del Cid de don Andrés Bello*, de Lorenzo Marroquín y el ensayo crítico sobre la gramática de Bello de don Marco Fidel Suárez.

Hizo luego el análisis de la obra poética de Rafael Pombo, cuya vacante vino a llenar en la Academia, en la cual destacó su amor profundo por la naturaleza y concluyó que en los verso de Pombo «va-

16 *Ibíd.*, pp. 15-17.

mos de sorpresa en sorpresa, de claridad en claridad, de revelación en revelación»¹⁷.

Exaltó el sentimiento de la Patria que debe ser reforzado con la educación y enaltecido por la letras en cuanto «el noble oficio de la literatura tiene la virtud de hacer a los hombres más hombres, de acercarlos más al tipo ideal del hombre»¹⁸.

Y concluyó con este homenaje a su tierra:

«En uno de nuestros más pintorescos valles del centro; en el que riega el Saravita; donde tuviésemos por fondo de escenario el espejo de plata del Lago de Fúquene en el valle de Chiquinquirá, a cuyo portentoso Santuario, uno de los más celebres del mundo, acompañaremos en estos días, ya coronada de oro y de piedras preciosas a la que sobre sus sagrados títulos generales adquiridos en la redención; por haber asistido a todos los grandes acontecimientos de nuestra Historia y echosé por modo admirable y misericordiosísimo participante como guía, como auxiliar, como consoladora, aclamamos en este momento seis millones de hombres Reina de los colombianos»¹⁹.

Y el maestro Antonio Gómez Restrepo, al darle la bienvenida destacó el hecho memorable de que Casas viniera a reemplazar en la silla académica al insigne Rafael Pombo, exaltó su condición de verdadero y altísimo poeta y lo calificó como sacerdote de las musas.

Y Gómez Restrepo lo consagró como el trovador de la Virgen Bendita, exaltó esa musa campesina que conmueve la campiña en sus rústicos versos y equiparó sus cantares a esas expresiones populares de intensión piadosa, que desde el Medioevo salpican la literatura castellana con sentidas e ingenuas cantigas de la clerecía, que imprimen musicalidad y ascetismo a los villancicos, coplas, tonadas y romanzas.

Destacó en las composiciones de Casas un misterioso simbolismo:

«Es innegable que la poesía tiene colorido. A veces ostenta los rojos matices de la sangre; otros tienen los tintes azules del mar y del cielo; en

17 Intervención de José Joaquín Casas, Publicación de la Sesión Solemne celebrada por la Academia Colombiana con ocasión del Congreso Mariano, 16 de julio de 1919, p. 33.

18 *Ibíd.*, p. 34.

19 *Ibíd.*, p. 73.

ciertos poetas ofrece oscuridades trágicas e iluminadas con el resplandor fatídico del rayo. La poesía de Casas es perpetuamente luminosa»²⁰.

Afirmó que dos musas presiden alternativamente la inspiración de Casas: «La musa aristocrática y gentil y la musa campesina, que no lleva como la otra contorno bordado de perla, sino que pisa con el desnudo pie la grama cubierta de rocío»²¹.

Finalmente, catalogó a Casas entre los próceres de las letras y al darle la bienvenida a la Academia, formuló votos porque siga deleitándonos con sus armonías y porque su inspiración se compenetre más con el alma de la Patria.

De manera que en el númen de Casas precisa distinguir entre el Romance de la Renovación de 1886, el cual confirma la transmutación del Mester de Clerecía a nuestras letras y la trova campesina regional, en la cual exalta a la Promesera como la *fugaz trigueña que va hacia la Virgen chiquinquireña*.

El examen radiológico y los papas Juan Pablo II y Francisco, ante el lienzo bendito

En 1986 y ante la inminente visita del pontífice Juan Pablo II, una noche el Cuadro de la Virgen fue sustraído de la Basílica y trasladado al Hospital en donde se le sometió a un riguroso examen radiológico, el cual confirmó la autenticidad del Lienzo y la calidad de los zumos vegetales que utilizó el pintor.

El 3 de julio de 1986, Juan Pablo II acudió en romería a Chiquinquirá en compañía del cardenal Alfonso López Trujillo a rendir tributo de homenaje a la Virgen con motivo de cumplirse los cuatrocientos años de la renovación del Cuadro.

El Papa celebró una misa pontifical en el Templete improvisado en las afueras de la ciudad y luego se trasladó a la Basílica, en donde oró en silencio ante la milagrosa Imagen y pronunció además una hermosa homilía, en la cual destacó: «la devoción mariana característica de la

²⁰ Discurso del doctor Antonio Gómez, Publicación de la Sesión Solemne celebrada en la Academia Colombiana con ocasión del Congreso Mariano, 16 de julio de 1919, p. 79.

²¹ *Ibid.*, p. 80.

historia de Colombia, forma ya parte de vuestra alma nacional y es tesoro preciado de vuestra cultura», lo que implica reconocer que el Mester de Clerecía desde antaño se había incorporado a nuestra identidad.

Recordemos ahora que el 7 de septiembre de 2017, el papa Francisco se postró ante el Lienzo de la Virgen de Chiquinquirá instalado en la Catedral de Bogotá y oró en silencio ante la Sagrada Imagen.

Días después en Cartagena pronunció esta admirable invocación a nuestra Patrona:

«Todos juntos rezaremos el *Ángelus*, recordando la encarnación del verbo. Y pensamos en María, que concibió a Jesús y lo trajo al mundo. La contemplamos esta mañana bajo la advocación de Nuestra Señora de Chiquinquirá. Como saben, durante un periodo largo de tiempo esta imagen estuvo abandonada, perdió el color, está rota y agujerada, era tratada como un trozo de saco viejo, usándolo sin ningún respeto hasta que acabaron desechándola.

Fue entonces cuando una mujer sencilla, que según la tradición se llamaba María Ramos, la primera devota de la Virgen de Chiquinquirá, vio en esa tela algo diferente. Tuvo el valor y la fe de colocar esa imagen borrosa y rajada en un lugar destacado, devolviéndole su dignidad perdida. Supo encontrar y honrar a María, que sostenía a su hijo en sus brazos, precisamente en lo que para los demás era despreciable e inútil»²².

Tales testimonios inducen a concluir que con la renovación del Lienzo de la Virgen de Chiquinquirá no solo se confirmó la tesis de que el Mester de Clerecía floreció en nuestras letras, sino que su influjo ha sido magistral tanto en la Historia como en las Letras colombianas.

La ciudad milagro, esquina de la estirpe de la lírica colombiana

Entre 1914 y 1945 la Ciudad Milagro, se convirtió en la esquina de la estirpe de la lírica colombiana, por cuanto registra un fenómeno de recepción y empoderamiento literario tal, que le permite acoger y expresar lo más florido de la lírica colombiana en la obra de sus cuatro poetas insignes: Casas, Flórez, Mateus y Martín.

²² Papa Francisco, Discurso dominical del papa desde Cartagena. *Revista Semana*, 2017, p. 70.

En José Joaquín Casas se admira una poesía clásica y campesina a la vez, con acentos terrígenos que le imprimen gracia e ingenio a sus composiciones, entre las cuales se destacan el *Romance de la renovación* y el extenso poema la *PROMESERA*, en la cual delinea los atributos de esa cantora espontánea que preside los homenajes que el pueblo le rinde periódicamente a la Virgen del Rosario y que entre las gentes del común se denomina la Romería.

Le sigue en su orden Julio Flórez, el bardo romántico que en su primera época interpreta como ninguno el sentimiento popular y el amor por la naturaleza, y en la etapa usiacureña vira hacia el modernismo y rompe con la rima consonante.

Emerge luego, como compañero y sucesor de Flórez, el poeta Jorge Mateus, cuyo estro es esencialmente PARNASIANO al mejor estilo de Guillermo Valencia, cuyo ideal supremo consistió en sacrificar un mundo por pulir un verso.

Y culmina magistralmente este proceso literario el bardo lugareño, Carlos Martín Fajardo, el más joven, el más inspirado y profundo de los poetas de Piedra y Cielo y entre cuyas mejores antologías figuran *Territorio amoroso* y *Vida en amor y poesía*.

Confiamos en reconstruir en Chiquinquirá los Aposentos del Encomendero Antonio de Santana para instalar allí el Historial del Lienzo, el Salón de los Poetas, los testimonios de las guerrillas de Quicagota y Gámbita y los archivos de la Memoria Histórica de la ciudad.

Pío Alberto, entonces «poeta y aldeano» y las significativas donaciones

Para concluir esta intervención permitidme señor director evocar el recuerdo de mi inolvidable amigo, escritor y poeta chiquinquireño, Carlos Martín Fajardo, quien en uno de sus últimos viajes a Colombia, me dedicó su libro *Vida en amor y poesía*, en el cual está inserto el poema *Pío Alberto, entonces poeta y aldeano*, dedicado a Pío Alberto Ferro mi profesor de botánica en el Colegio Nacional de Chiquinquirá y en cuya biografía dejé este testimonio sobre su novela:

«Xiuasinsa, o sea la laguna sagrada de Fúquene, adoratorio y santuario aborígen, es el personaje central de la novela *SOBRE EL AGUA OSCURA*, la cual no tiene parangón en las letras americanas.

Su autor solo se atrevió a escribirla una vez que logró una percepción completa del mundo aborígen y captó las creencias, usos y costumbres de los indígenas que moraban en los lugares circunvecinos.

Ferro Peña, más que una novela, quiso escribir la epopeya de la raza Chibcha y creemos que logró en parte realizar ese anhelo al reconstruir y estructurar el microcosmos de aquella antiquísima civilización tan saturada de leyenda, de originalidad y de misterio»²³.

Por todo ello con profunda emoción y orgullo y con destino al fondo Antonio José Rivadeneira Vargas al lado de los fondos Antonio Gómez Restrepo, Mario Germán Romero, Rafael Torres Quintero, Rubén Páez Patiño y Luis Carlos Sábica, que funciona en esta Academia hago entrega de las siguientes obras que son, a mi juicio ejemplares irrepetibles:

Ensayos líricos y dramáticos de Santiago Pérez, los cuales son curiosidad bibliográfica.

Minuta Histórica Zipaquireña de Luis Orjuela indispensable para conocer la infancia de Santiago y Felipe Pérez.

Libro *Vida en amor y poesía*, que me dedicó el poeta Carlos Martín Fajardo.

Pío Alberto Ferro maestro, quijote y sabio y su novela *Sobre el Agua Oscura*.

La Poesía y la Prosa de Carlos Martín, de Otto Morales Benítez, publicado por la Academia Boyacense de Historia.

Y para clausurar esta inolvidable sesión académica que tanto me honra y dignifica le ruego señor director, me permita rendir un emocionado recuerdo a la memoria de nuestro subdirector y bibliotecario don Juan Mendoza Vega, a quien debo el generoso gesto de haber creado el fondo editorial que en nuestra Academia funciona inmerecidamente bajo mi modesto nombre y agradecer a todos los presentes su asistencia a este acto de ciencia y de cultura que me enaltece sobre manera. He dicho.

Bogotá D.C., marzo 12 de 2018.

²³ Antonio José Rivadeneira Vargas, *Pío Alberto Ferro Peña, Maestro, Quijote y Sabio*, Publicaciones de la Academia Boyacense de Historia, Tunja, 1996, p. 85.

EL PODER DE LA PALABRA

Por
Alex Grijelmo García



Ésta es la respuesta que le dio la Administración española a un trabajador de Valladolid que esperaba obtener el subsidio de desempleo. Decía así:

«Resultando que según certificación que usted ha presentado puede jubilarse en estos momentos, ya que tiene cotizaciones a 1-1-67 y por tanto no tiene derecho al subsidio para mayores de 55 años, es decir que usted puede jubilarse en estos momentos.

Considerando que de conformidad con el art. 21 de la Ley de Protección por Desempleo, el Instituto Nacional de Empleo es competente para resolver en razón de la materia y

Considerando que de acuerdo con lo establecido en los artículos 1 y 13.2 y disposición transitoria 2ª, Ley 31/84, para tener derecho al subsidio para mayores de 55 años no es necesario reunir en el momento de la solicitud todos los requisitos, salvo la edad, para acceder a cualquier tipo de jubilación, esta Dirección Provincial, vistos los preceptos legales citados y demás de general aplicación, Acuerda denegar el subsidio por desempleo solicitado».

Evidentemente, el agricultor solo entendió la última frase.

He aquí una muestra del poder de las palabras y de cómo son a veces las palabras del poder.

Elogio de la palabra

Las palabras tienen un poder. Se pueden usar para la confusión agresiva, como en el anterior ejemplo. Pero también para el entendimiento.

Las palabras constituyen el mayor invento del ser humano. Sin ellas no habría existido ninguno de los demás.

Desde las articulaciones guturales de nuestros antepasados de las cavernas prehistóricas hasta las obras maestras del ingenio como *El Quijote* o *Cien años de soledad*, la palabra posibilita la argumentación y marca el camino de todo conocimiento.

Las palabras han formado un mecano de prefijos, sufijos, afijos, infijos, desinencias, raíces, artículos, pronombres, verbos, adjetivos, preposiciones... Piezas con las que se pueden construir castillos.

El lenguaje constituye la más compleja tecnología y a la vez la más sencilla, pues incluso los niños saben descifrarla.

Cómo no admirarse ante una expresión infantil como «ha rebuenecido el tiempo» en lugar de «ha mejorado»; o «yo no cabo» en vez de «yo no quepo». El niño que inventa esas expresiones no hace sino aplicar la lógica de la gramática, acude a sus recursos para lograr construcciones lógicas. Y con ello demuestra un conocimiento profundo de las reglas, antes de escuchar sus excepciones.

La voz infantil que dice «yo no cabo» aplica con rigor la norma gramatical porque la ha interiorizado a partir de las analogías con otros verbos, sin que nadie se lo haya tenido que explicar.

Más tarde conocerá las irregularidades de la lengua, sí, pero su capacidad para expresarse y hacerse entender mediante la aplicación de las reglas compensa de sobra los escasos errores que comete cuando su lógica infantil choca con las excepciones consolidadas por el uso de los adultos.

Es tan perfecta esa ductilidad de las palabras y tan previsible su ensamblaje, que los mecanismos básicos de construcción y crecimiento de la lengua continúan intactos desde sus remotos orígenes.

Los soportes en los cuales se plasmaron han ido desde la tablilla de arcilla a la pantalla de un dispositivo celular, pero muchas palabras han recorrido todo ese trayecto incluso sin transformación alguna en su grafía.

Algunos vocablos se dicen ahora igual que hace más diez siglos. Cuando escribimos «fortuna», cuando escribimos «observo», cuando escribimos «habito», cuando escribimos «amor», o «déficit», o «actor», o «rosa», lo hacemos exactamente igual que nuestros antepasados de hace mil años; y estamos utilizando una tecnología tan avanzada, que no hemos sido capaces de superarla en todo ese tiempo.

A veces nos maravillamos ante un mueble del siglo XV y no nos damos cuenta de que en el acto de describirlo hemos usado vocablos más antiguos aun.

Las palabras constituyen una herramienta de la razón, pero se hallan tan imbricadas en el pensamiento que se nos hace casi imposible separarlas de él. ¿Cómo pensar sin palabras? ¿Cómo razonar sin ellas?

Sin embargo, hemos de ver el lenguaje solamente como un instrumento. «El instrumento de la inteligencia», según escribió Pedro Salinas. Porque con palabras se hiere y con palabras se consuela, con palabras acusa el fiscal y con palabras exculpa el defensor. Las palabras no tienen vida propia, sino que solo adquieren la que un ser humano desea darles.

Las palabras son como cuchillos que causan una herida o que cortan el pan, dependiendo de la intención de quien esté al mando. Con palabras podemos hacer sangre y con palabras podemos consolar. Con pala-

bras mentimos y con palabras defendemos la verdad. Incluso los números, en sus fórmulas matemáticas, necesitan las palabras que los nombran.

Me propongo hablar ahora sobre el poder de las palabras, ese poder que proviene de la fuerza que nosotros, los seres humanos, les hemos otorgado: el de crear realidades conceptuales o mentales que a veces tomamos o interpretamos como si fueran la realidad misma. Hace falta, por tanto, fijar unos límites para el poder de las palabras.

Colombia

Pero antes debo decirles que para mí constituye todo un reto dirigirme a ustedes aquí, en la Academia Colombiana de la Lengua; delante de personas a quienes admiro y, sobre todo, exigido moralmente por la relación que esta nación ha mantenido con la lengua española. A ello se une en el aspecto sentimental el hecho de que dentro de apenas cuatro días se cumplirá el cuarto aniversario de la muerte de nuestro añorado Gabo.

A partir de este momento estaré a disposición de esta Academia desde España. Con los pies allá y el corazón acá. Porque esta es ya mi Academia.

El cuidado idioma que se habla hoy en Colombia y la riqueza léxica de sus habitantes guarda relación sin duda con el hecho de que varios de sus presidentes estuvieran muy relacionados con la gramática.

Como recoge Malcolm Deas en *Del poder y la gramática*, «un rápido vistazo a la lista de gramáticas, diccionarios y guías para escribir y pronunciar bien que se han publicado en Colombia en el último siglo revela que en su mayor parte fueron obra de personas políticamente prominentes y comprometidas. Los líderes en este campo también eran líderes en la vida pública».

De hecho, en un periodo de 30 años durante el siglo XIX se sucedieron en la presidencia de Colombia cuatro personas relacionadas con la lengua y la gramática. Y no es casualidad que la primera Academia americana de la lengua española se fundase precisamente en Bogotá (en 1871).

En este país, la independencia respecto de España (como sucedió en las demás naciones hispanas de América) no iba a significar una ruptura con el idioma llegado de Europa, sino todo lo contrario.

Baste como ejemplo esta cita del diario colombiano *La Miscelánea* en 1820: «Nosotros creemos que es de sumo interés para los nuevos Estados Americanos, si es que quieren algún día hacerse ilustres y brillar por las letras, conservar en toda su pureza el carácter de originalidad y gentileza antigua de la literatura española».

La lengua como elemento de prestigio se registra también en un comentario del gran filólogo colombiano Rufino José Cuervo en sus *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano* en el siglo XIX:

«Es el bien hablar una de las más claras señales de la gente culta y bien nacida, y condición indispensable de cuantos aspiren a utilizar en pro de sus semejantes, por medio de la palabra o de la escritura, los talentos con que la naturaleza los ha favorecido, de ahí el empeño con que se recomienda el uso de la gramática». «Una forma descuidada», añade más adelante, «suele ser indicio de poca solidez en la parte sustancial de la obra».

El poder de las palabras

Y ahí reside el primer poder de las palabras: en su capacidad de radiografiar el pensamiento, mostrar la estructura de las ideas y ofrecernos información sobre la cultura y la confiabilidad de quien habla o escribe.

En 1945, un aspirante a la presidencia de Venezuela por el Partido Democrático Venezolano (PDV) llamado Ángel Biaggini fracasó con su candidatura porque en un saludo a los lectores, escrito a mano a petición del diario *Últimas noticias* puso «entuciasmo», con ce, confundiendo la fonética correcta de América con la ortografía incorrecta de todo el ámbito del español.

El diario publicó el manuscrito en primera página, y el ambiente general determinó que un presidente debía ser una persona culta y sin faltas ortográficas. Biaggini perdió las elecciones. Así lo relata Carlos Alarico Gómez en *El poder andino*.

La gente no se lo había puesto fácil al candidato. Se volvió popular entonces, por ejemplo, una guaracha titulada *La ce de Biaggini* y se llegaron a hacer juegos de palabras con «el abecé de Biaggini: la A de Ángel, la B de Biaggini y la C de entusiasmo».

La palabra es prestigio. Así se entendió entonces en Venezuela y así ocurre ahora.

Jamás el ser humano había escrito tanto como hoy en día. Las nuevas tecnologías han conducido a millones de personas a relacionarse diariamente con un teclado y a componer con sus letras toda suerte de mensajes. Incluso en las zonas más pobres la posesión de teléfonos celulares y computadoras ha generalizado el uso de la lengua escrita como nunca antes en la historia.

Probablemente el número de teclados digitales ha centuplicado la cantidad de máquinas de escribir que habitaban en los hogares y las oficinas hace apenas treinta años.

Ahora podemos observar sin reparo la ortografía de todos los reunidos en el grupo de WhatsApp formado para conversar sobre los problemas escolares de sus hijos; y también leer el correo electrónico que nos envía el plomero con su presupuesto; o seguir en Twitter a los políticos de nuestro interés o nuestra curiosidad.

Y en todos esos soportes, la palabra tendrá el poder de vestir sus argumentos y a la vez mostrar su cultura o desnudar sus carencias. Porque las palabras son la ropa que se ponen nuestros argumentos para salir a la calle.

Las palabras prestigian a unos y desacreditarán a otros. Y no todas las palabras son iguales. La historia que han vivido, los contextos estables en los que se han utilizado, reciben el perfume de la más agradable lavanda o el hedor intenso del estiércol.

El sobaco

Veamos un ejemplo de raigambre –digamos– quevedesca.

La concavidad que forma la conexión del brazo con el cuerpo recibe el nombre de «axila» y también el de «sobaco». Las dos palabras se

aprecian idénticas en el *Diccionario*, inmóviles como las mariposas de un entomólogo pegadas a la pared. Congeladas en su grafía y en su sinonimia, parecen exactamente iguales.

Pero algo nos dice que el sobaco no huele igual que la axila.

«Axila» procede de una prestigiosa estirpe latina, mientras que «sobaco» no tiene familia conocida, y aun hoy los lexicógrafos desconocen a ciencia cierta de dónde viene.

Si acudimos al imaginario común, recordaremos a algunas personas de nuestro entorno que tienen axilas y a otras que, por el contrario, tienen claramente sobacos.

De hecho, de este último término deriva el vocablo «sobaquina», definido ya por Nebrija en 1495 como «hedor de este lugar»; es decir, del sobaco.

Y el gramático sevillano añadía sin miramientos en esa misma entrada «sobaquina», al definir el término: «El mal olor que algunos suelen echar de sí por los sobacos, que por oler a cabruno se llamó hircus». (*Hircus* significaba en latín «hedor del macho cabrío»).

Por culpa de ese olor fue necesario inventar las sobaqueras, que el diccionario define como «piezas de tela impermeable con que se resguarda del sudor la parte del vestido correspondiente al sobaco».

Sin embargo, «axila» no dio derivado alguno relacionado con el olor, sino solamente el lógico adjetivo «axilar». «Axila» se relaciona con «axial»; es decir, el eje (o *axis* en latín) con el que se articula el brazo. Su apariencia científica gracias a la lengua de Roma ha contribuido a hacer inodora esa palabra. Y quizás por eso también insípida.

«Sobaco» se le opone sudorosa y racial. Un término frío contra uno cálido, la eufonía contra la desafinación. Quevedo seguramente habría usado «sobaco» con mayor entusiasmo que «axila».

Este ejemplo se puede multiplicar por cien, por doscientos, quién sabe por cuánto se puede multiplicar.

Ahí tenemos también, querido don Francisco de Quevedo, la diferencia entre «almorranas» y «hemorroides», con cierto paralelismo respecto a «sobaco» y «axila».

«Almorrana» dice el paciente, «hemorroide» pronuncia el médico.

Unas palabras nos suenan más elegantes que otras, aunque designen lo mismo. Y eso lo conocen bien quienes desempeñan el poder, que suelen dominar el juego de las palabras bien vestidas: los eufemismos.

Los eufemismos

Todos los utilizamos alguna vez. Ahora bien, podemos observar, si miramos con mucha atención, que se usan dos tipos de eufemismos.

Por un lado, los eufemismos de significante. Por otro, los eufemismos de significado.

Los eufemismos de significante consisten en evitar una palabra desagradable y decir o escribir en su lugar un término de mejor aceptación. Pero con esa operación no alteramos lo que en el fondo se dice.

Si escribimos «le dio una patada en el trasero», estamos representando la misma realidad que si usáramos la alternativa «le dio una patada en el culo», término ciertamente mucho más malsonante en América que en España, aunque allá tampoco se libra de la vulgaridad. Una palabra es mejor que otra, pero la realidad que ambas designan no se altera. En los dos casos sabemos bien dónde se dio la patada.

Ahora bien, los eufemismos del otro grupo, los eufemismos de significado, operan un efecto perverso; porque intentan cambiar no solamente la palabra, sino también la idea representada; o al menos dificultar el acceso a ella.

Así, la «subida de precios» se convierte en un «reajuste» o, como indicaba una carta que recibí esta semana de mi seguro médico, de una «actualización». Del mismo modo, los antiguos servicios de «espionaje» se llaman ahora «servicios de inteligencia». Y algunos periódicos publican «anuncios de contactos», que son en realidad anuncios «de prostitución»

Estas palabras eufemísticas difícilmente progresarían en el sistema de la lengua si necesitasen trasladarse a otros terrenos.

Porque, en efecto, se «reajustan» los precios cuando suben: pero nadie le dice a su pareja al anunciarle un aumento: «Cariño, me han

reajustado el sueldo». Esta hipotética oración sólo podría descodificarse como la noticia de que el sueldo... ha disminuido. Es decir, lo contrario de lo que sucede al adjudicar ese eufemismo a los precios. El «reajuste» sube los precios pero baja los salarios.

Vemos, pues, que los eufemismos no resisten las analogías.

Los servicios de «espionaje» están formados por «espías», mientras que los servicios de «inteligencia» no siempre están desempeñados por «inteligentes». Del mismo modo, existe el «contraespionaje», pero eso obliga a oponerle la palabra «contrainteligencia».

En realidad, la contrainteligencia solo podría entenderse como una estupidez; si realmente se trata de lo contrario de la inteligencia.

Y detrás de los anuncios de «contactos» están las prostitutas, además de alguna mafia, pero el eufemismo no progresa hasta el punto de que, puesto que en algunos países aparecen esos anuncios denominados «de contactos», llamemos «contactables» a quienes ofrecen esos servicios.

Y un periodista puede tener muchos «contactos» en la agenda, pero nadie sospechará de ese vocablo en tal contexto.

Así pues, las palabras manipuladas no progresan con facilidad en el sistema de la lengua, pero cuando su poder actúa sobre el significado y no solamente sobre el significante, su capacidad de manipulación puede llegar muy lejos en nuestro espíritu.

Ese es su poder.

Y hoy pretendo plantear aquí, en este entrañable marco donde habitan tantos libros, una invitación a todos ustedes: debemos quitarles el poder a algunas palabras.

Mi dilatado oficio como periodista, editor, profesor y autor de manuales de estilo constituye un termómetro de bolsillo que invita a examinar cada término de comunicación con curiosidad, cariño y rigor. Les animo a que me sigan acompañando en este recorrido.

El crédito bancario

Hace ya muchos años tuve que acudir al banco para conseguir un crédito. Y mientras caminaba hacia la sucursal, pensaba por qué hablamos siempre de «pedir» un crédito. ¿Por qué «pedir»? ¿Es que acaso se trata de un favor?

Lejos de hacernos un favor el banco, somos nosotros quienes le hacemos un favor a él, porque al gestionar y pagar un crédito contribuimos a su negocio.

¿Por qué entonces «pedimos» que nos «concedan» un crédito? ¿Acaso llegamos a un establecimiento de venta de automóviles y decimos «me concede usted ese Mercedes?».

Ni pedimos el carro ni nos hacen un favor al concedérselo, porque se supone que lo pagaremos escrupulosamente, aunque sea a plazos.

Y según caminaba hacia el banco, recordé cómo suelen referirse a estas operaciones las grandes empresas. Así que decidí usar la misma palabra que ellas. Al llegar a la oficina le planteé al amable empleado: «Buenos días. Vengo a *contratar* un crédito».

Y me miró con mucho respeto.

Las palabras tienen un poder en función de su historia, de su sonido, de su capacidad para despistar. Y también a tenor de su prestigio.

Conviene conocer ese poder.

El vaciamiento de las palabras

A veces no se da la sustitución de un término por otro, sino su vaciamiento. Se mantiene la vieja palabra; pero se consigue que quede hueca y sin su sentido principal: el de servir para el entendimiento; y se manipula por dentro con intención de manejarla según el antojo de quien la usa.

Generalmente, quienes tienen el poder se apoderan de ella, respetan su cáscara pero alteran el significado; se benefician de su prestigio y destruyen aquel contenido que se lo había proporcionado.

Se trata de algo parecido a lo que sucede con los yogures que se ofrecen con «aroma de fresa», «aroma de limón» o «aroma de plátano»: que no tienen nada de fresa ni de limón ni de plátano. Pero se benefician de la relación con sus olores, igual que algunas palabras manipuladas se relacionan con el sonido que se emite al pronunciarlas.

Allá en Europa nos hablan continuamente de «austeridad». Y se implantan políticas de «austeridad» o presupuestos «austeros».

Véase la tremenda manipulación.

El adjetivo «austero» equivalía en el siglo XVIII a «mortificado» o «penitente»; y se decía que era austero quien llevaba una vida recogida y retirada de los placeres. Y con ese significado llegó hasta 2008, año de dolores en el que comenzó la crisis que todavía padecemos. Los distintos Gobiernos de Europa comenzaron a aplicar entonces medidas de reducción del gasto y de aumento de los impuestos, y a eso lo llamaron «austeridad».

La palabra viene de muy lejos en español. La habíamos usado siempre para definir una actitud que incluía dos rasgos:

1. Se renunciaba al lujo y a lo superfluo, para contentarse con lo necesario.
2. Tal decisión se adoptaba voluntariamente por cada individuo.

Era una palabra con prestigio, porque se asociaba con personas íntegras, cristianas, que buscaban la mejora personal o espiritual mediante esa renuncia a los placeres.

La austeridad de nuestros días ha tomado el sonido de aquel vocablo, su aroma —con su buena fama asociada—, para vaciarlo y darle la vuelta, en una manipulación bestial del pensamiento que se expresa mediante el lenguaje.

Porque la austeridad de hoy ya no es voluntaria, sino impuesta; y no consiste en renunciar a lo que nos parece innecesario o lujoso, sino a prescindir de lo imprescindible: el trabajo, la vivienda, el alimento.

Nos hablan de la palabra «austeridad» para esconder la palabra «penuria». Se evita un término desagradable para sustituirlo por

uno prestigioso, pero vaciado precisamente del significado que le daba ese prestigio. Oímos «austeridad» y pensamos en «austeridad», pero si hacemos un esfuerzo por retirarle la cáscara y mirar dentro de esa palabra, entonces veremos el concepto de «miseria». He ahí el cambiazo

Poco a poco, vamos pasando del abuso del lenguaje políticamente correcto a la proliferación del lenguaje políticamente corrupto.

Menos mal que algunos bienes se nos ofrecen «gratuitamente» desde el mostrador o desde las tiendas virtuales. ¿Y qué significa la palabra «gratis»? Ahora cada dos por tres nos proponen apuntarnos para recibir determinados servicios de una cadena de restaurantes, de unos grandes almacenes, de una tienda en Internet. Nos ofrecen puntos de cliente y beneficios por nuestra fidelidad, y nos advierten: «Es gratis». Y alguien que está dentro de nuestra computadora nos insiste con un mensaje que vemos a diario: «Descárgatelo gratis».

Todo el mundo sabe que no se puede aplicar ese término cuando se trata de pagar un dinero para obtener un bien. Eso no nos saldría gratis. Tampoco nos dan gratis algo si para lograrlo hemos de efectuar algún servicio a quien nos ofrece la mercancía.

Por ejemplo, cuando un vecino le ofrece unas cervezas a un joven si le pinta la valla de su jardín. ¿Eso sería gratuito? Desde luego que no.

Por tanto, entendemos que «gratis» significa «a cambio de nada». Sin embargo, en todas esas ofertas supuestamente gratuitas nos piden a cambio algo muy valioso: nuestros datos personales, que luego usarán para bombardearnos con publicidad; y tal vez comerciarán con ellos ante terceros. Quién sabe si para influir en un resultado electoral.

Siempre que me ofrecen algo gratis, digo: «De acuerdo, deme esa tarjeta de socio. Pero ya».

Y me suelen contestar: «Primero tiene que rellenar esta ficha».

Mi respuesta no se hace esperar: «Me dijo usted que era gratis, pero me está pidiendo algo a cambio. Luego no es gratis. ¿Por qué me miente?».

El poder del inglés

«Gratis» es una palabra prestigiosa, que mejora cuanto toca.

Pero ahora el prestigio y el poder principal se lo otorgamos a ciegas a todo tipo de términos en inglés. La publicidad se inunda de anglicismos crudos o adaptados, que ejercen su poder para que creamos más prestigioso el objeto que compramos.

Los anuncios destinados a un público que habla español utilizan lemas como *Connecting people*, o *People in progress*. El primero lo difunde una compañía telefónica española; y el segundo, una entidad financiera.

Abro el último número de la revista mensual *Icon*, que se distribuye con *El PAÍS*, y cuento 35 anuncios. De ellos, solo la mitad expresan su principal mensaje en español. Dieciséis muestran su principal mensaje en inglés, uno en italiano y otro mezcla el inglés y el español. De los 14 anuncios situados en las páginas más caras, solo uno está escrito en castellano. El inglés domina en esa revista los productos muy complejos, tecnológicos, avanzadísimos; y el español, por su parte, publicita productos como el vino, un centro comercial y una lona para cubrir piscinas.

Tomo un ejemplo español porque vengo de allá. Pero me temo, por lo que me cuentan mis colegas de este lado del océano y por lo que puedo ver, que fenómeno semejante ocurre en todos los países de habla hispana.

A mi juicio, el abuso de anglicismos en todos los órdenes de la comunicación está vinculado con un complejo de inferioridad muy hispano.

Los vocablos de muchos anuncios no funcionan propiamente como palabras, sino como símbolos; como símbolos de algo superior a nosotros.

Nuestro *Diccionario* define «palabra» como la «unidad lingüística dotada generalmente de significado», pero millones de personas del mundo hispano reciben cientos de palabras de la publicidad sin captar en ellas significado alguno. Porque están escritas en un idioma que desconocen.

Tienen la apariencia de palabras, están separadas del vocablo anterior y del siguiente por un breve silencio o por un espacio, se construyen con letras y sílabas, pero a millones de receptores no les dicen nada. Y contradicen así la misión primordial de una palabra: transmitir alguna idea. ¿Por qué se conciben entonces palabras destinadas a *no decir*?

Eso sucede por el poder que tienen las palabras en inglés. Una fuerza que solamente se activa gracias a nuestro complejo de inferioridad.

El profesor Eduardo Fernández escribe en su libro *Retórica y publicidad* que en todo discurso caben dos tipos de argumentos para persuadir: los racionales y los emotivos.

Pues bien, la publicidad no busca describir racionalmente lo que vende, sino relacionarlo con una idea que contagie unos valores por la vía emocional. No hay que olvidar que la publicidad no vende productos, sino que compra clientes.

Llama la atención que el inglés se relacione con los productos tecnológicos, y el español con los productos baratos. Hallaremos palabras inglesas en los anuncios de automóviles, de reproductores digitales, de electrodomésticos avanzados. Pero en español nos venderán los detergentes.

Oímos el inglés cuando nos hablan de la «Nueva lavadora LG con turbowash», o de un coche que nos promete «*motion and emotion*». Pero después la publicidad del producto de limpieza nos dirá sencilla y llanamente que ese jabón «lava más blanco».

Concedemos una presunción de poder y de prestigio a todo aquello que no entendemos.

Les leo un texto que anuncia un aparato marca Panasonic:

«Nada menos que el nuevo NV-FS-90, en sistema S-HS con 4 cabezales, y con sonido estéreo NICAM de alta fidelidad».

Sin duda hemos interpretado que se trata de un modernísimo dispositivo. Pero la realidad es otra: el anuncio data de hace 17 años. Y sin embargo, ahora también parece ofrecer un producto de lo más avanzado, gracias a su lenguaje ininteligible.

Un directivo se cree más importante si trabaja en «marketing» que si se dedica al «mercadeo»; quienes se ocupan de nuestro «look» nos ofrecerán productos más caros que si cuidasen simplemente de nuestro «aspecto»; y nos parecerá aceptable cualquier precio que nos pida un «coach», frente al más barato «entrenador», «adiestrador» o «preparador».

Eso lo saben bien los dentistas, que instalan los «brackets» con mejor rendimiento económico que si colocaran simples «frenillos».

Recuerdo haber oído la anécdota de un médico que ofrecía a sus pacientes la posibilidad de contratar un «chequeo». Un amigo le preguntó por qué usaba el anglicismo «chequeo», procedente del inglés «to check», si se podía llamar a eso «revisión» o «reconocimiento». A lo cual el doctor respondió: “Es que si lo llamo chequeo puedo cobrarlo más caro”.

La compañía aérea que me trajo hasta Bogotá divide sus asientos en dos categorías. Unos forman parte de la clase «business» y otros de la clase «turista». Es decir: si viajas bien, viajas en inglés. Y si viajas mal, viajas en español.

Por lo tanto, si el asiento está nombrado en inglés, seguramente le saldrá a usted peor de precio.

Así ha sucedido también con lo que antes en las tiendas y escaparates se llamaban «gangas». Después pasaron a «saldos». Y ahora se llaman «outlets». Los precios han ido en consonancia con esta progresión. Estoy seguro de que los «saldos» eran más baratos que los «outlets».

Los conceptos que toda la vida tuvieron un nombre en español se muestran de repente con un término en inglés, seguramente porque sus estudiosos se ven a sí mismos mucho más importantes. Es lo que sucede por ejemplo con el «bullying», que toda la vida existió como «matoneo» o «matonismo».

Quizás el «bullying» es más de colegio privado.

Todo ello transmite una idea muy clara: cuanto se mencione en inglés parecerá más importante y más caro porque esas palabras corresponden a una cultura superior. Por tanto, la nuestra queda lejos de esa altura, supuestamente.

Les decía que esto guarda relación con cierto complejo de inferioridad que nos atenaza; pero lo peor de todo es que contribuye a reforzarlo, en una espiral sin salida.

Cuando uno se siente superior a otro, no necesariamente es superior a él. Pero cuando alguien se siente inferior, en ese momento ya sí que es inferior al otro.

Las palabras tienen ese poder de transmitir y reforzar el complejo de inferioridad ante el inglés. Un complejo que intensifican a su vez el poder económico y el poder comercial.

Hacer con palabras

Y tanto poder reúnen las palabras, que incluso pueden convertirse en actos. La palabra es un acto en sí misma. Las palabras disponen de la capacidad de *hacer*.

Como nos explicó el filósofo John Austin,
Una cosa es *decir palabras*.
Otra, *hacer al decir palabras*.
Y una tercera, *hacer con palabras*.

1. *Decir palabras*. Usamos palabras para informar, para expresarnos, para rezar, para mentir, para idear. Casi todo lo decimos con palabras.
2. *Hacer al decir palabras*. Si pongo un libro al alcance de mi interlocutor y digo «te lo regalo», estoy *haciendo al decir*. Pero es preciso entregar el libro para que la expresión «te lo regalo» tenga sentido. La acción y la palabra están separadas pero van unidas.
3. *Hacer con palabras*. En efecto, a veces las palabras logran cumplir lo que con ellas se pronuncia. La acción y la palabra ya no son dos, sino una misma cosa. La acción y la palabra van juntas como el fuego y su brillo.

Si un sacerdote dice «yo te bautizo», en ese momento está bautizando. Si un ministro declara inaugurado un simposio, en ese momento queda inaugurado. Si decimos «te lo prometo», en el mismo acto de pronunciar esos tres vocablos estamos prometiendo algo a alguien. Un

simple «sí juro» lleva consigo graves consecuencias legales, porque implica «hacer con palabras».

Por tanto, muy a menudo *hacemos con palabras*: Para eso sirven verbos como felicitar, amenazar, declarar culpable, absolver.

Si pronuncio «te felicito», en el momento de proferir el verbo estoy realizando la acción de felicitar.

Si digo «te advierto que no vayas», en ese momento estoy ejecutando la admonición.

Si a alguien le expreso «gracias», en ese momento le estoy agradeciendo algo.

Si digo «te pido disculpas», las estoy solicitando en ese preciso instante.

Si el juez firma un documento que contiene la palabra «absolución», con esa palabra está absolviendo.

Sin embargo, no todas las palabras consiguen lo que se proponen.

Puedo pronunciar el verbo amenazar, y decir: «Te amenazo con un castigo», y en ese momento estoy amenazando, en efecto. Pero si pronuncio el verbo «conminar» es posible que no esté consiguiendo conminar a nadie. Porque para ello hace falta que el receptor complete la acción con su propia asunción de las intenciones que tiene el verbo.

Como escribía Austin, puedo preguntar a alguien: «¿Me está usted amenazando?». Pero no le diría nunca: «¿Me está usted conminando?». Porque la respuesta a esta segunda pregunta no corresponde a quien intenta conminar, sino a aquel que es el destinatario del intento de conminación. Para que se produzca una conminación, hace falta que el otro la acepte como tal. La pregunta, por tanto, no debería ser «¿me está usted conminando?», sino «¿me siento conminado?».

Vemos, pues, que no todas las palabras producen la consecución inmediata de los efectos que su emisor pretende. No todas tienen el mismo poder. En algunos casos, cabe defenderse ante ellas.

El insulto

Por ejemplo, ante el insulto.

La acción de insultar forma parte de la categoría de aquellos actos que *hacemos con palabras*.

El genio del idioma español, ese ser que anida discretamente en cada uno de nosotros, no tuvo más remedio que consentir el insulto, pues se halla en la naturaleza humana; y la lengua no puede oponerse a ella. Pero construyó algunos que cumplen su función psicológica de aliviar la tensión de quien los profiere y a la vez no se la traspasan íntegra a quien los recibe.

Son insultos que vienen de la propia lengua, que nacieron de ella; y no de la historia ni de la moral. De la historia y de la moral nacieron improprios como «nazi» o «fascista», por el lado de la historia, o «ca-brón» o «puta» por el lado de la moral.

A los insultos que, por el contrario, proceden de la propia lengua, el genio del idioma los ha dotado de una *reiteración vocálica* que los convierte en más broma que verdad, más en juego de letras que en daño irreparable.

Esa reiteración vocálica aminora la agresividad en términos donde una misma vocal repetida acaba siendo chistosa, como «tarambana», «mamarracho», «haragán», «charlatán», «atarvàn», «cascarrabias», «sacamicas», «patán», «mequetrefe», «petimetre», «enclenque», «pelele», «sieteleches», «tiquismiquis», «chichipato», «filipichín», «chisgarabís» y tantos otros.

Más parecen un juego que un juicio. En un hipotético «código penal de los insultos», estos acarrearían una pequeña multa. No obstante, todos ellos han de provocar la descalificación simétrica de quien los profiere, nunca la de quien los recibe.

Porque la palabra «gato» no araña, y la palabra «perro» no muerde; y la palabra «hielo» no enfría. Del mismo modo, hay que retirarles a algunas palabras injustas el poder de ofendernos.

A veces nos sentimos insultados y ofendidos por vocablos que no deberían tener la capacidad de hacernos daño si nosotros no se lo per-

mitimos, si nosotros no completamos su acción. Las palabras *hacen* el insulto. Pero no necesariamente hacen el daño.

En este punto, cabe recordar lo que explicaba el filósofo español Gustavo Bueno: «Una opinión no vale nada si no va acompañada por un argumento». Y un insulto es una opinión sin valor alguno, porque nunca hay un argumento detrás.

Y como en algunos casos las palabras poseen la capacidad de hacer, como acabamos de comprobar, nos creemos en nuestro subconsciente que tal fuerza acompaña a todas por igual.

No es así.

Hace falta extender una cultura de cuestionamiento de las palabras hirientes, o manipuladas, o suplantadoras, de las palabras mentirosas. A esas palabras hay que quitarles la capacidad de hacer daño.

Así ha pasado por ejemplo muy recientemente en España con el vocablo «sudaca». Se empezó a usar en ámbitos xenófobos como un insulto, pero la generalidad de los españoles y de los propios inmigrantes latinoamericanos le dio la vuelta y lo acogió como un vocablo cariñoso, incluso de orgullo de pertenencia.

Muchos siglos antes, eso mismo había sucedido con la palabra «jesuita», lanzada como ataque contra los miembros de la Compañía de Jesús, y que luego simplemente pasó a designarlos y a ser asumido por ellos.

Decimos que las palabras hieren. Pero si la palabra «perro» no muerde, no debíamos sentirnos heridos por el mordisco de una palabra.

Sin embargo, es cierto que las palabras tienen un gran poder. En primer lugar, el que usamos todos cada día: el poder de conectarnos, de que establezcamos una comunicación. Y también el poder de engañar.

Ahora bien, para la comunicación se bastan solas las palabras. Para el engaño, en cambio, hace falta la acción humana, la manipulación de su contenido para presentarlas con el prestigio de su significante y la mentira de su significado. Y también nuestra ingenuidad.

En consecuencia, hay que quitarles el poder a ciertas palabras. Y mantener el de otras.

Disfrutamos el poder de las palabras que consuelan, que gratifican. Elogiamos el poder de las palabras que transmiten con rigor la realidad desde los periódicos. Nos alimentan las palabras que atesoran la capacidad de abrir nuevos espacios a nuestro conocimiento.

Pero hemos de lograr que el lenguaje administrativo no nos apabulle con sus términos farragosos que solo van en nuestra contra.

Hay que conseguir que los eufemismos de significado desaparezcan del lenguaje público.

Hay que retirarle al idioma inglés esa percepción de superioridad que le otorgamos de una forma acrítica.

Hay que desenmascarar los engaños de la publicidad y del lenguaje político.

Hemos de identificar los trucos de prestidigitación que se ejecutan ante nuestras narices sin que sepamos olerlos. Miramos una palabra que estaba llena de significado, y de repente se nos ofrece solamente su estuche. Pero tardamos en descubrirlo. Es una caja vacía envuelta en papel de regalo que nos parecerá hermosa mientras no la abramos.

Y finalmente, hay que construir escudos contra el insulto, tanto para defenderse quien lo recibe como para darlo por no escuchado si asistimos a su lanzamiento contra otro.

En definitiva, hay que arrebatarse el poder a algunas palabras.

O lo que es lo mismo: hay que arrebatarse algunas palabras al poder.

Para que vuelvan a ser nuestras palabras. Las palabras llanas, verdaderas, simples y a la vez complejas, las palabras de las que somos dueños entre todos.

Bogotá, 13 de abril de 2018

BIENVENIDA AL ACADÉMICO CORRESPONDIENTE ÁLEX GRIJELMO GARCÍA

Por
Daniel Samper Pizano

Hace ya casi siglo y medio se acercó a la sede de la Real Academia Español, en Madrid, don José María Vergara y Vergara, cuyo nombre ostenta el salón que nos acoge y cuya barbuda imagen preside esta solemne posesión.

Don Chepe, como lo apodaban en Bogotá, su tierra natal, llevaba consigo una petaca de libros colombianos entre los que sobresalían su *Historia de la literatura en la Nueva Granada*, la *Gramática latina para el uso de los que hablan castellano*, de Miguel Antonio Caro y Rufino José Cuervo, y el *Diccionario ortográfico y ortológico de la lengua castellana* de José Manuel Marroquín.

Ciertos académicos españoles que no mantenían contacto con autores hispanoamericanos se sorprendieron al descubrir que en las antigua colonias, cuya independencia apenas cumplía cincuenta años, no solo se conservaba el idioma del imperio, sino que muchos hablantes se esmeraban por estudiarlo y divulgarlo.

De la visita que relato nació la iniciativa de fundar en América sucursales de la Academia, y la primera fue la de Colombia, como no podía ser de otra manera tras la abrumadora y sabia muestra de cariño por el castellano que había dado Vergara y Vergara con su cargamento.

Hoy nos reunimos a recordarlo en la posesión como miembro correspondiente del admirado periodista español don Álex Grijelmo García. Y en mayo de 2021 lo celebraremos cuando se cumpla el sesquicentenario de la primera academia que en tierras americanas buscó y sigue buscando impartir a nuestra lengua limpieza, fijeza, esplendor y algo de sabrosura.

Lo primero que sorprende al traer a cuento aquel histórico episodio es la juventud de quienes fundaron la institución en Colombia. Por su edad, clasificarían entre los que Cuervo denominó en 1876 *cachifos* en sus *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, y los que, recogiendo el habla popular, designó *sardinos* en 2007 el *Breve diccionario de colombianismos* de la Academia Colombiana. En fin: chicos, muchachos, gente joven, población menuda. *Chavales*, querido Álex y estimado embajador Gómez de Olea.

Caro tenía 28 años; Cuervo, 27 y Vergara y Vergara 40 (habría de morir un año después), mientras que Marroquín era ya un veterano de 44 años. Dudo (y digo esto libre de todo ánimo que no sea estadístico)... dudo de que en la actual nómina de académicos haya uno solo menor de 44 años. En cuanto a los veinteañeros, me temo que solo los encontraremos en las vecinas aulas del Centro Colombo Americano.

Menciono todo lo anterior para mostrar, primero, el amor que hemos tenido desde siempre los colombianos por esta lengua que constituye patrimonio vivo y activo de 24 países y, segundo, las admirables peculiaridades de nuestra academia, que hoy se ve enriquecida por la presencia de Álex Grijelmo.

Me enorgullece ser amigo, colega y lector suyo... por encima de irreconciliables diferencias futbolísticas. Las columnas sobre lenguaje de este burgalés nacido en 1956 —fecha que lo excluye de los círculos juveniles de nuestros fundadores— se destacan desde hace años en programas de radio, en las páginas de *El País*, su vieja casa, y en el diario *AS*, enderezadas en este último caso a atraer un público que no necesariamente se interesa por las tribulaciones del idioma, a menos que se refieran al deporte.

Como Álex es un excelente periodista, sus artículos son bien informados, están escritos en forma atractiva y hurgan temas de actualidad. Y como es también un brillante estudioso de la lengua, expone incongruencias, corrige errores y señala faltas en el lenguaje cotidiano de la calle y de los medios de comunicación. Su habitual buen humor, que no lo ablanda a la hora de ser riguroso con las normas, le permite explicarlas con amenidad y endulzar las críticas.

No es necesario profesar inclinaciones lingüísticas para ser seguidor de Grijelmo. Por el contrario, sus textos hábilmente atraen a escuchantes de radio y lectores de prensa y los convierten en ciudadanos preocupa-

dos por el lenguaje. Fue célebre un programa radiofónico en el que nuestro ilustre huésped presentaba errores de ortografía y gramática detectados en canciones populares. Desde el gran José Alfredo Jiménez y el almibarado Julio Iglesias hasta nuestro admirado Joan Manuel Serrat desfilaron por el amable paredón de Álex. Si se preguntan ustedes cuál fue el desliz de Serrat —ese cantautor que multiplicó por dos la poesía de Machado y de Hernández—, diré que consistió en confundir el imperativo de segunda persona plural del verbo *empujar* con su infinitivo. Querido Serrat, vino a decirle Grijelmo, «Mediterráneo» es una hermosa canción pero no siga usted cantando «*empujar* al mar mi barca», sino «*empujad* al mar mi barca».

La cátedra de Álex en la prensa revela un aspecto de enorme importancia: aunque se trata de un informado autor, no se dirige a especialistas. Su enseñanza se alimenta donde suele nutrirse también nuestra lengua: en la calle, en la radio, en la televisión, en los periódicos, en los libros superventas, en las redes sociales y en Internet, ese incandescente lugar donde cada vez se escribe más... y peor.

No conviene olvidar que las anteriormente citadas son las fuentes naturales y las vías habituales de creación y propagación del idioma. De allí surgen las palabras, las palabras poderosas, que, como dijo Ralph Waldo Emerson, «si uno las corta sangran, porque están vivas, caminan y corren». Con ellas mantiene diario contacto el presente candidato a ingresar al cuerpo de miembros correspondientes. Es bueno considerar que, si el habla general es nuestra mandataria como académicos, lo menos que podemos hacer es mantenernos en sintonía con sus voces.

Desde el más sabio filólogo hasta el más humilde habitante de la calle somos todos conciudadanos de nuestra mejor patria: la lengua española.

Mencioné que estamos ante un autor ilustrado, pero me niego a aburrirlos al señalar los títulos académicos, premios, reconocimientos y altas misiones que ha cumplido Grijelmo en los terrenos del periodismo y del idioma. Como acertadamente dijo un precandidato colombiano a la presidencia, «para eso está Google». Referiré, empero, que es magíster de periodismo y profesor de la materia y que en Colombia lo hemos conocido como autor, si que también como conferencista y maestro de la Fundación de Nuevo Periodismo Iberoamericano que creó en Cartagena Gabriel García Márquez. Entre otros cargos, ha sido

editor de varios diarios en América, adjunto al director de *El País* en España, director de Desarrollo Internacional de Prisa, director de la Agencia Efe y presidente del Consejo Mundial de Agencias.

Como se ve, América ha sido parte central de su trabajo y, puedo afirmarlo, de sus devociones.

Pero sobre su labor en favor del español hablan mejor sus libros que sus diplomas o su currículo. No hay en el castellano actual un escritor que haya acumulado un fondo de textos de divulgación general y énfasis en el lenguaje periodístico tan copioso, de tan alta calidad y tan amplia y exitosa venta como él.

Uno de los primeros títulos ya izaba sin temores su bandera: *Defensa apasionada del idioma español*, de 1998. Otro se inspira en un colombianismo: *La gramática descomplicada*, de 2006, y procura «crear las condiciones para que surja en el lector un amor por su lengua» a fin de que lo conduzca «a volcarse en el conocimiento profundo de sus resortes naturales». Son, en suma, nueve tomos que, agregados a cientos de artículos, representan uno de los más potentes aportes (o aportaciones, como se dice en España) de los últimos decenios a la defensa, difusión y pedagogía de nuestra lengua. Estamos, lo digo sin exageración, ante un fondo editorial único destinado al consumo general, que ilumina, entretiene y ofrece el raro placer de las lecturas amenas.

A ellos habría que agregar el *Libro de estilo* del diario *El País*, ese tomo indispensable para cualquier periodista del que Grijelmo es padre y padrino.

El nuevo académico ha escogido para su discurso el tema de la palabra como instrumento de poder. Él sabe bien cómo funciona esta herramienta. Su libro *La seducción de las palabras* precede en tres lustros al escándalo de las falsas noticias y al empleo torvo de la lengua, pero parece haber sido escrito ayer. Ya nos advertía Grijelmo en este mismo estudio que «toda palabra existía antes de pronunciarla, y en eso reside su poder».

No quiero terminar sin subrayar que el feliz ingreso de Grijelmo a nuestra institución reafirma los lazos que nos unen con España y con la cultura española y marcan el comienzo de la cuenta atrás en la celebración de los 150 años de la Academia Colombiana.

Durante los próximos tres años nos esforzaremos por avivar el orgullo nacional por nuestra lengua y despertar una solidaridad que le permita defenderse de todos los peligros, asechanzas, enfermedades y ataques que la aquejan, entre ellos la manía del inglés.

Huyamos de la paradoja del gobierno francés, que acaba de lanzar una ofensiva para reforzar la hermosa lengua de Balzac frente al auge del inglés y el español, pero afronta duras críticas domésticas. Según varios comentaristas, sus funcionarios hablan de sesiones de *team building*, talleres de *co-working*, proponen un *back up* para todos los puestos de la Administración y tildan a la oposición de *bullshit*. *Helas, monsieur Macron!*

Antes de que nuestro director, don Jaime Posada, disponga el turno para el discurso de posesión de Álex Grijelmo, permítanme rematar esta modesta bienvenida con una anécdota que narra don Ramón Gómez de la Serna. Hace algo más de un siglo cierto mendigo famélico observaba, con no poca envidia, tras la vitrina del famoso y madrileñísimo café Pombo, el abundante vino que bebían y las jugosas tortillas que despachaban los tertulianos. Sin resistirlo, el pordiosero abrió de par en par la puerta, miró a los conocidos personajes que se entretenían en sus mesas y exclamó:

—¡Si todos supiéramos gramática no habría hambre!

En homenaje a ese iluso mendigo, copropietario de la lengua que también hablaban los intelectuales de adentro, los invitamos, al final de la ceremonia, a un parco refrigerio.

Muchas gracias.

13 de abril de 2018

ASPECTOS CRUCIALES DE LA PROMOCIÓN NORMATIVA EN LA ENSEÑANZA DEL CASTELLANO Y LAS LENGUAS INDÍGENAS EN LA NUEVA GRANADA DURANTE LOS GOBIERNOS DEL GENERAL SANTANDER (1819-1837)

Por
Cecilia Fernández de Pallini

Después de la victoria bien ganada por los granadinos el 7 de agosto de 1819, en la Batalla de Boyacá, en el aspecto de la enseñanza y del uso del castellano, el general Santander emprendió tres caminos, que llevaron a que este idioma se consolidara y se convirtiera en esplendor de la cultura colombiana y latinoamericana, poniéndolo por encima inclusive del nivel en que los mismos españoles lo pusieron, pues ellos ni siquiera se propusieron enseñarlo de modo masivo como sí lo hizo Francisco de Paula Santander; quien además de conocer muy bien la morfología lingüística (parte de la lingüística que estudia las reglas que rigen la flexión, la composición y la derivación de las palabras) y la ortografía difícil de este idioma, lo usó como arma de defensa contra sus detractores; lo impulsó como nadie en las publicaciones periódicas que realizaba, con lo que revalorizó el uso de la imprenta que hasta ese momento, era la más rezagada en todos los virreinos de España en América. Fue tanto el impulso que le dio a la enseñanza del castellano, que además buscó el modo y el lugar para que se enseñaran también las lenguas indígenas, lo que lo convertiría a la postre en el primer defensor de estas lenguas en Colombia.

Esos tres caminos que se enuncian son los siguientes: el buen uso del castellano por parte del general Santander; del viraje y patrocinio a la libertad de expresión y libertad de imprenta; de la normatividad expedida por la cual se fomentaba la enseñanza del castellano y promoción y enseñanza de las lenguas indígenas en la Nueva Granada.

1. Del buen uso del castellano por parte del general Santander

El castellano, desde la creación de la Real Academia Española en junio de 1713, gozó de un liderazgo en el ámbito mundial insospechado. Casi sin darse cuenta, en menos de un siglo (1492-1600) se convirtió en la lengua más hablada en todo el mundo. Este impulso derivó en un desarrollo y posicionamiento que -hasta ese momento- no lo tuvo ninguna otra lengua, salvo las clásicas: latín y griego, que para el caso solo conocían y hablaban eruditos y personas cultas. A pesar de esto, la Real Academia Española no fue la primera en crearse, sino que ésta, lo hizo después de haberse creado la francesa. De todos modos, como quedó dicho en el Acta de Constitución: «nuestra lengua Castellana no era inferior a ninguna de las más cultivadas de Europa, así en la pureza de sus voces, como en la valentía de sus expresiones, en lo conciso de sus cláusulas, en lo elegante de sus frases, y en lo sonoro de sus composiciones»¹. Época en la que se escribía el verbo haber, con 'v', y se hacía uso de acento prosódico en palabras como Europa, y se tildaba en la o, como si se tratara del acento ortográfico. También se usaba la doble S, para escribir finísimo y elocuencia se escribía con "q" en vez de "c"; diptongo se escribía con th: dipthongo; y la "ye" se usaba para escribir la palabra *sylaba*.

El primer propósito de la academia fue la elaboración de un diccionario de autoridades «el más copioso que pudiera hacerse», que se publicó en 1726 y el siguiente en 1739. Fue hasta 1780 cuando se publicó el primer diccionario de consulta ordenado alfabéticamente y en el que se proporcionaron los significados de las palabras. De este ejemplar, sin duda, se desprenden las siguientes ediciones de diccionarios que se trajeron al Virreinato de Nueva Granada. De esta edición se nutrió el general Santander en el conocimiento de la lengua castellana, junto con la *Orthographía* que se publicó en 1741², y de la que tomamos la mayor cantidad de datos que aquí se exponen, ya que se localizó un ejemplar en perfecto estado en la Biblioteca Nacional de Colombia. En general, a la Nueva Granada llegaron los

1 Historia de la Real Academia Española. Texto original, p. XI, publicado en España en 1715.

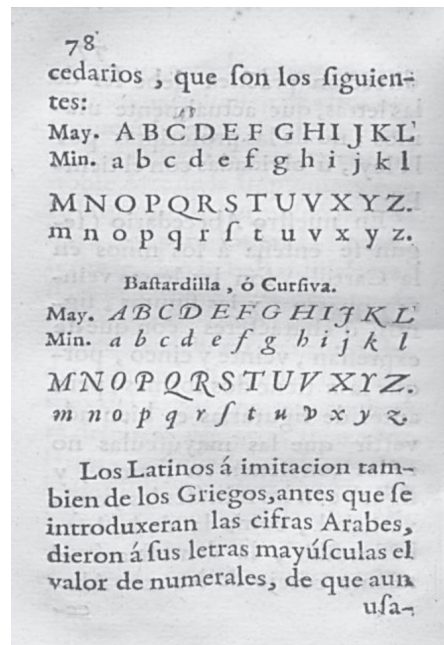
http://www.rae.es/sites/default/files/Historia_de_la_Real_Academia_Espanola_preliminares_DA.pdf. Revisado el 1 de abril del 2018.

2 Existe otra obra de *Orthographía* publicada en 1771 que se llamó de Gramática.

diccionarios editados en 1770³, el de 1780⁴, el de 1783⁵, el de 1791⁶, el de 1803⁷, el de 1817⁸ y el de 1831⁹, edición sobre la que realizamos la investigación. Tal como dice en su prólogo se basa en la edición publicada en Madrid en 1803.

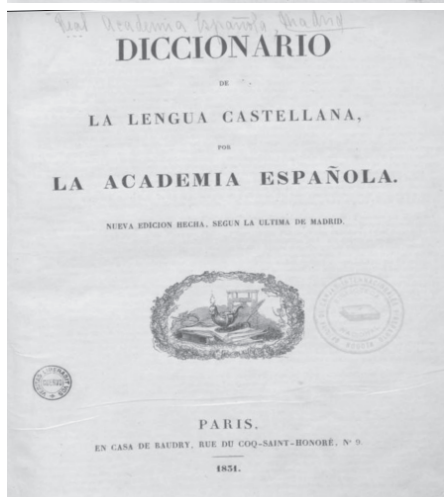
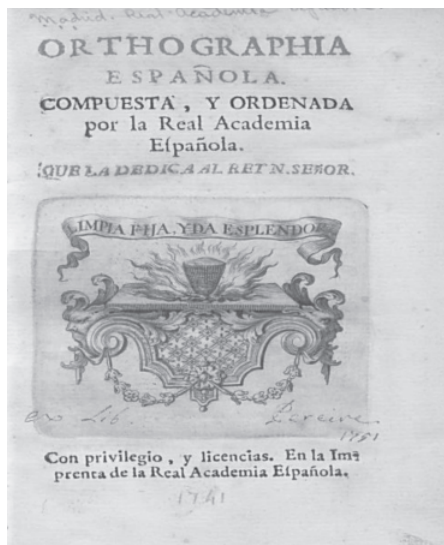
Hacia 1820 no existía un conocimiento unificado de la lengua como se muestra en una publicación de Santander, en la que explica los motivos por los cuales ordenó «*la egecución de 38 oficiales Españoles prisioneros de la Campaña de 1819 verificada en la Ciudad de Bogotá el 11 de octubre del mismo año*»¹⁰ (sic). En el texto aparece la palabra civilizado, escrita con "s" y no con "z"; aparece ejecutados con "g" y no con "j". Según el diccionario impreso en París en 1831, estas mismas palabras ya se escribían como actualmente se hace, lo que explica en parte, que el conocimiento de la lengua castellana no se dio al tiempo que se editaban los diccionarios o los manuales de ortografía editados por la Real Academia Española.

Como se puede observar en esta diapositiva, para 1741, la letra Ñ, no hacía parte del abecedario castellano, y el uso de la c, g, j, i, q, y, en lo que tiene que ver con su pronunciación y escritura, cruzaban fácilmente los linderos que las median y que hoy tienen.



- 3 *Diccionario de la lengua castellana*: tomo primero A-B. Compuesto por la Real Academia Española 2ª Impresión corregida y aumentada.
- 4 *Diccionario de la lengua castellana*: reducido a un tomo para su más fácil uso.
- 5 *Diccionario de la lengua castellana*: reducido a un tomo para su uso más fácil. 2ª Edición.
- 6 *Diccionario de la lengua castellana*: reducido a un tomo para su más fácil uso. 3ª Edición.
- 7 *Diccionario de la lengua castellana*: compuesto por la Real Academia Española, reducido a un tomo para su más fácil uso. 4ª Edición.
- 8 *Diccionario de la lengua castellana*. 5ª Edición.
- 9 Editado en París en 1831
- 10 SANTANDER, Francisco de Paula. *Motivos y razones que obligaron a ordenar la egecución de 38 oficiales españoles*. Imprenta de Espinosa. Bogotá: 1820.

Sin importar lo que pasara, lo que sí debe aclararse es que para 1830 el conocimiento del lenguaje castellano a nivel administrativo en el Estado era mucho más generalizado y su uso se notaba más cuidadoso.



Por su parte, para esta época, Santander en su exilio en Europa entró en contacto directo con el conocimiento más actualizado de la lengua castellana, debido en parte a su deseo irrestricto de saber y a que accedió a libros desconocidos en la Nueva Granada. Se debe destacar que, desde la edición del primer diccionario de autoridades, «que explicaba el verdadero sentido de las voces, su naturaleza y calidad con las *phrases* o modos de hablar»¹¹ de la lengua castellana realizada en 1726, hasta la edición 15ª de 1925, cuando el diccionario pasa a llamarse *Diccionario de la Lengua Española*, lo claro es que la unificación de la dicción, morfología y ortografía del español se produjo al crearse la Asociación de Academias de la Lengua Española en 1951. No se puede olvidar que después de la española, la Academia Colombiana de la Lengua fue la segunda en fundarse en 1871.

De dicho diccionario se han impreso 23 ediciones. La última es de 2014.

Dentro de los propósitos principales que halló Santander para dar el salto cualitativo en el uso del idioma castellano, después de haber entendido que este podía ser el factor decisivo como elemento aglutinante y dador de unidad a una sociedad desconocida (Cundinamarca,

11 <http://web.frl.es/DA.html>. Revisada el 1º de abril del 2018.

Venezuela y Quito) entre sí, pero identificada por un mismo idioma. El castellano se convirtió pronto en un factor cohesionador con el cual se consolidaría -en un primer momento- la identidad de una nación recién nacida.

Santander se sobrepuso con argumentos audaces, a quienes creían que, luego de la independencia de España, lo mejor que se podía hacer era enseñar una nueva lengua, distinta a la legada por los conquistadores. Tal cual lo escribió Carmen Marimón Llorca en un documento titulado *El español en América: de la Conquista a la época de la Colonia*, en el que argumenta que «desde el mismo momento de la independencia de las colonias y el establecimiento de las nuevas nacionalidades 1810-1820, lingüistas e intelectuales de una y otra parte del Atlántico se cuestionaron el futuro del español y de su unidad. La comparación entre el español y el latín resultó inevitable y desembocó en una polémica entre los que vaticinaban una futura disgregación del español en diversas lenguas y los que preveían una tendencia cada vez más fuerte a la unificación del idioma»¹².

Pensó bajo las premisas ya reconocidas que el lenguaje cumplía varias funciones y una de ellas, era la de que su buen uso servía para clarificar los argumentos y pensamientos oscuros, acabar con los misterios y las ideas que restringían la esperanza y la fe de un horizonte prometedor, que era lo que necesitaba una nación que comenzaba a hacerse. No por nada, al general Santander se le conoce como el fundador civil de la República, lo que significaba en la época: «Lo perteneciente a la ciudad y a sus moradores. *Civilis*. Sociable, urbano, atento. *Comis, urbanus*. Todo lo que pertenece a la justicia en orden a intereses, a diferencia de lo que pertenece al castigo de los delitos, que se llama criminal»¹³. En un santiamén se pasó

12 MARIMÓN LLORCA, Carmen. Biblioteca Virtual Cervantes: <http://biblioteca.org.ar/libros/154128.pdf>

13 **La Academia Española.** *Diccionario de la Lengua Castellana*. Nueva edición hecha, según la última de Madrid. En Casa de Baudry, rue du Coq-Saint-Honoré, No. 9. París, 1831. Se recurrió a esta definición que era la que se usaba en el momento en el que sucedieron los hechos independentistas en casi todos los reinados españoles en América. La edición en Madrid ocurrió en 1803; pero, el diccionario que se utilizó para esta investigación, se publicó en París hasta 1831, por varios motivos incluidos en el prólogo: «La imposibilidad de reimprimir el Diccionario mientras duró la guerra de la Independencia, y las dificultades que produjo después la falta de fondos para principiar la edición, ocasionaron por un efecto necesario tal escasez de los ejemplares de la publicación de 1803 (reimpreso en 1822), que llegaron a tener en el comercio un valor exorbitante».

de la subordinación, el sometimiento, y la dependencia a la autoridad de un monarca a la libertad, pero limitada por el ejercicio autónomo de la ciudadanía. Es decir, a Santander se le encomendó la difícilísima tarea de enseñarle a tres millones de habitantes colombianos a ser ciudadanos. Tres millones de personas que en un 98% no sabían leer; no sabían sino obedecer una autoridad monárquica tan lejana como enigmática. Esto implicaba dos tareas titánicas: una, crear mecanismos democráticos, por medio de los cuales distribuir el saber del lenguaje, enseñándolo. Dos, romper las cadenas creadas por la sicología de la obediencia a un monarca, y ahora, crear la perspectiva de la libertad psicológica, pues la libertad no era absoluta, sino que estribaba ahora en el sometimiento a la ley. Pero, veamos lo que significaba ser ciudadano en ese momento: «HOMBRE BUENO. El vecino de alguna ciudad. *Civis*. -ant. El que en el pueblo de su domicilio tiene un estado medio entre el de caballero y el de oficial mecánico. Hoy se usa en Cataluña y otras partes. Adj., Lo perteneciente a la ciudad o a los ciudadanos»¹⁴. En la definición actual del mismo diccionario dice lo siguiente: «Ciudadano, ciudadana. Adj. Natural o vecino de una ciudad. Adj. Perteneciente o relativo a la ciudad o a los ciudadanos. M. y f. Persona considerada como miembro activo de un Estado, titular de derechos políticos y sometido a sus leyes. M. Hombre bueno (hombre que pertenece al estado llano). M. Habitante libre de las ciudades antiguas»¹⁵.

Como se puede ver, aparecen cambios notables y de seguro para bien de una sociedad como la nuestra. Si para cualquiera hoy en día se hace difícil comprender el significado de ciudadanía, y aunque todos la aceptemos sin mayor problema; ya se pueden imaginar el trabajo para el general Santander, creando una nación, momento en el que todo hace falta, como cuando alguien está construyendo su casa, que hasta una puntilla es imprescindible y adquiere un valor incalculable.

Quienes creyeron siempre en que el lenguaje sirve como aglutinador de naciones buscaban posicionar el castellano como la lengua más poderosa de América; por esta razón, publicaron en París el *Diccionario de la Lengua Castellana*, con el que buscaban lo siguiente: «Deseamos [que este diccionario se publique en] beneficio del público, y en honor de una lengua que por su armonía, riqueza y magestad¹⁶ se debe mirar como la primera de la Europa», y se puede agregar, de

14 Las mayúsculas se escriben tal cual aparecen en el diccionario.

15 REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. *Diccionario de la Lengua Española*. Edición del Tricentenario. Antes del 2017. <http://dle.rae.es/?id=9NcFAo6>

16 Transcrito del mismo modo que aparece en el prólogo del *Diccionario*.

América, como se sabe, que es la primera en este momento. El diccionario junto con la red de escuelas en la que siempre creyó Santander como creador de la educación pública en Colombia, cambiaron para siempre la visión de mundo para los habitantes colombianos. José Manuel Restrepo lo dijo bien: «El gobierno español en trescientos años no dotó una escuela, y el republicano, aun en medio de los peligros de la guerra y del estruendo del cañón, trata de promover la enseñanza pública y en esparcir las luces por todas partes»¹⁷.

El general Santander acogió el gusto por la lectura en su natal Villa del Rosario, bajo la tutela de su maestra Bárbara Josefina Chávez «dueña de algunos bienes en el Rosario y que enseñaba en la pequeña escuela privada de la Villa» Dice Pilar Moreno de Ángel, agregando más episodios, lo siguiente: «desde el momento mismo en que el niño Francisco de Paula Santander aprendió a leer, se notó en él una marcada tendencia a la lectura, ejercicio que practicaba desde temprana edad en la biblioteca del padre» (Moreno de Ángel, Pilar, 1989, p. 33).

No hay necesidad de hacer notorio aquí, el carácter casi subversivo que tenía para la corona española, el que alguno de sus súbditos fuera letrado en disciplinas fuera de las religiosas y fuera de los claustros. De este modo, la lectura fuera de los libros píos se daba de manera clandestina y Villa del Rosario, por su ubicación geográfica estaba cargada de un privilegio extraño con el que no contaban los habitantes de Bogotá, por ejemplo. Cúcuta, por su cercanía con Caracas a donde sí llegaban libros -de manera fraudulenta- provenientes no solo de España sino también de "Francia e Inglaterra" (Moreno de Ángel, Pilar, p. 34). La censura era la clave para mantener, por parte de los españoles, controladas las mentes inquietas en la población criolla. Sin duda alguna, esa metodología tan restrictiva causaba curiosidad en una mente como la de Santander, quien fue uno de los poquísimos criollos que por su línea sanguínea demostró su 'limpieza' como blanco y por lo tanto tuvo acceso a una educación más formal.

Dirigido por los padres Manuel Lara, Manuel de Nava y Juan Téllez, recibió clases de latinidad, leyendo y estudiando el libro de Marco Tulio Cicerón: *Silva Selectorum Operum*¹⁸ ejemplar que existe hoy en día en

17 ARCINIEGAS, Germán. «Santander». En: *Colección de oro del militar colombiano*. Volumen XI. Escritos sobre Santander. Tomo I. Imprenta y Publicaciones de las Fuerzas Militares. Bogotá 1980., p. 220

18 *Selección de trabajos forestales*

el acervo bibliográfico de la biblioteca Luis Ángel Arango, que se caracteriza porque en la primera página lleva la firma del general. Así mismo, hizo parte del inventario catalográfico de libros de los que fue expropiado cuando lo obligaron al exilio.

Para el momento en el que Santander elige una carrera universitaria, en la Nueva Granada solo existían dos profesiones que se podían ejercer: la teología y la jurisprudencia. A la edad de 13 años viajó a Bogotá, a donde llegó el 3 de agosto de 1805. Entró al Colegio Seminario San Bartolomé donde se adaptó con facilidad a las exigencias del plantel, tanto en lo disciplinario como en lo académico. Su maestro indirecto y protector directo don Nicolás Omaña¹⁹ tío de él, y vicerrector del colegio, de quien Santander diría más tarde que fue quien más le enseñó a «conocer la justicia, conveniencia y necesidad de que estos países sacudiesen la dominación española» (Moreno de Ángel, Pilar, p. 42).

Para el momento en el que Santander llega a Bogotá, todavía vivía el sabio José Celestino Mutis quien moriría más tarde, en septiembre de 1808, y Francisco José de Caldas, quien a comienzos de 1808 publicó el primer número del *Semanario del Nuevo Reino de Granada*, un periódico de contenido netamente científico. En ese momento él ya había estudiado latinidad y filosofía, cursos que le daban acceso al título de Bachiller. Aunque siguió sus estudios de jurisprudencia, que culminarían en 1810, es bueno recalcar que Santander se halló en el lugar y en el momento más creativo de la revolución granadina; pues, además del movimiento científico, a Bogotá acudían de todas partes del reino, mentes complejas y audaces que permitieron que las cosas viraran a un desenlace como el que se vivió posteriormente, el 20 de julio. Tanto era así, que en el año de 1808 aparecieron otras dos publicaciones periódicas, pero de carácter político, y ambos dirigidos por el bibliotecario del reino Manuel del Socorro Rodríguez; uno se llamó el *Redactor Americano* y el otro, *El Alternativo del Redactor Americano*.

19 Otros profesores fueron: José Domingo Duquense, erudito en indios; Bernardo del Anillo, ingeniero y profesor de matemáticas; Custodio García Rovira, catedrático de filosofía; Fortunato de Brescia, profesor de lógica y metafísica; Manuel Camacho y Quesada, catedrático de latinidad y retórica; Juan Elías López Tagle, profesor de latinidad. Francisco Margallo y Duquense Lozano, maestro en teología eclesiástica.; José Luis de Azuola, profesor de teología y moral (fundador del periódico *Sociedad Patriótica* y redactor del *Correo Curioso*); Francisco Plata Martínez, profesor de Institura

Hecho bachiller, dejó el internado del colegio y se pasó a vivir externamente. Se volvió *capista*, como se llamaba a los estudiantes externos. El 20 de julio de 1810 se unió de lleno a las fuerzas insurgentes que buscaban la independencia, por lo que se volvió enemigo de los españoles, y debido a esto huyó hacia Honda, desde donde le escribió una carta a Manuel del Castillo y Rada, convertido desde ese momento en su mentor militar o su profesor de guerra: «No tema usted a Tunja, que aunque hace un frío bárbaro, es tolerable en comparación de Honda, y quien tiene la paciencia de sufrir 7 meses de calor y amarillez, puede sufrir 14 (meses) de mayor frío que en el Aserradero. Algo chupamos en este páramo» (Moreno de Ángel, Pilar, p. 69).

Santander hizo parte de esa generación única en su género y tristemente irrepetible hasta el momento en Colombia, en la que se alinearon y convergieron genios de juventud, jóvenes preparados y osados, poseedores de un carácter irresoluto y sobre todo deseosos apasionados de conocimiento. Colombia no ha contado con una fortuna similar en sus doscientos años de historia y justamente hay que decirlo, que Santander sobresalió entre todos, convirtiéndose en una figura americana (Arciniegas, Germán, p. 215), cuando Bolívar lo nombra *El hombre de las leyes*, poco tiempo después de que fuera designado como administrador de la República en su cargo de Vicepresidente con funciones presidenciales. Fue el primero en sobreponerse a la victoria y, en vez de pensar una nación gobernada por militares, la pensó gobernada por civiles; por esta razón, le pide «a los militares triunfadores que se inclinen debajo de la ley» (Arciniegas, Germán, p. 215). Era cierto en ese entonces, que «los grupos dirigentes de la vida social y política eran escasos como era escasa la población instruida»²⁰.

2. De la imprenta

Se debe destacar que la imprenta y su utilidad llegaron tardíamente en la Nueva Granada; pero, encontró asidero en el momento en el que se asienta en la nueva República un gobierno demócrata, justo en el momento en el que se crea, y por decreto, la libertad de imprenta. Las estadísticas así lo muestran, pues desde 1800 hasta 1810 solo circularon

20 FORERO, José Manuel. «Santander escritor y periodista». En: *Colección de oro del militar colombiano*. Volumen XI. Escritos sobre Santander. Tomo I. Imprenta y Publicaciones de las Fuerzas Militares. Bogotá 1980., p. 244

seis periódicos y todos editados en Bogotá. De 1811 a 1819, el aumento se hizo notable y se editaron en todo el territorio 58. De 1820 a 1900 se fundaron más de 3000 periódicos, varios creados por Francisco de Paula Santander; solo en Bogotá se editaron 1874²¹. Todavía circula uno que fundó el General. Se trata de *El Colombiano*. También fundó el periódico en inglés conocido con el nombre *The Constitutional*. Y luego, *Bandera Nacional* desde donde difundió su pensamiento opositor al régimen.

Este movimiento tan notable en la imprenta abrió la posibilidad de que todos los ciudadanos colombianos se atrevieran a pensar como entes propios, y que la libertad de expresión se posesionara en un nivel relevante en la vida cotidiana.

3. El general Santander desde la normatividad estatal como defensor de las lenguas nativas

La pretensión de esta investigación es rastrear la normatividad expedida entre 1819 y 1837, tiempo en el que el general Santander fue presidente de Colombia dos veces, con el propósito de determinar cómo han sido tratados los indígenas y cómo se buscó preservar la enseñanza de sus lenguas nativas; además de señalar normativamente, cómo fue la enseñanza del castellano como lengua predominante en la Nueva Granada.

La *etnolingüística* es «la rama de la lingüística que estudia las distintas lenguas, especialmente las que carecen de escritura, atendiendo a criterios etnográficos (que tiene por objeto el estudio de las razas o de los pueblos)». Lo cierto es que los estudios realizados desde esta disciplina no se habrían podido realizar en Colombia si el exterminio sistemático de las diferentes comunidades indígenas se hubiera mantenido después de la independencia de 1810. Esto no ocurrió y por varios motivos; uno de los cuales fue expresado por el libertador Simón Bolívar, en el Decreto del 20 de mayo de 1820, por el cual les reconocía a los indígenas propiedad sobre sus tierras.

21 BIBLIOTECA NACIONAL DE COLOMBIA. *Catálogo de publicaciones seriadas siglo XIX*. Tomo I, Vol. I y II. Colcultura. Bogotá: 1995.

Este comienzo tan prometedor se complementó con varias leyes y decretos que después expidió el general Santander, quien en su segundo mandato como presidente de Colombia, además de pedir que se enseñara gramática castellana, exigió impartir lecciones de las lenguas nativas aún en uso en algunas comunidades de indígenas. Gracias a la labor de reconocimiento que imperó en un hombre tan influyente como él, es que todavía -como bien cultural- nosotros hablamos y escribimos en español, y a la vez se han preservado más de sesenta lenguas nativas que todavía se hablan. Esta diversidad pone a la nación al mismo nivel de países tales como Brasil, México y Perú.

El Artículo 10 de la *Constitución colombiana de 1991*, dice lo siguiente: «El castellano es el idioma oficial de Colombia. Las lenguas y dialectos de los grupos étnicos son también oficiales en sus territorios. La enseñanza que se imparta en las comunidades con tradiciones lingüísticas propias será bilingüe». Según el último censo oficial, realizado en 2005, existen 68 lenguas nativas, habladas y solo en algunos casos escritas, por 850.000 personas²². Hoy, 12 años después, solo existen 65, es decir, que han desaparecido 3 de ellas sin crear la menor preocupación. Estas lenguas desaparecen, debido en parte, al reducido número de hablantes que no permite que se use en «las ciencias o las nuevas tecnologías»²³. Para disminuir este impacto, en Colombia se expidió la Ley 1381 en el 2010, conocida como Ley de Lenguas Nativas, cuyo fin primordial es mantener una «política diferenciada, encaminada a la salvaguardia, reivindicación y fortalecimiento de las lenguas nativas». En este sentido, el andamiaje institucional ha hecho que el Ministerio de Cultura, se encargue y facilite la circulación de sabedores; la traducción de documentos normativos; intérpretes para garantizar el derecho a la información; «así mismo, ha diseñado una oferta para estimular la investigación, documentación, divulgación, y circulación de las comunidades hablantes, lo cual se refleja en los intercambios realizados entre miembros de las comunidades raizales y palenqueras portadoras de las lenguas criollas del país»²⁴. Dentro de las lenguas distintas al castellano, se incluyen las que hablan el pueblo raizal y palenquero; las indoeuropeas, a las que pertenece la lengua Romanés o Shib Romaní, hablada por los gitanos. El palenquero, es

22 <http://www.mincultura.gov.co/areas/poblaciones/noticias/Documents/Dossier%20Representaci%C3%B3n%20Colombia%20Smithsonian%20Folklife%20Festival.pdf>, p. 3. Consultado el 20 de octubre del 2017

23 Ibid., p. 21.

24 Ibid., p. 5.

considerado por la Unesco y reconocido por la Real Academia Española, como lengua creada de base española, conocidas como criolla²⁵.

De las más de cien lenguas nativas que existieron a la llegada de los españoles, actualmente solo sobreviven agónicamente 65²⁶. Los programas gubernamentales las defienden para preservarlas. A este nivel de exterminio de las lenguas nativas se llegó imperceptiblemente, y ya un poco tarde nos hemos percatado de la importancia de que pervivan. Quizás por esta razón, cuando las lenguas mueren, también lo hacen los significados de los tiempos, momentos, cosas y pensamientos que solo guardaban significado para sus hablantes, y por lo mismo eran intraducibles a otro idioma.

En un primer momento, el modo como se aprendió (no se enseñó) el castellano²⁷ en América se dio en la interacción directa entre con-

25 Ibid., p. 24.

26 <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/antropologia/lengua/clas2.htm>

De las 65 lenguas habladas hoy en Colombia:

3 tienen más de 50.000 hablantes: Wayú, Paez, Embera. (Grupo A).

8 tienen entre 10.000 y 50.000 hablantes: guahibo o sikuani, guambiano, arhuaco o ika, inga, ticuna contando los hablantes de Perú y Brasil, tucano contando los hablantes de Brasil, cuna contando los hablantes de Panamá, piaroa contando los hablantes de Venezuela. (Grupo B).

9 tienen entre 5.000 y 10.000 hablantes: cuiquier o awá, kogui, waunana, puinave, wuitoto, curripaco contando los hablantes de Venezuela, piapoco contando los hablantes de Venezuela, yaruro más que todo presente en Venezuela, yuco contando los hablantes de Venezuela. (Grupo C).

11 tienen entre 1.000 y 5.000 hablantes: tunebo o u'wa, cubeo, camsá, wiwa, barí, cofán, cuiba, coreguaje, sáliba, guayabero, yagua contando los hablantes de Perú. (Grupo D).

34 tienen menos de 1.000 hablantes: totoró, barasano, desano, wanano, piratapuyo, achagua, andoke, bará, bora, cabiyarí, carapana, carijona, chimila, cocama, hitnu, macuna, cacua, nukak, hupda, yuhup, miraña, muinane, nonuya, ocaina, pisamira, siona, siriano, tanimuka, tariano, tatuyo, tinigua, tuyuca, yucuna, yurutí. (Grupo E).

27 Durante los siglos XVI y XVII, la Península Ibérica conoció unos hechos geopolíticos que condujeron a la extensión geográfica y la ampliación de los dominios políticos de la lengua española. El español se convirtió en la lengua del territorio nazarí, se instaló en enclaves del Norte de África, puso las bases de su asentamiento en las islas Canarias y se trasladó al continente americano; al mismo tiempo, la adhesión de Navarra a Castilla fue definitiva para la intensificación de su uso en el Reino norteño. Las razones que convirtieron al castellano en lengua general de España tuvieron que ver con hechos demográficos y sociopolíticos de extraordinaria importancia. La demografía era rotunda: simplemente más de las tres cuartas partes de la Península no portuguesa estaba formada por castellanos. La economía también era decisiva porque el Reino más rico de la Península, el de mayor capacidad productiva, mayor recaudación de impuestos y mayores ingresos, en metálico y en especie, era Castilla. Pero también hubo otros factores que obraron en favor del castellano, como su función socio-

quistadores y aborígenes; más tarde, entre religiosos y nativos; y sólo en el ámbito pedagógico, al interior de aulas y escuelas hasta que éstas comenzaron a construirse muy avanzada la Colonia²⁸. Tal fue el caso de los dominicos quienes, en 1563, fundaron su institución educativa para la enseñanza de la gramática en su convento de Bogotá²⁹.

Bolívar además de plantearse la idea de devolverle parte de la tierra a los indígenas, también quiso enseñarles el castellano; y así quedó expresado en el Decreto del 20 de mayo de 1820, expedido en Cúcuta, en el que exigió que se devolviera «a los naturales como propietario legítimo, todas las tierras que formaban los resguardos según títulos cualquiera que sea el que aleguen para poseerla los actuales tenedores». Para ello pidió, según el artículo 9, que: «todos los niños mayores de cuatro años y menores de catorce asistirán a las escuelas, donde se les enseñarán las primeras letras, la aritmética, los principios de religión y los derechos y los deberes del hombre y del ciudadano de Colombia conforme a las leyes». El general Santander complementó esta tendencia con el Decreto del 6 de octubre de 1820, para «establecer una escuela en toda comunidad de más de treinta familias para enseñar a los niños a leer, escribir y sumar, estudiar la religión e instruirlos

lingüística, su prestigio, su literatura, los modos de su adquisición o su estandarización. Estos factores son fundamentales, si bien no los únicos, para que una variedad lingüística pueda recibir la consideración de lengua general. Indudablemente, la diversidad y amplitud de los dominios de uso del español fueron un factor de prestigio en sí mismos, pero, dado que el prestigio es algo que se posee y, sobre todo, algo que se concede, resultó fundamental el reconocimiento recibido, en términos generales, de los propios castellanos, de los demás pueblos que componían la España unificada y de Portugal. Así pues, función, prestigio, literatura, enseñanza y estandarización hicieron que el castellano se situara durante el Siglo de Oro en un nivel muy ventajoso en cuanto a su consideración sociolingüística y en cuanto a las actitudes favorables suscitadas. Es difícil encontrar otra época en la que una lengua peninsular haya recibido una valoración tan positiva de modo prácticamente unánime, porque no resulta fácil para ninguna lengua convertirse en el instrumento de comunicación más importante de un imperio ni contar con escritores de la talla de Miguel de Cervantes o Góngora en un lapso tan relativamente breve. Moreno Fernández, Francisco y Otero Roth, Jaime. *Atlas de la lengua española en el mundo*. Segunda Edición. Ariel. Barcelona: 2008, p. 61. En: https://www.researchgate.net/profile/Francisco_Moreno-Fernandez/publication/282614120_Atlas_de_la_lengua_espanola_en_el_mundo/links/5614459d08ae983c1b406b15/Atlas-de-la-lengua-espanola-en-el-mundo.pdf. Revisado el 20 de noviembre del 2017.

28 Sánchez Pérez, Aquilino. 2005, p. 73

29 Ahern, Evelyn Jeanne Goggin. *El desarrollo de la educación en Colombia 1820-1850*. Tesis doctoral presentada en la Universidad de Berkely para optar al título de *Máster of Arts* en historia en 1947. Traducción: Guillermo Arévalo y Gonzalo Cataño. Universidad Pedagógica Nacional.

en los derechos y deberes de los ciudadanos. [y exigió que] los niños indígenas debían ser educados en las mismas condiciones que los niños blancos». Esto todavía no se ha cumplido sino parcialmente.

Para atenuar esta velada discriminación, en el artículo 7, de la Ley del 1 de agosto de 1821, exigió que: «En los pueblos de indígenas, llamados antes de indios, las escuelas se dotarán de lo que produzcan los arrendamientos del sobrante de los resguardos, los que se verificarán según las reglas existentes, o que en adelante se prescriban; pero si en el pueblo residieren otros vecinos que no sean indígenas, ellos contribuirán también para la escuela, del modo que se expresa en los artículos anteriores». Que los indígenas sí asistían a las aulas, lo atestigua el padre José Nicolás Ramírez, quien dirigía en Bogotá la escuela de Ortega y su testimonio aparece publicado del siguiente modo en la *Gaceta*, septiembre 8 de 1825: «veintisiete jóvenes, blancos e indios, acudieron»³⁰. Se sabe por algunas cartillas, aún preservadas, que se enseñaban nociones preliminares del significado de la Gramática, la lengua o el idioma. Se creía, por ejemplo, que: «el idioma es sin duda el rasgo más visible, genial y característico de la fisonomía de los pueblos. Su significación desde el punto de vista social y humanitario es verdaderamente suprema»³¹.

A pesar de que es normal que las lenguas minoritarias colombianas en la actualidad sigan girando alrededor del castellano, principalmente por la necesidad de la comunicación, no significa que el español sea una lengua superior o que describa mejor el mundo. No, solo significa que es la lengua predominante por muchos factores. Esto mismo le pasa al castellano que gira alrededor del inglés, la lengua más hablada en el mundo; aprovechando eso sí que «la comunidad hispanohablante se caracteriza por su cohesión y su diversidad internas; junto a los hablantes nativos, integra en su seno un amplio conjunto de hablantes de otras lenguas que son capaces de entenderse entre sí por medio del español»³².

30 Ibid., p. 16

31 Velarde, Fernando. Gramática de la lengua castellana, métrica y filosofía del lenguaje. 1861., p. 6 <http://cdigital.dgb.uanl.mx/la/1080046161/1080046161.PDF>, Revisado el 22 de noviembre del 2017

32 https://www.researchgate.net/profile/Francisco_Moreno-Fernandez/publication/282614120_Atlas_de_la_lengua_espanola_en_el_mundo/links/5614459d08ae983c1b406b15/Atlas-de-la-lengua-espanola-en-el-mundo.pdf, p. 10. Revisado el 1 de noviembre del 2017

Lo que se puede dilucidar hasta el momento, es que la enseñanza del castellano en la primigenia República de Colombia se realizó con las mismas cartillas que los españoles habían usado durante los últimos trescientos años. De esos textos solo existe un ejemplar publicada por Pedro Ocharte en México y reimpresso y reeditado por Emilio Valton, en 1947. El autor atribuido es Fray Pedro de Gante. «La cartilla en cuestión es en realidad un pequeño folleto de 18 páginas (portada incluida) que debía servir de base para la lectura. Consta de unas pocas líneas con el ABC (vocales y consonantes) y el resto recopila las oraciones más comunes del cristiano (Paternóster, Avemaría...), así como los Mandamientos, Sacramentos, etc. Todo ello se presenta en tres lenguas: castellano, latín y azteca»³³. Este mismo método siguió existiendo hasta bien entrada la segunda década del siglo XIX.

Con el artículo 2º, de la Ley del 6 de agosto de 1821³⁴, se dio vía libre a la enseñanza de la gramática castellana en los siguientes términos: «Fuera de la escuela de primeras letras tendrá por lo menos dos cátedras, una de gramática española, latina y principios de retórica, otra de filosofía y de los ramos de matemáticas que se juzguen más importantes a los moradores de la provincia».

Santander, siguiendo lo prescrito en la referida Ley, estableció en Mariquita por medio del Decreto del 21 de diciembre de 1822³⁵, «una escuela de primeras letras por el método lancasteriano (consistente, según lo dice Antonio Cacia Prada en capacitar a niños sobresalientes para que fueran profesores para que le enseñaran al resto³⁶,) y una cátedra de gramática española latina y principios de retórica. La gramática se enseñará en el suprimido convento de San Francisco». Artículo 5º. «El catedrático de gramática será sacerdote y a su cuidado se pondrá el convento suprimido de San Francisco, su iglesia y alhajas, de todo lo cual cuidará para que se conserve en buen estado (...)». Seguidamente, expidió otro decreto con la misma fecha, pero para establecer

33 Sánchez Pérez, Aquilino. *Historia de la enseñanza del español como lengua extranjera*. SGEL Editorial. Murcia, España: 1992, p. 251

34 Dada en el Palacio del Congreso General, en Rosario de Cúcuta, a 28 de julio de 1821. Presidente del Congreso, José Manuel Restrepo.

35 Que establece en Mariquita una escuela de primeras letras por el método de Lancaster.

36 El método consistía en que «un solo maestro era suficiente para dirigir un gran número de alumnos valiéndose de los más adelantados como auxiliares de la enseñanza». Cacia Prada, Antonio. *El general Santander organizador de la educación en Colombia*. En: Investigación y Desarrollo Social. No. 20. Universidad Militar Nueva Granada. 1999, p.p. 13-42.

el colegio San Simón en la Provincia de Mariquita, residente en Ibagué. En el artículo 5º, de este Decreto, exigió que: «los estudios se harán por el plan provisorio que actualmente rige a los colegios de esta ciudad; pero las lecciones de filosofía se darán en lengua castellana»³⁷.

Es evidente que Santander quería ampliar y llevar la educación a todos los integrantes de la reciente nación; en consecuencia, expidió el Decreto 11 de marzo de 1822, por el cual ordenaba que se admitieran «los indios en todos los colegios seminarios». Según lo consideraba el mismo Santander: «Siendo muy importante sacar a los indígenas de Colombia del estado de abatimiento e ignorancia en que se hallan, originado del sistema de legislación española, y considerando que uno de los medios más poderosos es el mejorar su educación, he venido en decretar lo que sigue, con acuerdo del consejo de gobierno»: Artículo 1º. En todos los colegios seminarios se admitirán los indios puros a servir sus becas de fundación: por ahora habrá cuatro indígenas en el de Bogotá, cuatro en el de Caracas, igual número en el de Quito, cuando se halle en libertad, y dos en cada uno de los demás seminarios. Artículo 2º. Los indígenas para ser recibidos en los colegios han de saber leer y escribir correctamente, y por los rectores de los colegios se escogerán entre los más aprovechados y de mejores disposiciones que hay en las escuelas de las parroquias, previos los informes de los respectivos curas y otras personas idóneas. Artículo 3º. Atendiendo a la miseria de los indígenas y a las consideraciones que merecen, se pasarán de los fondos públicos a cada indígena que se halle en el seminario, ciento veinte pesos anuales para su vestido y otros útiles precisos, los que se pondrán a disposición de los rectores, a quienes se encarga cuiden paternalmente de los educandos de esta clase desgraciada. Artículo 4º. Se excita igualmente el celo pastoral de los muy reverendos arzobispos, reverendos obispos, el de sus vicarios y venerables párrocos para que concurran a tan laudable objeto en la parte que a ellos toque³⁸. El entusiasmo de Santander fue notable en lo que tiene que ver con la enseñanza de la lengua castellana y de otros idiomas modernos como el francés y el inglés y tanto que según Pilar Moreno de Ángel, en su libro *Santander*, el prócer fundó en 1825 un periódico de circulación limitada, pero editado en inglés.

37 Este Decreto como el anterior con la misma fecha fue firmado por Santander en el Palacio de Gobierno de Colombia, Bogotá, a 21 de diciembre de 1822.

38 *Codificación Nacional*. Tomo VII. Suplemento a los años 1819 a 1835. Imprenta Nacional. Bogotá: 1826, p. 76-77

Según la Ley del 18 de marzo de 1826, «sobre organización y arreglo de la instrucción pública», en el artículo 28 del capítulo V, de la segunda enseñanza elemental en las cabeceras de cantón y circuito: «En los pueblos cabecera de cantón habrá un establecimiento o casa de enseñanza, en que, a más de las prevenidas para las parroquias en el artículo 20, se enseñe catolicismo más extenso de la religión, la gramática y ortografía de la lengua castellana, la cartilla o principios de dibujo, los elementos de aritmética y de geometría con relación a las artes mecánicas y elementos de agricultura práctica». En el artículo 33, de esta misma ley, pide que se enseñe el idioma de los indígenas que prevalezca en cada departamento. Esto por extraño que parezca sucedió: «las enseñanzas o cátedras de las universidades o escuelas generales departamentales, serán las siguientes: Parágrafo 1º.: Para la clase de literatura de lengua francesa e inglesa, de lengua griega, del idioma de los indígenas que prevalezca en cada departamento o que estime más conveniente la subdirección respectiva, de gramática latina combinada con la castellana, la literatura y bellas letras y de elocuencia y poesía». En el artículo 50, dice que «el estudio y aprobación en la gramática castellana y en la lengua latina, y también en los cursos de matemáticas y física, de lógica y metafísica, de moral y de derecho natural, debe preceder a la matrícula y jurisprudencia y teología». Firmada por Francisco de Paula Santander el 18 de marzo de 1826³⁹. A pesar de esto, no se puede olvidar que fueron los jesuitas los primeros en elaborar la gramática y «diccionarios trabajados desde las lenguas que hablaban Chibchas, Achaguas, Sálivas, Saruras, Betoyes, Jiraras, Caribes, y algunas tribus más. Al padre Rivero debemos los estudios de las lenguas Guahiva, Chiricoa, Airica y Jirara, quien gozaba [tanto del trabajo que realizaba que al dar cuenta de este a sus compañeros decía]: Miro cada palabra, verbo y frase de estas lenguas, como granos de oro finísimo que recojo con santa codicia, para el desarrollo educativo de todos los pobladores»⁴⁰. En 1789, el mismo José Celestino Mutis envió al rey Carlos III algunos manuscritos que versaban sobre las lenguas vernáculas como el muisca, el achagua, el siona, el andaquí, el guaqué, el motilón, el yaruro, el quechua y el arhuaco⁴¹. En 1800-1805 se dio a

39 *Codificación Nacional*. Tomo II. Años de 1825 y 1826. Imprenta Nacional. Bogotá. 1924, p.p. 226-240

40 **Burrieza Sánchez**, Javier. «La Compañía de Jesús y la defensa de la monarquía Hispánica, en *Hispania Sacra*, LX 121, enero-junio 2008. Citado en: León Fuentes, Dora Isabel. *Impacto de la Instrucción pública de Francisco de Paula Santander en Colombia 1819-1937*. Universidad Santo Tomás. Facultad de Filosofía y letras, Bogotá: 2013., p.

41 **Patiño Rosselli**, Carlos. *Sobre etnolingüística y otros temas*. Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo. Santafé de Bogotá: 2000., p. 28

conocer el Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas, trabajo realizado por el jesuita Gilij y presentado por el padre Lorenzo Hervás y Panduro. En el texto se presenta las lenguas indígenas americanas con más hablantes.

Antes de los jesuitas el dominico santafereño Fray Bernardo de Lugo publicó un tratado sobre la Gramática en la lengua general del Nuevo Reyno, llamada mosca, en alusión directa a los muiscas. Es de aclarar que solo tres lenguas del territorio colombiano ostentaron el título de lenguas generales: la muisca que pertenecía a los Chibchas, el quechua, de los indígenas Inga, Ingano, que se situaban al suroccidente andino, y el siona, lengua que hablaban los indígenas del Putumayo y Napo⁴². A pesar de haber ocurrido todo esto, de la normatividad de Santander no se conoce más que este decreto, pero no le sobrevive ninguna norma que le diera cumplimiento en el sentido de crear una cartilla o realizar una compilación gramatical, semántica, sintáctica de las lenguas indígenas más habladas. No sabemos cómo se enseñaron las lenguas nativas ni con qué metodología ni el nombre de las lenguas que se enseñaron.

El general seguía comprometido con la enseñanza del castellano; y por esta razón, siguió expidiendo decretos para que esto se llevara a cabo. De este modo, bajo el Decreto del 3 de octubre de 1826, artículo 149, pidió que se enseñara Lengua Latina, para eso: «Dos catedráticos enseñarán esta lengua, uno los rudimentos y otro su sintaxis. Los maestros se valdrán más bien de ejemplos que de las reglas respectivas a la inflexión de los nombres o pronombres y la de los verbos; al mismo tiempo harán notar oportunamente las diferencias de la lengua latina respecto de la castellana, dependiendo que se estudie una y otra vez. Para esta clase se hará uso de la gramática de Pombo⁴³ o de otra en castellano que sea igualmente breve y metódica; se enseñará el uso del diccionario latino y castellano, sirviendo el de Valbuena y el de la academia española, en ambas clases (...) El maestro de sintaxis enseñará la propiedad latina y las reglas de su prosodia; continuarán los discípulos conociendo con alguna perfección la diferencia de este idioma y del castellano por la gramática y ortografía de la academia española (...). Santander, sin saberlo, pero intuyendo su importancia consideraba

42 Ibid., p. 27

43 Tal vez hace alusión a Miguel de Pombo, quien para ese momento había sido el traductor oficial de la *Constitución de los Estados Unidos de América*, obra de 1811.

la enseñanza de la gramática como de vital importancia para el desarrollo mental del niño: «(...) la gramática y la escritura ayudan al niño a alcanzar un nivel superior en la evolución del lenguaje»⁴⁴. Con esto, muy seguramente él y Bolívar querían acabar con el lastre de la ignorancia que arrastraba la mayoría de habitantes de la Nueva Granada.

El establecimiento de colegios en otros lugares distintos a Bogotá como en Medellín y en Vélez, siguió el mismo modelo educativo que se había impuesto en el Colegio de San Bartolomé, sobre todo en lo que tenía que ver con la enseñanza de la gramática española, latina y principios de retórica y otra de filosofía⁴⁵. En el capítulo VII, titulado: de los cursantes, artículo 56, del Decreto del 24 de junio, que fue expedido para la organización y régimen de la Universidad de Caracas, se impuso como condición lo siguiente: «para oír ciencias naturales debe proceder examen y aprobación de la gramática latina combinada con la castellana, de rudimentos de poesía latina y de retórica», firmado por Simón Bolívar el 6 de noviembre de 1827. Para la Universidad de Quito, en el Decreto de ese día, Simón Bolívar en el artículo 3, exige que: «en la clase de literatura y bellas artes, habrá las siguientes cátedras: una de lengua francesa e inglesa; dos de gramática latina combinada con la castellana; una de lengua quechua, y una de literatura, bellas letras y bibliografía, de la que se encargará el bibliotecario de la Universidad, quien deberá pagar un asistente (...)».

En el Decreto 3 del 5 de diciembre de 1829, artículo 43: «Habrà por lo menos en cada universidad dos cátedras de gramática latina, combinada con la castellana. En la primera se enseñarán los rudimentarios, y se comenzará la versión de autores acomodados a la clase, y la segunda, la sintaxis, prosodia y versión de los demás autores (...)»⁴⁶.

Por medio del Decreto del 9 de diciembre, de 1830, Rafael Urdaneta, «restablece un convento en Tunja», y en consecuencia les entrega a los agustinos descalzos de esa ciudad, el edificio que servía de colegio,

44 **Agudelo Gil**, María Gladys. *La enseñanza de la gramática en Colombia: un asunto pluricontextual*. XVII congreso internacional asociación de lingüística y filología de América Latina (ALFAL, 2014) Joao Pessoa- Paraíba Brasil, p. 2. <http://www.mundoalfal.org/CDAnaisXVII/trabalhos/R0107-1.pdf>, Revisado el 17 de noviembre del 2017.

45 Decreto del 9 de octubre de 1822. Artículo 3º. [https://babel.hathitrust.org/cgi/pt?id=uc1.\\$b501364;view=1up;seq=226](https://babel.hathitrust.org/cgi/pt?id=uc1.$b501364;view=1up;seq=226)

46 Firmado por Simón Bolívar en Popayán a 5 de diciembre de 1829

donde ahora debe mantener a su cargo: «Una escuela pública de primeras letras y gramática castellana, en que se enseñará precisamente a los niños el catecismo de la religión (...)».

Santander expidió el Decreto 8 de octubre de 1836, bajo el cual «reforma la organización del colegio de niñas La Merced de Bogotá», y pide «un preceptor o preceptora de idiomas castellano y francés, y de geografía, con doscientos pesos».

Con el *Código Penal* expedido el 27 de junio de 1837, Título séptimo, de los delitos contra la salud pública, capítulo I, «de los médicos, cirujanos, boticarios, de los que ejercen el arte obstetricia y de los flebotomianos», pide en el Artículo 321, que «los médicos y cirujanos que no extendieren sus recetas en el idioma castellano, o que usaren abreviaturas o signos farmacéuticos y que no las firmaren, pagarán una multa de cuatro a diez y seis pesos».

Por medio del Decreto de diciembre 1º de 1842, que organiza las universidades, Pedro Alcántara Herrán, presidente de la Nueva Granada, dejó de usar la numeración latina y comenzó el uso de los números arábigos. También se comenzó a hablar del español al referirse al idioma que debía enseñarse. Ahora se llamaba gramática española, ya no gramática castellana. Tal como se expresa en el artículo 129, del mismo Decreto: «la enseñanza de la gramática española no se limitará a las reglas, sino que abrazará su aplicación práctica. Los alumnos analizarán diariamente un trozo de prosa o verso, aplicando cada vez las reglas gramaticales que convengan; y dos veces a la semana pondrán por escrito una relación sobre el punto de gramática que el catedrático les indique (...)»⁴⁷. Artículo 131. «El segundo año del estudio del inglés y en tercero del estudio del latín, verterán los cursantes en todas las semanas del español a aquellos idiomas un trozo del texto que el catedrático designe (...)».

A pesar de que la enseñanza de las lenguas aborígenes, hizo parte del entramado jurídico y normativo desde 1819, y en este sentido ha contado con el respaldo legal, en realidad en Colombia jamás se promovió la enseñanza de las lenguas aborígenes de manera sistemática y metódica, y menos se inició una ordenación lingüística de los ricos matices que presenta cada una de las lenguas que se hablan en

47 [https://babel.hathitrust.org/cgi/pt?id=uc1.\\$b501365;view=1up;seq=620](https://babel.hathitrust.org/cgi/pt?id=uc1.$b501365;view=1up;seq=620)

Colombia. Es así que, salvo por la normatividad expedida en este sentido por Santander; el trabajo de Ezequiel de Uricoechea quien fundó en París la Biblioteca Lingüística Americana, con la que contribuyó para que se realizaran investigaciones sobre estas lenguas; y la creación de la Comisión Corográfica de Colombia por parte de Tomás Cipriano de Mosquera y dirigida por el italiano Agustín Codazzi; en Colombia poco o nada se hizo por preservar o difundir las diferentes lenguas, o por lo menos para crear metodologías propicias por medio de las cuales se organizaran gramaticalmente las diferentes lenguas que subsistieron desde que los españoles fueron desterrados y aquí se creó la República de Colombia.

Referencias

- ARCINIEGAS, Germán. «Santander». En: *Colección de oro del militar colombiano*. Volumen XI. Escritos sobre Santander. Tomo I. Imprenta y Publicaciones de las Fuerzas Militares. Bogotá 1980.
- CACUA PRADA, Antonio. *Catálogo de publicaciones seriadas siglo XIX*. Tomo I. Vol. I. Colcultura. Bogotá: 1995.
- Constitución de 1821*.
- Decreto del 9 de octubre de 1820.
- FORERO, José Manuel. «Santander escritor y periodista». En: *Colección de oro del militar colombiano*. Volumen XI. Escritos sobre Santander. Tomo I. Imprenta y Publicaciones de las Fuerzas Militares. Bogotá 1980.
- LA ACADEMIA ESPAÑOLA. *Diccionario de la Lengua Castellana*. Nueva edición hecha, según la última de Madrid. En Casa de Baudry, rue du Coq-Saint-Honoré, No. 9. Paris, 1831. http://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es_ES/search/asset/87366/0
- LÓPEZ DOMÍNGUEZ, Luis Horacio. *Santander y los libros*. Tomo I. Editorial Presencia. Bogotá: 1993
- MORENO DE ÁNGEL, Pilar. *Santander*. Planeta. Bogotá 1989.
- MARIMÓN LLORCA, Carmen. Biblioteca Virtual Cervantes: <http://biblioteca.org.ar/libros/154128.pdf>
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. *Diccionario de la Lengua Española*. Edición del Tricentenario. Antes del 2017. <http://dle.rae.es/?id=9NcFAo6>
- RECOPIACIÓN DE LAS ORDENANZAS PROVINCIALES VIJENTES en la Provincia de Bogotá el 31 de agosto de 1847 i de los decretos de la Gobernación, dados en ejecución. Imprenta Vicente Lozada. Bogotá: 1847
- SALA DE NEGOCIOS GENERALES DEL CONSEJO DE ESTADO. *Codificación Nacional*. De todas las leyes de Colombia desde el año de 1821, hecha conforme a la Ley 13 de 1912. Tomo I. Años de 1821, 1822, 1823, y 1824. Imprenta Nacional. Bogotá, 1924.

- SALA DE NEGOCIOS GENERALES DEL CONSEJO DE ESTADO. *Codificación Nacional*. De todas las leyes de Colombia desde el año de 1821, hecha conforme a la Ley 13 de 1912. Tomo II. Años de 1825 y 1826. Imprenta Nacional. Bogotá, 1924.
- SALA DE NEGOCIOS GENERALES DEL CONSEJO DE ESTADO. *Codificación Nacional*. De todas las leyes de Colombia desde el año de 1821, hecha conforme a la Ley 13 de 1912. Tomo III. Años de 1827 y 1828. Imprenta Nacional. Bogotá, 1925.
- SALA DE NEGOCIOS GENERALES DEL CONSEJO DE ESTADO. *Codificación Nacional*. De todas las leyes de Colombia desde el año de 1821, hecha conforme a la Ley 13 de 1912. Tomo IV. Años de 1829, 18230, 1831 y 1832. Imprenta Nacional. Bogotá, 1925
- SALA DE NEGOCIOS GENERALES DEL CONSEJO DE ESTADO. *Codificación Nacional*. De todas las leyes de Colombia desde el año de 1821, hecha conforme a la Ley 13 de 1912. Tomo V. Años de 1833, 1834 y 1835. Imprenta Nacional. Bogotá, 1925.
- SALA DE NEGOCIOS GENERALES DEL CONSEJO DE ESTADO. *Codificación Nacional*. De todas las leyes de Colombia desde el año de 1821, hecha conforme a la Ley 13 de 1912. Tomo VI. Años de 1836 y 1837. Imprenta Nacional. Bogotá, 1926.
- SALA DE NEGOCIOS GENERALES DEL CONSEJO DE ESTADO. *Codificación Nacional*. De todas las leyes de Colombia desde el año de 1821, hecha conforme a la Ley 13 de 1912. Tomo VII. Años de 1819 a 1835. Imprenta Nacional. Bogotá, 1926.
- SALA DE NEGOCIOS GENERALES DEL CONSEJO DE ESTADO. *Codificación Nacional*. De todas las leyes de Colombia desde el año de 1821, hecha conforme a la Ley 13 de 1912. Tomo VIII. Años de 1838, 1839 y 1840. Imprenta Nacional. Bogotá, 1926.
- SANTANDER, Francisco de Paula. Presenta al Gobierno de la República y a los Pueblos del Mundo civilizado los motivos, y razones, que le obligaron a ordenar la ejecución de 38 oficiales españoles prisioneros de la Campaña de 1819 verificada en la Ciudad de Bogotá el 11 de Octubre del mismo año. En la Imprenta de Espinosa. Bogotá: 1820. http://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es_ES/search/asset/70013/0 Revisado el 23 de febrero del 2017.

DISCURSO DE BIENVENIDA A LA ACADÉMICA HONORARIA CECILIA FERNÁNDEZ DE PALLINI*

Por
Olympto Morales Benítez

Hoy nos invade desbordante alegría. Lo explica la expectativa de continuar enriqueciendo el acervo bibliográfico de nuestra Academia Colombiana de la Lengua, primera fundada en el Nuevo Mundo, con el trabajo

«Aspectos cruciales de la promoción normativa en la enseñanza del castellano y las lenguas indígenas en la Nueva Granada durante los gobiernos del general Santander (1819-1837)».

que la nueva miembro honoraria, hoy investida, pondrá a consideración de los miembros de esta institución como muestra de lo que serán sus aportes futuros en el enriquecimiento de la exploración de la etnolingüística, siempre impulsada por nuestros más prominentes miembros de nuestra benemérita institución.

La preceden en tan colosal e interminable tarea académicos consagrados al tema como el presidente honorario del Instituto Caro y Cuervo y egregio y reverenciado miembro de esta Academia don José Manuel Rivas Sacconi, Rafael Torres Quintero, director que fuera del Instituto Caro y Cuervo, cuyo discurso de bienvenida como miembro de número lo constituyó sesudo y profundo ensayo de mi antecesor en la silla S, don Otto Morales Benítez, Luis Flórez, jefe del Departamento de Dialectología y del *Atlas Lingüístico – Etnográfico de Colombia* (ALEC), Jaime Bernal León Gómez, Carlos Patiño Rosselli, Luis Francisco Suárez

* Sociedad Académica Santanderista de Colombia. Aspectos cruciales de la promoción normativa en la enseñanza del castellano y las lenguas indígenas en la Nueva Granada durante los gobiernos del general Santander (1819-1837)

Pineda, José Joaquín Montes, María Luisa Rodríguez de Montes, Siervo Mora Mariano Lozano, para no citar sino algunos nombres de venerada memoria en este paraninfo que lleva el nombre de Félix Restrepo y está reservado para las efemérides de nuestra vida académica y esta sesión pública y solemne de nuestra Academia Colombiana de la Lengua es sin duda una de ellas y no en tono menor doña Cecilia Fernández de Pallini pues Ud. viene apuntalada por un periplo vital que a todos los que la rodeamos en sus sueños, proyectos y mecenazgos nos enorgullece.

Cecilia Fernández de Pallini egresada de nuestra emblemática Universidad Nacional como matemática, estudió Lingüística en la Universidad de Georgetown y remató la parte académica de su formación con estudios a nivel de posgrado en los temas de la cultura.

Fundadora, mecenas y presidenta honoraria de la Académica Santanderista de Colombia, y por ello no es extraño que hoy su ensayo conecte a su formación y devoción, las ideas constructoras de pensamiento, identidad y nacionalidad, de su cercano antepasado, arquitecto de la República, general Francisco de Paula Santander. De las múltiples academias y centros de estudio que la han invitado a acompañarlas en sus labores intelectuales destacamos que ha sido elevada a la categoría de miembro de la Sociedad Bolivariana, de la Academia de Historia de Bogotá, de la Academia de Historia de Cúcuta, de la Academia de Historia de Bucaramanga, de la Academia Patriótica Antonio Nariño, de la Sociedad de Mejoras y Ornato de Bogotá y de la Academia Colombiana de Historia Policial.

Fernández de Pallini no rehuyó el combate de la vida pública por elección, ni la exigencia deliberativa de los cuerpos corporativos donde se asientan las decisiones democráticas y se hizo elegir tanto Concejal de Bogotá, como congresista.

Honró la herencia torrentosa que corría por sus venas y continuó la lucha por la reivindicación de la mujer. Aceptó el reto de ser representante del Ministerio de Relaciones para Asuntos de la Mujer ante la ONU y el de conformar las comisiones de Colombia ante la Conferencia del Decenio de la Mujer en México 1975, Copenhage (1980) y Nairobi (1985).

De sus múltiples ensayos recogidos en forma de libros solo mencionaré a manera de ejemplo los que llevan por título: *Francisco J.*

Fernández, las Comunicaciones y la Industria Colombiana a principios del S:XX., Una mirada desde el S. XXI a la vida y obra del general Santander, La sujeción de la mujer en la postmodernidad, El mundo económico en el reinado de Isabel la Católica.

No mencionaré las condecoraciones pero todo lo que no recoge este incompleto resumen lo encontrarán cuidadosamente editado en el pequeño libro que recoge las intervenciones de esta histórica mañana.

Histórica porque quienes atendimos la convocatoria de la Academia de la Lengua para escuchar el trabajo de la académica Fernández de Pallini nos deleitaremos con la presentación del trabajo que tituló:

«Aspectos cruciales de la promoción normativa en la enseñanza del castellano y las lenguas indígenas en la Nueva Granada durante los gobiernos del general Santander (1819-1837)».

que no me corresponde analizar en esta bienvenida sincera, que en mi doble condición de individuo de número de la Academia Colombiana de la Lengua y presidente de la Academia Santanderista de Colombia tuve la fortuna de haber sido elegido para ser el vocero de las dos egregias instituciones.

Doña Cecilia, representa Ud. aquí, hoy, el buen uso del castellano que el general Santander promovió desde la enseñanza, desde la libertad de expresión, desde la libertad de imprenta y desde la enseñanza de las lenguas aborígenes.

Bienvenida, a esta casa cultora, impulsadora y protectora de nuestra lengua castellana que usted siempre ha ennoblecido con su expresión oral y escrita,

Muchas Gracias.

HISTORIA POÉTICA DEL RÍO CHICAMOCHA

Por
Armando Martínez Garnica



Érase una vez un gran río que alguna vez perdió de vista el mar. Había nacido en predios del cacique Tuta y en su cuna recibió los tributos de las aguas de los caciques Cómbita y Oicatá, más los regalos de los caciques Sotaquirá, Surba, Chiticuy, Pesca y Tota. Era su natural el de sus padres y sus padrinos, la gran nación muisca. En cuanto se hizo adolescente se puso bajo la autoridad de su tío materno, un poderoso *zaque* llamado *El Sogamoso*, gran señor de los vados de su valle alto a quienes muchos caciques tributaban oro y mantas, le hacían sus labranzas de maíz y papas, le levantaban sus casas y cercados de palos, le cazaban venados y pajaritos, le traían papagayos y guacamayos, le fabricaban totumas y mochilas.

Como el destino de todos los grandes ríos es llevar el tributo de muchas aguas al mar, este asumió el suyo: llevar las de la nación muisca

al mar del norte. Quiso para ello acompañarse por otro de su misma nación que había parido la gran laguna del cacique Fúquene, un primo que por su estrecha cuna de grandes rocas bajaba a raudales con rumbo al norte y que todos conocían con el nombre de *El Saravita*. Cuando el *zaque* le concedió su permiso para ponerse en marcha hacia el mar quiso donarle su propio título de señorío sobre tributarios, y fue así como adquirió el nombre que lo ha acompañado por muchos siglos, pese a tantas amnesias de los hombres: *El Sogamoso*. Con facilidad los dos jóvenes primos navegaron siguiendo en el cielo nocturno la luz de Polaris hasta encontrar en una selva al río Catatumbo, quien los fue guiando hasta encontrar el mar en la culata de un gran golfo que unos naturales de la nación *cocina* llamaron Coquibacoa. El destino de los dos primos, *El Sogamoso* y *El Saravita*, había sido cumplido.

Un antiguo mapa del curso alto de *El Sogamoso*, cercano a su nacimiento y corriendo hacia la derecha, comprueba su pertenencia a la nación muisca: los caciques de los indios de Cerinza, Tópaga, Modeca, Gámeza y Nobsa lo observan en aquellos lejanos tiempos en que los primeros cristianos erigieron en el valle de Cerinza una capilla que recuerda el nacimiento en Belén de un judío llamado Jesús. Como su aún tenue corriente les permitía a los muiscas atravesarlo por vados, en este mapa se distinguen tres: el del camino que iba a Chita, uno que había sido cegado por orden de alguien y el de Tópaga, en el camino que iba al pueblo de Sogamoso, que «arbitrariamente toman por vado real de Sogamoso», es decir, donde algunos oficiales reales cobraban un derecho por dejar pasar las cargas. Para entonces ya se habían puesto en la orilla derecha los cimientos de piedra para un corto puente que algún fraile habría diseñado.

En los primeros tiempos se contaba en millones de años. Acaeció entonces una novedad que puso a prueba la tenaz voluntad con que había venido al mundo *El Sogamoso*. A sus espaldas comenzaron a levantarse muchas tierras por las presiones internas de Gea y en muchos millones de años emergió una alta cordillera de montes escarpados. *El Sogamoso* y *El Saravita* fueron perdiendo de vista al mar y, con ello, sus destinos. Mientras pernoctaba cerca del cercado del cacique Soatá vino a descubrir *El Sogamoso* que su viejo cauce por muchos valles hacia el mar del norte había quedado clausurado para siempre.

Lo que siguió fue una historia excepcional de millones de años de tenacidad que relata una gesta de titanes. Como todo relato impone una conducta a sus oyentes, esta historia de porfía marcó con hierro

ardiente el alma de todos los santandereanos de la cordillera que han venido al mundo: *El Sogamoso*, como primo mayor, tuvo que labrar tenazmente entre la nueva cordillera emergida un cauce nuevo para llegar a su destino. Con toda la impetuosidad de su caudal tanteó miles de rocas y fue quebrando, entre vueltas y revueltas, una fosa hacia el occidente. Al llegar al sitio de los pescadores una poderosa meseta lo contuvo, forzándolo a volver sobre sus pasos y a labrarse un rodeo hasta encontrar el inmenso valle del gran río de *La Magdalena*, el abuelo de todas las aguas, a quien tuvo que rendirle tributo por los siglos de los siglos para que las aguas de los muisecas encontraran su destino en el mar del norte. Por su parte, *El Saravita* labró su propia fosa y aprovechó la que había hecho su primo para confiarle sus aguas propias, desapareciendo en el cauce de *El Sogamoso* que se metía en la selva tropical para fabricar su propia boca de desagüe en *El Magdalena*.

Aunque todos los ríos del mundo tienen que labrarse sus cursos altos encajonados, por donde sus aguas saltan cantarinas entre rocas, así como sus valles y sus deltas, *El Sogamoso* tuvo un trabajo más esforzado: contra una cordillera que no paraba de crecer y de cerrarle el camino hacia el mar del norte debió retorcerse como serpiente hacia el occidente para labrarse una fosa, esa que hoy llaman los bumangueses *cañón del Chicamocha*. Si hay un río que haya cavado en la historia del mundo es este, pues su destino dependía de esta acción inmemorial, de la fosa excavada para conducir sus aguas hacia su destino. El resultado de su esfuerzo milenario de cava hizo su diferencia con los otros ríos, imponiendo a los transeúntes un mayor esfuerzo para descender hasta sus orillas, para cruzar por un torrente embravecido y para ascender por la alta pendiente del otro lado. A río de titánico esfuerzo corresponden hombres de voluntad esforzada, pero mucho antes de que vinieran los esforzados castellanos ya muchos grupos aborígenes lo habían domesticado con su habilidad para nadar, con sus cabuyas de fique, sus canoas, su hayo y sus algodonaes.

Efectivamente, las historias más antiguas cuentan que, mientras envejecía en su amplia fosa labrada, *El Sogamoso* fue transitado en todas las direcciones por muchos grupos que ingresaban por el valle del río grande de *La Magdalena* y por la escarpa oriental que lleva a las llanuras de la cuenca del viejo río *Orinoco*. Uno de esos grupos era mandado por un poderoso cacique llamado *El Chicamocha*, quien asentó sus reales en la margen izquierda, en tierras de su tío Covarachía. Fueron sus indios tributarios quienes descubrieron una verde planta de anchas hojas en este sector del río, que llamaron *fike*, y quienes descubrieron

el modo de convertirla en fuertes hilos que podían ser entrelazados por sus mujeres para formar cabuyas. Después de tender una fuerte cabuya de fique para transitar el río cerca de la desembocadura del río Servitá, *El Chicamocha* puso a un capitanejo suyo a cuidarla y a cobrar un tributo por su uso. Andando el tiempo este tramo de *El Sogamoso* comenzó a ser nombrado por su autoridad y cabuya, llegando a tanto el atrevimiento que aguas arriba algunos boyacenses hasta olvidaron el nombre original y lo remplazaron por el de *Chicamocha*, con lo cual los caciques advenedizos, que cobraron por siglos los tributos de su cabuya para hacer el paso más seguro, suplantaron al titán que había hecho el trabajo principal.

Aguas abajo se asentaron otros grupos que instalaron otras cabuyas: un cacique de nación guane llamado *Sube* instaló la suya después de que *El Sogamoso* tuvo que retornar al sur, dándole su nombre por siglos a este tramo del río comprendido entre la cabuya de Cepitá y su junta con las aguas de *El Saravita* que vienen por su propia fosa. Un cacique de nación yariguí llamado *Chocoa*, señor de las selvas de *El Magdalena*, puso su propia cabuya sobre las aguas y reclamó que este tramo del río llevase su nombre. Así que solo cuando se liberó del yugo de las cabuyas de fique fue que *El Sogamoso* pudo navegar airoso hasta su desembocadura por una plácida selva que comenzaba en el sitio de *Marta*, recibiendo la bendición de pescadores y bogas de canoas.

Cuando el cartógrafo italiano Agustín Codazzi vino a conocer el río en los tiempos de la administración del general José Hilario López, payanés invencible y prudente, admiró no solo la tenacidad antediluviana de *El Sogamoso* y su revuelta en *El Pescadero*, sino el artificio de las tarabitas que le permitieron cruzarlo. Su mapa respetó los nombres de los tramos principales —Chicamocha, Capitanejo, Sube, Sogamoso— del curso bajo, pero otros cartógrafos agregarían el tramo del río Chocoa y el del curso alto, originalmente llamado *Sogamoso*. Río de muchos nombres: confusión de necios. Pero no de los campesinos santandereanos y boyacenses que no olvidan las tarabitas y los distintos tramos, reliquias de una época antigua en la que los distintos grupos de aborígenes eran sus señores y resolvían las dificultades de los esforzados transeúntes que se aventuraban por esta gigantesca fosa.

Como nadie puede negar su naturaleza originaria, *El Sogamoso* sigue siendo el nombre de pila bautismal de este viejo río labrador de fosas. La suerte corrida por los otros nombres que en alguno de sus tramos le dieron otros caciques dueños de cabuyas es variada: después

de 1854, cuando unos cristianos decidieron erigir junto a la cabuya de Sube una parroquia a la que bautizaron con el nombre de *El Jordán*, confundiendo las aguas bíblicas con las aguas aborígenes, los santandereanos comenzaron a olvidar que este tramo alguna vez había sido llamado río Sube, como también olvidaron el nombre de río Chocoa que alguna vez tuvo el tramo donde estuvo la cabuya del camino a Zapatoca. Aunque el nombre de río Capitanejo desapareció, en cambio la memoria del río Chicamocha aguantó el embate del olvido, pese a que el mísero capitanejo nombró a un municipio republicano y en cambio su cacique no pudo hacerlo. Lo que sí se ha mantenido por millones de años es la fosa del río, cuya forma produce un efecto climático permanente que da vida a un bosque seco tropical, una anomalía continental cuando se encuentra rodeado de bosques húmedos, tema de interés universal del cual se ocupan los biólogos.

La tradición de los nadadores

El río Sogamoso era atravesado en su recorrido por tierras frías, cuando aún era manso, por vados controlados por algún cacique o por los funcionarios del rey de España. Pero en cuanto comenzaba su recorrido por la fosa, en sus tramos bravíos llamados Chicamocha, Sube y Chocoa, quienes lo transitaban requerían una peculiar destreza que tenían los aborígenes venidos de las islas del mar Caribe o de la cuenca del río Orinoco: *nadar*. Los guanés y los yariguíes eran grandes nadadores, pero en cambio los grupos asentados cordillera arriba, como los muiscas, los tequias y los chitareros, no lo eran. Los guanés y los yariguíes nadaban desde niños y desarrollaron muchos artificios para el traspaso entre orillas del río de personas y cargas, poniéndolas a resguardo en sus cabezas, en cestas de bejucos tejidos y en pequeñas balsas.

Por el contrario, los indios de la tierra fría siempre se quejaron durante el siglo XVI de los encomenderos que los sacaban de su ambiente natural con cargas, no solo porque enfermaban con las plagas de las tierras cálidas, sino porque frecuentemente morían ahogados. Los indios de Mama, por ejemplo, declararon en 1572 que «antes que los cristianos entrasen en esta tierra los indios del dicho repartimiento de Mama no eran sujetos a nadie, sino que ellos eran sobre sí, e que en cuanto a la demora que pagan al presente que las mantas que pagan e pesca e algodón que no tiene trabajo, con que en el sacar de la miel y en el sacar y andar cargados que en esto tienen gran trabajo porque hay ríos, e *al tiempo que vienen cargados los lleva el río y han estado*

en riesgo de ahogarse, e que en toda su vida no vido Zipa sino agora, quel es a el presente, ni han contado los indios».

En los tiempos de las guerras civiles lo primero que hacían los bandos enfrentados era interrumpir el tránsito por el río Sogamoso, y para ello cortaban las cabuyas y reclutaban a los nadadores, llevándolos consigo para su exclusivo servicio. El tránsito por el cauce del turbulento río Sogamoso fue y sigue siendo un riesgo permanente para la vida humana. Por ello la tradición cultural de los nadadores fue la respuesta inmediata desde los tiempos aborígenes y hasta bien entrado el siglo XX, pero los aborígenes que habitaron la fosa de este río dieron una respuesta cultural de extraordinaria originalidad en el mundo conocido de su tiempo: *la cabuya de fique*.

Las cabuyas de fique

Fike es una palabra de la lengua chibcha que entró a la lengua española como un americanismo: *fique*. Esta palabra designa específicamente a una planta de una especie del género *furcraea*. Como recuerdan los botánicos, este género fue bautizado así en 1793 por Etienne Pierre Ventenat, quien quiso rendir homenaje al conde Antoine de Fourcroy, químico del *Jardin du roi* en París. Aunque este género comprende cerca de veinte especies de distintas plantas suculentas que forman rosetas de hojas grandes y carnosas, el *fike* de los muiscas designa a la especie *Furcraea macrophylla*, que es originaria del cañón del Chicamocha y crece espontáneamente en Covarachía a los 2.500 metros sobre el nivel del mar. El fique es la fibra dura natural por excelencia de Colombia, extraída de una planta nativa del género *furcraea*, que por crecer casi espontáneamente se distribuye hoy ampliamente en Colombia, dando de comer a 420.000 productores distribuidos en los departamentos figueros: Santander, Nariño, Antioquia, Caldas y Cauca. Planta nativa de la fosa del río Sogamoso, el fique proporcionó la fibra vegetal para el desarrollo de una cultura artesanal entre los grupos aborígenes que se poblaron en su vecindad: *muiscas*, *laches*, *tequias*, *guanés*, *u'was*, *chitareros*. La domesticación del fique incluyó las técnicas del desfibrado de la penca, el lavado y secado de la hilaza, su teñido, su hilado y sus tejidos diversos para la fabricación de cabuyas, sacos, mochilas, pretales, gorros, mantas, etc.

La comprensión histórica de la actividad aborígen del trenzado de los hilos del fique para fabricar *cabuyas*, objeto primordial para asegu-

rar el tránsito sobre el río, obliga a un paréntesis lingüístico. En 1729 apareció por primera vez la palabra *cabuya* en el *Diccionario* de autoridades de la lengua castellana con la siguiente definición: «La cuerda hecha de hilo de pita. Es voz usada en Andalucía y tomada del lenguaje Indiano. En latín: *Restis ex Indico filo confecta* [cuerda hecha de hilos de las Indias]». Pero en la lengua chibcha se nombraba la cuerda con la palabra *chihize*, o también *chyza*, como se usaba en la expresión *Chihizez achyzas mnysqua*: «echarle cabuya al pescuezo». La palabra chibcha parece haber resultado de una comparación metafórica con la palabra chibcha *chyza* que también nombra, hasta nuestros días, una larva robusta de varias especies de coleópteros que alcanza hasta siete centímetros de largo, ensanchado hacia la parte posterior y de color blanca, con la cabeza café (especie *phyllophaga*); de tal suerte que la cuerda usada en el río sería una especie de «largo gusano blanco de fique».

Como la palabra *cabuya* no proviene de la lengua de quienes originalmente la trenzaban con el fique del cañón de *El Sogamoso*, se sabe que es un americanismo originado en una lengua indígena de las Antillas, usado hoy en la República Dominicana y Puerto Rico, pero también en Costa Rica, Panamá, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia. Pero originalmente la palabra *cabuya* designaba a otra planta silvestre de las Antillas, de hasta dos metros de altura con penca gruesa, hojas muy largas y espinosas en los bordes y flores de color verde brillante, de las especies *Agave leontonae*, *Agave fourcroydes* y *Agave sisalana*. Parece entonces que fueron los primeros colonos españoles quienes asignaron a las cuerdas de fique que encontraron para el paso de los ríos la denominación caribeña de *cabuya*, tal como lo hicieron con los otros objetos que bautizaron con las palabras taínas *cacique*, *caney*, *bohío* y *canoa*. La expresión *cabuya de fique* resulta ser entonces un resultado de la conquista española, un sincretismo de dos tradiciones aborígenes distintas impuesto en el habla de las Indias por los soldados españoles. Al menos dos grabados europeos son testimonio de la curiosidad que las *cabuyas de fique* despertaron en los ultramarinos que regresaron y relataron sus experiencias.

Para cerrar este paréntesis lingüístico hay que agregar que la palabra *pita* también es un americanismo que entró a la lengua española y se usa hasta nuestros días en Guatemala, Honduras, Costa Rica, Panamá, Colombia, Ecuador y Chile, pero originalmente describía la fibra extraída de la hoja de otra planta llamada *pita* (*Aechmea magdalenae*), *Ixtle* en náhuatl, que también se emplea en la fabricación de hilos y

cuerdas delgadas. La pita es una planta silvestre típica de las selvas húmedas tropicales del sureste de México, Centroamérica, Colombia y Ecuador, donde crece por debajo de los 650 metros sobre el nivel del mar. En Mesoamérica se usaba en los tiempos prehispánicos (*ixtle*), pero en los tiempos indios se reservó para la fabricación de hilos asociados a la marroquinería (monturas, riendas, arneses, botas, porta armas), con lo cual hoy es un elemento distintivo de los objetos de la charrería mexicana. El *henequén* es otra planta del género de los agaves, especie *Agave fourcroydes* (Lemaire), originaria de la provincia de Yucatán, donde hizo la riqueza de sus cultivadores durante la segunda mitad del siglo XIX.

Regresando al *fike* (*Furcraea macrophylla*) de los muiscas y grupos aborígenes vecinos que rodeaban la fosa del río Sogamoso, las fuentes del siglo XVI muestran que al momento de la llegada de los soldados españoles ya estaba tan desarrollada su artesanía que era objeto del sistema tributario prehispánico. Don Juan Cobosasiu, capitán de la parcialidad de Boyhía, sujeto al cacique principal de Teusacá, y este a su turno sujeto al zipa de Bogotá, declaró en 1593 ante un juez visitador que «lo que ha entendido de indios viejos es que antiguamente los indios deste repartimiento e capitanes del e los demás de toda esta tierra solían pagar y contribuir a sus caciques en reconocimiento de señorío e vasallaje que les tenía cada capitán principal con oro e mantas cada uno conforme al posible que tenía e daba dos pesos y tres mantas e más y menos y los indios particulares una manta chinga y el que no tenía oro ni mantas daba un ovillo de hilo y *cabuya* e otros maíz e turmas e *mochilas*, por manera que ninguno dexaba de pagar tributo y les hacían sus casas e cercados y labranzas y este tributo lo daban en tiempo que hacían labranza y que después que vinieron los españoles no se ha guardado esto tan cumplidamente como solían».

En 1595 los indios de Tinjacá ya fabricaban jáquimas de fique para el mercado de los aperos de los equinos, y los indios de Pausagá sacaban cabuyas de fique al intercambio comercial. El obispo Piedrahita aseguró en su *Historia* que tanto los *sutagaos* como los muiscas tenían fique para comerciar, y Horacio Rodríguez Plata afirmó que los *guanés* llevaban al mercado de Sorocotá fique y sus artesanías derivadas para comerciar con los muiscas. Una visita hecha a los *guanés* de Lubigará comprobó que una de sus principales actividades era la extracción de *fique*. Fray Alonso de Zamora ya diferenciaba en 1701 dos fibras naturales, derivadas de dos plantas distintas, tanto en el comercio como en la artesanía de los indios: «Es grande la multitud de sus hojas verdes,

con careles de agudas espinas. Son de muy grueso canto y de más de dos varas de largo. De la más fina se saca aquel hilo que llaman *pita*. Tan aseado y fuerte, que de él se sacan puntas de bolillo y diferentes costuras. Del que no es tan fino se hace el *fique*, con que se forman las sogas gruesas y delgadas».

El cañón del río Sogamoso, en el tramo de la cabuya del Chicamocha, está entonces ligado a dos singularidades que lo hacen excepcionalmente único en el mundo: de una parte, es el sitio originario de la planta del fique (*Furcraea macrophylla*) y hasta nuestros días el pueblo de Covarachía, donde tuvo sus aposentos el cacique Chicamocha, vive de sus producciones. En el vecino municipio de Guacamayas al menos sesenta familias viven de una artesanía del fique reconocida internacionalmente por sus técnicas especiales. De la otra parte, los aborígenes desarrollaron antes de la llegada de los españoles la técnica de las cabuyas de fique para ayudar a los transeúntes a cruzar el río sin el peligro de perecer ahogados, fuente original del posterior desarrollo técnico de las tarabitas de rejos de cuero trenzados.

Las cabuyas de fique existían a través del tramo del río Chicamocha desde los tiempos prehispánicos, tal como fue recogido en las visitas que los oficiales reales hacían a los pueblos de indios que fueron congregados en la segunda mitad del siglo XVI. Solo en este tramo vecino al Capitanejo se identificaron en 1768 al menos cuatro cabuyas de fique sobre este río: la del Chicamocha, tendida en la actual vereda de Tapias (Covarachía), que comunicaba con el sector de La Playa (Capitanejo), cerca de la desembocadura del río Servitá en el Chicamocha; la de Boavita, tendida cerca del actual Puente-Pinzón, en la vía que comunica a Soatá con Boavita, y de allí a los pueblos de la Sierra Nevada; la del Capitanejo, tendida cerca al sitio donde hoy está el puente de la Palmera, sobre la carretera central del norte, y otra más que existió en la desembocadura del río Nevado en el Chicamocha, conocido como Las Juntas.

Las tarabitas de cuero

Las palabras *taraba* y *tarabita* son americanismos que ingresaron a la lengua castellana provenientes de las tradiciones lingüísticas colombianas. En Santander, una *taraba* es un instrumento manual de madera que utilizaron los campesinos para torcer las fibras del fique con el propósito de fabricar cabuyas o lazos. Especie de torno giratorio que se

agarra con una mano, el artesano usa en la otra un aparejo que impulsa el movimiento rotatorio del torno, necesario para que las fibras del fique se entrelacen.

La *tarabita* es, en el curso de los ríos Sogamoso, Saravita y Fonce, la *cabuya* que permite cruzarlos, pero hecha de rejos entrelazados de cuero de reses vacunas. Esto fue posible por la conjunción de dos tradiciones culturales: la aborigen de las cabuyas de fique y la nueva tradición marroquinera que trajo el desarrollo de los hatos de ganadería vacuna que introdujeron los colonos europeos en las provincias de Vélez y Pamplona desde 1542, responsable de la invención del *rejo de enlazar*. Este instrumento de los trabajos de las haciendas fue tan indispensable que don Eugenio Díaz Castro observó en la Nueva Granada de 1854 que los domingos se aparecían en las plazas parroquiales los peones «con ruana puesta, los sombreros comunes de palma, calzón de manta, y algunos con alpargatas, llevando todos el *rejo de enlazar* ensartado en el brazo izquierdo».

Las tiras curtidas de los cueros de reses sacrificadas fueron enrolladas sobre sí mismas para formar rejos de enlazar que se usaron para enlazar, amarrar o fustigar toda suerte de ganados, convirtiéndose desde el siglo XVI en un instrumento indispensable de los ganaderos, arrieros y jinetes de equinos en las provincias del Nuevo Reino de Granada. Por su dureza, elasticidad y fortaleza, comparada con las cabuyas de fique, terminaron por reemplazarlas cuando los rejos pudieron trenzarse para formar cables de gran capacidad de carga. Aunque en los siglos XVIII y XIX siguió llamándose *cabuya* al aparejo tendido en los ríos para facilitar el paso de transeúntes y cargas, en realidad se trataba ya de *tarabitas* de 24 rejos entrelazados. Muchos viajeros europeos del siglo XIX que vieron las tarabitas colgadas sobre los ríos Sogamoso y Saravita quedaron tan impresionados con este artificio colombiano que a su regreso mandaron imprimir grabados con sus bocetos.

Canoas y bogas

Los aborígenes de las Indias ya habían desarrollado antes de la venida de los soldados españoles artefactos de madera para navegar por los ríos y los mares. Aunque debieron tener cientos de nombres, según el grupo que los fabricaba de troncos de árboles ahuecados, en todos los reinos de las Indias se impuso para designarlos la palabra antillana *canoas*, consignada por Colón en el *Diario* de su primer viaje a las Indias

y la primera palabra aborígen americana que don Antonio de Nebrija incorporó a su *vocabulario español-latino*. Por extensión, también los colonos usaron esta palabra para designar cualquier utensilio de madera ahuecada: canaletas para hacer correr aguas en los distritos mineros, recipientes para almacenar líquidos (*pangas*), canales puestos en los tejados para conducir las aguas lluvias, cajones para almacenar granos o para enfriar las mieles de caña en los trapiches y espesarlas con una paleta de madera antes de vertirlas en los moldes de las panelas.

A las *canoas* de los ríos correspondían los *bogas*, la palabra castellana que designaba a las personas que ejecutaban la acción de impulsar con remos el movimiento de una galera (*bogar*), que según Covarrubias Orozco provino del sonido que hacían los remos al moverse en las aguas. La conjunción de una palabra de los aborígenes americanos (*canoas*) con una palabra castellana (*boga*) produjo la expresión «indios bogas de canoas», introducida en el primer tomo del *Diccionario* de autoridades españolas (1726), donde para ilustrar su significado se tomó como ejemplo una oración de la *Histórica relación del Reino de Chile* que había escrito el sacerdote jesuita Alonso de Ovalle: «Hizo aprestar cuarenta y siete *canoas*, y las despachó con sesenta españoles y mil doscientos indios de *boga* y guerra».

Los transeúntes de *El Sogamoso*, como los de *El Saravita*, también usaron canoas para cruzarlo y navegarlo, pues a su disposición tuvieron bogas. Cuando el presbítero Juan Andrés Bermúdez fue comisionado en 1818 para reconocer personalmente el territorio que pedía la feligresía de Cite para erigirse en parroquia separada de Vélez, comprobó que hacia el oriente de la capilla de Cite, distante un cuarto de legua, estaba en servicio «*la canoa con el nombre de Cite para transitar el río de Suárez*, y en este punto se encuentran las jurisdicciones de Monquirá y Pare». El río llamado de las Canoas, que entra al Chicamocha por la margen derecha después de pasar por el territorio del municipio boyacense de Jericó, es una indicación de que en el antiguo pueblo de Ura los indios *laches* bogaban en sus canoas. La aldea de pescadores del tramo inicial del Sube, hoy corregimiento de El Pescadero, es otra señal del uso de canoas en el curso del río Sogamoso y en sus afluentes.

El traspaso del río Sogamoso en canoas era una práctica corriente en el siglo XIX, al punto que en 1881 el gobierno del Estado soberano de Santander concedió a varios empresarios privilegios para el establecimiento de «falúas o canoas para el paso de los ríos que siempre presentaba riesgos a la hora de vadearlos» en los sitios denominados El

Cocal, El Tablazo y San Pablo. Pero además existía el tráfico río abajo hasta el puerto de El Pedral, y de allí hasta la Bodega de Sogamoso, ya casi en la desembocadura en el río Magdalena, una tradición que se mantenía en diciembre de 1908, cuando Camilo Forero Reyes escribió sus notas del viaje por el río Sogamoso.

Puentes

El recurso de las tarabitas de rejos entrelazados, pese a ser una invención original de *El Sogamoso* y *El Saravita*, en 1851 ya era considerado por don Manuel Ancízar como «un recurso bárbaro» y peligroso, pues los aguaceros humedecían el cable y facilitaban que fuese cortado por el rozamiento de los ganchos o las garruchas de madera. Los grandes puentes de madera eran la solución, pero ello requería del acceso a grandes vigas de madera extraídas de árboles muy corpulentos, como los que abundaban en el valle del río Magdalena, pero que eran muy escasos en las fosas de El Sogamoso y El Saravita. Era preciso aquí diseñar puentes livianos y baratos, como el llamado «Galán» que diseñó y construyó el señor Phillips sobre el río Fonce, en inmediaciones de San Gil. Carmelo Fernández dibujó en 1851 un puente liviano hecho de bejucos sobre un río de las provincias que integrarían el Estado federal de Santander, objeto de admiración de los miembros de la Comisión Corográfica.

Durante la segunda mitad del siglo XIX, cuando los estadistas liberales conducían los destinos del Estado federal y soberano de Santander, la actividad de fabricación de puentes fue concedida a los empresarios particulares interesados en recuperar su inversión con el cobro de peajes por el paso de los transeúntes o de sus cargas. Para garantizar el pago trajeron de Bremen puertas de hierro forjado, como un Geo von Lengerke que las instaló en el puente que hizo fabricar sobre las aguas del río Saravita. Otros fabricaron garitas cubiertas para los vigilantes que inspeccionaban el paso por el puente y cobraban los peajes, como ocurrió en el puente de El Jordán-Sube que hasta hoy resiste el paso del tiempo, o el de ingreso a la parroquia de Cepitá.

Descender y ascender por la fosa

Cruzar *El Sogamoso* en cualquiera de sus tramos era un reto que fue enfrentado desde los tiempos aborígenes y hasta las tarabitas de cable

de rejos y los puentes de peaje del siglo XIX. Pero esta era solamente una de las pruebas de los esforzados transeúntes, pues antes de llegar al río había que descender por las abruptas pendientes de la fosa, y después había que ascender la pendiente contraria. Desde los tiempos aborígenes, y siguiendo por los tiempos indianos y republicanos, esta fosa se ha interpuesto al tránsito humano que va de norte a sur, o viceversa, obligando a descender y ascender entre los 500 y 1.200 metros sobre el nivel del mar, con pendientes a veces mayores de 45°.

La primera técnica para ascender o descender por las pendientes de la fosa fue, por supuesto, la de caminar en zigzag, en ocasiones con la ayuda de un bastón de largo variable. Pero para aquellos a quienes les faltaban las fuerzas y podían premiar a otros por su ayuda se hizo el *silletero*, una esforzada figura que llamó la atención de los viajeros europeos del siglo XIX. Aunque los campesinos de los dos sexos y sus hijos podían ascender y descender por los dos flancos del cañón con sus propios medios, el movimiento de las cargas sí requería de la disponibilidad de indios *cargueros*, hasta que los colonos españoles trajeron los bueyes, los caballos y los asnos, y hasta que los veleños y socorranos se volvieron expertos criadores de mulas.

Los indios *cargueros*, apoyados por bastones y por pretales de fique que sostenían con el frente de sus cabezas o con sus pechos, fueron parte del tributo en servicios que los soldados españoles exigieron a los caciques que recibieron por merced de encomiendas. Pasó mucho tiempo antes de que los oficiales de la Monarquía Católica obligaran a los colonos a liberar a sus indios de esta contribución gratuita y a reemplazarla con bestias de carga producidas expresamente para tal fin.

La *arriería*, es decir, la actividad de conducción de recuas de mulas y de equinos, o de yuntas de bueyes, fue una actividad indisolublemente unida al ascenso y descenso de transeúntes por el foso del río Sogamoso. Esta actividad desarrolló no solo una cultura regional de la cría de animales de carga, sino además la artesanía de todos los aperos que requería el embalaje y aseguramiento de las cargas sobre las bestias.

La *mula* es un animal híbrido que resulta del cruce de una yegua con un asno, y por esa característica posee un gran vigor y resistencia para la actividad de carga. Como la carga normal de una mula de los dos últimos siglos es de 125 kilos de granos de café, con un bulto por cada flanco, resulta que cada bulto de café pesa cerca de 62,5 kilos.

Pero en los siglos anteriores, antes de la plena vigencia del sistema métrico decimal, la carga de una mula era de doce arrobas castellanas. El sistema castellano de peso se fundaba en el quintal de 100 libras castellanas o de cuatro arrobas, así que cada arroba pesaba 25 libras. La carga de productos agrícolas que llevaba una mula fluctuaba entre 10 y 12 arrobas. Como los bueyes adiestrados podían llevar mayores pesos, se les reservaba para el transporte de madera o para las yuntas que arrastraban los arados.

Un arria se componía de una docena de bestias enjalmadas y cargadas, pero como el arriero tenía que ir detrás de la fila de animales, debía contar con la ayuda de una mula campanera que guiaba a las demás desde la primera posición con el tañer de una campana que hacía sonar con su movimiento al caminar. Cuando dos arrias se encontraban en un camino pendiente, el sonido de la mula campanera que ascendía indicaba al arriero que descendía su obligación de orillarse y ceder el paso. Cuando no había disponibilidad de campana se usaba la advertencia de los silbidos del arriero que subía o el sonido de un cuerno que tocaba, llamado la *guarura*.

Los arrieros dependían de las artesanías que eran fabricadas en los hogares campesinos para el servicio de su esforzada actividad. Para empezar, los costales que serían llenados por todas las producciones agropecuarias eran tejidos con hilos de fique en telares de madera y pedales que en muchas casas campesinas operaban artesanos especializados, tal como hasta nuestros días se realiza en Aratoca, El Jordán y Curití. Además de costales, estos artesanos domiciliarios del fique tejían lazos y cabuyas, cinchas para apretar la carga por la parte delantera de la barriga de la bestia, tapaojos para inmovilizarla y jáquimas para asegurarla con este apero de cabeza. El freno que se metía en la boca del animal era metálico, pero sus agarraderas eran de fique o de rejo torcido. Para que el lomo y las costillas del animal quedaran protegidas de la carga, conjurando las llagas que podrían inutilizarlo, artesanos especializados fabricaban enjalmas de cuero, sudaderos, baticolas y demás aperos para carga o para silla.

La talabartería fue un arte cultivado en muchas parroquias y sus productos eran mostrados con orgullo en las plazas de mercado más importantes, pues una buena silla de montar requería de un experto talabartero capaz de resolver técnicamente las dificultades que planteaba la fabricación de su cabeza, los dos arzones, la pechera, los faldones, la baticola (grupa), la cantera (guardabarro), la alfombra, los

estribos (de taraba o de coco) y los demás accesorios: jáquimas, cinchas, tirogrupas, riendas, alforjas y zamarros. Los herreros completaban el servicio de la arriería con su fabricación de herraduras y clavos, las cuales cerraban a la medida de los cascos de los animales para protegerlos en sus largas marchas.

Los talabarteros también fabricaban los empaques de cueros de reses curtidos, los zurroneos y las maletas; mientras que los carpinteros fabricaban los cajones y baúles de todos los tamaños para proteger las mercancías de las aguas lluvias que siempre esperaban a las arrias en los caminos, además de los lodazales, y las angarillas de madera para sostener las cargas sobre la enjalma.

Cierre

El cañón del río Sogamoso es un patrimonio de la humanidad porque es el resultado de millones de años de un trabajo de excavación realizado por un esforzado río que perdió de vista el mar del norte, cuando emergió una cordillera que se atravesó en su camino, y lo obligó a retorcerse como una culebra hacia el occidente para encontrar el valle del río Magdalena, a quien rindió el tributo de sus aguas. La fosa que resultó de ese esfuerzo es un ambiente que alberga un bosque seco rodeado de bosques húmedos, una anomalía mundial que hizo posible allí la mutación de una especie del género *Furcraea*, llamada *furcraea macrophylla*, que crece espontáneamente en Covarachía a los 2.500 metros sobre el nivel del mar y que los aborígenes muisca llamaron en lengua chibcha *fike*.

Castellanizada *fique*, esta singular planta pasó por las manos de varios grupos aborígenes que la domesticaron para reducirla a hilazas que trenzaron para producir cabuyas, mochilas y pretales de carga, pero sobre todo las cabuyas que tendieron en varios pasos del río para resolver el peligro de ahogamiento que hasta hoy amenaza a la vida humana. Esas cabuyas de fique tendidas le dieron a este curso de agua muchos nombres, de los cuales se recuerdan los de Sogamoso, Capitanejo, Chicamocha, Sube y Chocó. Cuando los colonos venidos de ultramar en el siglo XVI trajeron ganados vacunos fueron sus pieles curtidas para fabricar tarabitas, una cabuya de mayor resistencia y capacidad para el tránsito de las personas y sus cargas. Pero además una cultura de la natación, de las canoas y los pontones contribuyó a resolver el reto del paso de este río, definitivamente resuelto con los puentes que se construyen hasta nuestros días.

El tránsito por la fosa planteó grandes dificultades a quienes movían cargas por las empinadas pendientes del descenso hasta el río y del posterior ascenso hasta las mesas altas, resuelta con una abigarrada cultura de los silleteros, los cargueros y los arrieros, quienes fueron la demanda que propició la oferta de un inmenso conjunto de artificios producidos en los hogares de los tejedores, los carpinteros y los talabarteros, los herreros y las posaderas, los criadores de mulas y los trapicheros. Esas culturas artesanales definieron en la historia las posibilidades de existencia de los santandereanos y los boyacenses, así como su peculiar vocabulario campesino enriquecido por sus producciones artesanales ligadas a la solución de los problemas del tránsito humano por la fosa del río Sogamoso.

“LO QUE NO ESTÁ EN ACTAS NO ESTÁ EN EL MUNDO” ARMANDO MARTÍNEZ O EL GATO QUE CUIDA LA LECHE

Por
Pedro Alejo Gómez

Voy a contar una historia para explicar el oficio y el cargo de Armando Martínez Garnica.

Benito Juárez –un hombre que dijo para siempre que «entre los individuos, como entre las naciones, el respeto al derecho ajeno es la paz»- durante la segunda invasión francesa a México a fines de mayo de 1863, al abandonar la capital, en lo que fue una retirada estratégica ordenó llevar el archivo general de la Nación. «Llevo conmigo el poder de la nación», dijo Juárez refiriéndose a las decenas de carretas tiradas por mulas que viajaban con él hacia el norte durante la época de república itinerante de su gobierno.

«Ese inestimable tesoro que llevo dentro de esos cajones -explicó Juárez- representa más que yo mismo los supremos poderes, porque ese archivo es y debe ser inmortal, porque representa la historia misma de la patria».

Los hombres y los países son distintos entre sí por sus recuerdos. La memoria es el fundamento de la identidad. Un país sin memoria histórica está condenado a desaparecer.

A la custodia de Armando Martínez está la memoria de la Nación.

En febrero de 2013 *Historelo*, la revista de historia regional y local de la Universidad Nacional, se refirió en el preludio a una entrevista, a sus más de 30 años como servidor público, en calidad de historiador y profesor-investigador, a su huella en la formación de varias generaciones de historiadores y en la historiografía regional y local colombiana.

Contó para entonces 53 proyectos de investigación y 33 experiencias en archivística, ponencias escritas para «107 eventos nacionales e internacionales, su aporte como invitado en 122 conferencias, la autoría intelectual de 25 libros, 23 capítulos de libro, 26 memorias, 76 artículos, 7 cuadernos de trabajo, 13 artículos de opinión y 16 presentaciones de libros. Al lado de ello ha sido el gestor y editor de revistas académicas en 4 proyectos editoriales del ámbito nacional e internacional. Toda esa labor le permitió obtener 19 reconocimientos profesionales, ser partícipe de 13 asociaciones profesionales y recibir 13 menciones por sus publicaciones».

Entre libros, artículos en obras colectivas, en publicaciones seriadas, memorias de eventos académicos, cuadernos y revistas especializadas la bibliografía escrita por Armando Martínez Garnica hoy, cinco años después de esa entrevista, abarca 14 páginas sin tregua *a espacio sencillo*.

Sus asuntos han sido la historia regional, la historia política nacional y la historia de Iberoamérica. Pero de una manera singular: la historia en sus manos proviene de la investigación. Su territorio son los archivos y los archivos son la tierra firme en medio del proceloso mar del tiempo. «Lo que no está en las actas no está el mundo» dice un proverbio latino.

La historia de Colombia «se ha contado pésimamente, afirma Armando Martínez con esa inconfundible franqueza suya de santandereano. La historia solo puede contarse con las fuentes. Y si los historiadores no buscan en las fuentes, lo que están diciendo es lo que se imaginan. Voy a dar unas cifras estremecedoras: ¿cómo me van a decir que hay historiadores en Colombia, que apenas tiene 200 años de vida, cuando solo hemos descrito el 7% de los documentos de la República. El 93% no lo conocen los historiadores porque no se ha descrito».

«Un día el tiempo se pondrá amarillo sobre mi fotografía» dice uno de los poemas de Miguel Hernández en *El rayo que no cesa*. Siempre de paso el tiempo deja su brumoso rastro de amarillo o seco de polvo.

Armando Martínez ha sacado de polvorientos archivos un mundo reluciente de palabras bien edificadas con su sólido fundamento de hechos averiguados con pormenor. Ha traído de vuelta un mundo en que aparecen:

Una guía de forasteros del Virreinato de Santa Fe para el año 1810. El impacto de la Constitución de 1812 en el Nuevo Reino de Granada. El proyecto de la república de los indios. Francisco José de Caldas y la transición de los científicos neogranadinos a la política por la crisis de la independencia. Las provincias neogranadinas ante la crisis de la monarquía española. Consideraciones históricas sobre la fabricación de las mantas muiscas y guanés que son apenas unos de sus tantos títulos.

Hay en el interés de Armando en la filosofía una devoción paralela a esa por la Historia. Prueba de ello es su *Crónica de la recepción de Heidegger en Hispanoamérica*. Prueba de ello es su conocimiento de la obra del autor de *Ser y tiempo*. Tengo la certeza de que, si Armando Martínez se desvaneciera en este instante, no volvería en sí sino en Heidegger.

A pesar de que hace años que lo conozco, muchas veces he tenido la duda de si somos él y yo quienes hablamos o si somos el departamento de Santander y yo los interlocutores en esas conversaciones.

Comencé a escribir estas líneas bajo el título de *Lo que no está en actas no está en el mundo*. Pero creo que debo completarlo con un subtítulo que proviene de la afirmación con la que él dibujó en una entrevista el entusiasmo con que aceptó su nombramiento como director del Archivo Nacional. El subtítulo que corresponde es *Armando Martínez o el gato que cuida la leche*.

El asunto de su disertación es *La historia poética del río Chicamocha*. Yo sé que es más bien un autorretrato bajo la forma de un paisaje. Ustedes podrán constatarlo ahora.

Quiero recordar en homenaje a usted una línea al comienzo de *La otra raya del tigre*, que es la novela de Santander. Alguien dijo de Lengerke que «nunca había visto un hombre más semejante que él a la tierra escogida; tal vez porque se le fue pareciendo, a medida que la penetraba». Ello ha sido siempre cierto en su caso.

Bienvenido.

ACADEMIA COLOMBIANA DE LA LENGUA

CELEBRACIÓN DEL DÍA DEL IDIOMA 23 DE ABRIL DE 2018

FILÓLOGOS COLOMBIANOS

Por

Juan Carlos Vergara Silva

Introducción

Hace unos años, la Comisión de Lingüística de la Academia Colombiana de la Lengua inició un proyecto titulado *Filólogos colombianos*; buscaba esta iniciativa presentar las biografías de distinguidos investigadores colombianos que, desde el siglo XIX hasta la fecha, hubieran contribuido a enriquecer los estudios filológicos clásicos, románicos e hispánicos.

Naturalmente, esta tarea requería de un equipo de redacción que comenzó con los miembros de la Comisión y ha venido ampliándose a otros académicos que han manifestado su interés por participar en este proyecto.

Deseábamos concentrar nuestra mirada en los aportes filológicos de cada uno de los nominados, sin desconocer otros méritos como el haber sido excelentes filósofos, científicos, políticos, sociólogos, médicos y un gran etcétera, evidencia de que el estudio del idioma no es ajeno a múltiples disciplinas y profesiones tradicionales y modernas.

Es así, como, a la fecha, hemos reunido cerca de veinte biografías que esperamos presentar muy pronto en nuestra página web, con el objetivo de brindar un servicio informativo a nuestros visitantes digitales y ofrecer un acto de reconocimiento a la inteligencia colombiana, humanística y global.

Cervantes y la filología

No podríamos iniciar esta presentación sin mencionar a don Miguel de Cervantes Saavedra y al cuidado de nuestro idioma, presente en todas sus obras, pero, en particular, en el *Quijote*.

Deseo empezar esta charla con los comentarios sobre esta obra magna de las letras hispanas por parte de dos grandes escritores universales, cuyas estatuas nos acompañan en el paraninfo de la Academia Colombiana: Johan Wolfgang von Goethe y Fiodor Dostoievski.

Comencemos por Goethe

«La obra que ha alcanzado mayor perfección en el género cómico es el *don Quijote* de Cervantes. Yo he encontrado en las novelas de Cervantes un verdadero tesoro; en ellas he hallado al mismo tiempo diversión y enseñanza. Cómo nos regocijamos al poder considerar excelente lo que ya es tenido como tal., y cuánto se avanza en el camino al hallar la coincidencia de nuestras propias apreciaciones con las más autorizadas de otro tiempo» (carta de Goethe a Schiler, en 1795) (Cervantes Saavedra, *Don Quijote*, 1969).

Y continuemos con Dostoievski

«El *Quijote* es un gran libro, del número de los eternos, de aquellos con que de tarde en tarde se ve gratificada la humanidad. Ninguna ficción más fuerte y sublime que esta. Representa hasta ahora la suprema y más alta expresión del pensamiento humano» (Cervantes Saavedra, *Don Quijote*, 1969).

Estas apreciaciones magnificas de la obra cumbre de nuestro idioma hubieran sido imposibles si la filología, como una compañera invisible, no hubiera estado presente en la mano de los copistas e impresores en español y de los traductores al alemán y al ruso del *Quijote*.

Definición de filología

Pero, a estas alturas, qué es la filología. Para ello nos vamos a apoyar en el profesor Gino Funaioli, quien nos brinda una definición impecable:

«La filología es y quiere ser comprensión crítica e histórica, interpretación de la palabra, de los sentimientos, de las ideas de un escritor, exploración de su personalidad, conocimiento científico, íntima penetración y contemplación de los espíritus y de las formas del mundo antiguo en su unidad, principalmente de cuanto de él nos ha quedado como patrimonio vivo: historia –no pura historicidad– y arte, dos momentos que no se pueden separar» (Righi, 1967).

Y complementa este aporte el profesor Gaetano Righi, quien señala la finalidad de la filología:

«El fin (que nunca ha de olvidarse) es el de promover la cultura mediante el mejor y más genuino conocimiento de los textos que la conservan y le dan cuerpo con miras a las generaciones futuras, siendo su vehículo. Sin textos no hay estímulo que nos mueva a pensar ni a elaborar siquiera un pensamiento nuestro, pues no tendría ocasión ni modo de explicarse, de hacernos replegar sobre nosotros, de obligarnos a reconocer el pasado de la humanidad, de darnos a sentir su vinculación con el presente. El texto es el instrumento que fija materialmente el discurso escrito, es este mismo discurso escrito englobado en el material que lo contiene e incorpora, lo certifica y lo transmite, con su estructura gramatical y sintáctica, con su representación orgánica y total» (Righi, 1967).

El filólogo cumple una tarea notarial: fijar los documentos más valiosos del pasado, pero también realiza una tarea futurible: conectarlos con el presente y fundamentar con ello el presente del futuro.

Colombia y la filología

Colombia ha sido un país privilegiado por la presencia de filólogos eminentes que han brindado aportes fundamentales en la construcción de nuestra historia y de los nexos con Grecia, Roma, la geografía romance y, recientemente, con la panhispanidad, otra forma filológica de ver nuestro horizonte.

Recordemos la fecha de creación de la Academia Colombiana, 1871, primera Academia Correspondiente de la Real Academia Española en el Nuevo Mundo. Con la firma de los estatutos de nuestra entidad se hermanaría Colombia con los fines y metas de la corporación española a la que se adscribía.

Este puente cultural entre España y Colombia ha mantenido un hilo conductor mantenido ininterrumpidamente por cerca de 150 años. Pero esta conexión hubiera sido imposible sin la solidaridad y la intersección de fundamentos comunes en el estudio científico de nuestra lengua, nuestra literatura y nuestro cordón umbilical con la cultura clásica de occidente.

Figuras de la talla de don Miguel Antonio Caro, don Rufino José Cuervo, don Ezequiel Uricoechea, don Marco Fidel Suárez inauguran la nómina de filólogos en el siglo XIX. Carlos Patiño Roselli, el Padre Félix Restrepo, Fernando Antonio Martínez, Jorge Páramo y Rafael Torres Quintero, entre otros, complementan en el XX la estela filológica colombiana.

Sin embargo, esta historia de la filología nacional no podría estar completa sin sus corresponsales en Europa y España, Gerhard Rohlfs, August Friedrich Pott, Antonio Tovar, Manuel Alvar, Rafael Lapesa, Álvaro Porto Dapena, Dámaso Alonso, Ramón Menéndez Pidal o Julio Cejador.

Es así, como esta propuesta de filólogos colombianos por parte de la Comisión de Lingüística de la Academia no es un interés por crear un apartado exclusivo de la filología patria, sino que desea ser un espacio inclusivo que mediante el estudio de los vasos comunicantes que nos hermanan a los hispanohablantes cree un nuevo espacio de panhispanidad en el discurso de las Academias enlazadas en la Asociación de Academias de la Lengua Española (ASALE).

Rendimos, también, un merecido homenaje a Carlos E. Mesa y a Monseñor German Romero, quienes desde la dirección del Departamento de Historia Cultural del Instituto Caro y Cuervo, continuando la labor de don Guillermo Hernández de Alba, nos entregaron el tesoro de los epistolarios de Cuervo y de Uricoechea.

Rufino José Cuervo

La edición de las obras completas de don Rufino José Cuervo, bajo la dirección sabia de don Fernando Antonio Martínez, nos entregó un legado invaluable de la vida y obra de este sabio colombiano que conectó la obra de Andrés Bello con el mundo contemporáneo.

Hace diez años, en una mañana de otoño-invierno en la ciudad de Madrid, se presentó la *Nueva gramática de la lengua española*. Al comienzo de la ceremonia todos los asistentes a este evento histórico escuchamos estas palabras:

«Toda lengua vive en evolución perpetua, alterándose, enriqueciéndose o empobreciéndose y cada época nos la muestra en una fase de tal evolución. El castellano que hoy hablamos es muy diferente del que hablaba Cervantes, como el que este hablaba es muy diferente del de Juan de Mena, y el de éste muy diferente del de Berceo; no es esto solo, cada lengua varía, más o menos, según las comarcas en que domina y cada una de ellas sigue su evolución propia. En la península, no habla el natural de Castilla como el aragonés o el andaluz, ni en América, el chileno como el mexicano o el colombiano» (Cuervo, 1987). Fragmento tomado del texto *Naturaleza del lenguaje* de don Rufino José Cuervo. Se reconocía, así, por parte no solo de los académicos redactores de la Nueva gramática, sino de todas las Academias la autoridad y valía del príncipe de la filología colombiana.

Don Eugenio de Bustos Tovar (1990), en una biografía de don Rufino, inserta en el libro *Forjadores de Colombia contemporánea*, nos dice: «Rufino José Cuervo y Andrés Bello, o Bello y Cuervo, son las dos columnas que la nonata heráldica del idioma español tendrá que levantar sobre un perfil de azules aguas cuando quiera integrar el escudo de su unidad».

Cuando en La Granda (Asturias) iniciamos la labor de construcción de la Nueva gramática en el año 2003, don Víctor García de la Concha, Director de la Real Academia Española en libro de Cursos de "La Granda", señaló: «Próceres como el gran lingüista don Andrés Bello se opusieron de raíz (a un independentismo lingüístico); el español era un patrimonio común irrenunciable para cuantos a un lado u otro del mar lo hablaban».

Las notas a la Gramática de don Andrés Bello, redactadas por don Rufino, han quedado incorporadas en la obra del filólogo caraqueño como una sola unidad editorial hasta la fecha, integrando la vida intelectual de estos dos sabios americanos.

Don Edilberto Cruz Espejo, Secretario Ejecutivo de la Academia Colombiana, y artífice de la labor de finalización del *Diccionario de Construcción y Régimen de la Lengua Castellana*, ha realizado la tarea de

redacción de la biografía de don Rufino para el proyecto de Filólogos colombianos.

Nadie más acreditado que don Edilberto para entregarnos el perfil filológico y humanista de un colombiano que debía estar en boca de todos sus coterráneos como ejemplo de inteligencia, austeridad y nobleza, digno de ser imitado en el siglo XXI por quienes hoy, representados por ustedes, académicos, profesores y estudiantes atildados en el español nos acompañan.

Concluyo la semblanza de Cuervo, con las palabras de don Julio Cejador, gran filólogo y literato español contemporáneo de don Rufino, quien en una de sus cartas con el maestro colombiano, fechada el 2 de mayo de 1907 en Madrid, le decía: «Mi maestro y amigo queridísimo: Todavía no he sacado todo el jugo de las Apuntaciones que tuvo la bondad de enviarme hace ya tanto tiempo. Y ¿quien se lo va a sacar, si es un minero inagotable? (...) En llegando a Palencia estudiaré más despacio sus Apuntaciones; aunque por lo que he visto he deducido que me han de servir muchísimo; pero que no sé yo si tendrán nada que hacerle observar, porque usted va muy por delante de nosotros por más que apretemos el paso» (Mesa, 1989).

Miguel Antonio Caro

Al ingresar a la Academia Colombiana habrán visto una estatua sedente que preside la entrada de este palacio neoclásico. Corresponde esta escultura a don Miguel Antonio Caro, pedagogo, filósofo, orador, escritor, político, escritor epistolar, historiador y filólogo.

Debemos añadir que fue uno de los miembros fundadores de la Academia Colombiana de la Lengua. Sus estudios gramaticales y sus traducciones de autores clásicos le dan un merecido espacio en la lista de filólogos colombianos.

Don José Manuel Rivas Sacconi, quien fuera secretario perpetuo de la Academia Colombiana, dedicó un capítulo de su obra *El latín en Colombia* a la figura de don Miguel Antonio.

«En el período de mayor decadencia de los estudios clásicos en Colombia, surge el que habrá de ser restaurador y mantenedor de las humanidades en su tierra y uno de los más eminentes humanistas que la

raza española ha producido durante el siglo XIX (...)». Por su varia y vasta labor, él es el más alto exponente del humanismo colombiano, al propio tiempo que la más destacada manifestación de la inteligencia y la cultura nacionales. No solo mirada en conjunto su obra alcanza tal importancia, sino por cada una de sus partes: Caro es el mejor traductor de las obras clásicas, el más docto comentador de ellas, el más profundo conocedor de la estructura gramatical del latín, el más puro poeta y el más suelto y elegante prosista en esta lengua» (Rivas Sacconi, 1977).

Don Cesar Navarrete, académico de número de la Academia Colombiana y quien fuera durante muchos años, junto con don Carlos Valderrama Andrade, pilar fundamental de la Comisión Caro del Instituto Caro y Cuervo, ha tomado en sus manos la tarea de escribir la biografía de don Miguel Antonio.

Ezequiel Uricoechea

Doña Cristina Maya, censora de la Academia Colombiana, hija del maestro Rafael Maya ha emprendido la labor de elaborar la biografía de uno de los intelectuales más valiosos de la cultura colombiana: don Ezequiel Uricoechea, su busto se encuentra en la sala de entrada de este edificio.

Doña Cristina resume la vida de don Ezequiel con estas palabras, luego de relatar sus primeros años de existencia en Bogotá:

«Viaja a los EEUU, donde estudia en la escuela de Flushing y luego en el Yale College. Allí se graduó como médico a la tempranísima edad de los diez y ocho años. Su tesis de grado la dedicó al estudio de la quina y sus usos medicinales. Por ese entonces se interesa también por el estudio de la mineralogía en la cual llegó a ser un experto. Publicó en el New York Herald un estudio titulado *The golden mines of New Granada*. Poco después viaja a Gotinga, Alemania, bajo la insinuación de Humboldt. Allí publica *La Memoria sobre las antigüedades neogranadinas* "considerada como el comienzo de los estudios arqueológicos en Colombia".

Hace además alusión a algunos aspectos etnológicos de tribus indígenas colombianas y a sus técnicas metalúrgicas y extiende sus observaciones a algunas civilizaciones, especialmente a las de México, Perú y Bolivia. La labor de Uricoechea, en este sentido, fue de extraordinario valor ya que antes no se tenía ningún aprecio por la conservación de

estas piezas arqueológicas y eran fundidas a veces con arbitrariedad, sin copiar siquiera el modelo, perdiéndose para siempre todo rastro de la valiosa obra. En Gotinga se gradúa como doctor en Filosofía y en Artes» (Maya, 2017).

La vida y obra de don Ezequiel es un relato apasionante de un colombiano que luchó incansablemente por alcanzar sus ideales al servicio de la cultura y la ciencia en nuestro país.

En el tomo XXV del epistolario de don Ezequiel Uricoechea, editado por Monseñor Germán Romero (1998), leemos este fragmento que describe un ideal maestro de nuestro filólogo bogotano, la independencia intelectual de la América hispana.

«Nosotros hemos creído ser libres porque sacudimos el yugo español y aceptamos inexpertos el inglés y el francés; el uno con sus artefactos y su dinero que ambos nos esclavizan y el otro con sus teorías, su enseñanza y sus libros. Estamos en tal dependencia, tan esclavos somos, que nada es bueno para nosotros sino lo europeo, que nadie sino ellos poseen la ciencia y que si dioses tenemos sólo los europeos se veneran en nuestros altares. No seremos verdaderamente independientes aino el día que lo seamos de cuerpo y alma».

Marco Fidel Suárez

Continúo estas notas sobre el proyecto de filólogos colombianos con una semblanza de don Marco Fidel Suárez.

Para ello, voy a echar mano de la voz de uno de nuestros más insignes filólogos del siglo XX, quien fuera director del Instituto Caro y Cuervo y Subdirector de la Academia Colombiana de la Lengua, don Rafael Torres Quintero.

Estas palabras fueron pronunciadas por don Rafael en la Universidad de Antioquia con motivo de la inauguración del Centro Marco Fidel Suárez: «¿Qué mejor augurio para esta naciente organización que bautizarla con el nombre de don Marco Fidel Suárez, que forma con Miguel Antonio Caro y Rufino José Cuervo el triángulo sapiente del humanismo colombiano, en el que se encuentran las líneas de la más segura tradición nacional? Asociar el recuerdo de Suárez al de los dos genios bogotanos y al de Andrés Bello, maestro de maestros, es reco-

nocer la alianza fecunda de lo hispano y lo americano y afirmar que una misma savia de ideas y principios rectores circula por el cuerpo de la patria. Suárez es el símbolo del esfuerzo heroico, es el hombre de libros y de ideas que no perdió nunca contacto con la tierra y supo llevar el habla de su agreste terruño hasta los estrados de la magistratura y de la academia; Suárez es la choza del antiguo Hatoviejo trasplantada al Capitolio Nacional para enseñarle a su pueblo lo que pueden la inteligencia y el estudio al servicio de un claro ideal. Su nombre, ya venerado en esta casa como en su propio hogar, ejercerá desde aquí la tutela de este nuevo centro» (Torres Quintero, 1989).

La Académica de número doña Teresa Morales de Gómez, nieta de don Marco Fidel Suárez, ha asumido con amor filial y compromiso intelectual la redacción de la biografía de este insigne filólogo que hoy cumple 175 años de haber nacido en la ciudad de Bello, Antioquia.

Su busto nos acompaña en el vestíbulo del edificio de la Academia.

El Padre Félix Restrepo

Concluyo esta presentación del proyecto de filólogos colombianos con la figura del padre Félix Restrepo, primer director del Instituto Caro y Cuervo y por muchos años director de nuestra corporación.

Su formación clásica y su dedicación al estudio y cuidado de nuestro idioma fueron intachables. Su obra recoge la mejor expresión de la filología clásica e hispánica en nuestro territorio en el siglo XX.

El doctor Horacio Bejarano Díaz, en el prólogo al libro del padre Félix *El castellano naciente y otros estudios filológicos*, resumió sus méritos filológicos:

«De los años juveniles del connotado jesuita datan las dos obras que le ganaron amplia fama de filólogo. De 1912 es la primera edición, hecha en Friburgo de Brisgovia, de la *Llave del griego*, escrita en colaboración con el padre Eusebio Hernández, y cuya 5ª. edición apareció en Barcelona en 1959 (...). En 1911 concluyó el más importante de sus trabajos en el campo de la lingüística: *El alma de las palabras: diseño de semántica general*, que es el primero, y por muchos años, el único libro escrito en español sobre la materia y el primer ensayo serio de semántica española» (Restrepo, 1978).

En homenaje al Padre Félix la Academia posee dos estatuas, una en este paraninfo y otra en los jardines del edificio.

Conclusión

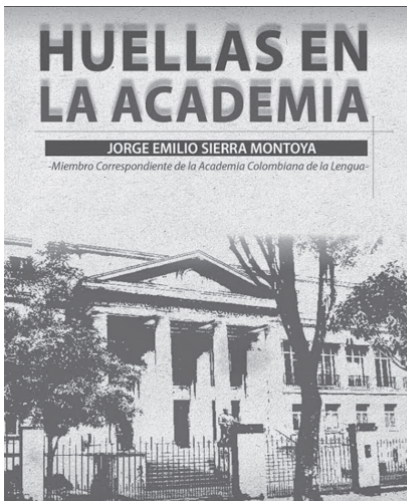
Termino esta disertación, con un agradecimiento muy especial a cada uno de ustedes por acompañarnos en una nueva celebración del día del idioma, en donde no solo recordamos la memoria de Cervantes sino la de todos los escritores, filólogos, lingüistas, literatos y humanistas que han entregado su vida al servicio de nuestro idioma común.

Señores profesores su esfuerzo callado y noble, como maestros de lengua y literatura españolas nos anima a continuar nuestra labor académica. Jóvenes estudiantes de los colegios que nos acompañan y que han merecido el honor de representar a sus instituciones por el cuidado y atención al buen uso del español reciban nuestro aliento y reconocimiento por cuidar uno de los bienes intangibles más valiosos de la nación: nuestro idioma.

Muchas gracias.

PRESENTACIÓN DEL LIBRO *HUELLAS EN LA ACADEMIA*

Por
Cristina Maya



**Academias lanzan
libro en homenaje a
sus miembros.**

Jaime Posada, director de la ACL
y Julio Silva-Colmenares,
Presidente de la ACCE.



34 años
Expresión
libre del pensamiento
económico colombiano

Bogotá, Academia Colombiana de la Lengua,
21 de mayo de 2018

Jorge Emilio Sierra Montoya, notable periodista y escritor nacido en Pereira, en el corazón del eje cafetero, es el autor de *Huellas en la Academia*, un libro escrito en homenaje a la Academia Colombiana de la Lengua. Desde su ingreso a esta institución, como Miembro Correspondiente, se ha propuesto destacar las labores que allí se realizan, para llevarnos de la mano, a través de estas páginas, desde las puertas de la magnífica edificación, genuina copia de la Real Academia Española, hasta sus últimos rincones.

Es una obra escrita con fervor y entusiasmo, diría yo, porque las inquietudes de nuestro autor ya se perfilan desde un comienzo: «¿Qué tanto se conoce esta hermosa sede de la Academia Colombiana de la Lengua en Bogotá? ¿Alguna vez la han recorrido los habitantes de la

capital y el resto de nuestros compatriotas?... ¿Será que algún día, en el futuro, el sitio formará parte de las guías de la Atenas Suramericana en el marco del turismo cultural que atrae a cientos de personas de todos lados, de Colombia y el exterior, especialmente a sectores como La Candelaria, del que acá tenemos a uno de sus principales puntos de acceso en el camino que conduce a la Quinta de Bolívar?».

Y estas inquietudes no quedan en el aire. Porque, a pesar de que no todo el mundo la conozca, una institución que ha sobrevivido por ciento cuarenta y siete años es, sin duda, uno de los patrimonios más ricos de la vida intelectual colombiana.

Un recorrido por la sede

El primer capítulo del libro se inicia, entonces, con un recorrido que en verdad sirve de guía aun para quienes ya nos es familiar. Se detiene, para empezar, en la puerta del edificio, ante el admirable bronce dedicado a uno de sus fundadores, Miguel Antonio Caro, obra ejecutada por Charles Henri Pourquet. La estatua hace su presencia en el jardín en cuya estancia el tiempo parece no transcurrir, según dice el autor. Se encuentran también allí los bustos del padre Félix Restrepo, uno de sus más notables directores, elaborado por Fernando Montañés, y, a pocos metros, el de Marco Fidel Suárez.

A la entrada sobresale un gran mural del maestro bachuista Luis Alberto Acuña, que representa a Don Quijote. Este, junto con el expuesto en la sala del paraninfo, titulado «La Apoteosis de la lengua castellana», son emblemáticos de la Academia. La sala de juntas José María Vergara y Vergara está presidida por un gran óleo de quien fuera otro de sus fundadores y que es fiel copia del original elaborado por Acevedo Bernal que se halla en la Academia Colombiana de Historia.

En este paso a paso se sigue aludiendo a la inmensa cantidad de Pinturas, estatuas y retratos donde Rufino José Cuervo, Guillermo Valencia, Baldomero Sanín Cano, Lleras Camargo, Santiago Pérez, José María Carrasquilla, Eduardo Guzmán Esponda, El padre Manuel Briceño, José Manuel Rivas Sacconi, Otto Morales Benítez, Rafael Maya y otros muchos engalanan este recinto cultural.

La Biblioteca Antonio Gómez Restrepo alberga no solo las obras de los académicos, sino una copiosa producción intelectual que contiene

verdaderos tesoros entre los que se destacan un incunable como *Las siete partidas de Alfonso el sabio* sobre temas de agricultura, publicado en 1492, cuando el Descubrimiento de América. Al mismo tiempo se hallan varias ediciones del *Quijote*, como una edición príncipe en francés y la primera con ilustraciones de Doré, de un gran valor. La hemeroteca contiene revistas como *Cromos*, *El Boletín de Historia y Antigüedades* y otras desaparecidas, entre ellas: *El Gráfico*, *Mundo al Día*, *Anuario*, etc.

Destaca asimismo Sierra Montoya la fundación de la sala del político e historiador Otto Morales Benítez en el tercer piso, donde también se encuentra la del expresidente Belisario Betancur, a quienes rinde un homenaje especial.

Encuentros académicos

El segundo capítulo, titulado «Encuentros Académicos», recoge varias de las conferencias pronunciadas en la Academia por sus miembros. Algunas son producto de entrevistas hechas a los autores tiempo atrás, otras recogidas de los boletines donde se publicaron y las últimas extractadas de las conferencias que el mismo Sierra Montoya ha presenciado.

Sorprende verlo escribir notas muy precisas en una pequeña libreta. Sin duda su pericia periodística le ha llevado a tomar apuntes concentrándose en lo esencial, de manera que a los pocos días los académicos recibimos por correo un espléndido resumen de lo expuesto, sin que falte la propia opinión salida del eje temático de la conferencia. Algunos de estos comentarios han sido publicados en el periódico *El Tiempo*, lo cual ha contribuido a una mayor difusión de los actos académicos.

El primero de los Encuentros, titulado «A la sombra de Cervantes», recoge una serie de conferencias con motivo de los cuatro siglos de la muerte del escritor. Allí el expositor Álvaro Pineda Botero responde a la pregunta: «¿Por qué Don Quijote es el padre de la novela moderna»? Por su parte, el connotado novelista Eduardo Caballero Calderón, en su *Breviario del Quijote*, confiesa que fue un «caminante del Quijote» aludiendo a que «Don Quijote de la Mancha es un camino, un camino que todos debemos recorrer». Vicente Pérez Silva alude a «episodios célebres y curiosidades bibliográficas de Cervantes y el Quijote», en tanto que Carlos José Reyes expone sus observaciones sobre el teatro cervantino.

Me honra especialmente el hecho de que el don Jorge Emilio Sierra haya destacado mi conferencia titulada «Visión de Hamlet en Shakespeare: La invención de lo humano de Harold Bloom», cuyos principales postulados recordó: «Shakespeare es uno de los pilares de la cultura occidental» y «la conciencia global del mundo contemporáneo se identifica cada vez más con Hamlet». Entretanto, la presencia de Morales Benítez (pionero de la teoría del mestizaje en Colombia) surge en el artículo sobre el Inca Garcilaso de la Vega que este escribió con motivo de los 400 años de su fallecimiento y que su hijo Olimpo recordó en una de las sesiones académicas.

Merecieron también lugar destacado las conferencias sobre la madre Josefa del Castillo, basada en la novela histórica de Gilberto Abril Rojas y una larga entrevista realizada a Gloria Serpa Flórez de Kolbe sobre su tío abuelo Julio Flórez. Muchos aspectos de esta entrevista aparecen relatados extensamente en la magnífica y documentada biografía que la académica escribió sobre su tío abuelo, titulada *Todo nos llega tarde*.

Con el título «A los cien años de la muerte de Rodó», se recordó la conferencia de Edilberto Cruz Espejo y la exaltación de la figura del escritor, uno de los grandes americanistas, pionero del panhispanismo y autor, por lo demás, de dos libros fundamentales: *Ariel* y *Motivos de Proteo*. En otro de los encuentros académicos, recordó Cruz Espejo la relación entre Unamuno y Darío y esa «guerra de letras» que se dio entre ambos escritores. Pero no podía pasar inadvertido otro gran español, tratado esta vez por Juan Carlos Vergara Silva. Se trata de nadie menos que del maestro Azorín, cuya remembranza en torno a sus escritos sobre los *últimos días de Felipe II*, *La Ruta de Don Quijote* y sus *Confesiones de un pequeño filósofo* conmovieron al auditorio.

Varias páginas dedica Sierra Montoya a «La poesía de Luis Carlos González», su paisano, un poeta romántico y popular, de lo mejor que ha dado el Viejo Caldas y quien, en su famoso poema «La ruana», rescata los valores de la cultura paisa. Aprovecha entonces nuestro autor para legitimar los valores de la provincia cuando dice: «Debemos proteger nuestro patrimonio cultural, como empiezan a hacerlo numerosas naciones del planeta frente al avance incontenible de una globalización que borra fronteras y pretende arrasar con las expresiones autóctonas para volvernos iguales, idénticos, como si los seres humanos fuéramos una enorme producción en serie».

Historias humanas

El capítulo tercero del libro, «Historias humanas», se abre con unas palabras de homenaje al director de la Academia, doctor Jaime Posada.

Se refiere allí a su gran empresa: la fundación de la Universidad de América en plena dictadura de Rojas Pinilla. Le surgió la idea, dice Sierra Montoya, «como respuesta a la represión desatada por el régimen de turno contra las propias universidades (como fue el caso de la Universidad Nacional), cuyos famosos profesores, desde Carlos Lleras Restrepo hasta Darío Echandía, fueron expulsados por órdenes oficiales que pretendían dar al traste con la libertad de cátedra, base fundamental del sistema democrático».

Se trataba, además, de crear una universidad americanista, de espíritu bolivariano, de integración de los pueblos como lo pensaban Alberto Lleras Camargo y Germán Arciniegas, cuyas ideas seguía el doctor Posada, quien fue, además, el fundador de la Asociación Colombiana de Universidades. (ASCUN)

También se desempeñó inicialmente como Secretario General del Ministerio de Educación Nacional bajo la orientación de Arciniegas y finalmente, como Ministro. Luego ocupó la Secretaría de Educación, Ciencia y Cultura de la OEA que, como dice Jorge Emilio Sierra Montoya, es «una de las posiciones más importantes que algún colombiano haya ocupado en el exterior».

Como miembro honorario, el doctor Carlos Lleras Restrepo ocupó también su lugar en la Academia. Jorge Emilio Sierra, para quien los temas de la política y la economía no le son ajenos (pues cursó la maestría de economía en la Universidad Javeriana), comenta la actividad política desarrollada por el expresidente en estos campos y, especialmente, la Reforma agraria que fuera su bandera.

Abdón Espinosa Valderrama, conocido político y periodista muy destacado por su columna de comentarios en *El Tiempo* llamada «La espuma de los acontecimientos», fue ministro de hacienda durante el gobierno de Lleras Restrepo y actuó de manera importante en la política económica del país.

El gran americanista Germán Arciniegas, de sangre cubana por la línea materna, fue un revolucionario desde su juventud; a los diez y

ocho años ya había creado la federación de estudiantes que terminó congregando a las juventudes no solo nacionales, sino internacionales con Vasconcelos, Haya de la Torre y Carlos Pellicer. En *El estudiante de la mesa redonda* propone Arciniegas la orientación de una educación cimentada en los valores nacionales y americanos. Sus libros *Biografía del Caribe*, *El continente de los siete colores* y otros muchos pasarán a la posteridad.

Con el título de *Jaime Sanín Echeverri, un humanista integral* se refiere Sierra Montoya a un personaje muy apreciado en la Academia de la Lengua, de la cual fue su subdirector. Sanín Echeverri, antioqueño de cepa, se desempeñó también como rector de la Universidad Pedagógica y de la Universidad de Antioquia, como director de ASCUN y Director de la revista *Arco*, en cuyas páginas publicaron prestantes intelectuales del país. Ya cansado de la burocracia se dedica a la actividad literaria y escribe una de las mejores biografías del expresidente Mariano Ospina Pérez y dos novelas: *Una mujer de cuatro en conducta* y *Quién dijo Miedo*, esta última sobre la violencia entre liberales y conservadores.

Antonio Cacia Prada, santandereano a carta cabal, estuvo siempre en contacto con el periodismo por la influencia de su padre y hoy se le considera un maestro de este género en Colombia. De ideología laureanista y adepto como ninguno a su jefe, la vida lo llevó a ser después ospinista a raíz de un enfrentamiento con Álvaro Gómez. Autor de cien libros publicados sobre importantes temas históricos, se enorgullece de que su obra está escrita para ser entendida por todos, para la gente de la calle.

Raúl Alameda Ospina, emparentado con la casa Ospina por línea materna, estudió economía en la Universidad Nacional y desde un comienzo su interés por las luchas sociales lo llevó a afiliarse al comunismo, del cual fue expulsado posteriormente por críticas que le hiciera al partido. Defensor del proteccionismo económico se aparta de los acuerdos de libre comercio con los Estados Unidos y propende por la producción nacional donde está el verdadero desarrollo. Su afición por la poesía y por el lenguaje, heredados de una madre poeta, lo llevaron a la Academia de la Lengua y a ser el director de la comisión de Vocabulario Técnico en la que se desempeñó hasta sus últimos días.

Uno de los periodistas más leídos de *El Tiempo* en los años setenta y ochentas fue sin duda Daniel Samper Pizano. Sus comentarios fueron

muchas veces una guía en materia política y cultural. Su agudo sentido del humor, que aún hoy no lo abandona, tuvo cabida en su columna «Postre de notas» publicada en el suplemento *Carrusel* y en sus libretos para las series de televisión «Dejémonos de vainas» que tuvieron una amplia acogida popular. Trabajó en la revista *Alternativa* al lado de García Márquez y fue uno de los fundadores del suplemento cultural *Estravagario* del diario *El Pueblo*, de Cali. Aunque dice que su familia es simplemente «gente bien de tierra caliente», habría que destacar a sus ilustres antepasados: José María Samper, Daniel Samper Ortega y Soledad Acosta de Samper, entre otros.

Pero Sierra Montoya recuerda también a otro de sus paisanos, Héctor Ocampo Marín, quien comenzó pronto a publicar sus poemas en *El Diario de Pereira* y luego en *La Patria* de Manizales, donde se consagró. Mario Laserna, rector de la Universidad de los Andes, era director de La República cuando lo llamó para que ocupara la coordinación de dirección del periódico, donde llegó a ser subdirector. Se retiró luego para dedicarse de lleno a su actividad literaria.

A los anteriores académicos se vinculan también Rodrigo Llorente, con una amplia y trascendental actividad económica y política en el país, siendo, en sus últimos años, subdirector de la Academia Colombiana; Gilberto Arango Londoño, director de Planeación Nacional; José Consuegra Higgins, quien se convirtió en Padre de la Planeación regional, fundador de la Universidad Simón Bolívar en Barranquilla y autor de importantes libros sobre economía, y, finalmente, Antonio Álvarez Restrepo, economista keynesiano de tiempo completo y, al igual que Rodrigo Llorente, subdirector de la Academia de la Lengua.

Tal es el panorama del libro que presentamos hoy, en esta apretada síntesis, como memoria viva de una institución que perdura al cabo de sus 147 años de existencia.

COMENTARIOS SOBRE LA OBRA HUELLAS EN LA ACADEMIA DE JORGE EMILIO SIERRA MONTOYA

Por
Julio Silva-Colmenares¹

El académico Jorge Emilio Sierra Montoya me ha honrado al sollicitarme que pronuncie -como presidente actual de la Academia Colombiana de Ciencias Económicas- algunas palabras sobre los siete personajes de su libro que han sido al mismo tiempo miembros de la Academia Colombiana de la Lengua y de nuestra Academia, o sea, la mitad de los catorce que incluye.

Por afortunada coincidencia, hoy celebramos este acto conjunto la academia más antigua de Colombia, la de la Lengua, fundada en 1871, y la de más reciente creación, la nuestra, cuya instalación solemne se hizo en este mismo recinto, el 3 de julio de 1984; entre la fundación de la una y la otra, median 113 años.

Pero antes de cumplir ese objetivo, permítanme recordar primero el párrafo inicial del discurso del presidente Belisario Betancur Cuartas en esa sesión solemne: «Mi insistencia obsesiva en la paz tiene explicaciones plurales a saber: el deseo de una sociedad más justa, es decir, de una sociedad donde haya más personas que disfruten del empleo, de la propiedad, de la educación, del descanso; la convicción de que si todos reconocemos que nuestro derecho termina donde comienza el derecho de los demás, se alcanza la tolerancia recíproca, fundamento de toda sociedad civilizada; (...) la persuasión de que en este momento todo es propicio en Colombia para la reconciliación nacional en el

¹ Fundador, miembro de número y presidente de la Academia Colombiana de Ciencias Económicas; miembro correspondiente de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas de España y de la Academia Nacional de Economía del Uruguay;

marco de un gran diálogo (...)». Casi 34 años después, esas palabras adquieren mayor vigor. ¡Es mucho el tiempo que nos ha hecho perder la guerra fratricida!

También quiero recordar el homenaje que rindió a los fundadores de la Academia, en cabeza de quien fuera el primer presidente, Hernando Gómez Otálora: «Ha servido él a Colombia como pocos -dijo el presidente Betancur en el párrafo final de su discurso: desde la cátedra universitaria, desde la administración pública, desde los periódicos, desde el Congreso, desde la empresa privada y ahora nos enseña de una manera admirable, con el ejemplo, todo lo que significa la voluntad como recurso para hacer frente a las adversidades. Que su espíritu investigador y su afán de excelencia se vuelvan patrimonio de esta Academia»². Sin duda, creemos que en estos siete lustros algo hemos avanzado en el espíritu investigador y el afán de excelencia que nos pedía el entonces presidente Betancur.

Carlos Lleras Restrepo

Como es comprensible, deseo iniciar con la referencia al académico Carlos Lleras Restrepo, a quien desde las reuniones iniciales de nuestra Academia se proclamó como presidente honorario, distinción que se mantiene hasta hoy. Como nos recuerda Sierra Montoya en su libro, ingresó a los 17 años de edad a la Universidad Nacional para estudiar Derecho y se graduó en 1930, o sea, en medio de la Gran Depresión. A pesar de tales estudios, gran parte de su actividad intelectual estuvo dedicada a cuestiones económicas, lo que lo llevó a que durante el gobierno del presidente Alfonso López Pumarejo se le eligiera Contralor General de la República, prestándole especial interés a la recopilación y elaboración de estadísticas, así como a estudios regionales, como instrumentos básicos para el análisis económico y la toma de decisiones. Luego, el presidente Eduardo Santos lo llamó para ocupar el Ministerio de Hacienda.

2 Discurso del presidente Belisario Betancur Cuartas el 3 de julio de 1984 en la sesión solemne de instalación de la primera mesa directiva de la Academia Colombiana de Ciencias Económicas en el paraninfo de la Academia Colombiana de la Lengua, en Varios, *Ensayos sobre teoría y política económicas*, ACCE-Plaza & Janés, Bogotá, 1985, pp. 9-10 y 13.

Uno de los puntos culminantes de su carrera política fue la elección como Presidente de la República para el lapso de agosto de 1966 a agosto de 1970. Durante su gobierno se aprobó una de las más importantes reformas que tuvo la Constitución de 1881, con énfasis en la descentralización y la planeación regional y local, al tiempo que se realizaron cambios profundos en la administración pública nacional, con la reestructuración de los principales ministerios y la creación de nuevas entidades necesarias. Dio impulso a la promoción de exportaciones, con Proexpo, y con su firma se promulgó el decreto-ley 444 de 1967 que dio origen a la devaluación continua, *gota a gota*, con el debido control de las divisas y las limitaciones a la inversión extranjera, entre otras disposiciones.

Como dice Sierra Montoya en su libro, era un cepalino de pies a cabeza y, aunque la Comisión Económica de las Naciones Unidas para América Latina (Cepal) fue «su guía en materia económica, la amplia formación intelectual le permitía pasearse a sus anchas por la historia, la política, la literatura, la filosofía y el arte», como lo comprueban sus escritos para la revista *Nueva Frontera*, creada por iniciativa suya³.

Néstor Hernando Parra, en la «Introducción» a un libro que conmemora el centenario de su nacimiento, nos dice que «Lleras Restrepo fue un político de marcada estirpe liberal, evolucionista, convencido del poder de las leyes, propulsor del Estado Social de Derecho en donde el interés público o social prima sobre el interés individual, y la propiedad tiene una función social; un economista autodidacta, humanista, con marcados tintes de la social democracia, que articula la economía pública y la privada en una economía mixta en la que tanto el Estado como el mercado juegan papeles previamente señalados; (...)»⁴.

En ese mismo libro se transcribe un trozo de un discurso de Lleras Restrepo pronunciado en Cali en mayo de 1960, que casi seis décadas después mantiene plena vigencia, porque aún muchos bregamos para que la economía esté al servicio de los seres humanos, y no al contra-

3 Sierra Montoya, Jorge Emilio, *Huellas en la Academia*, Editor JESM, Bogotá, 2017, p. 158.

4 Parra Escobar, Néstor Hernando, «Introducción, Capítulo I Pensamiento, acción y proceso político», en *En busca de una sociedad igualitaria. Cien años de evolución social y económica (1908-2008)*. Libro conmemorativo del DANE al cumplirse el primer centenario del nacimiento del expresidente Carlos Lleras Restrepo, benemérito organizador de la estadística nacional, Bogotá, 2008, pp. 19-20.

rio, como ocurre en casi todo el mundo. En palabras de Lleras Restrepo, «La Economía Política debe estar vivificada por un cálido soplo humanitario. El hombre es el agente activo de la producción y la satisfacción de sus necesidades constituye el objetivo final del complejo mecanismo económico. Ahora bien, cuando se consideran las necesidades humanas, tiene que surgir inevitablemente la aplicación de un principio moral, de un criterio de justicia (...). Ni siquiera podemos limitarnos a trabajar con un crecimiento en el volumen global de la producción, sin hacer al mismo tiempo un esfuerzo deliberado para construir una sociedad más igualitaria, corrigiendo la actual distribución de la riqueza y el ingreso»⁵.

Abdón Espinosa Valderrama

Hemos de referirnos ahora al académico Abdón Espinosa Valderrama, quien como el expresidente Lleras Restrepo estudió Derecho y Ciencias Políticas en la Universidad Nacional, pero desde muy joven se entusiasmó con los temas económicos, hasta el punto que todavía la mayor parte de sus escritos para *El Tiempo* están dedicados a estas cuestiones.

Recibió clases de quien era el ministro de Hacienda de la época, Carlos Lleras Restrepo, su posterior director de tesis. Como buen conocedor de sus capacidades, cuando Lleras Restrepo fue elegido Presidente de la República, el tercero del Frente Nacional, no dudó en llamarlo al Ministerio de Hacienda. Como le dijo a Jorge Emilio Sierra, no había pensado que la situación fuera tan crítica. No obstante, trabajó con ahínco en la elaboración y promulgación del ya mencionado decreto-ley 444, piedra angular durante muchos años del manejo cambiario, si bien fue un crítico recio de la devaluación *gota a gota* porque su automatismo contribuyó a la inflación inercial, la que solo pudo controlarse hacia finales del siglo pasado y principios de este siglo⁶. Hay que destacar que durante varios períodos fue elegido presidente de nuestra Academia.

5 Discurso de Carlos Lleras Restrepo ante la Sociedad Económica de Amigos del País – SEAP-, Cali, 28 de mayo de 1960, en Parra Escobar, Néstor Hernando (Editor), *En busca de una sociedad igualitaria. Cien años de evolución social y económica (1908-2008)*, Bogotá, 2008, p. 19.

6 Sierra Montoya, Jorge Emilio, Op. cit., p. 164.

Raúl Alameda Ospina

En esta breve recordación histórica he de continuar con Raúl Alameda Ospina, de quien ha de resaltarse el mérito de ser el gestor de la Academia Colombiana de Ciencias Económicas, pues por iniciativa suya se realizaron las primeras reuniones y fue él quien redactó sus estatutos. A él le debo el inmerecido honor de haberme incluido en la lista de sus miembros fundadores.

Como recuerda el académico Sierra Montoya en su libro, estudió Economía en el instituto fundado por Antonio García, un socialista integral, por afán de conocimiento y para prepararse para la lucha social, no porque fuera una profesión, en ese momento. Como él mismo se definió: Fue un profesor de tiempo completo, dedicado a proponer alternativas para el desarrollo nacional⁷.

Desde la creación de la Academia de Ciencias Económicas hasta su fallecimiento, fue el «motor» de nuestra institución, como su secretario perpetuo, labor en la que siempre lo acompañó María Teresa, su querida compañera y sus ojos en los años finales de su vida.

José Consuegra Higgins

Otro de los fundadores de nuestra Academia y su vicepresidente durante varios periodos fue José Consuegra Higgins, condiscípulo de Raúl Alameda. Aunque quiso estudiar derecho, por recomendación de Jorge Eliécer Gaitán se orientó hacia la economía, quien le dijo, como lo recuerda en su libro Sierra Montoya: «En este país sobran abogados. Yo lo que necesito son economistas».

Como también lo recuerda Sierra Montoya, trabajó en la naciente oficina de Planeación Nacional, en el gobierno de Alberto Lleras Camargo, desde donde creó las oficinas de planeación de varios departamentos, por lo cual no es exagerado calificarlo como el Padre de la planeación regional en Colombia, con una concepción pionera de descentralización. Luego fue miembro del Consejo Nacional de Política Económica y Planeación, lejano antecesor del Conpes, en el gobierno del presidente Guillermo León Valencia.

7 Sierra Montoya, Jorge Emilio, Op. cit., p. 233.

En la década de los sesenta asistió a una reunión continental de economistas en México, donde le propusieron crear una revista para divulgar el pensamiento económico latinoamericano⁸. Así nació en 1966 su revista *Desarrollo Indoamericano*, bajo el eslogan *Por la formulación de una teoría para el desarrollo económico y social de nuestra América Latina*, en la cual he tenido el honor de publicar un buen número de artículos casi desde su inicio.

Consuegra Higgins en libro que es como su testamento ideológico, editado por la Universidad Simón Bolívar (fundada por él en 1972), dijo "Habrá que entender a la Economía Política como una ciencia eminentemente social, que estudia los fenómenos y relaciones que surgen entre los hombres en el proceso de la producción, distribución y consumo de los bienes materiales, con leyes objetivas que se desprenden de una situación política, en un momento histórico y bajo un marco geográfico».

Como señaló ahí mismo, «lo anterior sirve de base al criterio de la necesidad de escudarse -en este caso en la América Latina- en una Economía Política propia y apropiada para sus pueblos, en momentos oportunos de estrategias defensivas tendientes a la superación del subdesarrollo y la dependencia (...) En verdad, el estudio de la Economía Política es, al fin y al cabo, el estudio del desarrollo económico y social (...)»⁹.

Antonio Álvarez Restrepo

Terminamos esta breve referencia con los nombres de Antonio Álvarez Restrepo y Gilberto Arango Londoño, miembros fundadores y, por tanto, de número, de nuestra Academia, y de Rodrigo Llorente Martínez, quien fue postulado e invitado a ser miembro, pero no alcanzó a entregar su disertación de ingreso, aunque la prometió varias veces.

Antonio Álvarez Restrepo fue Ministro de Hacienda en tres ocasiones, y en otras dos, de Educación y Fomento; luego fue subdirector de la Academia Colombiana de la Lengua.

⁸ Sierra Montoya, Jorge Emilio, Op. cit., pp. 225 a 227.

⁹ Consuegra Higgins, José, *El compromiso de una teoría económica propia*, Universidad Simón Bolívar, Barranquilla, 1998, pp. 7 y 1.

Durante buena parte de su vida fue un erudito profesor de Economía y apasionado defensor de las ideas de Lord Keynes, siempre que se ajustaran a nuestra realidad. Como recuerda Sierra Montoya, no compartió las propuestas de la corriente neoliberal, de las que dijo no eran apropiadas para América Latina¹⁰.

Gilberto Arango Londoño

Gilberto Arango Londoño también estudió derecho, pero recién egresado se orientó hacia los asuntos económicos, pues siendo joven el Ministro de Hacienda Álvarez Restrepo le ofreció ser su secretario general.

Bajo el mandato del presidente encargado Roberto Urdaneta Arbeláez fue nombrado director de lo que hoy es el Departamento Nacional de Planeación, donde -como dice Sierra Montoya- «se dio el lujo de tener como asesores a Currie y Hirshman, dos de las máximas autoridades económicas en el mundo».

En plena Junta Militar, fue nombrado gerente general del Banco Popular y luego formó parte del primer gabinete del Frente Nacional, durante el mandato de Alberto Lleras Camargo. Por muchos años se dedicó a atender su oficina particular¹¹.

Entre sus libros habría que destacar *Estructura económica colombiana*, uno de los textos sobre nuestra economía más conocido y divulgado desde los años ochenta del siglo pasado.

Rodrigo Llorente Martínez

Rodrigo Llorente Martínez estudió Derecho y Economía en la Universidad javeriana (así se llamó esa carrera durante muchos años) y recién egresado fue vinculado por el ministro Hernán Jaramillo Ocampo al grupo que elaboró el arancel de aduanas de 1949, «pedra angular -le dijo a Sierra Montoya- de la industrialización del país»; fue nombrado ministro de Fomento por el presidente Alberto Lleras Camargo, con

10 Sierra Montoya, Jorge Emilio, Op. cit., pp. 192-193.

11 Sierra Montoya, Jorge Emilio, Op. cit., pp. 215 a 220.

apenas 28 años de edad, y luego en el gobierno de Misael Pastrana ocupó el ministerio de Hacienda, desde donde presencié la implementación del plan de desarrollo *Las cuatro estrategias*, diseñado por el profesor Currie, que permitió la aparición del sistema Upac y el auge de la construcción, sector que jalona al resto del aparato productivo y es gran generador de empleo. Luego fue miembro de la Asamblea que dio origen a la nueva Constitución Nacional de 1991¹². En los últimos años de su vida fue subdirector de la Academia Colombiana de la Lengua.

Notas finales

Para terminar, hemos de reconocer que, con la excepción de Llorente Martínez, quien no alcanzó a posesionarse como miembro correspondiente, nuestra Academia se ha beneficiado de la valiosa producción intelectual de los seis restantes ilustres colombianos, algunos con mayor profusión y cercanía a nuestra institución.

Muchísimas gracias al académico Sierra Montoya por habernos dado tan valioso testimonio y, entre paréntesis, quiero agradecerle también que por gentil invitación suya apareció durante 15 años, de 1994 al 2009, una columna semanal de mi autoría en el diario *La República*.

Una palabra final: Quiero hacer un reconocimiento muy especial a la Academia Colombiana de la Lengua, en cabeza de su benemérito director, Jaime Posada, por permitirnos compartir este evento en su respetable sede. Gracias.

¹² Sierra Montoya, Jorge Emilio, Op. cit., pp. 197 a 200.

PRESENTACIÓN DEL LIBRO *HUELLAS EN LA ACADEMIA*

Por
Jorge Emilio Sierra Montoya

En Marsella, mi bello pueblo de infancia situado en el corazón del Eje Cafetero, oí hablar por primera vez sobre la Academia Colombiana de la Lengua.

Fue acaso en los labios de mi abuelo Felipe, tan buen lector (un mal de familia, pues era pariente de Ñito Restrepo); o en la escuela, cuyos actos culturales se engalanaban con algún declamador de poemas populares, importado «de la capital», y sobre todo en los cursos de literatura, mi clase preferida, por la que alguna vez recibí, dizque en reconocimiento al mejor estudiante, un premio maravilloso: *El parnaso colombiano*, libro donde varios de nuestros mayores poetas figuraban como miembros de la noble institución que ahora nos alberga.

Años más tarde, en Pereira, cuando ya cursaba bachillerato y me preciaba de ser un imberbe intelectual que dirigía el centro literario y el periódico del colegio, compartí escenario -¡como poeta!- con un ilustre coterráneo, Óscar Echeverri Mejía, quien era miembro, según se proclamaba a cuatro vientos, de la Academia Colombiana de la Lengua. ¡No podía creerlo! ¡Era como estar al lado de Dios, nada menos!

Después en Manizales, consagrado a estudiar Filosofía y Letras en la Universidad de Caldas mientras fungía en *La Patria* como director del suplemento literario y subdirector del periódico, podía exhibirme con orgullo al lado de varios académicos: Jaime Sanín Echeverri, con quien me senté a manteles tras una conferencia suya sobre literatura colombiana; Juan Gustavo Cobo Borda, amigo desde entonces, y Otto Morales Benítez, cuyo estímulo fue decisivo en aquella incipiente carrera literaria.

Y ni se diga cuando llegué a Bogotá, en los albores de los años ochenta, al toparme con esta edificación, donde se levanta, a su entrada, la imponente estatua de Miguel Antonio Caro, uno de los fundadores de la Academia. Tan grata impresión inicial es la que también, con seguridad, cualquiera de ustedes conserva todavía.

Luego tuve la dicha, gracias a la generosidad del Gran Otto, de asistir a algunas de las ceremonias solemnes en su deslumbrante Paraninfo donde hoy nos encontramos, como cuando el escritor mexicano Leopoldo Zea dictó su cátedra magistral sobre la urgente necesidad de elaborar una auténtica filosofía latinoamericana.

Con el paso del tiempo, en mi condición de director del diario *La República*, asistí acá a diversas actividades académicas (entre las que recuerdo, de manera especial, los actos de posesión de dos de mis más queridos maestros: José Consuegra Higgins y Héctor Ocampo Marín), y finalmente, vinculado a la Asociación Colombiana de Universidades (ASCUN), en este mismo sitio se presentaron tres de mis libros: *Jaime Sanín Echeverri: Un humanista integral*, *Jaime Posada: El poder de las ideas* y *Tras las huellas de Morin...*

Dichos antecedentes habrán influido en algo para que el historiador Antonio Cacia Prada (con ayuda divina, según creo) osara postular mi nombre como miembro correspondiente, título que en este momento poseo, a mucho honor. Es el mayor honor de mi vida, sin duda.

Tan pronto fui elegido en la Academia, y aún antes de posesionarme, comencé a asistir cual si fuera uno de sus integrantes. No era para menos: un viejo sueño se hizo realidad, sin haber hecho nada para conseguirlo. E iba tomando notas en cada sesión, como es usual entre quienes nos hemos ganado el pan de cada día, ejerciendo «el oficio más bello del mundo».

Todavía era periodista (por cierto, nunca dejo de serlo). Entonces dirigía en Barranquilla, en la Universidad Simón Bolívar, la prestigiosa revista *Desarrollo Indoamericano* que medio siglo antes fundara Consuegra Higgins con el propósito de formular y promover una teoría propia del desarrollo económico y social en América Latina.

Fue así como participé en la inauguración de la Sala Otto Morales Benítez, nueva sede del Instituto para el Humanismo Social, donde Belisario Betancur recordó su época de humilde estudiante universita-

rio en Medellín, cuando el famoso riosuceño, como director del suplemento "Generación" del diario *El Colombiano*, le tendió la mano para aliviar su pobreza.

«Los colombianos -dijo el exmandatario, miembro honorario de esta institución- tenemos una deuda con Morales Benítez, que aún no pagamos: ¡No lo hicimos presidente de la República! ». Y agregó con nostalgia: «¡Qué gran presidente hubiera sido!».

De Otto, a propósito, al cumplirse en 2016 el primer aniversario de su muerte que coincidía con los 400 años de la del Inca Garcilaso de la Vega, su hijo Olympo, desde la silla S que meses antes ocupaba su padre como miembro de número, leyó apartes de su obra sobre el Inca y la independencia de las Américas, donde el justo reclamo por la identidad cultural de nuestros pueblos volvió a hacer acto de presencia.

Y al cumplirse también cuatro siglos de la muerte de Shakespeare, Cristina Maya (quien hoy me honra con la presentación de mi libro), desentrañó una vez más, guiada por el especialista Harold Bloom, el profundo significado de Hamlet, personaje emblemático de la literatura universal que encarna, como ningún otro, la conciencia moral del hombre frente al terrible flagelo de la corrupción en el ejercicio del poder.

Yo, por mi parte, no me quedé por fuera: al posesionarme, en agosto de 2016, como individuo correspondiente, abordé en mi disertación académica los versos populares, románticos y humorísticos, del «Poeta de La Ruana», Luis Carlos González, que concluí con las siguientes palabras: «Hay que volver la mirada a los grandes escritores nacionales que se hunden cada vez más en el olvido, obviamente en nombre de la identidad cultural, de esa cultura propia, con profundas raíces históricas, a la que consagraron sus vidas miembros ilustres de esta academia, como Otto Morales Benítez y José Consuegra Higgins, ante cuyo recuerdo permanente nunca podremos eludir tal compromiso».

Esos informes aparecieron en la siguiente edición (y última que yo dirigí) de *Desarrollo Indoamericano*, bajo el título: De paso por la Academia Colombiana de la Lengua, que fue el inicio, sin saberlo, de mi nuevo libro *-Huellas en la Academia-*, donde he pretendido seguir los pasos que esta institución, con casi 150 años encima, viene dando todavía para bien de la cultura nacional.

Fue así como empecé a conocer su historia más que centenaria, pero también su sede, este flamante edificio de estilo neoclásico, a través de sus jardines, la sala de recepciones y el Paraninfo con los extraordinarios murales del maestro Luis Alberto Acuña, estatuas y bustos de notables pensadores, la Biblioteca Antonio Gómez Restrepo, un verdadero tesoro de joyas bibliográficas, y tantos salones y oficinas que nos hablan, en silencio y entre sombras, de un glorioso pasado al que no debemos permitirle que se aleje y desaparezca.

En gran medida, fue como el regreso a mis años juveniles, cuando la literatura era todo en mi vida, con noches de desvelo, soñando con un libro en la mano mientras pulía versos y preparaba algún ensayo literario que publicaba en *La Patria* de Manizales, por donde cruza el meridiano intelectual de Colombia.

Volví, pues, a pasear por la ruta de Don Quijote (otra vez de la mano de Eduardo Caballero Calderón en su memorable Breviario), con la agradable compañía de su progenitor, don Miguel de Cervantes Saavedra, convertido hoy, más allá de ser el padre de la lengua castellana, en padre de la novela moderna, sin olvidar la importancia de sus obras de teatro.

De pie ante el mural de Acuña que ustedes ven al frente -«Apoteosis de la Lengua»-, o sea, de su pintoresco mosaico con personaje estelares de la literatura en idioma español (el *Cid Campeador*, la *Celestina*, *Martín Fierro*, *Arturo Cova...*), tuve un breve encuentro con Lautaro y Caupolicán, sacados de *La Araucana*, para narrar su trágica historia en la lucha heroica por la libertad de nuestros pueblos.

Y al conmemorar, en 2017, el sesquicentenario de la publicación de *María*, nuestra inmortal novela romántica, logré develar, con la visión superior que solo los años pueden dar, la dimensión religiosa que brota de sus páginas, signadas por una honda espiritualidad que expresa, con sentimientos cristianos, el amor auténtico, limpio, sincero, que nos acerca a Dios.

Me regodeé, además, con el Inca Garcilaso de la Vega, «primer historiador nacido en el Nuevo Mundo»; con sor Josefa del Castillo y Guevara, nuestra gran poetisa mística, a quien en mi infancia me acercaba con temor ante los gruesos volúmenes de sus *Obras completas* publicadas por el Banco de la República, y con el inolvidable Julio Flórez, cuyos versos aún nos estremecen como cuando era considerado el mayor poeta de América, superior a Darío.

Hablé asimismo con Rodó y su vocero literario, el profesor Ariel, que aún nos lanza enérgicas diatribas contra el materialismo en boga, traído del Norte; con Miguel de Unamuno, enfrentado a Rubén Darío en Madrid, disputa en la que interviniera Valle-Inclán; con Azorín y toda la Generación del 98 a cuestas, y con Luis Carlos González, de quien conservo un soneto inédito, guardado a escondidas en su Asilo de versos, una reliquia de la poesía popular colombiana.

Ello fue posible, claro está, por las históricas disertaciones, en este Paraninfo y la sala contigua en honor a José María Vergara y Vergara, de varios académicos actuales, como Cristina Maya, ensayista y poeta como su padre, el maestro Rafael Maya; Gloria Serpa Flórez de Kolbe, sobrina nieta de Julio Flórez; Olympo Morales Benítez, Alto Comisionado para el Humanismo Social; Carlos José Reyes, exdirector de la Biblioteca Nacional; Vicente Pérez Silva, escritor nariñense; Gilberto Abril Rojas, novelista de Boyacá; Edilberto Cruz Espejo, nuestro secretario ejecutivo, y Juan Carlos Vergara Silva, nuevo subdirector, quienes son dignos tanto del reconocimiento institucional como del país entero por sus invaluable aportes a la cultura hispanoamericana y a la lengua castellana que representan de modo ejemplar.

Para unos y otros pido a todos ustedes, apreciados amigos, un generoso aplauso, no sin solicitarles a quienes están presentes que se pongan de pie, como un modesto pero sentido homenaje.

Como es sabido, el corazón de las empresas y, por ende, de las instituciones, es su gente. Y aquí, en la Academia Colombiana de la Lengua, con mayor razón: su larga historia, que se acerca al sesquicentenario, es sobre todo la de personalidades que también han sido de trascendencia histórica, sobre todo en el fascinante universo de la cultura, de las letras.

Nos haríamos interminables si repasáramos la lista de quienes han formado parte de ella desde su fundación. Por tal motivo, para *Huellas en la Academia* escogí apenas a un pequeño grupo de sus miembros honorarios, numerarios y correspondientes, cuya trayectoria vital fue contada por ellos mismos en su mayoría, para varios libros de mi autoría, escritos durante más de veinte años. Veamos.

Tenemos, en primer lugar, al actual director de la Academia, Jaime Posada, uno de los mayores exponentes de la intelectualidad nacional desde la dirección de «Lecturas Dominicales» de *El Tiempo* y en la Uni-

versidad de América, de la que fue su fundador al igual que de la Asociación Colombiana de Universidades (ASCUN). Ha encarnado, sí, el poder de las ideas.

Y entre los miembros honorarios, destacamos al presidente Carlos Lleras Restrepo y al exministro Abdón Espinosa Valderrama, unidos ambos por lazos entrañables.

Lleras Restrepo, con sus nobles ancestros relacionados con la cultura, la misma de que hizo gala como periodista en publicaciones como su revista *Nueva Frontera*, y Espinosa Valderrama, con su fiebre por la literatura desde temprana edad, cuando cambió a Dostoievski por las *Rimas de Bécquer*, los clásicos españoles, Balzac, Shakespeare y Wilde, cuyo eco aún resuena en su muy leída columna «Espuma de los acontecimientos», donde muchos de nosotros aprendimos más economía que en las aulas universitarias.

Entre los miembros numerarios o de número están Germán Arciniegas, Otto Morales Benítez, Jaime Sanín Echeverri, Antonio Álvarez Restrepo, Rodrigo Llorente, Antonio Cacia Prada y Daniel Samper Pizano, donde se extiende la citada nómina de lujo en la Academia, con exministros, historiadores, novelistas y periodistas, todos ellos escritores, entre los mejores del país. Hagamos una rápida mención de cada uno, a vuelo de pájaro.

Arciniegas, cuyos libros de antología *-El estudiante de la mesa redonda, Los Comuneros y Biografía del Caribe-* fueron *best sellers* en su época, con fama continental que solo sería superada por la llegada de García Márquez; Morales Benítez, digno exponente de la cultura popular, pionero de la teoría del mestizaje y uno de nuestros mayores ensayistas, con invaluable aportes periodísticos, literarios e históricos, y Sanín Echeverri, pionero de la literatura urbana con *Una mujer de cuatro en conducta* y biógrafo de Ospina Pérez, monseñor Builes y Jesús, el hijo de José.

Álvarez Restrepo, formado en Manizales a la sombra de los grecocaldenses Silvio Villegas, Gilberto Alzate Avendaño y Fernando Londoño Londoño, y para quien la ciencia económica no puede ir en contravía del humanismo, como también lo creía y proclamaba Rodrigo Llorente, juntos con la grandilocuencia a flor de piel.

En el periodismo, además, han sido maestros indiscutibles el historiador Antonio Cacia Prada, cuyas biografías estelares, como la

de Nariño, son textos de consulta obligada en colegios y universidades, y Daniel Samper Pizano, cuyas «contribuciones a la República de las letras», desde José María y Miguel Samper hasta Daniel Samper Ortega, se notan en cada una de sus líneas, cargadas del más fino humor.

Por último, miremos a cuatro miembros correspondientes, de quienes siempre lamentamos su ausencia física, que no espiritual: Gilberto Arango Londoño, tan exitoso como columnista editorial, profesor universitario y autor de libros sobre economía, «la ciencia lúgubre» que en su caso nunca lo fue, y José Consuegra Higgins, mi maestro por excelencia, cuya autobiografía *Del recuerdo a la semblanza*, a partir de su infancia en el modesto caserío de Isabel López hasta el vil asesinato de su ídolo Jorge Eliécer Gaitán, lo hizo merecedor de ingresar a esta institución, donde ahora me precio de ser su colega.

Raúl Alameda Ospina, quien nunca dejará de ser el secretario perpetuo de la Academia Colombiana de Ciencias Económicas, de la que fue su gestor, y Héctor Ocampo Marín, un maestro de escuela que también llegó a los más encumbrados niveles de la cultura por su sensibilidad literaria, el interés por la filosofía, sus poemas y biografías, pero sobre todo sus ensayos, como ensayista superior que fue.

Para todos ellos, apreciados amigos, les solicito un caluroso aplauso que llegará hasta el cielo, donde muchos de ellos nos observan, atentos.

¿Cómo no hacer este sentido aunque modesto homenaje a tales personajes, merecedores de él como pocos? ¿Y cómo no seguir sus huellas, evitando a toda costa que se borren y perdamos el camino que nos lleva a la máxima realización personal que es la de estar al servicio del país, con las manos limpias y la conciencia tranquila? ¿Cómo no hacer eco a sus palabras, a sus páginas que en ocasiones son cubiertas por el polvo, y cómo no recordarlos en lugar de echarlos al olvido, algo tan común en un país que quisiera, por momentos, aniquilar su historia? ¿Cómo no admirar, con respeto, su tarea, honorables académicos de ayer y de hoy?

¿Cómo, por último, no inclinarse ante la Academia Colombiana de la Lengua, donde a nuestras espaldas, sobre la pared de atrás, nos murmuran el llamado a la sabiduría y la verdad, a la belleza y el arte, figuras preclaras como Platón y Homero, el rey David y Sófocles, Cicerón y Horacio, Virgilio y san Agustín, Dante y Shakespeare, Goethe y, en el

centro de todos, Jesús de Nazaret, quien partió la historia de la humanidad en dos?

¿Y cómo no rendirse ante esta venerable institución que en poco tiempo cumplirá 150 años de existencia, habiendo sido la primera de su género en América, solo precedida por la Real Academia Española en el mundo de habla hispana? ¿Cómo no aplaudir, con entusiasmo, a nuestra Academia Colombiana que, al decir de su nombre, es de todos los colombianos? Para ella, especialmente para ella, les pido un aplauso entusiasta, ensordecedor, no sin decirles a todos por su asistencia: ¡Muchas gracias!

ALFONSO REYES Y SU HISTORIA ÍNTIMA DE MÉXICO

Visión de México de Alfonso Reyes, edición, estudio y notas de Adolfo Castañón, Academia Mexicana de la Lengua, colección Clásicos de la Lengua Española, 2 tomos, México, 2016.

Por
David Noria

A poco que se ponderen causas y efectos se verá que los países hispanoamericanos, lejos de «crear su historia» en cada caso, como quieren los manuales y la estatua de la plazoleta, han respondido en gran medida a movimientos unísonos mayores: independencias, constituciones, guerras civiles y modelos económicos compartidos son en realidad la misma línea melódica sobre la que diversas voces, sólo variando, se han sumado. La sincronía de «nuestras» transformaciones tiene muchas veces detrás un engranaje global, llámese ideología dominante, tendencia económica o hegemonía política de la hora. Objetos más que agentes, diría la gramática.

Ante esta constatación, surge con ansiedad la pregunta por la autenticidad de la patria, y al instante indagamos: «¿Mi país, en realidad existe? ¿Si yo no soy más que un actor de una obra que no escribí – como quiere el poeta–, la patria mía no será el escenario descrito a propósito?».

Paradójicamente, aunque se pueda dudar de la nación, las identidades nacionales son patentes. Más aún, caminan nuestros pasos y pronuncian nuestro acento. Son como la superposición de todos aquellos estratos enriquecidos y devastados alternativamente entre ellos. Cuánto nos ha pervivido de estas capas anteriores de la historia es una pregunta abierta, pero en vano alguno negaría cierto rasgo colonial, indígena, feudal, aristocrático o burgués dentro de su sociedad. Todas estas cantidades perviven en instituciones y, hasta se diría, nos siguen

doliendo como por el fenómeno psicológico del miembro fantasma: son el brazo amputado que da comezón, la pierna perdida cuyo peso cargamos. De la compleja cuestión de la identidad depende al cabo el relato que debemos abrigar sobre nosotros mismos, para no evaporarnos y devenir «productos de la historia universal», especulaciones desalmadas de filósofos de gabinete.

En este sentido, Alfonso Reyes (Monterrey, 1889 - ciudad de México, 1959) indagó a lo largo de su vida sobre las condiciones a la par reales e ilusorias de la identidad mexicana, hispanoamericana y universal: círculos concéntricos que tenían su eje en la inteligencia y la sensibilidad. Cientos de textos disgregados en veintiséis volúmenes ya publicados de Obras completas atestiguan esta búsqueda: trasegar y cribar la cuestión de la identidad entre aquel maremágnum era una tarea que ayudaría a releer a Reyes para ofrecerle a México un espejo inusitado de gran antología nacional de su escritor clásico.

Desde 1976 venía trabajando en este monumento Adolfo Castañón, el polígrafo mexicano numerario de la Academia Mexicana de la Lengua, dirigiendo con ponderación filológica y destreza editorial un equipo numeroso de colaboradores e investigadores. Recientemente publicados, los dos tomos de esta antología encierran cerca de 235 textos fundamentales, acompañados de más de un millar de notas, bibliografía e índices. Fue precisamente la Academia Mexicana la que ha recogido esta magna edición temática de Alfonso Reyes (quien fuera su miembro de número desde 1940 y director entre 1957 y 1959, año de su muerte).

«La composición de esta edición de obras de Alfonso Reyes a la luz de México -advierte Adolfo Castañón- me ha llevado a la certeza de que en él no sólo había un verdadero y organizado historiador sino que la idea misma de México es de índole orgánica, y figura como un método y una estrategia de desciframiento y lectura donde van evolucionando y exponiéndose a la par tanto una idea subyacente y rectora de la cadena que enlaza los eslabones del ser y del quehacer cultural y político mexicano como una idea de claridad, lucidez y sencillez que Reyes va desentrañando como uno de los rasgos reveladores y sustanciales de ese quehacer colectivo. Dicho de otro modo, la idea que de México y su cultura va desprendiendo a lo largo de su obra es una idea inteligente y racional, lúcida, crítica e ilustrada por una idea motriz, a saber: la de la cultura mexicana como una entidad híbrida pero armónica, abierta a una creativa y cordial historia desde

la porosidad y plasticidad del crisol criollo e hispánico en que se funden los diversos ingredientes indígenas, mestizos, criollos, entre muchos otros».

Memorias familiares, anécdotas, estampas, poemas, ensayos de historia y letras patrias, además de la advertencia editorial, el estudio y los anexos, conforman este mosaico.

En la amplia sección que dedica a la historia de su familia, rehúye Reyes las «hermosas mentiras» que emparentan a los apellidos americanos con las Cruzadas y la nobleza: «Pueblo me soy: y como buen americano, a falta de líneas patrimoniales me siento heredero universal. Ni sangre azul, y ni siquiera color local muy teñido. Mi familia ha sido una familia a caballo... Mi arraigo es arraigo en movimiento». Ni podía ser de otro modo, vástago como fue Reyes de hombres de guerra liberales por el lado paterno y de hacendados y comerciantes por el materno. Precisamente es en la historia de su linaje trashumante donde finca Reyes su identidad mexicana: va descubriendo que los anales patrios, las batallas famosas, los planes insurgentes, la defensa de instituciones e incluso la Revolución, en fin, los grandes ciclos mexicanos, fueron vividos o padecidos en primera línea por los suyos: la cartografía mítica cede lugar a la tierra con rastros y huellas. Más que reivindicar un origen, Reyes se precia en la acción: «La raíz profunda, inconsciente e involuntaria, está en mi ser de mexicano: es un hecho y no una virtud».

No sólo investigador de su linaje, sino historiador en forma como lo anuncia Adolfo Castañón, Reyes es capaz de condensar a «México en una nuez», como nombra a uno de sus ensayos emblemáticos, en el que da cuenta de lo transcurrido desde los días de los pobladores oriundos hasta después de la Revolución (1910-1917) en un ejercicio de brevedad y estilo. En otros ensayos, Reyes presta atención como si fuera un naturalista del Dieciocho a la variedad de climas, alturas, fauna y flora de esta geografía («la mazorca de Ceres y el plátano paradisiaco, las pulpas frutales llenas de una miel desconocida, el maguey que se abre a flor de tierra, los discos de nopal»); todo ello para llegar al cabo a ponderar el paisaje en la poesía mexicana, tema de otro ensayo en que sublima la mirada. Fue Alfonso Reyes, en efecto, quien sintió el paisaje mexicano al punto de acuñar la frase: «la región más transparente del aire» en su *Visión de Anáhuac* (1917), texto que abre el segundo tomo de esta *Visión de México*, como la llamó atinadamente su compilador.

Si la familia es la rama que nos lleva al tronco, las generaciones literarias –esas otras familias– no lo son menos. Reyes establece sutilmente al Ateneo de la Juventud (ca. 1909) como punto de partida de la nueva literatura mexicana (aquella que reacciona contra el positivismo oficial), y al recuerdo suyo y de sus integrantes deja correr la pluma en calidad de testigo y protagonista: Antonio Caso, José Vasconcelos, Julio Torri, Jesús Acevedo y Pedro Henríquez Ureña quedan consignados en rasgos dicentes por su condiscípulo y amigo, a quien en los años de madurez le tocó ir viendo la muerte de todos, hasta quedar solo y escribir aquella «Balada por los amigos muertos». Hacia atrás, Sor Juana, Ruiz de Alarcón, Joaquín Arcadio Pagaza y Manuel José Othón; hacia adelante, José Luis Martínez, José Gorostiza y Juan Rulfo: a ellos, entre otros, les dio un lugar en la tradición, y hoy constatamos que el eje que hizo Reyes de sí mismo es el que ha terminado por adoptar la historia de la literatura mexicana.

Esta historia íntima que hizo Alfonso Reyes de México es entonces una que pasa por muchos lentes. Cada graduación arroja imágenes nítidas, y cada filtro una temperatura diversa. Sus entrañables apuntes sobre Amado Nervo (de quien Reyes editó póstumamente sus *Obras completas*) son igualmente valiosas que el sobrio y documentado «erasmismo en América», especie de ampliación al libro de Menéndez y Pelayo; la selección de poesía –donde a decir de Castañón «Reyes es idéntico a sí mismo»– es como el corazón de un cuerpo textual que tiene por cabeza ensayos como «Nuestra lengua», «Sobre México en América» y «Notas sobre la inteligencia americana».

Mirada hacia dentro y hacia fuera: Reyes buscó interiormente a México, a América y al mundo en sus propios pasos y en su historia familiar, y hacia afuera en paisajes, los documentos, los viajes y la literatura. En este ejercicio de hacer íntima la historia, de merecerla, la siempre constante pregunta por la identidad, dice Reyes, está signada desde el propio nombre: México se escribe con x. «Se plantea la X, se abre el problema». Esta x de México, además, es para Reyes símbolo y destino: la convergencia de los rumbos, el lugar atravesado por la historia, el punto desde el que habla una voz:

Tal es el jeroglifo que esconde la figura,
que confirma la historia, que ostenta la escritura
en esa persistente equis de los destinos,
estrella de los rumbos, cruce de los caminos.

(AR, «Figura de México»)

PUBLICACIONES
BOLETÍN DE LA ACADEMIA COLOMBIANA
Publicación trimestral

Residentes en Bogotá, anualidad	\$ 40.000
Residentes fuera de Bogotá, anualidad.....	\$ 43.000
Número suelto	\$ 20.000
En el exterior	US \$ 120.00

OTROS LIBROS

La apoteosis de la lengua castellana y las estatuas del paraninfo de la Academia	\$ 20.000
Breve diccionario de colombianismos	\$ 40.000
História de la Academia Colombiana de la Lengua	\$ 20.000
El lenguaje en Colombia	\$ 55.000
La locura de don Quijote	\$ 20.000
Nuevo elogio a Nebrija	\$ 20.000
Ortografía de la Real Academia Española 3a. ed	\$ 10.000
El Quijote desde la Academia Colombiana de la Lengua ..	\$ 50.000
Selección de prosas académicas	\$ 10.000
Tratado de ortología y ortografía de J. M. Marroquín	\$ 20.000



LA RED POSTAL DE COLOMBIA

w w w . 4 - 7 2 . c o m . c o

➤ Línea de Atención al Cliente Nacional 01 8000 111210 ◀

Edición terminada en Bogotá, D.C., 2018
Colombia